DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE



TRILOGÍA IRIS 3

Ardiendo por la pasión

Trilogía Iris 3

Dylan Martins
Janis Sandgrouse

Primera edición.

Ardiendo por la pasión. Trilogía Iris nº3

Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©Junio, 2023

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1



Me quedé paralizada en aquella sala de urgencias, hasta que empecé a notar que mi cuerpo me fallaba, las piernas no respondían y en un segundo, la oscuridad se cernió sobre mí.

No fue hasta cerca de una hora después cuando desperté en una camilla, con James sentado a mi lado, los codos apoyados en las rodillas y pasándose ambas manos por el pelo una y otra vez.

Cuando dije su nombre, me miró y soltó el aire con alivio, se puso en pie y tras cogerme la mano se inclinó para besarme.

Había estado preocupado, lo supe nada más ver esa mirada como si temiera perderme.

Después de asegurarle que estaba bien, llamó a la doctora que me había atendido y esta me dijo que se había tratado de una bajada de tensión, algo normal, según ella, al tener a mi hijo en una mesa de operaciones tras un accidente en el que podía haber perdido la vida.

Si ella supiera que había algo más que me había hecho desvanecerme de ese modo…

Tras dejarme salir, volvimos a la sala de espera y allí estaban todos aún, David me abrazó, Inés lloró y Brenda dijo que, menos mal me había entregado aquella nota en el hospital, que pudieron atenderme tras el desmayo.

David y James me miraron con esos ojos de: "esto empieza a ser peligroso", y no podía estar más de acuerdo.

Mi mejor amigo había llamado a Conrad, le contó lo ocurrido y lo de aquella nota. Ahora sí tenían algo con lo que ir a por Trevor antes de que hiciera algo más. Se le había ido la cabeza, y mi hijo y sus amigos habían sufrido las consecuencias.

Cuando el médico salió a decirnos que los tres habían sido operados con éxito, pero que necesitarían mucho reposo y una posterior rehabilitación, solté el aire y respiré un poco más tranquila, pero no mucho más.

De eso hacía ya tres días, era miércoles y tenía a Nico y a Caroline en mi casa.

Sí, Jeff consiguió que sus abogados, los de su exmujer y el juez, se pusieran de acuerdo y ella se quedara definitivamente con su padre, mientras que su madre se había mudado a Ottawa el día anterior. Ni siquiera había ido al hospital a ver a su hija, y eso también fue determinante para el juez. ¿Qué madre no se interesa por el estado de su hijo tras un accidente de esas características?

Jeff trabajaba durante la semana y le aseguré que no tenía de qué preocuparse, la niña estaría bien cuidada en casa puesto que para todos nosotros era una más, y Brenda estaría al pendiente de ella al igual que de Nico durante la convalecencia.

Los chicos hablaban por videollamada con Brody cada tarde, y eso harían, salvo los fines de semana que los padres de él le trajeran a casa para ver una

peli y comer pizza.

Durante esos días no había tenido noticias de Trevor, pero sí de Carlos, a quien Conrad le había informado de lo ocurrido, a petición de David, por si a nuestro chantajista común se le pasaba por la cabeza la idea de atentar contra alguien importante para él.

Desde que los chicos fueron dados de alta en el hospital la mañana del martes, me había centrado en el trabajo, pero cada dos horas le enviaba un mensaje a Nico para preguntar cómo se encontraban.

En los siguientes días tenía la firma de varios contratos, y me encontraba en ese momento ultimando la redacción de un par de ellos, con un café en el escritorio, cuando empezó a sonar mi móvil.

Desde que había estado esperando la llamada de Trevor, que no hizo, sino que se presentó en mi despacho, mi cuerpo se alteraba cuando sonaba, y aún lo hacía a sabiendas de que no esperaba ninguna de sus llamadas.

El nombre de Emilia apareció en mi pantalla.

—Buenos días, Emilia —dije enviando uno de los contratos a imprimir.

—Buenos días, querida. ¿Cómo está Nico?

—Bien, pero no soporta llevar ese vendaje. Cuando Brenda le hace las curas, le pide que lo deje un par de minutos libres de ataduras —sonreí.

—Pobre, con lo aparatoso que es el vendaje. Pero antes de que se dé cuenta, no tendrá que llevarlo. Y tú, ¿cómo lo llevas?

—Lo llevo —suspiré.

—James me mantiene al tanto, espero que no te moleste.

—No, pero no debería darte más quebraderos de cabeza.

—Jovencita, me vas a permitir que me preocupe por ti, al igual que lo hago por mi hijo y por todas las chicas que vienen en busca de ayuda a la asociación. Eso es lo que hacemos las madres, preocuparnos.

Sonreí puesto que Emilia Benson era una mujer de armas tomar. No iba a quedarse cruzada de brazos sabiendo que a mí me preocupaba algo.

—¿Tienes tiempo para un café mañana?

—Lo siento, pero desde esta tarde y hasta el viernes, estaré liada con el trabajo.

—Igual que James, siempre trabajando. ¿Alguna vez os tomáis un día libre? —resopló.

—Estuvimos en Brasil no hace mucho —reí.

—Pues a ver si os vais a otro viajecito de descanso, que falta os hace. Yo puedo quedarme en tu casa con Brenda e Inés para cuidar de Nico. Ya sabes, lo que hacen las abuelas.

—Nico no es uno de los bebés de la asociación —volví a reír—. Y no es que lo diga yo, son las palabras que me suele decir a mí más a menudo de lo que imaginas.

—No me has entendido, o no has querido hacerlo. En fin, busca un hueco en tu apretada agenda, querida, porque vamos a tener una tarde de tiendas y café

la semana que viene. Y no es una simple proposición, Iris, es una orden. Que tengas un buen día.

—Igualmente.

No dije más, ni siquiera traté de rebatirle el hecho de que me acabara de dar una orden como si fuera mi jefa, la verdad es que me gustaba que se portara tan bien conmigo, que se preocupara por mí y los míos, y que me tratara como si fuera una hija.

Eché un vistazo a la agenda y vi que tenía la tarde del martes siguiente completamente despejada, por lo que después de comer con uno de mis clientes, apunté el nombre de Emilia y no tardó en entrar Nikki al despacho, nuestras agendas digitales estaban conectadas.

—¿Ni una sola tarde libre vas a tomarte la próxima semana tampoco? —preguntó con ambas manos en jarras— Hice malabares para cuadrar todo y que tuvieras una tarde completa sin reuniones. ¿Te has dado cuenta que, desde el lunes hasta el viernes, tan solo hay breves descansos de quince minutos entre una cita y otra? Y eso, contando con que sigas los tiempos y no se alargue una de esas visitas más de la cuenta.

—Sigue siendo mi tarde libre, Emilia Benson y yo iremos de tiendas y a tomar café —respondí mientras le enviaba un mensaje a Emilia para informarla—. Puedes estar tranquila, que tus malabares no se van a ver alterados —sonreí mirándola al fin.

—Jefa, eres una yonqui del trabajo, en serio —caminó hasta el escritorio y se sentó frente a mí—. Sé que estos días lo haces para no pensar en nada, pero… Deberías quedarte en casa al menos un par de días después de todo el trabajo que ya tienes planificado.

—Tengo los fines de semana para descansar.

—Qué novedad —volteó los ojos—. Todos nos preocupamos por ti, si caes enferma será peor, y lo sabes.

—Tranquila, que tengo todas mis defensas en perfecto estado, salud de hierro solía decir mi madre —sonreí.

—¿Hola? —preguntó alguien desde fuera.

—¡Ya voy! —gritó Nikki poniéndose en pie, y comenzó a correr hacia la puerta.

No escuché nada más hasta que, unos minutos después, apareció con un gran ramo de flores en un jarrón.

—Son para ti —dijo con una amplia sonrisa.

—¿Para mí?

—Eso pone en el sobrecito que hay aquí —lo señaló dejando el jarrón en el escritorio, y se quedó allí de pie mientras yo cogía el sobre y sacaba la pequeña tarjeta.

—¿Vas a quedarte ahí todo el día? —Arqueé la ceja.

—Solo hasta que sepa de quién es —batió las pestañas la muy condenada.

—Son de James.

—Ah, ese hombre es… —suspiró— Y te está cortejando —de nuevo esa sonrisa.

—¿Qué sabrás tú de eso, chiquilla?

—Mi abuela, que en paz descanse, solía decir que, cuando un hombre le regala flores a una mujer, es porque quiere demostrarle su atención y cariño, y a veces incluso su amor. Y solo para que lo sepas, te voy a dar mi opinión.

—Opinión que yo no te he pedido.

—No, pero eso no tiene importancia —dijo con un movimiento de la mano para dar más veracidad a esas palabras.

—Me la vas a dar de igual modo —suspiré.

—Sí. Como decía, en mi opinión, ese hombre con estas flores te está diciendo que le importas más de lo que puedas imaginar. Y, en serio, sé que estuviste prometida con David y que os queréis y eso, pero… ¿cuántas veces te envió flores? No respondas, porque las dos lo sabemos. Cero —acabó diciendo al tiempo que levantaba la mano juntando todas las puntas de los dedos formando un cero perfecto.

—Nikki.

—¿Sí?

—El teléfono de tu mesa lleva sonando tres minutos —arqueé la ceja.

—¡Oh, cáspita! —salió corriendo y me eché a reír, solo ella podía decir esa palabra, en vez el típico, “joder” o “mierda”. No, Nikki era más comedida a la hora de decir palabras malsonantes.

Respiré hondo mientras miraba las flores, un bonito ramo de mis preferidas, y

yo no se lo había dicho. Aquellos lirios morados siempre me habían gustado.

“Espero que, al verlas durante los próximos días en tu despacho, sonrías, puesto que tienes una sonrisa preciosa. Y que te acuerdes de mí, por supuesto. James”

¿Se podía ser más encantador que él? Y sí, por si la pregunta de si estaba sonriendo rondaba vuestras cabezas… Sí, la más amplia de mis sonrisas había salido a relucir.

Capítulo 2



Y al fin, tras una semana de mucho trabajo, llegó el viernes.

Cuando salí del edificio Jack me esperaba como siempre apoyado en el coche, solo que esa vez lo vi con el móvil en la mano sonriendo mientras tecleaba.

—¿Tu chica misteriosa? —pregunté y me miró.

—Sí.

—Dime que vas a invitarla a salir esta noche, que la llevarás a un elegante y bonito restaurante para cenar, después iréis a tomar una copa, y la dejarás en casa antes de las doce con un dulce beso en la frente.

—Por Dios, qué soy, ¿monje? ¿Un beso en la frente? Con lo que me gustan sus labios.

—Alguien está enamorado —canturreé.

—No sé si tanto, pero que me gusta, y mucho, sí, es un hecho —Jack abrió la puerta y tomé asiento, como siempre, en la parte trasera.

De camino a casa me llegó un mensaje de David, se autoinvitaba junto con Alexis a cenar comida mexicana, puesto que decía que a su sobrino favorito le apetecía y como no podía salir de casa…

En fin, cosas de mis chicos.

Le respondí que no olvidara lo necesario para preparar margaritas, era viernes y quería tomar algunas en el porche cuando mi hijo se fuera a la cama.

—Así que vas a salir con tu chica, ¿cierto? —pregunté antes de bajar del coche cuando aparcó delante de mi casa.

—Sí, pero no prometo comportarme como un monje —volteó los ojos.

—En ese caso, Jack, no hagas nada que yo no haría —le hice un guiño y soltó una carcajada.

—Mejor no preguntar qué harías tú.

—Mejor, mejor. Diviértete, y tienes todo el fin de semana libre, te lo has ganado —dije, apoyando la mano en su hombro.

—¿Consejos doy que para mí no tengo? —Arqueó la ceja— Aplícate el cuento, y tómate unos días libres.

—Para empezar, hoy es noche de margaritas.

Salí del coche y tras cerrar la puerta caminé hasta casa, el coche de Jeff estaba allí, y David aún no había llegado. Cuando entré, saludé a Brenda y a mi hermana que estaban en la cocina, y fui al salón donde Nico, Caroline y su padre, charlaban sentados en los sofás, ella con la pierna en alto debido a la escayola que llevaba.

—Hola —saludé.

—Hola, mamá.

—Iris —Jeff se puso en pie y me saludó con un par de besos—. ¿Cómo estás?

—Bien, algo cansada por la semana de trabajo, pero ahora toca quitarse estos tacones que me están matando, y relajarme el fin de semana en casa.

A ver que me los quitaba y soltaba un suspiro de alivio, Jeff sonrió. Le di un beso a Nico y otro a Caroline y su padre dijo que era hora de irse a casa.

—¿No os quedáis a cenar? —Fruncí el ceño— David está a punto de llegar con comida mexicana. Antojo de mi hijo, por lo visto —arqueé la ceja mirando a Nico.

—Me apetecían unos tacos y quesadillas, mamá.

—No queremos molestar más, bastante haces con tener a mi niña todos los días mientras estoy en el trabajo.

—¿Molestar? Por favor, Jeff, sois como de la familia. Anda, quítate esta corbata —dije acercándome a él para deshacer el nudo y arrebatársela— y la chaqueta, arremángate la camisa y olvídate del trabajo, es viernes.

—Yo que tú haría caso a mi madre —dijo Nico—, o es capaz de atarte a la silla y darte ella misma de cenar —rio.

—No descarto la idea —entrecerré los ojos—. Voy a cambiarme, más vale que sigáis aquí cuando vuelva —señalé a Jeff y asintió.

Caminé descalza y con los zapatos en la mano hasta mi habitación, miré la cama y esta parecería susurrarme “vamos, recuéstate un ratito”, pero no iba a hacerlo, esta noche quería pasarla con los míos y divertirme.

Me puse un pantalón corto, una camiseta de tirantes y ni siquiera me molesté en ponerme zapatillas, caminar por el frío suelo me sentaría mucho mejor, bastante oprimidos había tenido los pies durante todo el día en esos tacones.

Mi móvil empezó a sonar y vi que era James, por lo que me salió una sonrisa en los labios. No le agradecí lo de las flores y tampoco había tenido noticias suyas desde entonces.

—Hola —saludé recostándome en la cama.

—¿Cómo estás, preciosa?

—Agotada, pero ya en casa, por fin. Hoy cenamos comida mexicana que trae David. ¿Y tú?

—En Chicago, el equipo tiene mañana un partido. Se lo habría comentado a Nico, pero imaginé que no lo dejarías viajar.

—Veo que me vas conociendo —sonreí.

—Me dijo mi madre que os veréis el martes.

—Así es.

—Bien, pues ya que vais a ir de tiendas, te aconsejo que te compres un vestido de fiesta, serás mi acompañante el sábado por la noche en el evento anual de verano de los *Warriors*.

—Oh, vaya. No me habías dicho nada.

—Has tenido otras cosas en las que pensar, preciosa. Para mí, al igual que para ti, lo primero es Nico.

—James…

—No digas nada, ¿quieres? Adoro a ese chico, y solo quiero que me vea como un buen amigo.

—Gracias por las flores.

—¿Te llegaron? Pensaba que no.

—Sí, pero, ¿cómo sabías que son mis favoritos?

—Tengo mis recursos.

—Nico, o Inés.

—Puede que ambos —rio.

—Así que has jugado sucio, ya veo… Tendré que preguntarle a tu madre cuál es tu plato favorito. Quizás un día te sorprenda y cocine para ti en tu casa.

—Eso puedo decírtelo yo, preciosa, no necesitas preguntarle a mi madre. Tú eres mi plato favorito, servida en mi cama o cualquier otro lugar, desnuda, entregada a mí, a mi merced o exigiéndome que haga lo que me pides.

Tragué con fuerza y noté que me estremecía, ese hombre conseguía que mi cuerpo reaccionara sin necesidad de estar delante, con tan solo escucharlo

hablar o susurrar aquellas cosas, me encendía.

—Iris —miré hacia la puerta y vi a mi hermana—, David acaba de llegar.

—Ya voy —dije y ella asintió—. Tengo que dejarte, ha llegado la cena. Y después tomaremos unos margaritas.

—Espero que no haya sexo con nadie.

—Oh, no lo había pensado. Igual me lo monto en mi cama con mi ex prometido y su nueva amiga. Dulces sueños, James.

—¿Qué has…? ¿Iris? No cuelgues.

Sonreí cortando la llamada, dejé el móvil en la mesita de noche y fui a recibir a mi mejor amigo y su chica, porque sí, esos dos no es que hubieran formalizado nada, pero tenían una relación de esas de amigos con derecho.

Saludé a ambos con besos y abrazos, miré a David, que me hizo un guiño y supe que había traído todo lo necesario para esos margaritas que tomaríamos después.

Mientras cenábamos en el salón, Alexis se interesó por el estado de los chicos y les dijo que si necesitaban algo no dudaran en pedírselo.

Jeff se integró muy bien con nosotros, reía con las tonterías de David o los comentarios que mi hermana a veces me hacía, y miraba a su hija, quien no había perdido la sonrisa en ningún momento.

—Ahora entiendo que le guste tanto estar en esta casa —comentó cuando acabamos con las últimas quesadillas—. Con tu madre no has tenido estas cenas nunca, ¿verdad?

—No, papá. Ni siquiera me molestaba en preguntarle si podía invitar a Nico. Si ella se iba, simplemente lo llamaba, y ya. No quería cenar sola —se encogió de hombros.

—Las cenas en tu casa, son geniales, Jeff —dijo Nico—. Aquí donde lo veis, con ese traje de ejecutivo serio y despiadado, Jeff es todo un experto en perritos calientes y hamburguesas.

—No exageres, Nico —rio él.

—No estoy exagerando. Y eso que no tiene barbacoa en el apartamento.

—¿Y si hacemos una barbacoa el próximo domingo aquí? —propuse— ¿Os viene bien a la hora de comer?

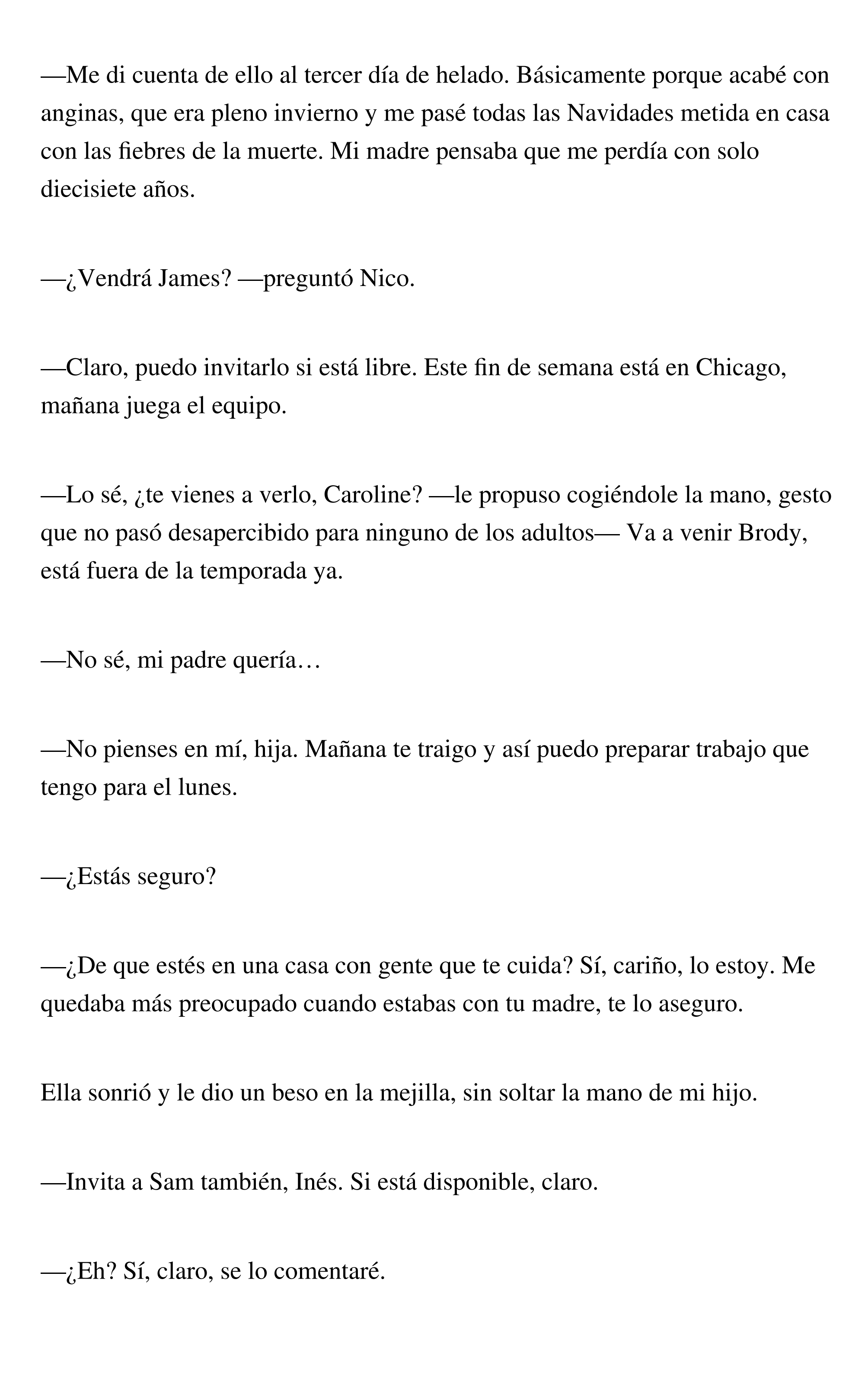
—Eso sería genial, mamá. ¿Puede venir Brody?

—Hijo, por Dios, pues claro que puede venir, y sus padres también.

—Perfecto. Su tía también vendrá, se acaba de divorciar y se ha mudado aquí con ellos.

—Pues le vendrá bien estar rodeada de un montón de gente, las rupturas no hay que pasarlas en casa comiendo helado al más puro estilo Bridget Jones —comentó Alexis, y todos la miramos—. ¿Qué? No me digáis que no habéis visto la película, porque esa mujer, deprimida y con el edredón puesto paseándose por la casa, es un clásico.

—La hemos visto, la cuestión es, bonita, ¿tú has estado así alguna vez? Porque ningún hombre que deje a una maravillosa mujer como tú, merece que estés deprimida —dijo David sosteniéndole la barbilla.



—Me di cuenta de ello al tercer día de helado. Básicamente porque acabé con anginas, que era pleno invierno y me pasé todas las Navidades metida en casa con las fiebres de la muerte. Mi madre pensaba que me perdía con solo diecisiete años.

—¿Vendrá James? —preguntó Nico.

—Claro, puedo invitarlo si está libre. Este fin de semana está en Chicago, mañana juega el equipo.

—Lo sé, ¿te vienes a verlo, Caroline? —le propuso cogiéndole la mano, gesto que no pasó desapercibido para ninguno de los adultos— Va a venir Brody, está fuera de la temporada ya.

—No sé, mi padre quería…

—No pienses en mí, hija. Mañana te traigo y así puedo preparar trabajo que tengo para el lunes.

—¿Estás seguro?

—¿De que estés en una casa con gente que te cuida? Sí, cariño, lo estoy. Me quedaba más preocupado cuando estabas con tu madre, te lo aseguro.

Ella sonrió y le dio un beso en la mejilla, sin soltar la mano de mi hijo.

—Invita a Sam también, Inés. Si está disponible, claro.

—¿Eh? Sí, claro, se lo comentaré.

—Bueno, se hace tarde, será mejor que nos vayamos, hija —dijo Jeff poniéndose en pie para empezar a recoger la mesa.

—¿A dónde crees qué vas? Esto lo recogemos entre todos en un momento, tu hija que se vaya a ver una película con Nico —dijo David con una sonrisa—, y tú te vienes al porche con nosotros a tomar unos margaritas.

—Sí, papá, haz lo que te dijo Iris, disfruta que es viernes —rio Caroline.

—Exacto, y la noche no ha hecho más que empezar —aseguré, poniéndome en pie para empezar a recoger.

Y así fue como una noche de viernes cualquiera, acabé tomando más margaritas de la cuenta, y a la mañana siguiente no supe cómo diantres había llegado hasta mi cama.

Capítulo 3



Jack acababa de dejarme en el centro comercial donde ya estaba Emilia esperándome. Cuando llegué a la cafetería, la vi tomando un sorbo de café mientras echaba un vistazo a una revista.

—Hola, Emilia.

—Iris, querida —sonrió poniéndose en pie y me abrazó—. Vamos a tomar un café y después nos damos una vuelta por las tiendas.

—Me parece perfecto.

Llamó a la camarera, le pidió un café para mí y añadió al pedido un platito de galletas de vainilla que a ella le encantaban.

—Me ha dicho James que lo acompañarás al evento anual de verano del equipo el sábado.

—Sí.

—Pues vamos a buscarte un bonito vestido para la ocasión, deja que yo me encargue —sonrió.

No se me habría ocurrido negarme, Emilia era una mujer acostumbrada a asistir a eventos que requerían cierto código de etiqueta, así que su ayuda me vendría de maravilla.

Ambas nos interesamos por los trabajos de la otra, y ella insistía en que debía tomarme algunos días libres.

—Has pasado por mucho últimamente, Iris —dijo cuando caminábamos hacia la zona de boutiques.

—El trabajo me mantiene ocupada y aleja cualquier pensamiento no deseado de mí —me encogí de hombros.

—Eso me suena —sonrió—. Inés es igual que tú.

—Lo sé.

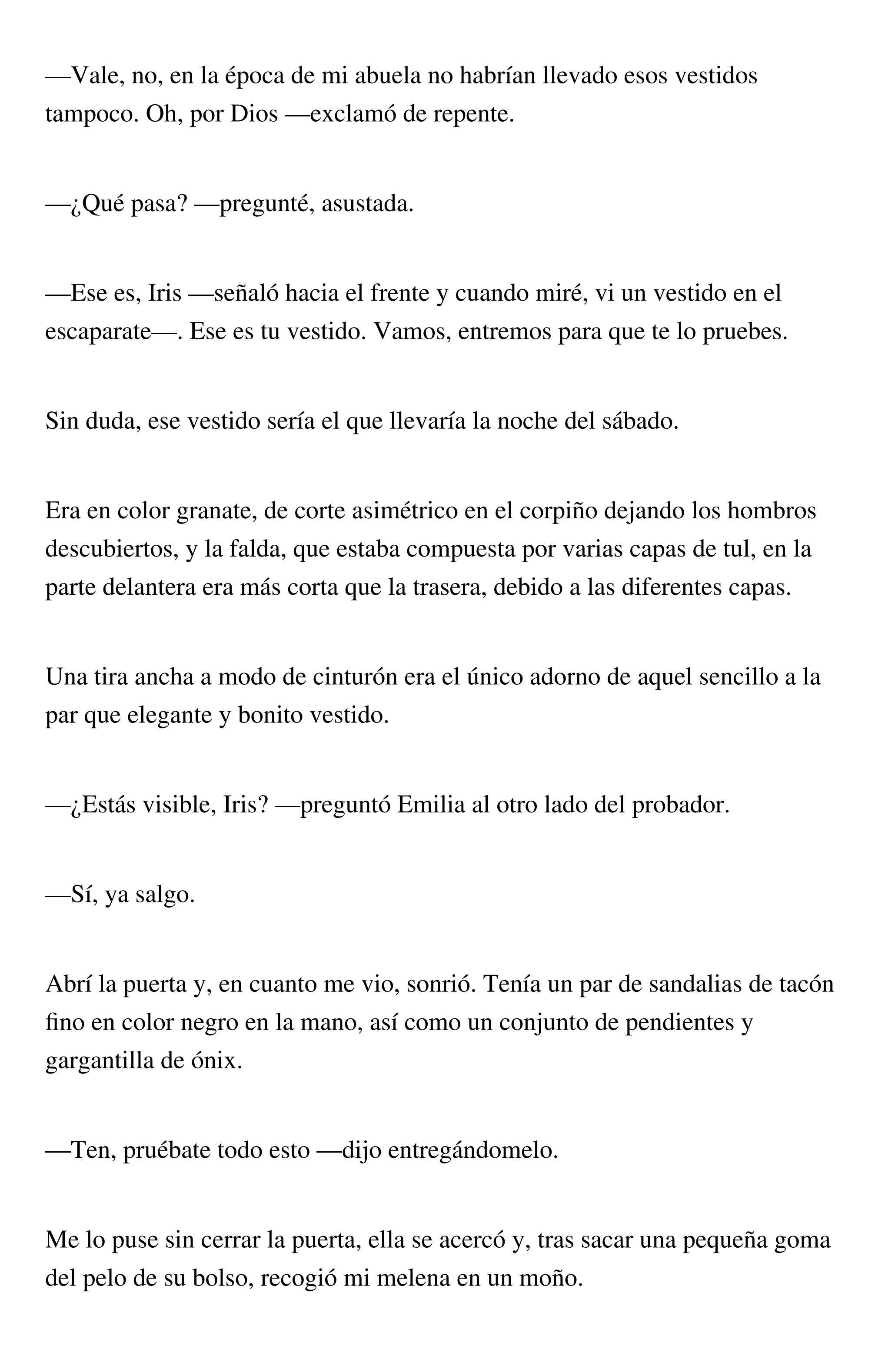
—Ven, entremos aquí.

Las siguientes dos horas, y sin exagerar ni un ápice, las pasamos de boutique en boutique en busca del vestido que debería lucir la noche del sábado.

Había algunos preciosos, pero hasta Emilia aseguraba que eran demasiado conservadores para una mujer como yo, que tenía una figura preciosa y que cualquier cosa me sentaba bien.

—Ese último que te has probado, sin duda podría ser un vestido que llevara mi abuela a una boda —murmuró saliendo de la boutique.

—Qué exagerada eres —reí.



—Vale, no, en la época de mi abuela no habrían llevado esos vestidos tampoco. Oh, por Dios —exclamó de repente.

—¿Qué pasa? —pregunté, asustada.

—Ese es, Iris —señaló hacia el frente y cuando miré, vi un vestido en el escaparate—. Ese es tu vestido. Vamos, entremos para que te lo pruebes.

Sin duda, ese vestido sería el que llevaría la noche del sábado.

Era en color granate, de corte asimétrico en el corpiño dejando los hombros descubiertos, y la falda, que estaba compuesta por varias capas de tul, en la parte delantera era más corta que la trasera, debido a las diferentes capas.

Una tira ancha a modo de cinturón era el único adorno de aquel sencillo a la par que elegante y bonito vestido.

—¿Estás visible, Iris? —preguntó Emilia al otro lado del probador.

—Sí, ya salgo.

Abrí la puerta y, en cuanto me vio, sonrió. Tenía un par de sandalias de tacón fino en color negro en la mano, así como un conjunto de pendientes y gargantilla de ónix.

—Ten, pruébate todo esto —dijo entregándomelo.

Me lo puse sin cerrar la puerta, ella se acercó y, tras sacar una pequeña goma del pelo de su bolso, recogió mi melena en un moño.

—No es perfecto, pero así nos hacemos una idea de cómo te verás.

Y me veía bien, mejor que eso incluso. Me gustaba esa bonita combinación entre amos colores.

—A mi hijo se le caerá la baba cuando te vea —Emilia sonrió con ambas manos apoyadas en mis hombros.

Noté que me sonrojaba y, como solía pasarme cuando James ocupaba mis pensamientos, se me aceleró el pulso.

Volví a ponerme mi ropa de ejecutiva, y cuando salí, la dependienta me esperaba con una sonrisa para saber cómo me había visto con todo el conjunto.

—Estaba preciosa —respondió Emilia por mí.

—Me lo llevo todo —dije entregándoselo, y nos llevó al mostrador donde empaquetó cada cosa cuidadosamente en su caja correspondiente.

Después de pagar fuimos a tomar un helado, Emilia decía que el dulce era lo mejor que había después de unas horas buscando ropa.

Le sonó el móvil y se disculpó para atender la llamada, mientras la esperaba escribí a Inés y le pregunté si le apetecía una de nuestras noches de chicas.

Inés: *¿Te refieres a manicura, pedicura, helado, galletas, y una película? Porque tendrás que volver a mi amor platónico y su perfecto six pack de nuevo.*

Iris: *Hermanita, por ti estoy dispuesta a ver el perfecto six pack de Ryan Gosling siempre que quieras.*

Inés: *Genial. Trae galletas de chocolate, de fresa, y helado de vainilla y nueces, se han acabado.*

Iris: *Santo Dios, mi sobrino va a nacer con diabetes. ¿Te has comido todo eso esta tarde?*

Inés: *No, entre ayer y hoy.*

No pude evitar reírme, Inés siempre había sido golosa, le encantaba el dulce, pero con el embarazo era aún más adicta al azúcar que de costumbre. Decía que, seguro que era porque su hijo había heredado el gusto por lo dulce de ella y de Zack, lo que daba un *alien* con adicción a la glucosa.

—Disculpa la tardanza, querida, pero ya estoy organizando el traslado de todas las chicas a la nueva residencia, y además hemos recibido muchas solicitudes de ayuda de algunas adolescentes que se acaban de quedar en la calle. No entiendo cómo hay padres que pueden hacer eso a sus hijas. ¿Es que no recuerdan que una vez fueron adolescentes también?

—Algunos han debido olvidarse de esa etapa de su vida, sí —me encogí de hombros—. Muchas gracias por una tarde tan divertida, Emilia, realmente no sabía lo mucho que la necesitaba.

—Puedes contar conmigo para estas tardes divertidas de tiendas y helado, siempre que lo necesites. Hablo en serio, Iris, siempre —sonrió al tiempo que me cogía la mano con cariño.

Poco después dimos la tarde por terminada y llamé a Jack para que me esperara en la calle. No se habría ido demasiado lejos, ya que en cuanto salí, lo vi parando.

Me llevó de vuelta a casa, pero antes paramos en la tienda a comprar las provisiones que me había pedido Inés. Ni qué decir tenía que acabé abasteciendo nuestra cocina con toda clase de dulces, galletas y helados que le gustaban a la futura mamá.

Nos despedimos en la puerta hasta la mañana siguiente, y entré avisando de mi llegada.

—¿Y todo ese dulce? —preguntó Brenda cuando fui a dejarlo en la cocina.

—Para la adicta al azúcar —sonreí.

La ayudé a colocarlo y le pedí que nos preparara unos sándwiches de queso fundido para cenar, entré al salón a saludar a Nico y vi que estaba echando un vistazo a los libros que los profesores habían pedido ya para el próximo curso, y eso que el verano no había terminado.

Fui a cambiarme y cuando volvía al salón, al pasar por la habitación de mi hermana la escuché reír, lo que hizo que a mí se me escapara una sonrisa.

Era así como me gustaba verla, sonriente y no llorando.

Sin duda era lógico que llorara, a fin de cuentas, había perdido al amor de su vida y ese era un dolor del que costaba salir.

Ayudé a Brenda con los sándwiches, sacamos limonada y servimos la cena en el salón.

—¿Ya has vuelto? No te oí llegar —dijo Inés entrando en ese momento.

—Y me he cambiado de ropa —volteé los ojos—. ¿Cómo está nuestro bizcochito? —Le acaricié el pequeño bulto que se percibía en su vientre.

—El *alien* con adicción a la glucosa, bien, deseando abrir ese paquete de galletas.

Me eché a reír y nos sentamos a la mesa para cenar, los sándwiches de queso fundido era mejor disfrutarlos calientes y recién hechos.

Nico preguntó qué íbamos a hacer después de la cena, ya que había una película que quería ver, y fue mi hermana quien respondió.

—Querido sobrino, tendrás que ver la película en tu habitación. Tu madre me ha prometido una noche de chicas, o sea, manicura, pedicura, galletas, helado, y Ryan Gosling.

—Tía, ¿aún te dura el enamoramiento con Ryan Gosling? —rio.

—Moriré enamorada platónicamente de ese hombre. Tiene una sonrisa de esas tan dulces.

—Claro, el *six pack* del maduro actor canadiense rubio, no tiene nada que ver con ese amor platónico —comenté.

—Hermana, en esa peli, con esos trajes, Ryan estaba guapísimo. El hecho de que el guion requiriera que se quitara la camisa, fue un valor añadido sin importancia.

—Vale, noche de chicas —dijo Nico, levantando el brazo que no tenía inmovilizado por el vendaje—. Lo capto.

—Así me gusta —mi hermana le hizo un guiño—. Por cierto, Nico. ¿Qué hay con Carolina?

—¿Qué pasa con ella? —Frunció el ceño.

—La otra noche, le cogiste la mano.

—Ah, eso. Bueno, sí, o sea…

—Cariño, ¿estáis saliendo? —pregunté.

—No, mamá, ni siquiera me he atrevido a decirle que me gusta —agachó la mirada y se puso en pie para recoger su plato—. Me voy a mi habitación, la película está a punto de empezar.

—Sobrino, atiende a tu tía un momento, porque va a darte un consejo —dijo mi hermana haciendo que Nico se detuviera—. Cuando encuentres a la chica ideal, nunca debes darte por vencido.

Nico frunció el ceño, abrió la boca, pero la cerró de nuevo, solo para abrirla y darnos las buenas noches.

—¿Le acabas de decir a mi hijo una frase de tu película favorita de Ryan Gosling? —Arqueé la ceja.

—Para que veas, hermana, que *Crazy Stupid Love* no solo me dejó marcada por el *six pack* de Ryan.

Me eché a reír sin poder remediarlo, y es que así era ella, tímida y formal, pero alocada, descarada y divertida cuando la ocasión lo requería.

Terminamos de recoger la mesa y mientras yo preparaba las galletas, el helado y la película, mi hermana fue a por su set de *manipedi* como le gustaba llamarlo.

Y fue así como pasamos las últimas horas de la noche, pintándonos las uñas la una a la otra, mientras comíamos galletas y helado disfrutando del amor que, a fuego lento, se iba cocinando entre Ryan Gosling y Emma Stone.

Capítulo 4



El sábado llegó antes de lo que pensaba, tal vez porque tenía ganas de ver a James, o solo porque los últimos días había estado tan centrada en el trabajo, que se me pasaba el tiempo volando.

—Me voy, chicos —dije entrando en el salón para repartir besos entre mi hijo y mi hermana.

—Fiu, fiu —silbó Inés haciendo que volteara los ojos—. Esta noche te sale novio, chata.

—No uso de eso —reí.

—Estás preciosa, mamá. Vas a dejar a James sin palabras.

—Solo somos amigos, Nico.

—Claro, claro —respondieron ambos, compartiendo una de esas miraditas cómplices que solía ver cuando me iba con James.

—Diviértete, hermana.

Sonreí, me despedí de Brenda que estaba en la cocina preparando unos pasteles para el postre del día siguiente, y salí de casa para encontrarme con James apoyado en el coche.

Deslizó la mirada con una lentitud pasmosa por todo mi cuerpo, y cuando me acerqué lo vi tragar con fuerza.

—Hola —sonreí.

—Hola, preciosa —me rodeó con el brazo por la cintura y me besó en los labios. Si antes, cuando era consciente de que estaba prometida no le importaba hacer eso, ahora que era libre como el viento, mucho menos.

Y qué beso, por el amor de Dios, si hasta me escuché gemir cuando noté que cierta parte de su anatomía se rozaba con mi vientre y palpitaba.

—Estás espectacular esta noche —dijo mirándome fijamente—. Vas a ser la culpable de muchas lesiones de cuello —sonrió.

—¿Qué dices? —reí— No es para tanto, solo es un vestido.

—Un vestido que estoy deseando quitarte —susurró en mi oído y me dio un leve mordisco en el cuello.

Ese hombre era más que consciente del peligro que tenía ese gesto, que mi cuello era muy sensible.

Abrió la puerta del coche, me ayudó a sentarme y se unió a mí poco después, en cuanto puso el coche en marcha entrelazó nuestras manos, esas que permanecieron sobre mi pierna todo el camino.

Llegamos al hotel donde tendría lugar la celebración, James dejó su coche en

manos de uno de los empleados que se encargaban de aparcarlos, y cuando se reunió conmigo me ofreció el brazo para entrar.

Una vez en el gran salón donde ya estaban muchos de los directivos del equipo, así como el dueño, y todos los jugadores, cogimos un par de copas de vino y no tardaron en empezar a saludar a James.

Cuando nos encontramos con Conrad, sonrió al verme y me dio un par de besos.

—Me alegra verte, Iris. Y tan elegante y guapa como siempre —dijo con una sonrisa.

—Gracias.

—Esta noche no vamos a hablar de lo que tú y yo sabemos —me señaló con el dedo sosteniendo su copa—, esta noche, es para divertirse.

—Me parece perfecto, letrado —sonreí.

—Benson, amo a tu chica, es la única que me llama así.

Estaba dando un sorbo a mi copa cuando dijo eso de tu chica, y no me ahogué al escucharlo de casualidad. Miré a James de soslayo y él sonreía.

—Mientras solo la ames por eso, tú y yo seguiremos llevándonos bien.

Charlamos un poco más con Conrad hasta que alguien lo llamó, se disculpó con nosotros y fue a hablar con un grupo de hombres que le recibió entre risas.

—Acabo de ver a Brody —dije—, voy a saludarlo.

James me siguió, pero alguien lo saludó y sonreí a modo de hacerle saber que estaba bien, que podía quedarse allí charlando mientras yo me acercaba a Brody.

Fue sin duda el peor parado en el accidente y tendría que ir en silla de ruedas hasta que tuviera las fracturas completamente recuperadas. Si solo hubiera sido su pierna, como Caroline, podría caminar con muletas, pero al tener también el brazo fracturado, la única opción era una silla, y alguien tenía que empujarla constantemente.

—Brody, qué elegante estás con esmoquin —dije con la mejor de mis sonrisas inclinándome para darle un par de besos.

—No estoy acostumbrado a usarlos, echo de menos mis vaqueros —susurró estas últimas palabras y volteó los ojos, haciéndome sonreír.

—Te contaré un secreto —me incliné más—. Me encantan los zapatos de tacón, pero llevarlos todo el día es agotador. Ahora mismo preferiría mis pantuflas de andar por casa.

Brody soltó una sonora carcajada y me uní a él. Aquel muchacho era solo catorce años menor que yo, pero me hacía aflorar el lado maternal que empleaba con mi hijo y con Caroline.

—¿Cómo están Nico y Caroline? Ayer no pude hablar con ellos, teníamos reunión en el equipo.

—Como tú, quejándose de que les pica todo por culpa del vendaje o la escayola.

—Es que es horroroso, Iris, como si cientos de hormigas pasaran por debajo.

—Gracias por la imagen —me estremecí.

—Sé que siempre me dices lo mismo, pero no puedo evitar disculparme por el accidente.

—No fue tu culpa, Brody, por favor no vuelvas a mencionarlo —le aseguré sentándome al fin en una silla vacía que había a su lado y le cogí la mano—. Soy yo quien siente que estés en esa silla, acababas de fichar por el equipo de tus sueños, y se ha ido tu primera temporada a la mierda.

—No sabía que hablaras así, como a Nico siempre lo reprendes —sonrió.

—Que quede entre nosotros, ¿sí? Le hice un guiño.

—¿Tú también estás coqueteando con mi chica, Fisher? —ambos miramos a James y a pesar de la ceja arqueada, estaba sonriendo.

—No se me ocurriría, James, es la madre de mi mejor amigo.

—Ah, solo por eso.

—¿En serio es tu chica? —Brody sonrió con el ceño fruncido— Tío, es mucha mujer para ti.

Me eché a reír y James me miró con ese gesto dominante y de advertencia que me hizo estremecer y notar calor en cierta parte.

—Es broma, hacéis buena pareja, y desde que os conocí, creí que estabais casados, así que —Brody se encogió de hombros—, felicidades anticipadas

para cuando lo hagáis oficial.

James no tardó en rodearme por la cintura con uno de sus fuertes brazos, dejando claro para todo aquel que nos viera, que estaba con él.

Tras un rato hablando ellos de la recuperación que Brody haría con uno de los fisioterapeutas del equipo, se disculpó cuando lo llamaron un par de jugadores para que posara en la foto, y me despedí de él quedando en vernos en mi casa al día siguiente. Kevin Mills, que aún permanecía convaleciente tras su choque con otro jugador, también estaba allí y vi a Paula acompañándolo.

Nos acercamos a saludarla cuando se quedó sola y nos comentó que le iba bien con Kevin, era un enfermo terrible, pero acababa haciéndole caso aun con sus quejas y suspiros.

James me presentó a algunos patrocinadores, muchos de ellos se interesaron por mi trabajo y acabé repartiendo algunas tarjetas y guardando muchas de las suyas puesto que tenían familiares o conocidos que empezaban con sus negocios y no tenían acceso a un buen préstamo bancario.

Tras una hora por allí disfrutando del cóctel, pasamos a sentarnos en las mesas donde sirvieron la cena, esa que tomamos entre risas y alguna charla de lo más interesante sobre posibles nuevos fichajes. Al parecer los *Warriors* tenían un par de jugadores que les interesaban.

Después de la cena, sirvieron champán para todos y vimos al dueño del equipo subir al improvisado atril que habían colocado.

Dios las gracias a todos por asistir un año más a la cena de verano, elogió a sus jugadores, les felicitó por todas y cada una de las victorias que habían cosechado, brindó por todas las que aún estaban por llegar, y tuvo unas bonitas palabras para los dos jugadores que se perderían varios partidos más hasta que estuvieran completamente recuperados.

Tras sus palabras, brindamos por el equipo y regresó a su mesa junto al resto de directivos.

—Enseguida vuelvo, preciosa —dijo James besándome en la mejilla, y asentí.

Lo vi caminar hacia la puerta de salida e imaginé que iría al cuarto de baño. Eché un vistazo rápido a la sala y vi que a algunos de los jugadores los habían acompañado sus parejas. Entonces la mirada de Paula y la mía se encontraron, estaba a un par de mesas de la mía, y sonreímos, ella se frotaba la barriguita como para calmar al bebé. Kevin, sentado a su lado, posó la mano sobre ella y se inclinó, al verla asentir imaginé que le preguntaba si se encontraba bien. Me constaba, por lo que me había dicho James, que ese hombre se preocupaba mucho por ella y su estado.

—Y aquí tenemos al nuevo trofeo de James Benson —dijo Cintia, aquella odiosa morena a la que esperaba no encontrarme, pero al trabajar en el equipo, eso iba a ser inevitable—. Creí que después de lo que pasó entre nosotros en Chicago, no querrías volver a saber nada de él —había intentado no mirarla, pero esas palabras consiguieron su objetivo, que toda mi atención se centrara en ella—. Oh, no me digas que no te lo ha contado.

—Si no me ha contado nada, es porque lo que pasara en Chicago no debió ser tan importante para él —contesté.

—El sexo entre nosotros siempre ha sido salvaje, único, y memorable. Te aseguro que sí fue importante. Me follé a James, él me folló a mí, y no debió saciarse lo suficiente puesto que me arrinconó en el cuarto de baño del avión para otro poco de sexo sucio.

—No me creo una sola palabra, pero, si es cierto, me alegro de que disfrutaras.

—¿Qué haces aquí, Cintia? Creí dejarte claro ayer que no quería verte cerca de Iris —la voz de James sonó con furia y rabia.

—Oh, solo hablábamos, ¿verdad, querida?

—Sí, pero ya se iba. Creo que tiene a algún pobre amante esperándola para un poco de sexo —respondí, y esas palabras tuvieron dos reacciones de lo más diferentes.

James sonrió antes de inclinarse y besarme en los labios, en los labios damas y caballeros, delante de Cintia y de cientos de pares de ojos que nos rodeaban en aquel salón.

Ella, por su parte, soltó un leve gritito de sorpresa, llevándose la mano al pecho haciéndose la ofendida. Ah, el placer de ver esa ofensa en sus ojos, fue como un buen orgasmo para mí.

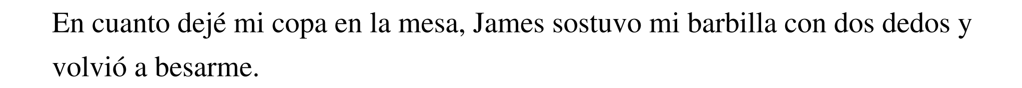
No tardó en irse sin decir una sola palabra, James dio un sorbo a su copa de champán y me preguntó qué me había dicho.

—Que os acostasteis en Chicago.

—Eso es mentira —dijo con el ceño fruncido—. Iris, yo no me…

—Tranquilo, que no la he creído ni una sola palabra. Esa mujer te quiere de vuelta en su cama a toda costa, y cree que soy una de esas chicas a las que habrá espantado otras veces —le quité importancia con la mano—. Si supiera que conozco el mundo en el que os movéis, la incrédula sería ella.

Cogí mi copa y di un buen sorbo, la verdad era que existía la posibilidad de que James y ella sí se hubieran acostado en Chicago, pero sabía que no había sido así.



En cuanto dejé mi copa en la mesa, James sostuvo mi barbilla con dos dedos y volvió a besarme.

—Por cierto, mañana haremos una barbacoa en mi casa, y me gustaría que vinieras —dije.

—Allí estaré —sonrió—. De todos modos, tenía que llevarte de vuelta, ¿no?

—¿No vas a llevarme ahora a casa? —pregunté, haciéndome la sorprendida, elevando ambas cejas.

—Sí, pero a la mía —susurró mirándome con esa intensidad que me hacía hervir la sangre—. Y nos vamos ya.

Se puso en pie, entrelazó nuestras manos y, tras despedirse de los directivos que estaban en la mesa de al lado, caminamos por aquel salón mientras todo el mundo se fijaba en nosotros.

Fue entonces cuando escuché a alguien gritar.

—¡Marca un *touchdown*, James!

Él se echó a reír al tiempo que negaba con la cabeza, miró por encima del hombro y yo hice lo mismo. La sonrisa de varios jugadores en una misma mesa delató al que había dicho aquello.

Brody Fisher, Kevin Mill, Nick Jacobs y Adam Smith, y por el pulgar arriba que mostró este último, supe que había sido él.

Sonreí con timidez y noté que me sonrojaba como una adolescente. Era mucho mayor que esos chicos y me habían hecho empequeñecer durante un

momento por la vergüenza.

James me pasó el brazo por los hombros, besó mi sien y dijo que pensaba marcar más de un *touchdown* esa noche conmigo.

Capítulo 5



Nada más atravesar la puerta de su casa, fuimos hacia el pasillo que nos llevaría al cuarto de juegos.

Entrar en ese lugar era tan excitante como intimidante al mismo tiempo. Sabía que, entre esas cuatro paredes, el placer estaba asegurado, pero lo que ocurriera para llegar hasta él, era un misterio.

—Tú, mandas, preciosa —susurró James a mi espalda, dejando un beso en mi hombro desnudo.

Lo miré de soslayo y sonrió antes de empezar a bajarme la cremallera del vestido.

Tragué saliva con fuerza y dejé que me despojara de toda prenda que, en ese cuarto, no era más que una barrera que me alejaba del placer.

El vestido cayó a mis pies y James comenzó a besarme la espalda mientras sus manos se deslizaban por los costados en una suave caricia. Comenzó a quitarme el tanga y en cuanto lo hizo, separó ligeramente mis piernas y las nalgas.

La húmeda y suave punta de su lengua se deslizó entre los pliegues de mi

sexo, lamiendo el clítoris tan, pero tan despacio, que me estremecí de anticipación.

Me devoró desde atrás, haciendo que todo mi cuerpo temblara, que mis gemidos resonaran fuertes en el cuarto, mientras dejaba caer la cabeza hacia atrás y movía las caderas. Sentía cerca el orgasmo, James me penetró con dos dedos sin dejar de lamer mi sexo, saboreando la esencia de la excitación que él provocaba, y me corrí gritando tan fuerte como me permitía la garganta.

Cuando todo acabó, giré mientras él se incorporaba y le besé, le besé con esas ganas que llevaba acumulando días enteros, con esa necesidad que tenía de él, mostrándole que me entregaba a eso que teníamos, tanto como lo hacía él.

Porque no, desde la primera vez que nos acostamos, no había habido otro hombre que ocupara una cama conmigo, solo James.

Empecé a desnudarlo y eso le pilló por sorpresa, arqueó la ceja y me encogí de hombros. Era mi noche, yo estaba al mando, así que haría lo que quisiera, cuándo y cómo lo quisiera, aparte de pedirle que hiciera cosas, por supuesto.

Este era nuestro juego, un juego al que siempre queríamos jugar los dos.

Lo tenía completa y gloriosamente desnudo delante de mí, pasé la uña por su torso, bajando hasta esa perfecta v que se formaba en sus caderas, y cuando envolví la mano alrededor del miembro erecto, James gimió.

Comencé a masturbarlo despacio, él cerró los ojos y se dejó hacer. Me puse de puntillas, aun con los tacones él seguía siendo más alto que yo, y lo besé en los labios.

—Tócame, James —susurré a modo de orden mientras separaba ligeramente las piernas.

—Sí, señora —respondió mirándome fijamente.

Ambos nos estábamos tocando, compartiendo un beso húmedo y apasionado, hasta que me aparté y, tras arrodillarme ante él, llevé su miembro a mis labios.

Lo acogí en mi boca deslizando la lengua por su longitud, tan despacio que James se tensó y lo vi apretar los dientes. Siseaba mientras hundía los dedos en mi cabello recogido, guiándome en cada movimiento como a él le gustaba.

Seguí y seguí, cada vez más rápido, acogiéndolo mucho más profundamente mientras se me escapaban algunas lágrimas por el esfuerzo, esas que James retiraba con el pulgar de su mano libre.

Me miraba con tanta intensidad que llegaba al corazón.

Deslicé la mano entre mis piernas y comencé a tocarme, quería correrme así, mientras saboreaba a mi hombre.

—Iris —dijo en lo que me pareció un gruñido—. Iris, para o acabaré aquí y ahora.

—Quiero que te corras —le ordené sin apartar la mirada de la suya—. Hazlo sobre mi pecho.

—Dios, mujer —rugió y cuando lo acogí de nuevo en mi boca, ambos aumentamos el ritmo hasta que lo llevé al límite.

James se retiró y tal como le había pedido, derramó su esencia en mi torso mientras yo me corría en mi propia mano.

Cuando acabamos, se inclinó exhausto para besarme en los labios y me cogió

en brazos. Caminó hasta en potro y me dejó allí sentada mientras él iba a uno de los armarios, regresó con una toalla que mojó con el agua de una botella que había cogido.

La pasó por mi torso limpiando con mimo y cuidado, hasta que no quedó ni el más leve rastro de lo que acababa de pasar.

—¿Qué quieres que haga ahora, preciosa? —preguntó colocándose entre mis piernas para besarme, enredé los dedos en su cabello y tiré de él.

—Coge la fusta, la pluma, vibradores, gel y un antifaz.

—Sí, señora.

Me reí al ver que había cuatro vibradores distintos y se encogió de hombros.

—Dijiste vibradores, no cuántos.

—Esa cantidad es perfecta, puedes creerme. Vamos a usarlos todos —eran de varios tamaños así que iba a ser una noche de juegos de lo más interesante.

Me recosté en el potro y le pedí que usara un vibrador, el que quisiera, y lo pasara por todo mi cuerpo, sin excepciones, y me penetrara con él hasta hacerme correr.

James no solo era un amante excelente, sino que, como compañero de juegos a la hora de obedecer mis peticiones, lo hacía sin dudarlo. Aquello para un hombre como él, dominante por naturaleza, era digno de alabar y admirar.

El vibrador pasó por mis pechos, mi vientre, mi sexo hinchado y excitado, así como por el interior de mis muslos. Me masajeaba con él al mismo tiempo que me torturaba cuando lo deslizaba sobre el clítoris, sin llevarme aún al

orgasmo.

Era un vibrador fino, por lo que cuando noté que lo deslizaba entre mis nalgas, no dudé en apoyar los pies en el potro y con solo una mirada supo lo que le pedía.

James cogió el bote de gel y, tras dejarlo caer sobre el vibrador, comenzó a introducirlo poco a poco en mi zona trasera.

Gemía, me estremecía y agarraba con fuerza el potro mientras él me penetraba con él.

—Tócame, James —exigí entre gemido—. Haz que me corra así.

Su pulgar comenzó a hacer fricción en mi clítoris para después pellizcarlo y tirar de él arrancándome un grito tras otro. Me penetró con el dedo en la vagina y al sentirme llena doblemente, mis caderas se movieron solas al ritmo que él marcaba, llevándome al orgasmo con premura.

Entre chillidos y sacudidas me corrí mientras James me observaba, se inclinó para besarme y se bebió cada uno de mis gritos mientras seguía penetrándome alargando así el orgasmo.

Sin fuerzas, así me quedé recostada en el potro, con las piernas y los brazos extendidos, jadeando en busca de aire.

Me ayudó a incorporarme y lo llevé a la cruz, donde le inmovilicé muñecas y tobillos, y lo privé de la vista con el antifaz.

Cogí la pluma y comencé a pasarla por todo su cuerpo, empezando en uno de los tobillos, recorriendo centímetro a centímetro aquella piel brillante por el sudor, acabando en el otro y volviendo a subir para jugar sobre sus pezones.

James se estremecía en mis manos y me encantaba verlo así, entregado a mí, a lo que quisiera hacerle, sin poner ninguna objeción al respecto. Él, al igual que yo, disfrutaba de los juegos que compartíamos en este cuarto.

—Vas a follarme, James —susurré en sus labios—, y no puedes tocarme.

—Me estás torturando.

—Tienes prohibido correrte, si lo haces, habrá un castigo.

—Solo por saber cómo sería ese castigo, estoy por desobedecerte, señora.

—No me pongas a prueba.

Le di la espalda, alineé mis nalgas sobre su erección y lo escuché gemir, sonreí mientras la envolvía con una de mis manos y, tras inclinarme ligeramente hacia adelante, la acerqué a la entrada de mi vagina para después introducirla a lo más hondo de mi ser.

Ambos gemimos y comencé a moverme rápido mientras me tocaba, escuchaba sus jadeos mezclándose con mis gemidos y en cuestión de minutos, volvía a correrme con fuerza sobre él.

Cuando me retiré, lo besé mientras le quitaba el antifaz y cuando se acostumbró de nuevo a la luz, me miró con lujuria.

—Desátame.

—Ha sonado a orden, y te recuerdo que esta noche, yo —me señalé con el dedo en el pecho— estoy al mando.

—Quiero tocarte, sabes que necesito hacerlo.

—¿Y qué más quieres hacer?

—Verte arrodillada en la cama, dándome la espalda, mientras te follo, disfrutando primero de ese precioso, redondo, sensual y provocativo culito que tienes, y después, de tu coño.

Que hablara así de sucio en un momento como ese, me excitaba más si es que eso era posible.

Liberé primero sus tobillos, después las muñecas, y cuando iba a pedirle que me follara hasta que cayera rendida y exhausta en la cama, me cogió en brazos apoderándose de mis labios.

No pude decir una sola palabra mientras me llevaba a la cama, y menos aun cuando me colocó sobre ella, arrodillada y con los codos apoyados en ella, puesto que, tras separar mis nalgas, me penetró por detrás y comenzó a moverse rápidamente, entrando y saliendo mientras con una mano agarraba con fuerza mi cadera, y con la otra me tocaba el clítoris hasta que me hizo correr.

Fue entonces cuando embistió con fuerza penetrándome por la vagina, con esos últimos coletazos del orgasmo, alargándolo aún más y haciendo que enlazara con un nuevo mientras él mismo se corría conmigo.

Dejó caer su pecho sobre mi espalda, me besó el hombro y nuestras respiraciones se acompasaron poco después recuperando el ritmo normal.

James me rodeó la cintura con el brazo para hacerme girar y acabé recostada de espaldas en la cama con él entre mis piernas.

Me observó y acarició la mejilla y el cabello, me besó con ternura y le rodeé el cuello con ambos brazos. ¿Podría pedir un deseo y que este se cumpliera? ¿Podría permitirme desear que James no se marchara nunca de mi vida?

¿En qué momento me había enamorado de él sin darme cuenta?

—Espero que aún tengas fuerzas, porque la noche no ha acabado todavía, preciosa.

—¿Sigo estando al mando? —Entrecerré los ojos.

—Sí, sigues al mando, puedes pedir lo que quieras.

—En ese caso dame un masaje o no aguantaré otra ronda de sexo salvaje y sudoroso.

James soltó una carcajada y después me besó.

—Sí, señora. Voy por lo necesario para su masaje.

Me besó en el cuello y fue en busca de un aceite para masajes que olía a canela y vainilla, me coloqué bocabajo y comenzó a masajearme como él sabía.

Sus manos expertas destensaron todos y cada uno de los músculos de mi cuerpo y, tras varios minutos y bocarriba, comenzó a jugar con mi clítoris, volviendo a excitarme.

—Me encanta lo receptiva que eres. ¿Lista para una nueva ronda de sexo salvaje y sudoroso?

—Sí —jadeé.

Capítulo 6



Después de todo el sexo nos fuimos a su habitación, donde me duchó y me metió en la cama, abrazándome hasta que caí completamente dormida, solo para que al despertar esa mañana de domingo volviera a retomar esos juegos de la noche anterior.

Para cuando quise darme cuenta, eran casi las doce del mediodía y tuvimos que ducharnos rápido y vestirnos para salir corriendo hacia mi casa.

Todos estaban allí, David y Jeff se habían hecho cargo de la barbacoa, y por las miradas de Inés y Nico junto con esas sonrisillas que me dedicaban, lo de que James y yo éramos amigos empezaba a fallar como mentira.

Corrí a mi habitación para ponerme ropa más cómoda y, tras recogerme el pelo en una coleta alta, salí a reunirme con todos en el jardín.

Megan, la madre de Brody, nos presentó a Cloe, su hermana pequeña y recién instalada en la ciudad con ella. Le di la bienvenida a mi casa con un afectuoso abrazo, y sonrió.

—Así que, solo amigos —dijo Nico cuando me acerqué a él.

—Sí, solo amigos.

—Pero has dormido con él.

—Nicolás Duarte…

—Vale, vale, no digo nada más.

Se fue a charlar con Brody y Caroline, James me dio un beso en el cuello y se acercó a David, Jeff, Sam y Bob, el padre de Brody, que tomaban cerveza mientras se hacía la primera tanda de salchichas para los perritos calientes.

—Así que te acabas de divorciar —dijo mi hermana mirando a Cloe.

—Sí, después de diez años juntos, dos solo como matrimonio.

—Es que ahora se ha dado cuenta de que esa no es la vida que quería —comentó Megan volteando los ojos.

—Megan —Cloe suspiró, derrotada.

—¿Qué? A ver si es que estoy mintiendo. Mira, tengo cuarenta y cinco años, mi marido, cincuenta, y llevamos juntos desde que yo tenía quince.

—Tres años que estuvieron manteniendo el secreto porque ella era menor —dijo Cloe con una sonrisa.

—Ya sabes cómo eran papá y mamá, pero cuando le conocieron, se enamoraron tanto como yo. Te lo dije cuando conociste a ese buitre, te la acabaría jugando. No te quería, Cloe, y lo siento. Ese hombre quería casarse mucho antes, ella decía que no cada vez que sacaba el tema. Se casaron hace dos años y ahora, después de que mis padres murieron hace seis meses y no hay tanta herencia como él pensaba, la deja.

—Qué hijo de puta —exclamó Inés.

—Pero en mayúsculas. Eso sí, no quería tener hijos.

—Megan, ya, por favor.

—Cariño, tienes que soltar la rabia —le aconsejó Megan.

—Estoy con ella —dije—. Mira, el padre de Nico me dejó un mes después de saber que estaba embarazada de dos meses. Me cerré al amor y para un hombre al que dejé entrara…

—Una rata de cloaca, hermana, llamemos a las cosas por su nombre —me cortó Inés.

—Me robó dinero de mi empresa dejándome prácticamente sin nada. Empecé de cero, me recuperé, y juré que no dejaría entrar en mi vida y en la de mi hijo a nadie más.

—Pero llegó James —sonrió Alexis—. Después de David, claro.

—¿David? —preguntó Cloe con el ceño fruncido— Creí que él y tú…

—Oh, sí, nos estamos conociendo. Pero es que tanto James como yo aparecimos en la vida de estos dos, que estaban prometidos, y bueno, han cambiado de pareja.

—James y yo solo somos amigos.

—Pero os acostáis, eso es ser amigos con derecho a roce, hermana.

—Y pensaba que tenía una historia rocambolesca a mis espaldas —dijo Cloe elevando ambas cejas.

—Cariño, te dije que estas mujeres te caerían bien.

—Inés, ¿Brenda está preparando tu pollo? —le preguntó Sam acercándose a la mesa donde estábamos todas.

—Sí, tranquilo, y una ensalada —sonrió mi hermana.

—Voy a ver si necesita ayuda —se inclinó y le dio un beso en la mejilla que hizo que mi querida hermanita pequeña se sonrojara.

—¿Me he perdido algo, hermanita?

—¿Eh? No, no, ¿qué te vas a perder?

—Ese beso ha sido muy…

—Íntimo —sonrió Alexis.

—Solo ha sido un beso de amigo, es lo que es, además de mi ginecólogo.

—Disculpa, pero a mis ojos, que soy la nueva —dijo Cloe—, ese hombre quiere algo más que ser tu amigo. Yo pensé que erais pareja, ya que estás embarazada…

—Soy viuda.

—Oh, vaya. Al parecer después del divorcio, tengo un radar de mierda para

las relaciones —resopló.

Me caía bien esa mujer, tenía treinta años y encajaba a la perfección con la variopinta amistad que se había formado entre nosotras en tan poco tiempo.

Sam regresó y dijo que Brenda ya tenía casi todo listo para mi hermana, y traía consigo un par de bandejas con pan de perrito y de hamburguesa que dejó en la mesa.

Las horas pasaban y en ninguno de los corrillos que se había formado faltaban las risas ni la charla. Sam estaba muy pendiente de mi hermana, al igual que James de mí.

El muy descarado aprovechaba cualquier ocasión para darme un beso en la cabeza, cogerme la mano, masajearme los hombros o robarme un fugaz beso en los labios cuando no veía nadie, o eso pensaba él porque las chicas se dieron cuenta de todo.

—Mamá —escuché a Nico a mi espalda cuando estaba en la cocina cogiendo más hielo, ya eran casi las nueve de la noche y llevábamos allí todo el día comiendo y bebiendo.

—Dime, cariño.

—James es un buen tipo, en serio.

—Lo sé —sonreí mirándole.

—Me refiero a que… Bueno, que, si os gustáis y queréis ser pareja, no tienes que preocuparte por mí. La tía Inés y yo hemos hablado, ¿sabes? Y si salís y acaba saliendo mal, como con Trevor, no pasa nada, aunque me encariñe con James porque somos muy parecidos, no me importará no volver a verlo.

—Mi niño —lo abracé y él me besó en la cabeza—. ¿Cuándo has crecido tanto?

—Soy alto desde que tenía doce años —rio.

—No me refería a eso.

—Ya, bueno, no sé. Supongo que ser el hombrecito de la familia me hizo crecer pronto —se encogió de hombros.

—Así que tengo tu bendición para cortejar oficialmente a tu madre —la voz de James nos llegó desde la puerta.

—Solo si me prometes que la vas a cuidar, aunque no lo necesite, el tiempo que estés con ella —le pidió Nico, y por Dios que las lágrimas amenazaban con salir de mis ojos como si fueran una presa abierta.

—Lo prometo —ambos se estrecharon la mano y Nico regresó al jardín—. ¿Es normal que me sienta raro a mis cuarenta años por haber recibido la aprobación de un adolescente de quince para salir con su madre?

—Me siento rara hasta yo, y es mi hijo —reí.

—Vamos fuera, antes de que quiera celebrar esto follándote aquí mismo —susurró.

—¡Adolescente de vuelta! —gritó Nico haciendo que James y yo riéramos con fuerza— Me olvidé del refresco —se encogió de hombros.

—Es un buen chico —dijo James cuando nos quedamos solos—. Le has criado muy bien sola.

—Gracias, hice lo que pude.

Me dio un beso en los labios y regresamos al jardín.

Lo que iba a ser una comida se había convertido en un día entero en muy buena compañía, dando la velada por finalizada a eso de las once y media de la noche.

Cuando todos se marcharon, e Inés y Nico se fueron a la cama, Brenda y yo nos quedamos recogiendo hasta que le dije que podía acostarse, que yo me encargaba de lo poco que quedaba.

En cuanto acabé, me serví una copa de vino y la tomé en el poche, disfrutando de la noche y el silencio, pensando en James y todas esas veces que me había hecho sonreír a lo largo del día.

Noté que me asaltaba el cansancio, era ya la una y media de la madrugada y llevé la copa vacía a la cocina. Cuando iba a salir para irme a la cama, llamaron al timbre y me extrañó dada la hora que era.

Al abrir no encontré a nadie, salvo un sobre en el suelo, uno que me hizo temer lo peor puesto que la noche del accidente, también dejaron un sobre.

Y no me equivoque en mis temores, ya que, al abrirlo, saqué una nota y varias fotografías, en todas ellas aparecía alguien importante para mí o alguno de los míos. Inés, David, Brenda, James, Emilia, Alexis y Sam.

En el papel, una sola pregunta, una que me hizo temblar por el miedo de lo que significaba.

“¿Quién será el siguiente, Iris?”

Capítulo 7



Después de recibir aquella última nota, no había podido dormir en toda la noche.

Me pasé cerca de media hora en la puerta de mi hijo viéndolo dormir, velando sus sueños como había hecho tantas veces cuando no era más que un niño.

Después me asomé a la habitación de Inés. Estaba recostada de lado y dormía con una mano sobre el vientre, con una sonrisa en los labios.

Les había costado tanto a ella y Zack cumplir su deseo de ser padres, que no quería que nadie le arrebatara la felicidad.

Pasé la noche en vela, a base de café sentada en el porche viendo amanecer. Preparé el desayuno y cuando escuché pasos, puse la mejor de mis sonrisas a la mañana siguiente.

Era martes y aunque aquella nota seguía en mi cabeza, me obligué a concentrarme en el trabajo como había hecho tras el accidente de Nico.

No iba a dejar que Trevor ganara, simplemente no podía hacer eso.

Pero tenía que poner al día a mi abogado, por eso lo cité para esa mañana en mi despacho y estaba esperándolo mientras me tomaba un café.

Cuando Nikki me avisó de su llegada, le pedí que lo hiciera pasar y me puse en pie para recibirlo.

—Conrad, buenos días. Gracias por reunirte conmigo a pesar de la poca antelación —dije estrechándole la mano.

—Tenía la mañana libre —sonrió—. ¿Qué ocurre?

Suspiré, saqué el sobre que llevaba conmigo en el bolso desde que lo había recibido, y se lo entregué para que lo viera.

—Es cosa de Trevor, no se conformó con el accidente que provocó quien fuera enviado por él en el que casi pierdo a mi hijo, sino que ahora amenaza con hacer daño a quienes me importan —dije cuando me miró después de ver lo que contenía el sobre—. No va a parar, Conrad, sé que no parará hasta que consiga lo que quiere.

—¿Cuándo has recibido esto? —preguntó con el ceño fruncido.

—El domingo ya de madrugada al lunes. Igual que la noche del accidente, llamaron a la puerta, y cuando abrí solo encontré el sobre.

—Iris, sea quien sea la persona que lo dejó esta noche, no fue Trevor, aunque posiblemente él se lo pida a alguien. Está desaparecido, nadie sabe dónde está.

—¿Cómo que ha desaparecido? Se suponía que, con todas esas denuncias, la policía estaba vigilándole. Por el amor de Dios, les avisé de que mi hijo sufrió un accidente provocado por él o alguien de su entorno. ¿Y ahora me dices que no saben dónde demonios está? —grité entrando en pánico, me puse en pie y

comencé a caminar de un lado a otro detrás de mi escritorio.

Conrad me pedía que me calmara, pero no podía. Ese hombre había atentado contra la vida de mi hijo, quería hacerme daño de aquel modo tan vil y cruel, y ahora había desaparecido.

—Iris, lo encontrarán.

—¿Y si no lo encuentran? —grité, justo en el momento en el que la puerta de mi despacho se abría y entraba David, una de sus visitas sorpresa, como siempre.

—¡Ey! ¿Y esos gritos? —preguntó.

—¿Qué haces aquí? —fue mi respuesta.

—Venía a invitarte a tomar café. Pero, ¿qué pasa? ¿Por qué has venido, Conrad?

—Iris me pidió que viniera, quería hablar de la nueva nota.

—¿Qué nueva nota? —David frunció el ceño, yo suspiré y Conrad se encogió de hombros.

No tuve más remedio que contárselo, se enfadó al saber que no había hablado con nadie al respecto y más cuando vio las fotos. Sí, algunas de las personas más importantes en mi vida y la suya, estaban en esas malditas fotos.

Cuando supo que Trevor estaba en paradero desconocido desde la noche del accidente, y que los más probable era que esa nota la dejara cualquier otra persona a petición suya, se enfadó aún más.

—De ahí mis gritos —le informé.

—No me lo puede creer. ¿Cómo coño se ha escapado?

—No lo sabemos. La policía supone que lo ha hecho para huir de los tipos a los que le debe dinero, al parecer algunos hombres de dudosa reputación estuvieron merodeando por su casa un par de días después de que me dijerais lo del accidente y esa primera nota, debió verles y decidió huir.

—¿Ha cogido algún avión, un tren, un puto autobús? Joder, ¿está usando sus tarjetas de crédito? —preguntó David.

—Ni aviones, ni trenes, ni autobuses. Tampoco ha habido movimiento en sus tarjetas. David, créeme, la policía sabe lo que tiene que buscar.

—Pero ese cabrón ha desaparecido, Conrad, y la vida de nuestra familia está en sus putas manos —se paseó por el despacho con una mano en la cintura y la otra alborotándose el pelo una y otra vez.

—Chicos, la policía está pendiente, tienen su foto en todas las comisarías del país, en cuanto lo vean, será detenido.

—Solo espero que para cuando eso ocurra, no sea demasiado tarde —suspiré.

—¿Y qué hacemos mientras esperamos? ¿Le mandamos dinero por si se queda sin blanca?

—David, tranquilo —le pedí, puesto que lo veía bastante alterado.

—Iris, ese cabrón no va a parar hasta que cedas, y lo sabes.

—Pero no lo voy a hacer, y confío en la policía y en que hará bien su trabajo.

—En cuanto a qué hacéis —dijo Conrad poniéndose en pie—, seguid como hasta ahora, que no note ningún cambio. No creo que esté en la ciudad, pero debe tener ojos en ella para que hayan tomado estas fotos. Sé de cuándo es la foto de James, tuvimos una reunión el miércoles pasado con un par de patrocinadores, la asistente que tenemos es nueva y se le cayó el café encima de la camisa de James. Si Trevor ya no está en su casa de Belmont, y dudo mucho que se haya escondido aquí en San Francisco, tiene a algún amigo ayudándolo. Y si Trevor se pone en contacto contigo, házmelo saber, a ver si podemos dar con su paradero.

—No creo que esta haya sido la última nota —señalé el sobre—, y ojalá que no haga nada para atentar contra la vida de alguno de ellos, porque entonces seré yo la que no pare hasta encontrarlo, y tendrías que representarme por asesinato.

—No digas eso Iris, antes de que tú te manches las manos con ese cabrón, lo mato yo —dijo David.

—Vamos a ser un poco menos sanguinarios, chicos, confiemos en la policía, y de una vez que ese loco esté entre rejas, en la justica. Tiene varias denuncias por amenazas, adjunté a esas denuncias ante el juez la nota de la noche del accidente y aportaré esta también. A veces pienso que ese tío quiere que lo encuentren y lo metan en la cárcel solo para escapar de la gente a la que le debe dinero —suspiró—. Y no me miréis como si estuviera loco, como amigo de abogado, he oído historias de lo más absurdas para eludir a los matones que querían recuperar su dinero. En fin, me voy a ver al juez, al final va a pensar que me gusta y quiero enrollarme con él.

Aquel comentario nos sacó una sonrisa a los tres, más que nada porque a Conrad le gustaban las mujeres.

Quedamos en que cualquier novedad que tuviera se la haría saber, y se marchó dejándonos solos a David y a mí.

—Tendrías que habérmelo dicho —suspiró—. No estás sola con esto, ¿sabes?

—Lo sé, pero no quería que te preocuparas.

—Iris, eres mi familia, ¿cómo no voy a preocuparme? Si os pasara algo a ti, a Nico o a Inés, puedes apostar a que daría con mi sexy culo en la cárcel, porque Trevor sería hombre muerto.

—No digas eso, bastante has hecho por nosotros desde que nos mudamos.

—Y lo seguiría haciendo, pequeñaja, porque eso hace la familia, se cuidan unos a otros. Ahora vamos por un café, o mejor un whisky doble, porque menuda sorpresa me has dado.

—¿No crees que es demasiado temprano para beber?

—No lo es, más que nada porque eso me impedirá llamar a mis chicos y pedirles que pongan al FBI a buscar a Trevor y me lo traigan a la empresa para poder darle un abrazo de oso, de esos que te dejan sin aire en los pulmones, de por vida.

—David… —suspiré.

—Vamos a por ese café, que creo que te hace falta. ¿Has dormido desde el domingo?

—Muy poco.

—Pues tienes que dormir, o acabarás por enfermar. Y te aseguro que no quiero más sorpresas desagradables en un tiempo, ¿vale?

Asentí, recogí mis cosas y salí con él a tomar un café bien cargado a la cafetería de enfrente.

Si no fuera por él, que siempre había sido mi salvavidas…

Capítulo 8



Me esperaba otra noche sin dormir, lo intuía.

A pesar de que David me había pedido horas antes que descansara, era difícil hacerlo.

Después de cenar habíamos visto una película y nada más acabar tanto Inés como Nico se fueron a la cama, mientras Brenda se quedó preparando unas tartaletas de fresa que quería comer mi hermana al día siguiente, y yo salí a trabajar con mi portátil al porche.

Cuando entré por una copa de vino, Brenda ya se iba a la cama, así que regresé al trabajo.

Eran las doce cuando empezó a sonar mi móvil, fruncí el ceño y me sorprendí al ver el nombre de James.

—¿James? ¿Pasa algo?

—Claro que pasa —respondió—. Te he dado todo el día para que me llamaras y me contaras lo de la nota, pero no lo has hecho. ¿No pensabas hablar de ese tema conmigo?

—David y su bocaza —suspiré.

—Sabía que no me lo dirías tú, así que, hizo el trabajo sucio. ¿Por qué, Iris? ¿Por qué no me lo contaste?

—No se lo conté a nadie, porque necesitaba asimilarlo.

—Preciosa, no me dejes fuera, no me apartes de esto. Puedes hablar conmigo siempre.

—Yo… —Cerré los ojos mientras me pasaba la mano por la frente, no sabía qué decir— ¿Puedes venir a casa? Sé que es tarde, pero…

—Voy para allá.

No dijo nada más, cortó la llamada y me quedé allí sentada en silencio mirando hacia la nada con el móvil en la mano.

Ni siquiera sabía cuánto tiempo había pasado desde que hablamos, cuando me llegó un mensaje suyo avisándome de que estaba en la puerta. Debió suponer que todos estaban durmiendo y no quería llamar.

Cuando abrí, allí estaba él, llevando unos vaqueros, camiseta y el pelo alborotado como si hubiera estado horas pasándose la mano por él.

Me cogió en brazos para besarme y le rodeé el cuello abrazándolo. Sentí alivio al estar entre sus brazos. Me consideraba una mujer fuerte, a base de caídas había tenido que serlo, pero con él podía mostrarme un poco menos fuerte que de costumbre.

Cerró la puerta dejándome de nuevo en el suelo y entrelazó la mano con la

mía. Pasamos por la cocina por la botella de vino que tenía abierta y una copa para él, y lo llevé al porche.

Serví las dos copas y tras darle la suya, me cogió por la cintura para que me sentara en su regazo.

Me besó en el hombro desnudo y después en el cuello, bebimos y cuando se recostó en el respaldo del banco, apoyé la cabeza en su hombro.

Podía escuchar el lejano latido de su corazón, así que cerré los ojos y me concentré en él.

—No quiero que te guardes nada, Iris —dijo dándome un beso en la frente—. Estoy aquí para ti, preciosa. Debiste llamarme aquella misma noche. ¿Me equivoco al decir que apenas has dormido desde entonces?

—No, no te equivocas —suspiré.

—Estás demasiado tensa —dijo y se incorporó para dejar su copa en la mesa, cogió la mía y también la dejó.

Después de hacer de que me sentara a horcajadas sobre sus piernas, dándole la espalda, comenzó a masajearme los hombros.

Solté un gemido poco después al notar el alivio en esa zona, y lo siguiente que sentí fueron sus labios dejado pequeños y suaves besos en mi cuello.

Poco a poco las grandes manos de James se deslizaban desde los hombros al cuello y vuelta a los hombros, bajaban por la espalda y entonces se colaron por debajo de mi camiseta, masajeando la espalda directamente con la yema de sus dedos.

Cuando las sentí sobre los pechos, esos que tocaba con delicadeza, me hizo recostarme sobre su pecho y me pidió que cerrara los ojos y me relajara.

Lo hice, a pesar de que sus juguetones dedos me pellizcaban los pezones y poco después una mano se deslizó despacio por el vientre hasta colarse por la tela de mis pantalones cortos y la braguita.

—Iris, estás húmeda —dijo con una especie de gruñido.

No respondí, me limité a moverme muy despacio mientras él jugaba con mi clítoris entre sus dedos, esos que deslizaba entre mis pliegues para después penetrarme.

Empecé a gemir cada vez más seguido, al tiempo que él iba más rápido con sus penetraciones. El punto álgido de mi excitación llegó cuando James llevó la otra mano a mi sexo y, mientras me penetraba con una, comenzó a jugar de nuevo con mi clítoris con la otra.

Dios mío, aquello me era una locura, estábamos en mi casa y cualquiera podría levantarse, escucharme, salir al porche y… y…

—James —jadeé.

—Córrete, preciosa, sé que es lo que necesitas —susurró mordisqueándome ligeramente el lóbulo de la oreja—. Bésame, Iris.

Estallé en un orgasmo increíble mientras lo besaba, de modo que mis gritos quedaron amortiguados por su boca. Menos mal, o de habernos pillado, me habría muerto de vergüenza.

Cuando mi cuerpo se relajó entre sus brazos tras los últimos coletazos del clímax alcanzado, James me abrazó con fuerza, pero yo seguía siendo muy

consciente de la erección que tenía bajo los pantalones.

—Debería irme, creo que estás lista para dormir toda la noche como un bebé —murmuró.

—Quédate —le pedí mientras me giraba, sentándome de modo que quedamos frente a frente—. Por favor, quédate esta noche. Yo… —me pasé la lengua por los labios, mostrándome repentinamente tímida para mi sorpresa— Quiero que duermas conmigo.

—Está bien, me quedaré —sonrió y me besó antes de ponerse en pie llevándome en brazos.

Le indiqué dónde estaba mi habitación y cuando entramos, me dejó en el suelo y por primera vez en toda mi vida, ponía el cerrojo a la puerta.
James arqueó la ceja y me encogí de hombros.

—No quisiera que abrieran la puerta y nos encontraran aquí a los dos.

Sonrió entrelazando nuestras manos y cuando llegamos a la cama, nos desnudamos entre besos.

—Preciosa, tienes que dormir —susurró cogiéndome ambas mejillas entre sus manos.

—Y lo haré, pero después de que me ames, James. Te necesito, te necesito tanto esta noche —murmuré apoyando la frente en su pecho.

—Y me tendrás, cariño, siempre que me necesites, me tendrás —se apoderó de mis labios en un beso tierno.

Terminó de quitarme la braguita y cuando se deshizo del bóxer, me metí en la

cama llevándolo de la mano conmigo.

Separé las piernas para acogerlo, se acomodó entre ellas, y volvimos a besarnos.

No me penetraba, se limitaba a acariciarme con ambas manos por todo el cuerpo, como si para él fuera una pieza delicada.

Solo cuando elevé las caderas en busca de fricción, lo escuché gemir en mis labios y se apartó un poco.

—James, por favor.

—Te ves tan hermosa, desnuda, excitada y temblando por mí —me besó el cuello.

Me mordí el labio cuando noté la punta de su miembro rozando la entrada de mi vagina, pero no me penetraba, se apartaba de nuevo solo para volver a acercarse nuevamente y así, torturarme un poco más.

—James, te necesito —susurré enredando los dedos en su cabello.

—Y me tienes, cariño, me tienes porque soy tuyo.

Sus labios se apoderaron de los míos en un beso apasionado a la par que posesivo, y me penetró.

Gemí mientras recibía de él todo lo que tenía para darme en ese momento, y me abandoné por completo.

Estaba entregada a él, y a esas alturas de la relación que manteníamos, ya era

un hecho que acabaríamos cayendo en la tentación una y otra vez cuando estuviéramos en la intimidad.

Llegados a ese punto de lo que fuera que nos unía, debía reconocer oficialmente que estaba enamorada de él, aunque no se lo diría.

Aquella noche, en la oscuridad de mi habitación, James Benson no me folló, sino que me hizo el amor.

Me amó con sus besos, con sus caricias, sus miradas, sus palabras y sus gestos, y la manera tan cálida e íntima en la que me hizo el amor.

Cuando acabamos, tiempo después que no sabría precisar, me estrechó con fuerza entre sus brazos, me dejó un beso en la frente y poco después, tras un suspiro, acabé quedándome dormida.

Capítulo 9



Cuando comencé a despertarme noté el peso de un brazo sobre la cintura. ¿Me había quedado a dormir entresemana en casa de James?

Y entonces recordé que no estábamos en sus casa, sino en la mía.

Pánico, eso sentí en ese momento, abriendo los ojos sobresaltada por el descubrimiento.

¿Cómo lo iba a hacer para sacar a ese hombre de casa sin que lo vieran? Nico especialmente. Yo era la adulta, la que tenía que dar ejemplo a mi hijo. Si veía a un hombre salir de mi habitación, ¿qué le estaba diciendo? ¿Le daba permiso para que se colara en casa de una chica de madrugada e hicieran…?

—Ay, Dios mío —murmuré girándome y me encontré con el rostro relajado de James, que seguía durmiendo tranquilamente ajeno a mis pensamientos.

Ese hombre era guapo hasta dormido, por favor. Llevé la mano a su mejilla, la acaricié, y cuando mis ojos se posaron en esos cálidos labios, me acerqué a besarlos.

—Buenos días, preciosa —susurró aún con los ojos cerrados.

—Buenos días —respondí, me miró y sonrió.

—¡Ay! —grité cuando me cogió desprevenida, haciendo que me recostara bocarriba y él quedó entre mis piernas.

Se lanzó a por mis labios con desesperación, besaba, mordía y los acariciaba con la lengua mientras notaba su abultado miembro sobre mi sexo.

—James… —murmuré, queriendo que sonara como una advertencia y que parara, pero incluso a mí me sonaba a gemido de necesidad.

Y así lo entendió él, que no tardó en llevar una de sus manos entre nuestros cuerpos, tocar mi clítoris hasta conseguir excitarme más, y penetrarme con fuerza.

Llegada a ese punto, ¿quién era la guapa que se negaba a recibir lo que su hombre quería darle? Yo, desde luego que no.

Fue un encuentro rápido y fogoso, y dado que los rayos del sol atravesaban las ventanas, posiblemente todos estuvieran ya despiertos, por lo que mis gemidos y jadeos murieron en la boca de mi amante.

—¿Sabes? —dijo acariciándome la mejilla, con los ojos, aún velados por el deseo y la lujuria, mirándome fijamente— Me encantaría despertarme así todos los días. Estoy seguro de que iríamos los dos mucho más relajados al trabajo.

—Yo tengo otra pregunta.

—Dime.

—¿Cómo diantres voy a sacarte de mi casa sin que te vea Nico?

Jame es echó a reír, así mismo, con todas sus ganas, y eso no era bueno porque podrían escucharlo, así que le cubrí la boca con mis manos para tratar de amortiguar aquel sonido.

—No creo que se escandalice —dijo cuando cesó su risa—, imagino que sabrá, o al menos lo intuirá, dónde has dormido cuando te llevo a una cita —se inclinó y volvió a besarme—. Vamos a la ducha, me muero de hambre y creo que puedo oler el café desde aquí —hizo un guiño y salió de la cama llevándome con él.

Una ducha, sí, eso necesitaba, porque estaba claro que en cuanto saliera de la habitación y me encontrara con mi familia, me mortificaría la vergüenza. Si me duchaba antes no habría rastro alguno en mi cara que delatara lo que habíamos hecho la noche anterior, y tampoco al despertar, ¿cierto?

Duchados y vestidos, él con sus vaqueros y yo con una falda lápiz, camisa sin mangas y los tacones, salimos de la habitación.

—Tranquila, que no te van a juzgar por esto, preciosa —susurró James en mi oído antes de llegar a la cocina.

—Buenos días —dije anunciando mi presencia.

—Buenos… días —Inés se quedó con los ojos y la boca muy abiertos, alternando la mirada entre James y yo, sin decir nada más.

—Buenos días —saludó él a todos.

—¡Ey! —mi hijo sonreía de oreja a oreja y le ofreció el puño a James para que lo chocara, aquello sí que no lo habría imaginado, por mucho que Nico le

dijera unos días antes que, si me cortejaba, no había problema por su parte.

—James, ¿qué desayunas? —le preguntó Brenda, como si lo más normal para todos fuera que ese hombre estuviera allí, en nuestra cocina.

—Un café solo, me temo que debo irme rápido para no llegar tarde a una reunión de trabajo —respondió, al tiempo que me rodeaba la cintura con un brazo y me besaba la mejilla.

Nico seguía sonriendo, Inés me miraba con una clara pregunta en los ojos que no iba a contestar, no al menos en ese momento, Brenda le sirvió el café y a mí me puso otro con un par de tostadas.

No sabría decir qué me llevó a hacer lo que hice a continuación, pero me salió de un modo tan natural. Tras dar un bocado a la tostada, se la acerqué a James a la boca, me miró con la ceja arqueada y después sonrió antes de darle un mordisco.

La mirada de mi hermana y su sonrisa me hizo voltear los ojos, era como si pudiera decirme que me había vuelto una quinceañera enamorada.

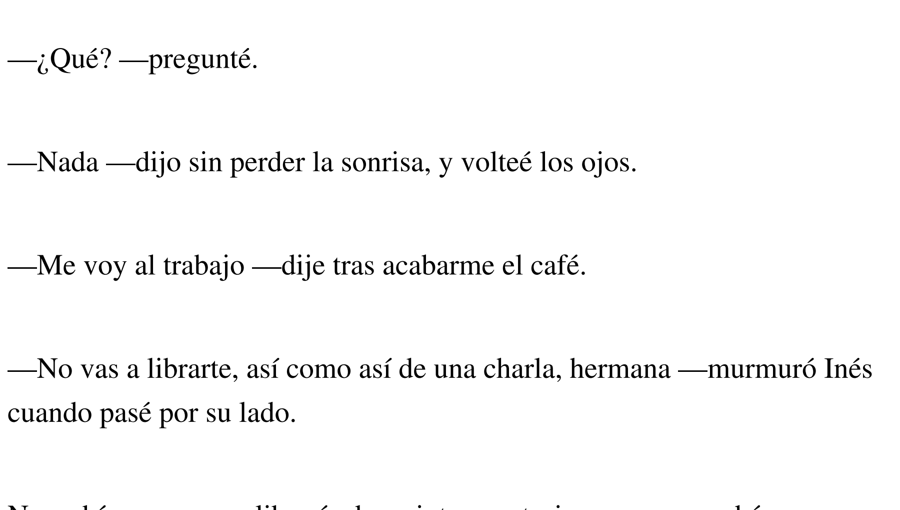
Pero a ver, ¿cómo iba a dejar que se fuera al trabajo sin comer algo sólido? No era más que un mordisco, pero… algo era algo, ¿no?

—Me voy —dijo James inclinándose para besarme en los labios, ¡en los labios!—. Te llamo después, preciosa.

Me limité a asentir, se despidió de todos cogiendo la tostada que quedaba en mi plato, sonrió haciéndome un guiño y lo vi salir de mi cocina. Dios mío, esa espalda, ese cuerpo, era mío.

Al verlo desaparecer definitivamente de mi vista y girarme para coger el café

y dar un sorbo, me encontré con la sonrisita de mi hijo.



—¿Qué? —pregunté.

—Nada —dijo sin perder la sonrisa, y volteé los ojos.

—Me voy al trabajo —dije tras acabarme el café.

—No vas a librarte, así como así de una charla, hermana —murmuró Inés cuando pasé por su lado.

No, sabía que no me libraría de su interrogatorio, pero eso podría esperar, no me veía con la suficiente valentía de responder a según qué cosas delante de mi hijo.

Cuando salí de casa Jack ya estaba esperándome con el coche en la puerta, me llevó a la oficina sin decir una sola palabra y me centré en los últimos correos que había recibido la tarde anterior.

Saludé a Nikki en cuanto llegué a las oficinas, y le pedí que me buscara información sobre una pequeña joyería que había contactado conmigo, mientras revisaba un informe que Mike dijo haberme dejado la tarde anterior en el escritorio.

Y sí, ahí estaba la carpeta. Encendí el portátil, me senté y comencé a leer el informe detallado con los pros y posibles contras de invertir en esa tienda casi en la ruina de ropa masculina.

En ello estaba cuando mi móvil empezó a sonar, lo cogí sin mirar quién era, algo poco habitual en mí, por eso la sorpresa al escuchar la voz de Carlos, fue tan grande.

—¿Pasa algo? ¿Has tenido noticias de Trevor? —pregunté después de su saludo.

—No, no, tranquila —sonrió—. Solo llamaba porque Amanda y yo iremos el viernes a San Francisco, el sábado por la noche tenemos un evento al que asistir y, bueno, quería aprovechar el viaje para verte antes de volver a Los Ángeles.

—Oh, vaya, pues… Claro, sí, podemos tomar café el sábado por la mañana, si os viene bien.

—Sí, por nosotros perfecto. Mándame ubicación y hora de dónde nos vemos, ¿sí?

—Ok.

—Bien, te dejo que entro a los juzgados.

—Sí, esto… Que tengas un buen día, Carlos.

—Igualmente, niñita.

No sabía cómo sentirme ante ese apelativo cariñoso con el que Carlos solía llamarme. Que lo hiciera ahora, tantos años después y con todo lo que había ocurrido entre nosotros, era raro.

Dejé a un lado a Carlos, a Trevor y las preocupaciones que ese último me hacía tener, y me centré en el trabajo.

La boutique de ropa masculina podía ser una gran inversión y, si presentaba al dueño de la firma y a Alexis, tal vez podrían llegar a un acuerdo y vender allí también sus prendas.

Pero eso ya se vería, por lo pronto tenía que ver los números y el margen de beneficio que me reportaría invertir y… no pintaba nada mal.

Eché un vistazo al reloj, las horas parecían volar aquella mañana de miércoles, y todo apuntaba a que los próximos días, también se pasarían rápidos.

Capítulo 10



Después de un par de horas en el despacho, entre llamadas y algunos e-mails, David había enviado un mensaje invitándome a tomar café.

Era viernes, y aquello solía ser habitual en mi mejor amigo.

Estaba en la cafetería frente a nuestros edificios esperándole, con un primer café en la mesa, cuando empezó a sonar mi móvil.

No podía creer que fuera él, pero ahí estaba su nombre en la pantalla.

—¿Has recapacitado, dulce Iris? —preguntó Trevor sin darme tiempo a decir nada— Sé que tu bastardo está vivo, un fallo por parte de quien lo hizo —suspiró—. Ya sabes lo que dicen, si quieres que algo se haga bien, tienes que hacerlo tú mismo. Seguro que la próxima vez, no fallaré.

—Eres un hijo de puta —dije con toda la rabia que sentía en ese momento.

—Mi madre una santa no fue nunca, no —rio—. ¿Dónde está mi dinero?

—No vamos a darte nada, Trevor, ya te lo dije, no accederemos a tus chantajes, ¿me oyes?

—Entonces tendré que pensar en la próxima cosita que voy a quitarte. Ya has visto que tengo muchas opciones. A no ser que… —se quedó callado, y eso no podía ser nada bueno, conocía muy bien a ese desgraciado.

—¿Qué, Trevor? —pregunté tras unos minutos de silencio al otro lado de la línea.

—Que accedas a volver conmigo, nos casemos, y todo lo tuyo sea mío —lo dijo con toda la tranquilidad del mundo, como si yo fuera a hacer tal cosa.

—Te has vuelto loco.

—Puede que el próximo a quien mate sea ese amiguito tuyo, creo que tu bastardo también se lleva muy bien con él. Ya lo has metido en tu casa, y en tu cama, dada la hora a la que llegó la otra noche y se marchó al día siguiente.

Abrí los ojos ante aquellas palabras, ¿seguía vigilándome? Dios mío, ¿lo estaría haciendo ahora mismo?

No entré en pánico, pero me puse en alerta y eché un vistazo lo más disimuladamente posible a mi alrededor, en busca de Trevor.

No lo vi, algo normal si lo pensaba bien, ese hombre era un cabrón y un gilipollas, pero no tan estúpido como para estar en algún lugar cercano a mí. De todos modos, me estaba llamando con su número de teléfono, quizás Conrad tenía razón y quería que lo encontráramos.

—Aunque seguro que él no te folla como lo hacía yo —volvió a hablar—. ¿Me echas de menos?

—Estás enfermo.

—Te haré una buena oferta —comentó, dejando un silencio con el que supuse que pretendía dar emoción al momento y a sus siguientes palabras—. Pasa un fin de semana conmigo, hablamos, y llegamos a un acuerdo.

—No voy a pasar un fin de semana contigo.

—Por los viejos tiempos, mujer. Un buen polvo nos sentará bien a los dos, sobre todo a ti, seguro que ese hombre no te deja satisfecha.

—No vas a conseguir nada, Trevor, nada.

—Dulce Iris… —suspiró— ¿Tengo que quitarte a tu amiguito para que recapacites? ¿Tengo que matarlos uno a uno para que seas consciente de que hablo en serio? Bueno, está bien, si es lo que quieres. Y si él desaparece de nuestras vidas, puede que sea yo quien vaya a verte a ti.

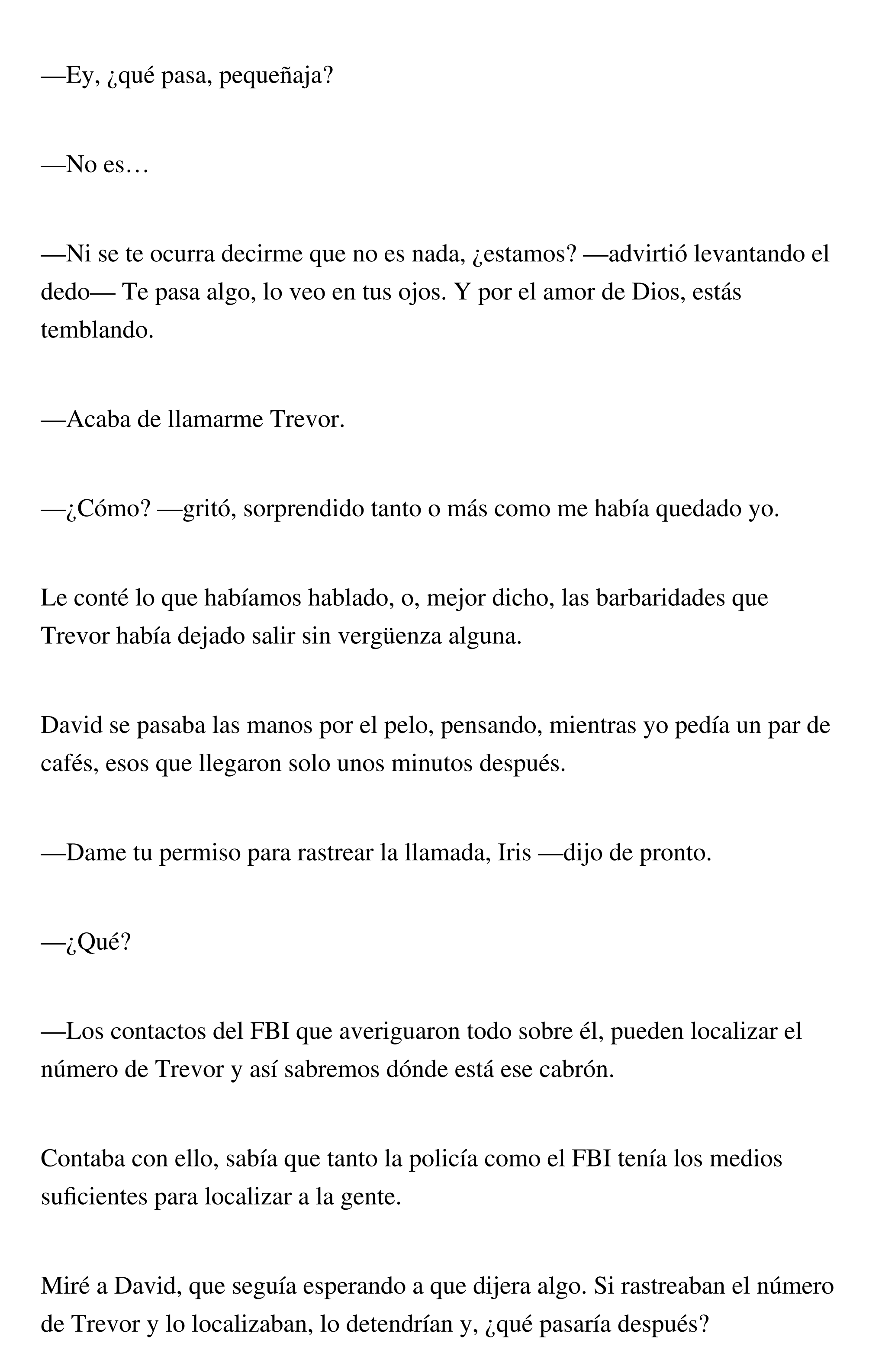
Para cuando quise darme cuenta, la línea estaba en silencio porque Trevor había cortado la llamada.

Cerré los ojos frustrada mientras guardaba el móvil de nuevo en el bolso, cogí el café para dar un sorbo y vi que me temblaban las manos.

Iba en serio, sabía que iba en serio con esa amenaza. Y no quería perder a nadie, casi muere mi hijo por su culpa y eso me habría destruido. ¿Qué pasaría si lo intentaba con Inés y el bebé?

—Ya estoy aquí —me giré al escuchar a David—. Siento el retraso, la reunión con el cliente se alargó un poco más de lo esperado.

—No pasa nada —dije con una sonrisa que ambos sabíamos que no había llegado a mis ojos.



—Ey, ¿qué pasa, pequeñaja?

—No es…

—Ni se te ocurra decirme que no es nada, ¿estamos? —advirtió levantando el dedo— Te pasa algo, lo veo en tus ojos. Y por el amor de Dios, estás temblando.

—Acaba de llamarme Trevor.

—¿Cómo? —gritó, sorprendido tanto o más como me había quedado yo.

Le conté lo que habíamos hablado, o, mejor dicho, las barbaridades que Trevor había dejado salir sin vergüenza alguna.

David se pasaba las manos por el pelo, pensando, mientras yo pedía un par de cafés, esos que llegaron solo unos minutos después.

—Dame tu permiso para rastrear la llamada, Iris —dijo de pronto.

—¿Qué?

—Los contactos del FBI que averiguaron todo sobre él, pueden localizar el número de Trevor y así sabremos dónde está ese cabrón.

Contaba con ello, sabía que tanto la policía como el FBI tenía los medios suficientes para localizar a la gente.

Miré a David, que seguía esperando a que dijera algo. Si rastreaban el número de Trevor y lo localizaban, lo detendrían y, ¿qué pasaría después?

¿Iría a la cárcel por los chantajes, las amenazas y el haber pedido a alguien que provocara el accidente de mi hijo, librándose de la gente a la que le debía dinero? Ese sería un final muy rápido y satisfactorio para Trevor, si Conrad estaba en lo cierto y era lo que pretendía, librarse, aunque fuera en la cárcel, del pago de sus deudas.

—Iris —me llamó al ver que me había quedado perdida en mis pensamientos.

—Sí, sí, está bien, te daré el número desde el que me ha llamado —accedí, pero en mi mente había otros planes, unos que no pensaba contarle ni, a mi mejor amigo, ni a nadie de mi entorno, ni siquiera a mi abogado.

Aquello era problema mío, era yo quien salí con ese idiota, y sería yo quien nos sacaría a todos de este lío.

No, no aceptaría sus chantajes ni sus amenazas, pero tenía que proteger a los míos, como siempre había hecho.

Saqué el móvil del bolso, la libreta y un bolígrafo, y garabateé el número de teléfono en el papel entregándoselo a David.

—Solo te pido una cosa —dije mientras guardaba todo de nuevo.

—¿El qué?

—No hagas nada hasta el lunes.

—¿Por qué no?

—Ya has oído lo que me ha dicho Trevor, quizás venga él mismo para intentar… quitar a James del medio. ¿Y si lo hace este fin de semana? —Me

miró con la ceja arqueada, pero yo necesitaba ganar tiempo como fuera.

—Ojalá aparezca por la ciudad este fin de semana, porque te juro que no sale de ella, si no es en una puta caja de pino.

Se guardó el papel con el número de teléfono en el bolsillo del pantalón, cogió la taza de café y dio un buen sorbo antes de recostarse hacia atrás en la silla. David se preocupaba por mí, pero yo de él también. Había sido mi mayor apoyo cuando perdimos a mis padres y siempre estaría en deuda con él.

—Mañana voy a ver a Carlos y su mujer —dije y me miró con la ceja arqueada.

Le hablé de la llamada que me hizo el padre de mi hijo unos días atrás, y le aseguré que aprovecharía aquella visita para contarle lo de las notas y el accidente de Nico, puesto que aún no lo había hecho y Conrad me dijo que no se lo había mencionado, que pensó que eso debería hacerlo yo, y eso haría.

Después de café nos despedimos, y sin que me lo dijera, sabía que acabaría llamando a James para contarle las nuevas noticias. Tampoco es que me fuera a molestar, contaba con ello, y aunque le había dicho a James que no lo dejaría al margen, que hablaría con él, siempre podía decirle que necesitaba estar tranquila para contárselo. Otra cosa era que lo creyera.

Capítulo 11



Había echado de menos mi cafetería favorita, debía reconocerlo, pero con todo lo ocurrido en mi vida en las últimas semanas, no había ido a disfrutar allí de las vistas y el café.

Por eso fue el lugar elegido para encontrarme con Carlos y su esposa esa mañana.

—Hola, Iris —me saludó Tiffany, la dueña, con su habitual sonrisa—. ¿Café?

—Sí, por favor, y trae una bandeja de tus pasteles de limón, estoy esperando a alguien.

—Claro, ahora mismo te lo sirvo.

Asentí y volví a concentrarme en el *Golden Gate*, ese por el que los coches iban y venían todo el tiempo, a todas horas.

—Iris —me giré al escucharla voz de Carlos, y lo vi ahí parado sonriendo junto a su esposa Amanda.

—Hola —sonreí poniéndome en pie y lo saludé con un par de besos.

—Ella es Amanda, mi esposa.

—Encantada —dije acercándome para saludarla también.

—Por fin te conozco en persona, y deja que te diga que las fotos en las que te he visto, no te hacían justicia.

—Gracias. Sentaos, por favor.

Carlos se acomodó a mi izquierda y ella enfrente, de modo que quedó entre los dos.

Tiffany trajo el café y los pasteles, ellos pidieron los suyos y en cuanto nos quedamos solos, Carlos empezó a hablar.

—El otro día preguntaste por Trevor. ¿Has sabido algo de él?

—Sí, y nada bueno —suspiré.

—A ver, no hablemos de eso, chicos. Mejor, dinos cómo está Nico —Amanda sonrió y supe que era el momento de informar a Carlos de los últimos acontecimientos.

Tiffany regresó con los cafés, sonreí en agradecimiento y empecé a contarles todo desde la noche del accidente.

Carlos me miraba con los ojos muy abiertos, incluso en algún momento lo vi apretar los puños con fuerza.

—Ese hombre no va a parar hasta que le deis el dinero —dijo Amanda con un

suspiro antes de que acabara mi relato.

—O que me case con él y de dé todo lo que tengo —me encogí de hombros.

—¿Te ha pedido eso? —exclamó con los ojos muy abiertos, y asentí— No lo hagas, es una locura.

—Créeme, David opina igual.

—Ese es tu ex prometido, ¿verdad?

—Sí, pero siempre fue y será mi mejor amigo.

—Voy a vender unas propiedades que me dejaron mis padres, no sacaré los quinientos mil que pide, pero… —dijo Carlos.

—No, no vamos a ceder a sus chantajes, ya hablamos de eso.

—Iris, la vida de quienes te importan, y la tuya propia, están en juego. Mira, sé que no tengo derechos sobre Nico, y que fui un cabrón cuando te dejé.

—Un cabrón muy grande, amor, ya te lo dije —añadió Amanda, que me hizo sonreír cuando me guiñó el ojo.

—Fui un cabrón muy grande —la miró a ella—, pero quiero ayudarte —sonaba sincero mientras me miraba.

—Puedo arreglármelas sola, en serio —respondí apartando la mirada.

Carlos suspiró y empezó a negar moviendo la cabeza de un lado a otro.

Amanda dio una palmada y cambió de tema, preguntando por mi trabajo y en un momento dado, por el pasado de su esposo.

Era raro hablar de Carlos con ella, a pesar de saber que su matrimonio era una farsa, tanto como lo había sido mi compromiso con David, pero ella era una mujer bastante agradable y simpática.

Tras algo más de una hora allí sentados hablando, se despidieron y Carlos me pidió que lo llamara si necesitaba algo.

—Lo que sea, Iris, de verdad, cualquier cosa. Y, por favor, mantenme informado de todo lo concerniente a Trevor.

—Vale. Divertíos esta noche —sonreí.

—Mientras haya bebida, aunque sea sin alcohol, podré soportar a algunas personas a las que no aguanto en estos eventos —dijo Amanda—. Me ha encantado conocerte, Iris. Y me gustaría que pudiéramos estar en contacto.

—Yo…

—No es necesario que respondas ahora —sonrió—. Solo, piénsalo.

Asentí, nos despedimos y cuando les vi marcharse en el coche que habían alquilado, me fui hacia la playa.

Llevaba vaqueros, así que me los arremangué hasta un poco más arriba de los tobillos, me quité las deportivas y, con ellas en la mano, comencé a pasear sintiendo la arena bajo mis pies.

Pensé en lo que dijo Amanda, eso de que pudiéramos estar en contacto. Me había parecido una buena mujer, y simpática, podía entender por qué Carlos

llegó a hacerse amigo de ella.

Pero mantener el contacto con Amanda, supondría tener a Carlos en mi vida de nuevo, y bastante había sido para mí, volver a verlo después de tanto tiempo.

Y se había preocupado por mí y los míos en cuanto a las amenazas de Trevor.

Suspiré cerrando los ojos mientras me detenía mirando al cielo, respirando hondo y notando el agua que llegaba a la orilla.

Había estado dándole vueltas a lo que quería hacer desde la mañana anterior, sabía que era una locura, pero, ¿qué otra opción tenía?

Mi móvil empezó a sonar, lo saqué del bolso y vi el nombre de James en la pantalla. Mucho había tardado en llamarlo David.

—Hola —lo saludé.

—Creí que había quedado claro que ibas a contarme todo —fue su respuesta.

—Quería estar más tranquila para hablar contigo sobre eso.

—Así que sabes a qué me refiero, bien.

—Sí, James, sé a qué te refieres —suspiré—. Lo que sigo sin entender es por qué David se empeña en contarte lo que hablo con él.

—Porque sabe que, por ti sola, no me lo dirás. Tenemos que vernos, preciosa.

—Estoy en la playa, te mando la ubicación.

—Salgo ya de casa.

Cortamos la llamada y le mandé la ubicación con el nombre de la cafetería, donde me dirigí a esperarlo.

No es que hubiera estado evitando esta conversación, ni mucho menos, pero como le había dicho, necesitaba estar tranquila antes de sentarme con él. No quería que supiera lo que se me había pasado por la cabeza, puesto que James sería el único capaz de quitarme la idea.

—Qué corto ha sido tu paseo —dijo Tiffany con una sonrisa cuando me senté en la misma mesa.

—Acaban de invitarme a café y, ya que estaba por aquí —me encogí de hombros.

—Claro que sí, mejor en la cafetería de Tiffany, que te trata como a una reina —hizo un guiño y me eché a reír, la pelirroja era única.

No hizo falta que le pidiera nada, me sirvió el café de siempre y esperé a que llegara James.

Poco después noté un estremecimiento por el cuerpo, y al mirar hacia la puerta, lo vi entrar.

Sin duda alguna, mi mente sabía cuándo el hombre que me hacía perder el control de mí misma estaba cerca.

Capítulo 12



En cuanto llegó a la mesa, se inclinó apoyado en el respaldo de mi silla y me besó, lo que hizo que me sonrojara como una jovencita avergonzada.

—Hola, preciosa.

—Hola.

—¡Hola! ¿Qué vas a tomar, guapo? —preguntó Tiffany con una sonrisa— Además de los besos de mi clienta favorita.

James se echó a reír y pidió un café, la loca de Tiffany asintió y fue a la barra a prepararlo.

—Parece simpática, espero que no estuviera intentando ligar conmigo.

—Tranquilo, ella es inofensiva. Solo liga cuando sale de copas con sus amistades.

—¿Cómo estás, cariño? —preguntó cogiéndome la mano.

—Bien, no tenéis que preocuparos, de verdad. Trevor llamó, volvió a pedir

dinero y le dije que no.

—David me contó algunas cosas más.

—Por eso te doy la versión corta, porque sé que él te lo contó todo —suspiré.

—Aquí tienes el café. Si necesitáis algo más, no tenéis más que pedirlo.

—Gracias —respondió James con una sonrisa.

—Eres una mujer con suerte, Iris —me dijo Tiffany—. Si te dedica a ti una sonrisa así de sexy, chica, tienes que estar, pero que muy satisfecha en…

—Tif —reí, pero con cierta vergüenza.

—Huy, me pasé. Ah, ahí llegan más clientes.

Se alejó y James y yo nos quedamos riendo.

—Desde luego es un poquito descarada.

—No, es que no tiene filtro a la hora de hablar, se cree que está con sus amigas —sonreí cogiendo la taza de café.

—¿Por qué le pediste a David que esperara hasta el lunes para que rastreen el móvil de Trevor?

—Por si decidía aparecer este fin de semana. James, sabía que te quedaste la otra noche en mi casa, sigue teniendo a alguien vigilando lo que hago.

—Razón de más para que la policía intervenga.

—No.

—¿Y a qué esperamos, Iris? ¿A que te mate?

—A mí no me hará nada, necesita mi dinero.

—Claro, por eso quiere que vuelvas con él. Escúchame, preciosa —dijo acercándose más a mí y cogiéndome ambas mejillas entre sus manos—. No voy a perderte, ¿me oyes? No voy a permitir que ese hombre se salga con la suya. Puede hacer daño a alguien de tu familia.

—Tu madre y tú también estabais en esas fotos —murmuré en apenas un hilo de voz, y cuando me escuchó, se le abrieron mucho los ojos—. ¿David no te lo había dicho?

—No, solo dijo que había algo de esa conversación que tendrías que decirme tú. ¿Hay algo más aparte de que te amenaza con hacernos algo a mi madre o a mí?

—¿Qué sabes? Es para no repetir lo mismo.

—Trevor quiere el dinero a toda costa, si no se lo das, puede empezar a hacer daño a la gente que te importa.

—Vale, me ha dejado a mí contarte la parte más emocionante —suspiré y di un sorbo al café.

—¿A qué te refieres?

—Hay algunas… opciones alternativas que me ha propuesto.

—¿Por ejemplo? —Frunció el ceño.

—Que pase un fin de semana con él para hablar sobre que volvamos, nos casemos y que todo lo mío pase a ser suyo.

—No, ni hablar.

—O que tú desaparezcas de mi vida, y él venga para intentar que vuelva con él.

—Menos todavía. No voy a dejar que ese cabrón te ponga una sola mano encima, ya lo hizo, y me costó mucho no ir a buscarlo y partirle la cara por esas marcas que te dejó en el cuello.

—James.

—No, Iris —volvió a cogerme las mejillas—. No es una opción que vuelvas con él.

—Carlos ha dicho que podría vender unas propiedades que tiene. Sé que dije que no íbamos a ceder, pero…

—Cariño, tú misma lo dijiste, si cedéis una vez, ese hombre verá un cheque en blanco con vosotros y puede pedir más dinero. Voy a preguntarte algo, y espero que no te moleste —asentí, dándole a entender que podía hacer la pregunta—. Si los padres de Carlos ya no están, ¿qué importancia habría en que se supiera que Nico es nieto de un importante juez español ya fallecido?

—Eso sería lo de menos, lo que hacemos es evitar que la verdad del matrimonio de Carlos y Amanda salga a la luz, por no hablar de que el padre de ella lo odiaría por no ser un hombre íntegro y familiar como siempre se ha

mostrado con él.

—Sería capaz de cogeros ahora mismo a ti y nuestras familias, y desaparecer. Podemos empezar de cero en otro lugar.

—No le haría eso a mi hijo, ni a tu madre. Ella se desvive por la asociación.

—Por eso precisamente no lo hago. Si estuviéramos solo tú y yo, ya te habría sacado del país —pegó su frente a la mía y cerró los ojos, hice lo mismo y me quedé durante aquellos segundos sintiendo esa paz que me transmitía.

Me dolía pensar en lo que pretendía hacer y no contárselo, pero era mejor que nadie supiera nada al respecto.

—Tengo una idea —dijo de pronto.

—¿En qué has pensado para tener esa sonrisa? —pregunté.

—Llama a tu hermana, que prepare un par de bolsas con ropa para ti y para ella, y que Nico haga otra. Os venís a mi casa a pasar el resto del fin de semana.

—¿Estás loco? Y si encuentran el…

—Cariño, a ojos de todo el mundo, eso no es más que un espejo —sonrió—. Si quieres, David y Alexis pueden venir también. Incluso Sam, me pareció que había química entre él e Inés.

—Química, no sé, pero él está muy pendiente de ella siempre. ¿Y seguro que quieres llevar a David a tu casa? Por Dios, él sí sabe lo que hay detrás del espejo.

—Correremos el riesgo, igual nos sorprende y se lleva a Alexis a jugar —hizo un guiño.

—Sí, al veo, veo, van a jugar ahí dentro —resoplé.

—Venga lo pasaremos bien. Podemos hacer una fiesta en la playa esta noche, con una hoguera, y dormir allí, bajo las estrellas.

—Qué romántico, señor Benson —reí.

—Soy un romántico, preciosa —dijo acariciándome la barbilla—. Algún día verás cómo de romántico puedo ser.

Capítulo 13



Poco antes de la una de la tarde, estábamos todos en casa de James. Nosotros compramos comida de camino y David se encargó de la bebida.

Al final también invitó a Caroline, Nico dijo que su padre se iba a mediodía a Chicago por trabajo y que se quedaría con nosotros, así que vino con él y mi hermana.

Como solo había tres habitaciones de invitados, Nico y ella se ofrecieron a dormir en el salón de modo que David y Alexis ocuparan una, e Inés y Sam las otras dos.

—Vaya casa tiene mi cuñado, hermana —dijo Inés llegando a mi lado mientras se tomaba un vaso de zumo con la mano en el vientre.

—¿Tu cuñado? Mucho corres tú, me parece a mí —arqueé la ceja.

—Tranquila, que no me escuchará llamárselo. Pero en serio, me encanta la casa. Y te veo aquí viviendo, sí.

—Señorita Iris —me giré al escuchar la voz de Rosita, hasta ese día no había tenido el placer de conocerla puesto que James solía darle los fines de semana libres, y ese no era una excepción solo que se iría por la noche a casa de una

amiga—. El señor me dijo que van a preparar carne en la barbacoa, pero que la señorita Inés no tomará eso. ¿Qué le preparo?

—Lo primero, no nos llames señorita, si no se lo consiento a Brenda, que trabaja para mí, a ti, tampoco —sonreí.

—Es la costumbre, ya sabe…

—De usted tampoco la trates, Rosita —dijo mi hermana—, que es como si dijeras que tiene setenta años por lo menos.

—Ay, niña Inés, qué cosas tiene —rio.

—Un avance, soy niña Inés, me gusta. Si tienes pollo y ensalada, o algo de pasta, me servirá para comer.

—Bien, bien. Me dijo el señor que estarán en la casa hasta mañana por la noche.

—Así es —respondí.

—Voy a preparar comida para mañana, así no tendrán que pedirla.

—Rosita, que es tu día libre.

—Señori… —carraspeó— Iris, mientras haya gente en la casa y yo esté en ella, estoy de servicio. Además, así me distraigo hasta que me vaya a arreglar.

—Si os está diciendo que va a cocinar para mañana, no se lo impidáis —dijo James llegando en ese momento—. Es una mujer muy testaruda.

—Eso ya lo hemos visto —sonrió Inés.

James me dio un beso en los labios y entró en la casa, acompañando a Rosita a la cocina.

Inés y yo nos quedamos mirando y no tardé en escucharla reír por lo bajo.

—¿Qué pasa?

—Que estás enamorada, hermana, menudo suspiro se te ha escapado al verle el culo.

—¿Qué dices? No he suspirado.

—No te has oído, que es distinto, porque suspirar, sí que has suspirado. ¿Sabes? Me voy a poner el bikini para meterme en la piscina y después, tumbarme en una de esas cómodas camitas que me llaman a gritos. ¿Las oyes? —preguntó con la mano en una oreja.

—No oigo nada, Inés.

—Sí, sí, mira, escucha —se acercó más a mí—. Inés, ven, ven a tumbarte —canturreó y me eché a reír.

—Estás loca, hermanita.

En ese momento la que hizo un ruido fue ella, y cuando miré hacia donde se habían dirigido sus ojos, me encontré con el ginecólogo sin camiseta mostrando todos sus músculos y perfectos abdominales.

—Dios mío, ¿ese es tu ginecólogo? —preguntó Alexis uniéndose a nosotras—

Tengo que cambiar de clínica, el doctor Ferguson es un señor de sesenta años que… Ugh, me estremezco de recordarle.

—Joder con el doctorcito, qué escondidos tenía esos abdominales —dije.

—Madre del amor hermoso. María Magdalena, ponme una venda en los ojos —escuché decir a Inés—. Esto es malo para mí, soy una hormona con piernas y llevo sin sexo…

—Pues ponle remedio, que yo creo que el doctorcito, como lo ha llamado Iris, no tendrá problema en ayudarte con ese asunto. Si no tuviera a David para esa ayudita, sin duda, ese hombre sería perfecto.

—¿Qué dices? ¿Cómo voy a decirle que me dé un poco de buen sexo? —exclamó, y la muy jodida parecía horrorizada.

—Pues diciéndoselo. Tú te acercas, le coqueteas, dejas que te pase el brazo por los hombros, que te bese la sien, y ya cuando lo tengas en el bote, ¡bam! Le dices que te dé un meneíto.

—Alexis, creo que pasas demasiado tiempo con David —contestó Inés.

—Pues yo estoy de acuerdo con ella.

—Tú, ¿qué? Hermana, por favor, que eres la adulta, la voz de mi conciencia.

—Pues por eso, creo que deberías pedirle al doctorcito que te eche una mano con tu pequeño problema.

—Dios mío, estáis locas. Si fuera más católica, os llevaría a la iglesia a que os bañaran en agua bendita. ¿Habrá exorcistas en la guía telefónica? —preguntó con los ojos entrecerrados como si lo pensara— En serio, tienen que sacaros

al demonio del sexo que tenéis dentro. Fus, fus —dijo formando una cruz con los dedos.

Alexis y yo estábamos ya dobladas de la risa, Inés era única.

En esas nos encontró James que apareció con un buen montón de panecillos de hamburguesa y al preguntar de qué hablábamos, mi hermana soltó lo del exorcista por el demonio del sexo.

—Preciosa, creo que deberías enseñarle a tu hermana nuestro cuarto favorito de la casa —dijo James con una sonrisa y elevando ambas cejas.

Eso hizo que se me cortara la risa de golpe, el muy cabrito me besó al pasar por mi lado, y por cómo me miraban Alexis y mi hermana, debía tener la cara igual de pálida que un muerto.

—¿Iris? ¿Qué te pasa? Parece que has visto un fantasma —preguntó mi hermana—. ¿Y de qué cuarto habla? No me digas que os lo montáis en el de la colada.

—No, no. Yo… Bien, sí. Estoy bien.

—Claro, por eso hablas como Yoda —Alexis volteó los ojos—. Yo, bien, sí —me imitó.

—¿Es que tiene cuarto para los trastos de la piscina y no lo hemos visto?

—¡Pequeñaja! —mire a David que me llamaba desde la barbacoa— Enséñaselo, que igual les gusta.

—¿David sabe cuál es ese cuarto? —preguntó Alexis.

—Huy, pues si David lo sabe… me hago una ligera idea entonces. Venga, enséñanoslo, que solo he visto esos sitios en la tele —me pidió Inés.

—Menos mal que Nico y Caroline están en la playa —susurré.

—Joder, ni que estuvierais hablando de un cuarto del dolor como el de Grey —resopló Alexis.

—Querida niña, vamos a insistir en que nos enseñe mi hermana el cuarto de Grey, digo… de James —Inés sonrió y batió las pestañas con inocencia.

—Espera, ¿es uno de esos cuartos? —preguntó Alexis con los ojos muy abiertos.

—Lo es, lo es —rio Inés.

Yo, ya no sabía dónde meterme, pero mi hermana lo tenía claro, puesto que me cogió del brazo y me llevó hasta dentro de la casa.

Fue hacia el pasillo y como sabía a qué pertenecía cada puerta, se paseó de un lado a otro del mismo revisando el suelo a la ida y el techo a la vuelta.

—¿Qué haces? —interrogué.

—Coño, buscar la trampilla para subir o bajar al cuarto.

—Joder, Inés, que no es una mazmorra.

—¿Una mazmorra? Ay Dios mío, pero, ¿dónde me he metido? ¿Y por qué David conoce el cuarto ese del que habláis?

—Es una historia un poquito larga —respondí.

—Yo te la resumo, cielo —Inés se colgó del brazo de Alexis mientras paseaban de un lado al otro—. ¿Tú sabes lo que es un trío? Aunque solo sea de oídas.

—Eh… sí —se sonrojó.

—Bien. Pues digamos que esos dos hombres de ahí fuera, se conocen hace mucho porque tienen ciertos gustos y en ocasiones los han compartido. ¿Lo pillas?

—Iris, dime por favor, que no nos habéis invitado a la casa para montarnos una orgía o algo así, porque me muero de vergüenza.

—Anda, ¿pues no te parecía perfecto mi Sam para que te ayudara, si no tuvieras a David?

—¿Ahora sí es tu Sam? —Arqueé la ceja— Estás marcando territorio, hermanita.

—Hablábamos del cuarto de James, así que, anda, muéstranos ese lugar secreto.

—Y tan secreto —suspiré—, como que no pensarías nunca que está justo detrás de este espejo —dije mientras pulsaba el botón para abrirlo.

Decir que Alexis se quedó con la boca abierta y sin palabras, era un eufemismo.
Sí que le había impactado ver todo aquello, sí.

Ambas pasearon por el cuarto mirando todo mientras yo esperaba junto a la

puerta. Mi hermana era mucho más curiosa y no dudó en abrir los cajones, a cada cosa que veía y le enseñaba a Alexis, esta última se tapaba la boca.

—¿A David le gusta… esto? —preguntó casi en un hilo de voz cuando nos reunimos las tres en el centro.

—Sí. Y a mí también.

—¿A ti? —me miró con esa cara de sorpresa que no se le había borrado desde que entró.

—A mí —sonreí, y decidí ser sincera con ella, al menos en parte—. Desde que lo dejé con Trevor, cuando David me mostró este mundo, lo acompañaba a muchos eventos clandestinos que se celebran en lugares que nadie conoce hasta que les dicen dónde será celebrado. Nunca he seguido las órdenes de un… amo, como se les llama, o un hombre dominante para ser más suave. Soy yo quien les pido a mis acompañantes lo que quiero que me hagan, y ellos cumplen esas peticiones.

—Es una dominante muy light —sonrió Inés.

—¿Tú sabías esto?

—Sí, pero yo no he ido a esos sitios, con Zack me era suficiente.

—Cuando conocí a James, y supe que también formaba parte de ese mundo de David y mío que nadie conoce, salvo ella —señalé a mi hermana—, digamos que jugamos dejando que unas veces tenga él todo el control, y otras, yo.

—La pareja perfecta, vaya —comentó Inés—. Si pueden llevarse bien incluso en este sitio, están hechos el uno para el otro.

Escuchamos unas risitas en el pasillo y al girarnos, las chicas se sorprendieron porque no se habían dado cuenta de que podíamos ver el exterior a través del espejo.

Y lo que vimos fue algo tan tierno e íntimo, que las tres coreamos un "oh" de lo más mono.

—Creo que es el primer beso de tu hijo, hermana.

—¿Tú crees? —Arqueé la ceja.

—Estoy con ella, ¿no hay más que ver cómo ha mirado a Caroline, la caricia en la mejilla, los ojitos de ella con esa timidez, y el modo en el que Nico se ha inclinado con una mezcla de temor y torpeza. Por favor, qué bonito es siempre un primer beso —dijo Alexis.

—El mío no fue así —comentó Inés.

—¿Con Zack no?

—Joder, Iris, con Zack sí, pero me refiero a mi primer beso a los quince —señaló a los chicos, que se abrazaban en el pasillo—. Aquel chico más que besar con lengua, parecía que estuviera comiendo hierva como una cabra —sacó la lengua y empezó a moverla igual que uno de esos animalillos, por lo que Alexis y yo empezamos a reír y ella se tapó la boca para que los chicos no nos escucharan.

—Tranquila, que el cuarto está completamente insonorizado —le dije.

—Iris, yo en esa relación, veo futuro, uno muy bonito —mi hermana sonreía mientras se acariciaba el vientre.

Volví a ver a los chicos, Nico le dio un tierno beso en la frente a Caroline y regresaron por donde habían ido hasta encontrar aquel lugar un poco más privado.

Siendo sincera, yo también veía un futuro muy bonito, ojalá que así fuera.

Capítulo 14



El resto del día fue un ir y venir de risas y de frases con doble sentido por parte de David y James a Alexis y a mí, siempre cuando los chicos no estaban delante, obviamente.

La pobre Alexis se sonroja, pero ahí estaba David, ese hombre que una vez me aseguró que tenía el corazón de hierro forjado y que nadie sería capaz de calar en él, sentándola en su regazo, besándola con ternura y acariciándole la espalda.

Disfrutamos de la piscina y el sol tal como había dicho mi hermana que quería hacer, James preparó algunos cócteles, para ella sin alcohol, y por un momento mi hermana pequeña se sintió como si estuviera en alguna de esas playas del Caribe.

Sam seguía muy pendiente de ella, y hubo un momento que me llamó la atención por la ternura y complicidad que vi entre ellos.

Inés estaba de pie, llevaba el bikini y un pareo, se había quedado mirando hacia la playa y parecía estar perdida en sus propios pensamientos.

Sam se acercó desde atrás, rodeándola con ambos brazos y colocando las manos sobre el vientre. Ella, lejos de sobresaltarse, sonrió, lo miró por encima

del hombro y acabó recostando la cabeza en su pecho mientras él la besaba en la sien.

Sabía que echaba de menos a Zack, pero el hecho de que tuviera a Sam en su vida, era bueno para ella.

Aquel había sido declarado el día oficial de la barbacoa, hecho este que llevó a mi hermana a cantar a todo pulmón la mítica canción de Georgi Dan, sí, esa, justo esa en la que todos estábamos pensando.

Habíamos terminado de cenar y nos fuimos a la playa con varias toallas y algunas tumbonas que tenía James de esas plegables de madera, encendieron una hoguera y disfrutamos de la noche entre copas y música, así como algunas viejas y vergonzosas historias de nuestra adolescencia cuando Caroline y Nico se fueron al salón a dormir.

—Es que se nos ha enamorado el niño, David —le dijo mi hermana.

—¿Ahora os dais cuenta? Vaya dos —volteó los ojos—. Meses, chicas, hace meses que sé que nuestro niño, está coladito por ella.

—Joder, y yo que pensé que había sido la primera en darme cuenta —protestó mi hermana.

—Pues no, fui yo —dijo David señalándose con ambas manos y los dedos en v desde arriba mientras fingía masticar chicle.

—Mira el malote —resoplé y él se echó a reír.

Los chicos se tomaron otra cerveza y entonces escuchamos que empezaba a sonar una canción que mi hermana había puesto muchas veces en casa.

—*Antes no creía que de verdad existiera alguien, así como tú…* —empezó a cantar Inés— Me encantan Maluma y Reik juntos.

Se puso en pie, cogiéndonos a Alexis y a mí de la mano para llevarnos a bailar. David cogió el móvil y subió el volumen.

No tardaron en unirse a nosotras, cada uno de ellos pegado a nuestra espalda, con una mano en la cadera.

James fue un paso más allá y comenzó a acariciarme el brazo con la mano libre mientras me besaba el cuello.

"Cómo puedo hacer para que entiendas que me deslumbras, que eres perfecta, que no hay ninguna…"

Lo miré por encima del hombro y al ver su sonrisa, me mordí el labio pegándome más a él cubriendo con mi mano la suya que había deslizado desde la cadera a mi vientre.

"Sin darme cuenta, le diste cura a la soledad que me mataba, tú me diste lo que me faltaba…"

Cerré los ojos cuando James me hizo girar entre sus brazos y me besó. Aquel momento me parecía tan íntimo, tan natural, como si fuera lo correcto con él.

No, como decía la canción, yo tampoco sabía cómo explicar lo que sentía por él, lo importante que era en mi vida, sin saber por qué, pero sin querer perderlo.

Y entonces Trevor volvió a mi mente. Pensar que a James pudiera pasarle algo y que acabara perdiéndolo, me mataba.

No, no podía imaginar un día sin él, sin sus caricias, sus besos, o esas miradas y sonrisas que me hacían creer que todo estaría bien.

Me abrazó contra su pecho y ambos suspiramos cuando rompimos el beso.

—Madre mía, la de feromonas que hay en el ambiente —escuché a mi hermana y al mirarla, vi que daba manotazos al aire.

—¿Qué haces loca? —reí, sin dejar de abrazar a James.

—Ahuyentar las feromonas.

—Inés, las feromonas son las que desprenden los animales —dijo David.

—Sí, ya, ya, soy profesora, ¿recuerdas? Y, a ver, listillo —se paró con los bazos en jarras—, ¿para qué son las feromonas? Para atraer a la pareja, ¿no? Pues eso estáis haciendo James y tú, macho Alfa y Beta, atrayendo a vuestras parejas.

—Ay, la madre que la parió —Alexis, que se había tomado algún cóctel de más, estaba un poquito achispada y se reía sola.

—¿Alfa y Beta? ¿Quién es quién? —preguntó James con la ceja arqueada y una sonrisa en los labios.

—Eso es obvio, colega. Yo soy el Alfa —respondió David.

—Se avecina lucha de machos —murmuró Inés.

—¿Y yo no soy un macho? —cuestionó Sam.

—¿Eh? Esto… sí, sí, pero… sin pareja.

—Pobre hombre, Inés, ¿en serio lo has dejado en la *friend zone*? —protestó David— Lo siento tío, perdónala, que es joven y, bla, bla, bla —volteó los ojos.

—¡Oye! Que tengo treinta años, no soy tan joven.

—Tanto como yo desde luego que no —dijo Alexis, quien se tropezó con una de las toallas que aún estaban extendidas en la arena y acabó de rodillas—. Huy, qué caída más tonta.

—Bonita, vamos a la cama —anunció David cogiéndola en brazos.

—¿Y ahora estoy volando? Por Dios, qué mareo —se llevó la mano a la frente.

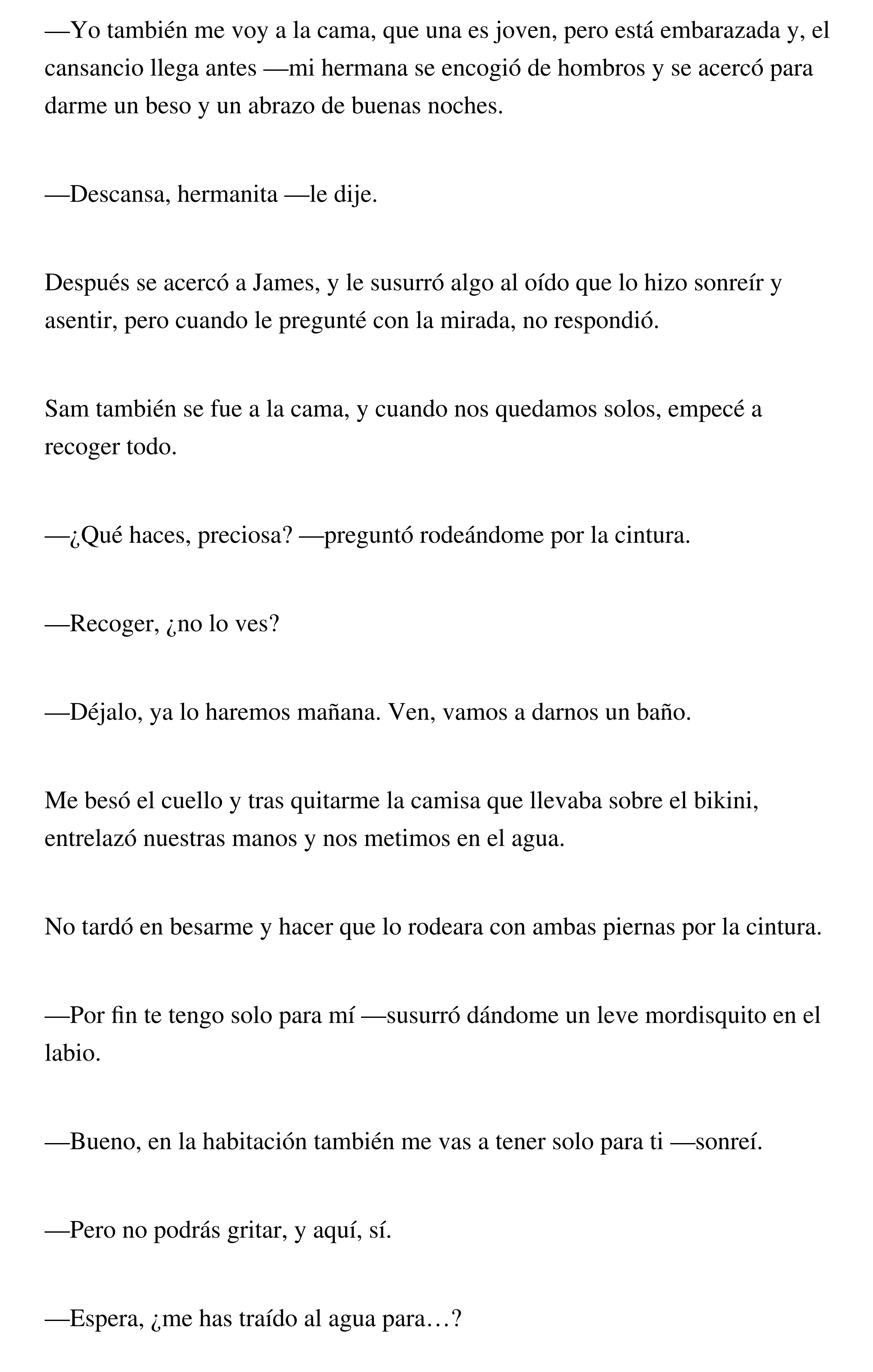
—Sí, mi niña, te voy a hacer volar en cuanto te tomes un café y se te pase el puntillo —le dijo David.

—¿Qué puntillo?

—Que estás un poquito borracha, Alexis —rio Inés—. Nena, te has bebido lo tuyo, y lo mío.

—¿Borracha? Ay, Dios, no me lleves así a mi casa, que no me vean mis padres —iba diciendo ella, mientras David la llevaba en brazos.

—Si ni siquiera recuerda que se queda a dormir en mi casa, mañana va a tener una buena resaca.


—Yo también me voy a la cama, que una es joven, pero está embarazada y, el cansancio llega antes —mi hermana se encogió de hombros y se acercó para darme un beso y un abrazo de buenas noches.

—Descansa, hermanita —le dije.

Después se acercó a James, y le susurró algo al oído que lo hizo sonreír y asentir, pero cuando le pregunté con la mirada, no respondió.

Sam también se fue a la cama, y cuando nos quedamos solos, empecé a recoger todo.

—¿Qué haces, preciosa? —preguntó rodeándome por la cintura.

—Recoger, ¿no lo ves?

—Déjalo, ya lo haremos mañana. Ven, vamos a darnos un baño.

Me besó el cuello y tras quitarme la camisa que llevaba sobre el bikini, entrelazó nuestras manos y nos metimos en el agua.

No tardó en besarme y hacer que lo rodeara con ambas piernas por la cintura.

—Por fin te tengo solo para mí —susurró dándome un leve mordisquito en el labio.

—Bueno, en la habitación también me vas a tener solo para ti —sonreí.

—Pero no podrás gritar, y aquí, sí.

—Espera, ¿me has traído al agua para…?

—Oh, sí —sonrió de ese modo tan seductor y lujurioso, y me estremecí de pies a cabeza.

Ni qué decir tenía que allí, bajo las estrellas, y en el agua, me llevó al orgasmo en dos ocasiones haciéndome gritar su nombre.

Cuando acabamos, nos quedamos mirando fijamente con la frente apoyada en la del otro, y por un momento quise decirle lo que sentía, pero pensar que eso pudiera estropear lo que teníamos, me echaba para atrás.

Lo abracé, lo besé, esperando que de ese modo que pudiera interpretar lo que quería decirle.

Capítulo 15



Había pasado toda la mañana en el trabajo deseando que llegara la hora de marcharme a casa.

Solo era lunes, no estaba cansada como si hubiera pasado toda la semana de un lado para el otro, pero aquella tarde era una muy especial para mi hermana y para mí.

Después de comer, Jack nos llevó a la clínica donde hacían el seguimiento del embarazo de Inés, le tocaba revisión y, aunque sabía que aún era pronto, quizás el bebé no se mostraba muy tímido y Sam podría decirnos si seguía siendo bizcochito o tendríamos que pasar a llamarla galletita.

—Inés, deja de mover la pierna, que me estás poniendo nerviosa —le pedí mientras esperábamos sentadas en la sala.

—Es que estoy nerviosa, ¿y si el bebé…?

—A ver, señorita drama —dije girándome para cogerle la barbilla y que me mirara—. Al bebé no le pasa nada, ¿me oyes? Na. Da. Está perfectamente y cómodo ahí dentro. Si algo estuviera mal, te habría dado un aviso.

—No quiero perderlo también, es lo único que tengo de Zack.

—Y no lo vas a perder, cariño. Además, tu Sam es una eminencia en esta clínica, tiene, cuántos años de experiencia, ¿unos quince? Según me han dicho las enfermeras, a sus treinta y ocho años ha seguido el embarazo de cientos de bebés que ha traído al mundo sanos y felices. Y si me permites un apunte, este bebé en concreto —dije llevando la mano a su vientre— lo tiene tan loco como su madre.

—No digas eso, que sabes que me muero de vergüenza.

—Inés, imagino que el trato que te daba delante de tu marido, era cordial y profesional, pero cariño, puedo ver su mirada y supongo que siempre te miró con los mismos ojos, solo que delante de Zack sabría disimularlo.

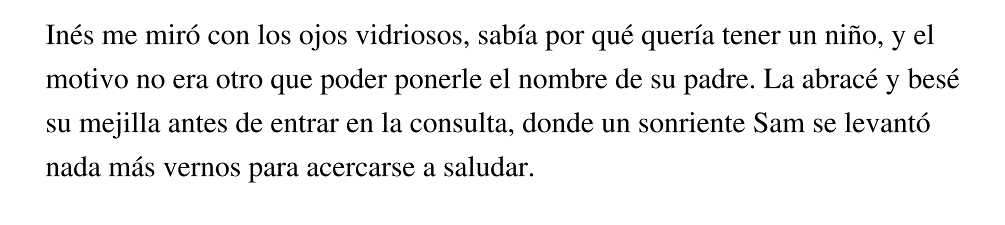
—Inés, ya puedes pasar, tesoro —dijo una enfermera algo mayor que, al igual que las demás, trataban a todas sus pacientes con un cariño inmenso—. ¿Cómo está nuestro chiquitín? ¿O es chiquitina? —preguntó mientras la seguíamos a la consulta de Sam.

—No lo sabemos aún, y no me importa si es niño o niña, pero si pudiera elegir… Querría que fuera niño.

—A ver, deja que vea un momento —dijo parándose delante de mi hermana.

La enfermera debía tener la edad de Brenda, o puede que incluso fuera algo más mayor, pero se mantenía joven. Miró la barriguita de mi hermana, después su cara, sus ojos, los tobillos y al final sonrió.

—No soy adivina ni nada de eso, pero he visto a muchas mamás en mis años de enfermera, y es muy posible que ahí tengamos un chiquitín —dijo con un guiño.


Inés me miró con los ojos vidriosos, sabía por qué quería tener un niño, y el motivo no era otro que poder ponerle el nombre de su padre. La abracé y besé su mejilla antes de entrar en la consulta, donde un sonriente Sam se levantó nada más vernos para acercarse a saludar.

—Hola, guapísima —le dio un beso a mi hermana y a mí un breve abrazo.

Y que la pequeña Inés no quisiera ver que ese hombre tenía sentimientos por ella…

—¿Crees que podremos ver el sexo del bebé? —preguntó mi hermana mientras se recostaba en la camilla.

—Es pronto, ya lo sabes, pero voy a intentarlo, ¿vale?

Ella asintió y Sam procedió a levantarle la camiseta, extender el gel y tras preparar la pantalla, pasó el ecógrafo por la barriguita de Inés y no tardamos mucho en ver aquel pequeño bizcochito. Sí, yo, al igual que la enfermera, estaba segura de que sería bizcochito hasta que naciera.

—¿Está bien? —interrogó Inés.

—Está perfectamente. ¿Quieres escuchar sus latidos?

—¿Puedo?

—Claro —Sam sonrió y tras subir el volumen, el latido fetal de mi sobrino resonó en toda la sala.

Mi hermana me miró y vi la emoción en sus ojos, sonreí cogiéndole la mano y cuando volvió a observar la pantalla, me di cuenta de que le caían algunas lágrimas que me apresuré a limpiar con el pulgar, después lo hizo ella misma.

No podía evitar emocionarme yo también, sabía el motivo de aquellas lágrimas y me entristecía tanto como a ella.

Zack, el hombre más niñero, después de David, que había conocido en mi vida, deseó siempre ser padre junto a la mujer que amaba, y cuando al fin lo había conseguido, se fue sin poder conocer a su bebé, ni siquiera ver la primera ecografía.

—No puedo ver su sexo, lo siento —dijo Sam, quien parecía que también quería saber si era niño o niña.

—No pasa nada, tal vez en la próxima revisión.

—Seguro que, para entonces, lo sabremos —Sam sonrió y cuando se puso en pie, lo hizo inclinándose hacia la frente de mi hermana, le dio un beso y vi cómo retiraba algunas lágrimas de sus ojos—. Está todo bien, ¿sí? Si hubiera algo malo, te lo diría.

—Vale.

—Límpiate que vamos a pesarte y te haré unos análisis para ver cómo estás y si necesitas vitaminas.

Inés asintió, y como en la clínica todo era más rápido puesto que lo hacían allí en el momento, apena tuvimos que pasar una hora más entre consulta y espera de resultados.

Ella también estaba perfecta, solo un poquito por debajo del peso que debería tener dado su estado y el tiempo de gestación, y eso a pesar de los atracones de dulce que se daba, pero Sam le mandó unas vitaminas para ayudar a que mejorara, ya me encargaría yo de que lo hiciera, como si tenía que alimentarla

yo misma como si fuera un pavo para cenar en Acción de Gracias.

—Y ahora nos vamos al centro comercial a comer tortitas con batido de helado —dije saliendo de la clínica.

—Luego te quejas de que acabo con las existencias de dulces de la casa —resopló—. Me incitas a consumir azúcar.

—Hermanita, vamos a darnos un caprichito, porque a partir de mañana, tienes prohibido altas cantidades de ingesta de glucosa, vas a comer sano y a coger peso, tal como ha dicho Sam. Y no olvides que tengo su número y él tiene el mío, si no te veo engordar, me chivo.

—Se supone que eres mi hermana y tienes que estar de mi lado.

—Y lo estoy, lo estaré siempre, pero no en esto. ¿Recuerdas los dos meses que pasé después de que Carlos se marchara? Apenas comía, solo me atiborraba de dulce y, ¿qué decía mamá? Que lo hiciera por el bebé, que comiera y que siguiera una dieta sana, con dulce, sí, pero no tanto o saldría diabético el pobre. Y quiero que hagas lo mismo.

—Me habría gustado que Zack estuviera aquí —dijo una vez estuvimos en la calle, mirando al cielo y respirando hondo—. No es justo, Iris.

—Lo sé, cariño, pero tienes que seguir adelante.

—¡Inés! —nos giramos al escuchar a Sam llamándola— Menos mal que aún estás —sonrió.

—¿Qué pasa? ¿Me olvidé algo? Últimamente tengo la cabeza de un despistado…

—No, no, no olvidaste nada. Yo solo… —parecía nervioso— Bueno, quería invitarte al teatro. Un antiguo compañero de instituto es director de una compañía teatral y el viernes estrenan la obra de *Tristán e Isolda*, y me encantaría que me acompañaras. Tengo dos invitaciones.

—¿El viernes? —Inés me miró como queriendo que interviniera, y lo hice, obviamente.

—El viernes por la noche está libre —dije.

—Iris, pero, qué hay de eso que querías que…

—Eso puede esperar —le quité importancia con la mano, más que nada porque no había ningún "eso" que tuviéramos que hacer, solo que ella no quería salir, que la conocía muy bien.

—Entonces, vale, sí, me gustaría ir contigo —dijo con una sonrisa tímida.

—Perfecto, te recojo a las ocho, cenamos, y vamos a verla.

—Vale.

Sam levantó la mano a modo de despedida, Jack abrió la puerta del coche y subimos para ir al centro comercial.

Durante el camino ella no dijo nada, y yo tampoco. Era consciente de aquello que le había pedido Zack, que, si alguna vez lo perdía, se diera la oportunidad de rehacer su vida, de volver a amar a alguien como lo amó a él. Y estaba segura de que esa persona, era su ginecólogo.

En el centro comercial se nos pasó casi toda la tarde comprando ropa premamá para ella, y algún que otro conjunto que me enamoró para el

bizcochito.

Cuando dimos por acabada la sesión de *shopping*, fuimos a una de las cafeterías a tomarnos esa última dosis de azúcar fuerte.

Acabábamos de pedir cuando sonó mi móvil, y al sacarlo vi que era Emilia.

—Hola, Emilia. ¿Cómo estás?

—Hola, querida. Muy bien, ¿y tú?

—Apunto de tomarme unas tortitas y un batido con mi hermana, que hemos estado en la clínica y haciendo compras.

—Oh, una tarde de chicas. A la próxima, avisadme y me apunto —dijo con una sonrisa en su tono de voz.

—Eso está hecho.

—Te llamaba porque el sábado por la noche inauguramos oficialmente la nueva casa de la asociación, y quiero que vengas con James. Alexis me ha dicho que también vendrá, y Sam, nuestro ginecólogo favorito —rio—. Trae a Inés también, por favor. Ella es parte de esta asociación tanto como mis empleadas.

—Por supuesto, no nos lo perderíamos por nada del mundo.

—Ay, Iris, eres mi ángel, querida. Te dejo que sigas con tu tarde de hermanas, nos vemos el sábado. Cuídate.

—Igualmente, adiós.

Le dije a mi hermana que ya teníamos planes para el sábado por la noche, y se alegró de que la nueva casa fuera a empezar a funcionar en unos días.

Nos trajeron el pedido y mientras comíamos, me preguntó cuál de los cuatros vestidos que había comprado esa tarde podría usar para ir al teatro con Sam, y cuál para ir el sábado a ver a Emilia.

Mientras lo pensábamos, el camarero se acercó para entregarme un sobre.

—¿Qué es esto? —pregunté, un poco confundida.

—Un hombre que había en la barra me ha pedido que se lo dé —se encogió de hombros y volvió al trabajo.

No llevaba remitente y tampoco mi nombre, pero algo me decía que sabía quién había sido.

“TIC. TAC…”

Eso era lo único que había escrito en aquella nota. Miré alrededor, buscando a Trevor pues sabía que esto era cosa suya, pero no lo vi, tal vez estuviera escondido en algún lugar desde el que podía verme sin ser visto.

Fui al camarero, le pregunté si podría decirme cómo era el hombre que le había dado aquel sobre, y dijo que no porque no lo había visto bien, fue rápido al darle el sobre e irse.

Llamé a Jack pidiéndole que nos esperara en la puerta, pagué dejando algunos billetes en la mesa mientras le pedía a Inés que cogiera bolsas para irnos, cogí el resto y fuimos hacia la calle.

—¿Qué pasa, Iris? Estás pálida —dijo mientras llegábamos al coche donde ya nos esperaba Jack.

No respondí, me limité a lanzar las bolsas al maletero del coche mientras Jack le quitaba a Inés las que llevaba para guardarlas también, cogí a mi hermana de la mano y prácticamente la obligué a entrar.

—¿Iris? Joder, me estás asustando.

Solo cuando Jack nos sacó de allí, fue cuando le conté a mi hermana lo que pasaba, si David, James y Carlos lo sabían, ella también tenía derecho.

—No puedo perderos, Inés —dije tras acabar de contarle todo.

Ella se limitó a abrazarme, a consolarme podríamos decir, y me dejó claro su punto cuando habló mirándome fijamente a los ojos.

—No tengo miedo, hermana, porque sé que cuidarás de mí y también de mi bebé.

Asentí, obvio que lo haría, puesto que ahora que no estaba Zack, eran mi responsabilidad, como lo fue ella tras perder a nuestros padres.

El camino a casa lo pasé mirando por la ventana, pensando en Trevor y en lo que tenía que hacer.

Solo esperaba que ese hombre aceptara lo que iba a proponerle.

Capítulo 16



Todos se habían ido, hacía horas que estaba sola en mi despacho, y ya era de noche.

Le dije a Jack que se marchara, que ya le avisaría cuando quisiera irme a casa, pero que antes tenía que preparar algunos contratos y dejarlos listos para el viernes por la mañana.

No había sido solo una excusa, era cierto que quería adelantar trabajo, pero necesitaba estar sola para buscar aquello que quería averiguar y hacer la llamada que había estado planeando hacer desde que recibí la de Trevor días atrás.

Cogí el móvil, respiré hondo y, tras pulsar el botón de llamada, cerré los ojos recostándome en el sillón escuchando cada uno de los tonos de espera que me ponían más nerviosa.

No fue hasta el quinto que respondió.

—Dulce Iris, ¿a qué debo el honor?

—Quiero que hablemos, y que lleguemos a un acuerdo —dije, sin molestarme en saludarlo.

—Un acuerdo, ¿eh? Cuál será entonces, ¿mis quinientos mil, o casarnos y ser dueño de todo tu imperio?

—Lo hablaremos en persona.

—No voy a hablar nada en persona, dime ahora qué acuerdo quieres. El tiempo corre, Iris, y tengo la moneda preparada para ver quién de los dos primeros elegidos, morirá antes.

Cuando colgó sin decir nada más, tan solo aquella nueva amenaza velada, tiré el móvil sobre la mesa con un grito de rabia. ¿Por qué me lo quería poner todo tan difícil?

Si no fuera por el matrimonio que tenía Carlos, me importaría una soberana mierda que publicara las fotos y que todo el mundo supiera que mi hijo era nieto de quien era. ¿Qué más daba ya, si el juez estaba descansando en el infierno?

El móvil empezó a sonar y por algún extraño motivo me ilusioné pensando que pudiera ser Trevor, que fe tenía en creer aquello.

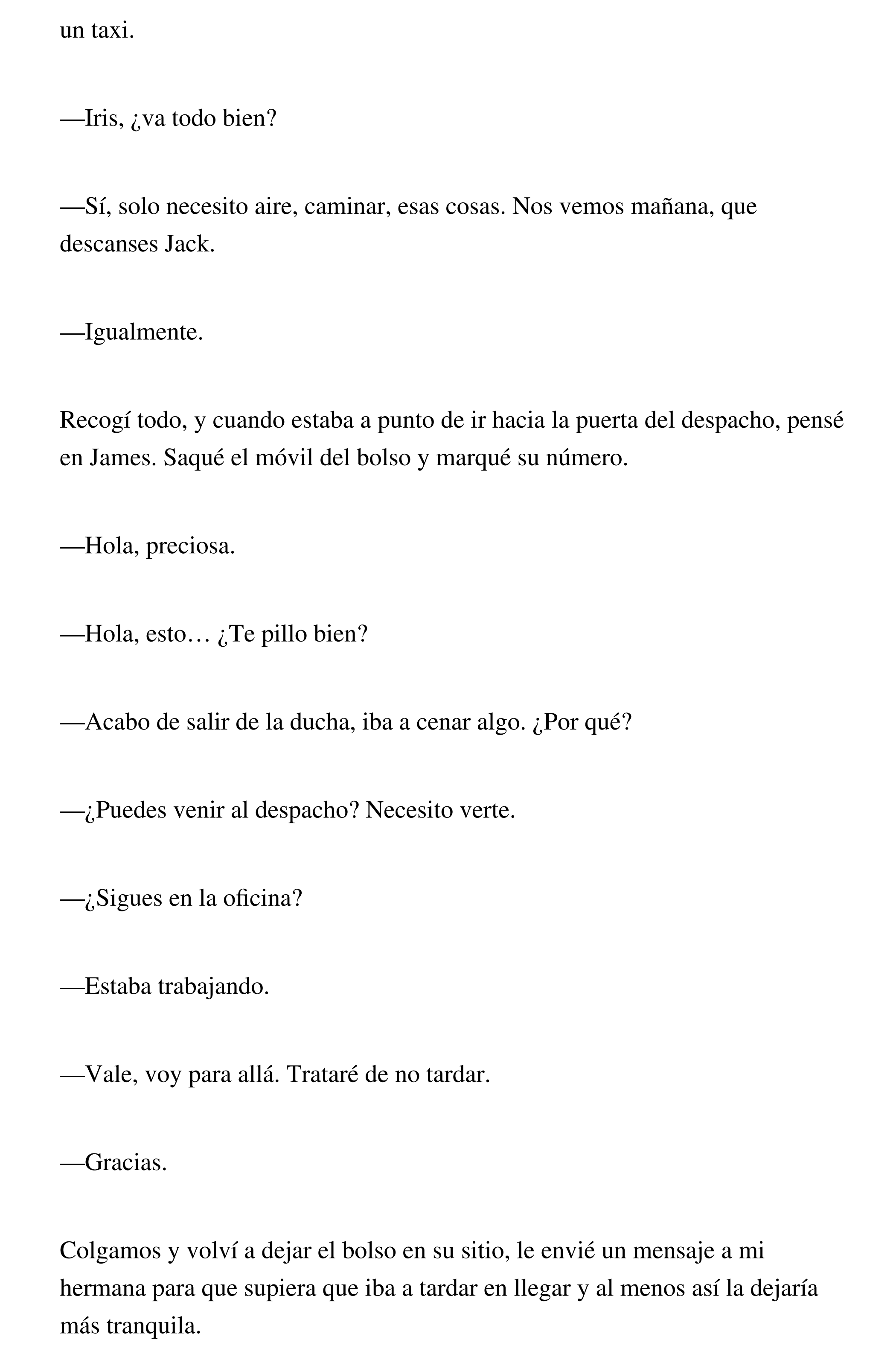
—Dime, Jack —dije al descolgar.

—¿Vas a quedarte a dormir en la oficina? Lo digo porque son las nueve de la noche.

—No, ya me marcho.

—Vale, voy a buscarte entonces.

—No, no. Quédate en casa, yo… Quiero dar un paseo antes, después cogeré


un taxi.

—Iris, ¿va todo bien?

—Sí, solo necesito aire, caminar, esas cosas. Nos vemos mañana, que descanses Jack.

—Igualmente.

Recogí todo, y cuando estaba a punto de ir hacia la puerta del despacho, pensé en James. Saqué el móvil del bolso y marqué su número.

—Hola, preciosa.

—Hola, esto… ¿Te pillo bien?

—Acabo de salir de la ducha, iba a cenar algo. ¿Por qué?

—¿Puedes venir al despacho? Necesito verte.

—¿Sigues en la oficina?

—Estaba trabajando.

—Vale, voy para allá. Trataré de no tardar.

—Gracias.

Colgamos y volví a dejar el bolso en su sitio, le envié un mensaje a mi hermana para que supiera que iba a tardar en llegar y al menos así la dejaría más tranquila.

Me quedé mirando por el ventanal, abrazándome a mí misma, perdida en las vistas que la noche me ofrecía de la ciudad. Hasta que escuché el ascensor y los pasos de James acercándose. No sabía cuánto tiempo había pasado.

—Hola —susurró mientras sus brazos, sus fuertes y hogareños brazos, me estrechaban entre ellos y me besaba el cuello.

—Gracias por venir.

—Siempre que lo necesites, ya lo sabes. ¿Qué te pasa, cariño?

—Nada, solo… Necesitaba adelantar trabajo y, pensaba en ti —sonreí mirándolo por encima del hombro.

—¿Así que me echabas de menos? —ahí estaba, esa sonrisa descarada y lujuriosa.

—Sí —murmuré, y me mordisqueé el labio.

James se inclinó sobre mí, con la mirada fija en mis ojos, me acarició la barbilla con el pulgar y sentí el calor abrasador de sus carnosos y provocadores labios sobre los míos.

Empezó como un simple beso, un roce de labios para decirme: “estoy aquí, preciosa”, pero pronto mandamos la cordura a paseo y dejamos que esa pasión que nos envolvía cuando estábamos a solas, hiciera de las suyas.

James me cogió en brazos y tras rodearlo por la cintura, noté el cristal en mi espalda y las nalgas. Su beso seguía siendo fiero, posesivo, autoritario, y noté cómo llevaba una mano entre nuestros cuerpos, retiraba la tela de mi tanga a un lado, y deslizaba el dedo entre mis labios vaginales.

Gemí en su boca y enredé los dedos en su cabello, tirando de él cuando me penetró un par de veces.

Me estaba humedeciendo cada vez más, notaba la dureza de su erección mientras hacía fricción en mis nalgas, y el conjunto de sentir ambas cosas nos excitaba aún más a los dos.

Pasé de gemir a gritar hundiendo el rostro en su cuello cuando sus dedos empezaron a moverse más y más rápido entrando y saliendo, dando tirones hacia sí, lo que me hacía estremecer.

No dejó que me corriera, no así ni contra un cristal.

Me dejó en el suelo y, tras desnudarme y quitarse la ropa, hizo que me sentara en mi sillón.

—Espero que no venga nadie —dijo llevando cada una de mis piernas al reposabrazos, de modo que estaba completamente expuesta a él.

—No debería —sonreí.

James se lanzó a mi sexo con ansia, lamió, mordió y beso a su antojo, para volver a penetrarme con dos dedos y llevarme de nuevo al borde del abismo, pero sin permitir que liberara toda la tensión que acumulaba.

—¿Es que estás al mando? —pregunté cuando se incorporó y me ayudó a levantarme— Porque te recuerdo que este es mi despacho, por lo tanto, mis dominios, yo —me señalé con el dedo en el pecho— debería estar al mando.

—Esta noche no hay órdenes ni exigencias, preciosa, esta noche es solo para ti, quiero que te relajes y te dejes llevar. Quiero darte placer, que te olvides de

todo lo que no tenga que ver con eso, con enloquecer entre mis manos y que todo tu ser se convierta en una masa laxa en mis brazos cuando grites mi nombre mientras te corres y esté profundamente enterrado justo aquí —susurró introduciendo un dedo en mi vagina.

Me besó mientras me llevaba al escritorio, hizo que le diera la espalda y me inclinara sobre él, recostándome apoyando el vientre y los pechos, dejando mis brazos extendidos de modo que, si lo necesitaba, podría agarrarme con fuerza.

Separó mis piernas y noté que de nuevo su lengua se aventuraba en mi sexo, lamiendo y penetrándome alternamente, hasta que esa lengua juguetona fue sustituida en mi interior por sus dedos, esos que me enloquecían y me hacían gritar, mover las caderas y agarrarme al escritorio.

Pero de nuevo, cuando estaba llegando al clímax, se apartó y me besó en la nalga.

—Ven —dijo cogiéndome la mano, se sentó en una de las sillas que había al otro lado del escritorio, esas destinadas para las visitas, y me llevó hasta su regazo, donde hizo que me sentara a horcajadas—. Eres tan perfecta, Iris —susurró acariciándome la mejilla antes de darme un breve y suave beso en los labios.

Fue entonces cuando me cogió por la cintura y, tras hacer que me levantara ligeramente, me llevó con cuidado hasta su erección para que la envolviera con mi sexo.

En cuanto estuvimos unidos por completo, con James llenándome hasta lo más hondo de mi ser, gemimos y me estrechó entre sus brazos en un cálido y delicioso abrazo que me hizo suspirar.

Empecé a moverme despacio, de adelante atrás, sin que ninguno de los dos

rompiera el abrazo.

A pesar de estar en mi despacho, en una silla, James y yo estábamos haciendo el amor de nuevo, entregándole al otro todo lo que teníamos para dar en ese momento.

Buscó mis labios para besarme mientras deslizó ambas manos a mis caderas y, mientras me movía sobre él, me mantuve agarrada al respaldo de la silla.

Había tenido sexo con otros hombres, algunas veces fue realmente bueno, podría decir que alucinante, memorable incluso, pero como todas y cada una de las veces que lo hacía con James, no habría ni había habido nunca otra.

Con él era salvaje y tierno, visceral y romántico, pero, sobre todo, auténtico y real. Se sentía como si aquello no fuera nuevo para nosotros, como si hubiéramos estado juntos antes.

Tal vez Emilia y Paulo Coelho tuvieran razón y James fuera para mí, ese amor al que estaba conectada desde siempre.

Noté el momento exacto en el que el orgasmo me acechaba, y James también, puesto que comenzó a moverme mucho más rápido mientras ambos gemíamos y rompí el beso para gritar con todas mis fuerzas me corría sobre él, y lo hicimos juntos.

Alcanzamos el clímax al mismo tiempo y eso era algo que solo me pasaba con él, era como si James pudiera mantener el control de su liberación hasta que yo estuviese lista para liberarme.

Nos abrazamos mientras recuperábamos el aliento y noté que me besaba el cuello mientras me acariciaba la espalda con ambas manos, aquello era tan íntimo y profundo, que por un momento quise decir esas dos palabras que me

rondaban la cabeza hacía unos días, pero en lugar de hacerlo, me mordí el labio y después lo besé con ternura, ese era mi modo de decirle lo que sentía.

—Después de esto, no podré volver a mirar esta silla igual —dije y se echó reír—. Cuando se siente alguien en ella, este momento vendrá a mi cabeza.

—Entonces que no se siente nadie, ponla justo al lado de tu sillón, y así podré ocuparla solo yo cuando venga a verte —me besó.

—Eso sería lo más parecido a tener dos tronos reales —reí al tiempo que negaba por esa tontería.

—Claro, yo sería tu rey, y tú, mi única reina.

—Espera, ¿tu única reina? Y tú, ¿solo mi rey? Oh, eso es que podré tener otros reyes… —Entrecerré los ojos mientras me daba golpecitos en la barbilla, fingiendo que pensaba en esa idea.

—Lo diré de nuevo. Yo seré tu único rey, y tú, mi única reina —aseveró con autoridad, mirándome fijamente.

Sonreí y lo besé, no podía decir nada porque esas palabras me habían llegado directamente al corazón.

Nos levantamos para vestirnos, toda nuestra ropa estaba esparcida por el suelo junto al ventanal, y tras coger mi bolso, James entrelazó nuestras manos, fue así como salimos del edificio en mitad de la noche.

Me llevó a una zona de la costa donde dijo que había varias *food trucks* con perritos calientes, hamburguesas, comida mexicana y gofres, y tras coger una bandeja de cada puesto, nos sentamos en una mesita con vistas a la playa donde disfrutamos de esa cena para dos.

No faltaron los besos, ni sus caricias, ni esas muestras de cariño con las que me dejaba claro que estaba, y estaría, siempre ahí para mí.

Tras eso, dimos un paseo por la orilla, me tenía pegada a su costado y me sentía tan bien, tan en casa, que no quería que aquella noche acabara. Pero a la mañana siguiente los dos debíamos madrugar, así que me llevó a casa.

—¿Quieres quedarte a pasar la noche? —pregunté con cierta timidez cuando paró el coche delante de mi puerta.

—Me encantaría, pero si lo hiciera, no dormirías nada —sonrió mientras me acariciaba la mejilla—, y necesitas descansar, preciosa.

—Gracias por haber acudido a mi llamada, no es que quisiera verte solo para… bueno, ya sabes.

—¿No? Vaya, y yo que me había emocionado al ser tu hombre objeto —chasqueó la lengua—. Sé que no era solo para eso, pero también sé, al igual que tú, que por alguna extraña razón que no llego a entender, a los dos nos cuesta no caer en la tentación cuando el deseo aparece.

—Es que eres un hombre demasiado irresistible, debes tenerlas a todas locas.

—No hay un "todas", no hay ninguna más que tú —me aseguró sosteniéndome por la barbilla—. Solo tú, Iris, hablo en serio.

Me acerqué y tras cogerle ambas mejillas, lo besé.

—Nos vemos el sábado —susurré antes de salir.

—¿Me echarás de menos?

—Mucho.

Sonrió, y salí del coche antes de que le pidiera otra vez que se quedara, me abrazara, y me hiciera sentir realmente en casa.

Capítulo 17



Esa noche de sábado Jack nos llevó a Inés y a mí a la nueva casa de la asociación. James y Sam irían por su cuenta, al igual que David y Alexis.

Mi hermana estaba preciosa con aquel vestido en azul pastel de tirante ancho que dejaba ver a la perfección su barriguita. Yo me había decantado por un vestido verde turquesa y sandalias y bolso blancos.

Cuando llegamos, Emilia nos recibió en la entrada con un afectuoso abrazo a cada una, estaba emocionada y sonriente.

—Hay varias chicas nuevas que ya se han instalado con nosotros, y aún tenemos sitio suficiente para recibir a muchas más —dijo—. Y es gracias a ti, Iris —me acarició el brazo con cariño.

—Yo solo puse en contacto a una persona interesada en colaborar con la asociación —sonreí.

—A la persona adecuada, debo decir.

Me giré al escuchar aquella voz masculina, encontrándome con el señor Sanders.

—Desde luego, así lo veo yo también —secundó Emilia.

—Señor Sanders, me alegra volver a verlo —estreché su mano—. Ella es mi hermana, Inés.

—Encantado de conocerla.

—Igualmente —dijo mi hermana aceptando que le cogiera la mano, como todo un caballero, para besársela.

—Debo decir que ha quedado mucho mejor de lo que imaginaba, señora Benson —dijo el señor Sanders—. Ha hecho un gran trabajo con este edificio destinado al abandono o la demolición —sonrió—. Y la biblioteca, con esas mesas para estudio, impresionante.

—Muchas gracias.

—Señoritas, si no les importa, querría robarle a la señora Benson unos minutos. Hay algunas personas a las que he invitado que quieren conocerla.

—Toda suya —sonreí.

—Mi hijo y Sam están… —dijo Emilia antes de irse, echando un vistazo— Ah, sí, allí junto a la puerta que da al jardín.

Inés y yo asentimos y nos acercamos donde estaban los chicos junto a varios de los jugadores del equipo, charlando y riendo.

—Buenas noches —saludé.

—Señorita Duarte, qué bueno verla —dijo Nick Jacobs, sonriendo.

—Yo también me alegro de veros, chicos.

—¿Cómo lleva Nico la convalecencia? —se interesó Adam Smith.

—Deseando que le quiten el vendaje definitivamente.

—¿Tendrá que hacer rehabilitación? —preguntó Kevin Mills.

—Sí, no mucha, pero sí, dado que ahora el movimiento del brazo es muy limitado.

—Puede venir al estadio, nuestros fisios lo ayudarán y quedará como nuevo —propuso Graham.

—No es necesario…

—Iris, si los chicos ofrecen a los fisios del equipo, no hay discusión al respecto —dijo James con su habitual sonrisa mientras me rodeaba por la cintura con el brazo.

—Bueno, en ese caso, gracias, chicos.

Todos asintieron y miré a James, que no dudó en inclinarse para besarme, al menos tomó la precaución de hacerlo en la mejilla.

David y Alexis se unieron a nosotros, los chicos se fueron junto con los demás compañeros y James aprovechó para ofrecernos un recorrido por toda la casa.

Al ser una construcción pensada para albergar un hotel, todas las habitaciones

eran amplias y contaban con su propio cuarto de baño. Las chicas estarían allí como en su propia casa.

Una de las estancias, que habría sido el gran salón comedor del restaurante, lo habían dividido en dos, un salón donde sentarse cómodamente a ver la televisión o leer, y una parte de comedor con varias mesas alargadas como si fuera la cafetería de un instituto.

La cocina era una maravilla, y allí estaban trabajando los hombres y mujeres que se encargarían de los desayunos y comidas de las chicas cada día.

Algunas habitaciones habían sido destinadas para el personal interno que trabajaría en esa casa, puesto que Emilia había contratado a varias cuidadoras para que ayudaran a las chicas y los bebés durante el primer año de su vida.

Tal como había mencionado el señor Sanders, la biblioteca era una maravilla. Dos paredes enteras repletas de estanterías con libros para ayudarlas en sus estudios, y otros simplemente para el ocio y que leyeran en sus ratos libres, así como varias mesas redondas donde las chicas podrían estudiar.

Unos días antes Emilia me llamó para decirme que una escuela pública muy buena de la ciudad se puso en contacto con ella y le ofreció algunas aulas para las chicas de la asociación y que pudieran seguir con sus estudios. Muchas de ellas abandonaban el instituto al verse solas y hacían cursos externos para conseguir el título al final de cada curso académico. Me lo contó llorando de alegría al saber que tanta gente se estaba volcando, por fin, con esas chicas.

—Y el jardín, o como lo llama mi madre, la joya de la casa —dijo James cuando salimos al exterior.

Era una maravilla, decorado con un gusto exquisito. Árboles que daban sombra, algunos bancos, un par de mesas como de picnic con bancos para que salieran a charlar allí en corrillos, una zona de césped y muchas flores que

daban color al lugar.

—Dios mío, me acabo de enamorar de este rincón —comentó Inés—. Creo que mis clases en verano las daré aquí fuera.

—Es precioso —dijo Alexis.

—También tienen piscina, cosa que, según Sam, es perfecto para ellas —añadió James.

—Sí, nadar nos viene bien —aseguró mi hermana.

El móvil de James empezó a sonar y cuando colgó dijo que era su madre, que fuéramos entrando al salón para disfrutar de la cena que iban a servir.

Y eso hicimos, regresamos dentro y nos reunimos con ella para disfrutar de la cena.

Emilia no dejaba de saludar gente, todos felicitándola por ese maravilloso trabajo que había hecho con la nueva casa.

En cuanto me senté, vi pasar a Cintia acompañando al dueño del equipo. Miré a James y se limitó a besarme.

—Mi madre quiso invitar al equipo, y ella es la asistente del jefazo, no puede quedarse fuera.

—Lo sé, es solo que… Olvídalo.

—¿Qué, preciosa?

—Nada, no es nada. Vamos a disfrutar de esta noche, ¿sí?

—Contigo, disfruto de todas las noches, Iris.

—Oh, claro, básicamente porque muchas de ellas han acabado en sexo sudoroso —sonreí.

—No es solo por eso, cariño —me aseguró—. Incluso si no hubiera sexo, las disfrutaría porque estoy donde y con quien quiero estar.

Era sincero, se reflejaba en sus ojos.

La noche pasaba tan rápido que cuando quise darme cuenta, estábamos tomando un delicioso pastel de mousse de limón de postre.

Cuando acabamos con la cena, Emilia nos invitó a salir al jardín donde servirían bebida y podrían música para quienes quisieran bailar.

Mi hermana, Alexis y yo nos dejamos llevar por algunas canciones junto a las chicas a las que Inés daba clase, esas a quienes conocía yo también, entre las que se encontraba Paula.

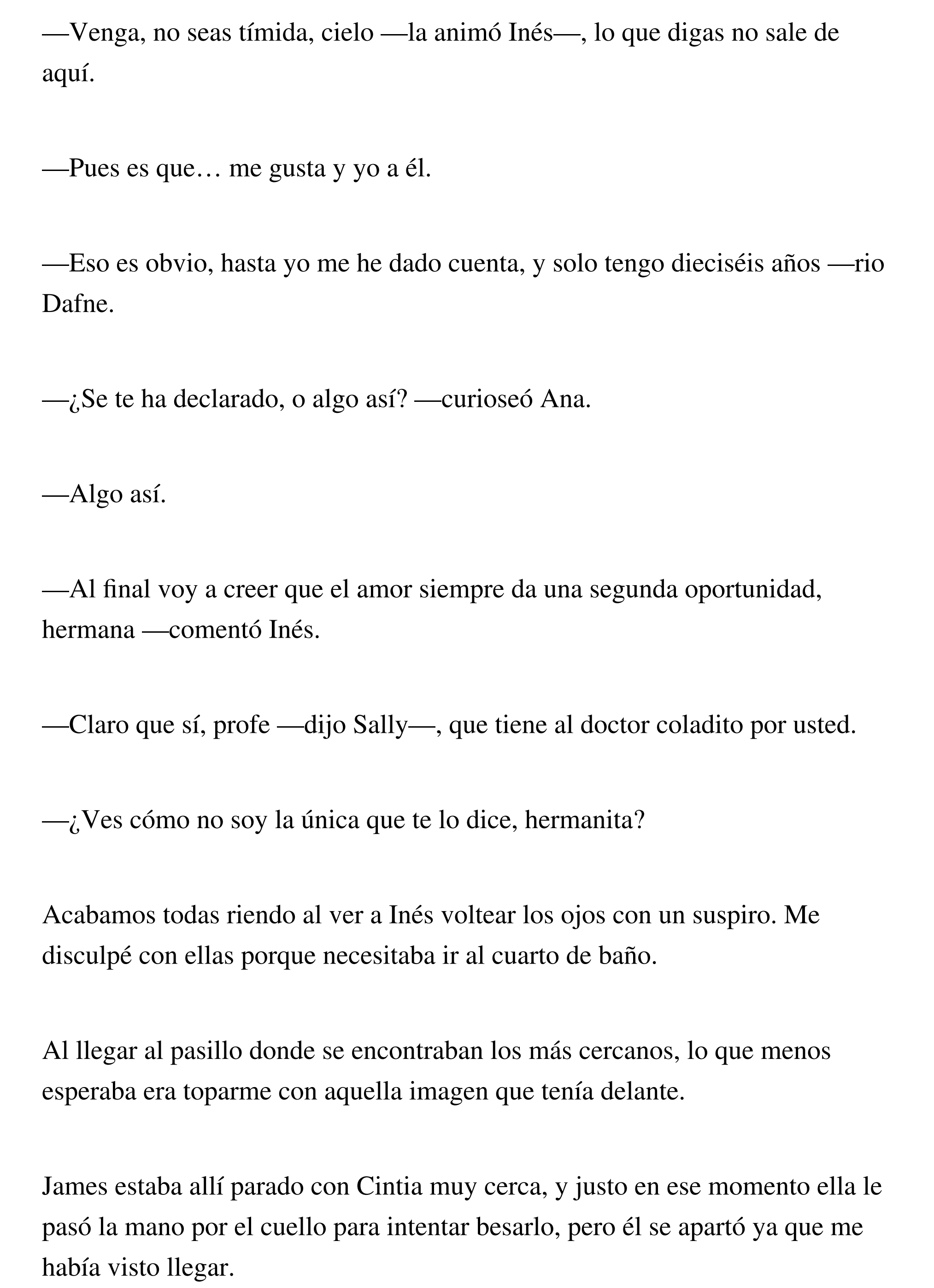
—Oye, es cosa mía, o Kevin te mira mucho —le dijo mi hermana.

—Eso hemos visto nosotras también —comentó Zoe, otra de las chicas.

—La mira, la mira —sonrió Alexis.

—¿Algo que contar, amiga? —preguntó Lily, otra de las tres mayores.

—No —Paula se sonrojó.



—Venga, no seas tímida, cielo —la animó Inés—, lo que digas no sale de aquí.

—Pues es que… me gusta y yo a él.

—Eso es obvio, hasta yo me he dado cuenta, y solo tengo dieciséis años —rio Dafne.

—¿Se te ha declarado, o algo así? —curioseó Ana.

—Algo así.

—Al final voy a creer que el amor siempre da una segunda oportunidad, hermana —comentó Inés.

—Claro que sí, profe —dijo Sally—, que tiene al doctor coladito por usted.

—¿Ves cómo no soy la única que te lo dice, hermanita?

Acabamos todas riendo al ver a Inés voltear los ojos con un suspiro. Me disculpé con ellas porque necesitaba ir al cuarto de baño.

Al llegar al pasillo donde se encontraban los más cercanos, lo que menos esperaba era toparme con aquella imagen que tenía delante.

James estaba allí parado con Cintia muy cerca, y justo en ese momento ella le pasó la mano por el cuello para intentar besarlo, pero él se apartó ya que me había visto llegar.

Cuando Cintia se percató de mi presencia, apretó los dientes enfadada señalándome y girándose para volver a mirar a James.

—A mí nadie me rechaza por una poquita cosa como ella —dijo con furia cuando mi chico pasó por su lado sin inmutarse.

Se detuvo ante mí, me cogió ambas mejillas entre sus manos y se inclinó para besarme haciéndome girar de modo que Cintia pudiera verlo bien, y qué beso, madre mía, de esos que me dejaban con las piernas temblorosas.

Cuando se apartó, ambos miramos hacia Cintia casi por instinto, y allí seguía, parada y enfadada, incluso me atrevería a decir que le salía humo de la cabeza.

—Esto no quedará así, James, si tengo que deshacerme de ella para que vuelvas conmigo, ten por seguro que lo haré, y no me temblará el pulso.

Cintia se fue enfadada, pero con paso firme y ese aire de altivez que la caracterizaba.

—¿Es que no hay más hombres además del mío en toda la maldita ciudad? —resoplé.

—Así que, tuyo, ¿eh? —preguntó James, sonriendo de medio lado.

—Ah, que encima lo he dicho en voz alta, perfecto —suspiré—. Pero sí, por el momento eres mío —me encogió de hombros.

—¿Por el momento? —su gesto cambió, perdió la sonrisa y se puso más serio mientras arqueaba la ceja.

—Supongo que algún día encontrarás a la futura madre de tus hijos, y esto no será más que un recuerdo para nosotros.

—¿Y si ya la he encontrado?

James dijo aquellas palabras mirándome con una intensidad que me hacía estremecer, me acarició la barbilla y se inclinó para volver a besarme.

¿Estaría hablando de mí? ¿O solo era lo que yo querría que fuera?

Si se refería a mí, me encantaría poder compartir mi vida con él.

Capítulo 18



Como no podía ser de otro modo, la noche anterior acabé quedándome a dormir en casa de James.

Era por eso que, en ese preciso momento, mi hombre insaciable e incansable, me estaba despertando con su juguetona lengua entre los pliegues de mi sexo.

Al igual que aquella noche en Brasil creí que estaba teniendo uno de mis habituales y recurrentes sueños calientes con él, pero no, no se trataba de un sueño sino de la realidad más absoluta, esa que quedó confirmada en cuanto gemí y él me dio un leve azote en la nalga.

Me encontraba bocabajo, con las caderas ligeramente elevadas sobre una almohada mientras James, literalmente, se tomaba mi sexo con ansia como desayuno.

—James —jadeé.

—Mira quién se ha despertado por fin, mi princesa Bella.

—¿Bella? —reí.

—No soy muy de Disney, pero creo que las chicas en la asociación mencionaron que es la única de cabello castaño y ojos marrones, como tú —dijo penetrándome con dos dedos.

—Entonces —otro jadeo—, ¿tú eres mi Bestia?

—Oh, sí, puedes apostar a que somos Bella y Bestia. Y ahora déjame que siga desayunando.

Otro azote en el trasero y comenzó a lamer más rápidamente al tiempo que me penetraba. En cuestión de unos minutos me tenía completamente desmadejada en la cama tras un fuerte y brutal orgasmo.

No dudó en enterrarse tan profundamente como le permitía la postura en la que me tenía. ¿Dónde había que firmar para despertarse así cada mañana?

—¿Quieres despertarte así todos los días, preciosa? —preguntó, y abrí los ojos de golpe porque otra vez me había pasado que la pregunta la hacía en voz alta.

—No estaría mal, para qué vamos a mentirnos.

—Hablaré con mi abogado, y redactaremos un contrato donde ponga que te comprometes a dormir y despertar conmigo todos los días, del resto de tu vida —dijo inclinándose mientras seguía bombeando con fuerza, entrando y saliendo, para besarme con rudeza.

El clímax nos alcanzó al unísono unos minutos después y cuando todo acabó, James me llevó con él hasta que quedamos abrazados en la cama.

Mientras me besaba el cuello no podía pensar en otra cosa más que en lo que había dicho.

—James Benson, he oído proposiciones de matrimonio en cientos de películas y series, y deje que le diga que sus palabras han sonado como una. Una bastante legal y rara —reí.

—Me faltó el anillo, entonces.

—Sí —lo miré por encima del hombro.

—¿Por qué te ríes?

—Acepta un consejo, el día que quieras pedirle matrimonio a una mujer, puedes hacerlo mientras estáis teniendo sexo, pero no menciones al abogado, eso hace que baje la lívido.

—No me jodas, ¿se te bajó?

—No, pero seguro que a otra le podría pasar. Tengo hambre, ¿hoy no hay café y tostadas para esta mujer que se pasó horas teniendo sexo con usted, señor?

—Primero, una ducha, después, el desayuno —hizo un guiño, me besó y salió de la cama llevándome en brazos hasta el cuarto de baño.

Las duchas con James eran la segunda mejor cosa de despertarme a su lado, me enjabonaba el cuerpo con mimo y delicadeza, me lavaba el pelo y después me retiraba todo el jabón antes de ducharse mucho más rápido de lo que me duchaba a mí.

—Voy a tener que dejar aquí algunos pantalones y camisetas, para no tener que salir con la misma ropa de la noche anterior y que mis vecinos piensen: "ahí viene la casquivana de follar otra vez" —reí mientras me ponía su camisa.

—Me parece perfecto.

—¿El hecho de que piensen que soy una casquivana? Gracias.

—No —rio acercándose para rodearme desde atrás—. Que dejes aquí algunas de tus cosas.

—James, lo decía en broma.

—Yo no —me besó en la mejilla y salió de la habitación despreocupadamente.

Cuando me uní a él en la cocina ya tenía la cafetera en marcha y estaba tostando pan al tiempo que troceaba algunas frutas.

¿Cómo era posible que ese hombre siguiera soltero, si a mí me trataba como a una reina?

Mientras desayunábamos no faltaron nuestros besos robados, ni sus caricias y que se llevara mi mano a los labios para dejar en ella algún que otro beso.

Su móvil empezó a sonar y se disculpó tras cogerlo mientras iba a hablar al salón, aproveché para recoger lo del desayuno.

—Lo siento mucho, preciosa, pero tengo que irme, uno de los nuevos patrocinadores del equipo ha convocado una reunión de urgencia —dijo cuando regresó.

—Claro, no te preocupes. Iré a vestirme y cogeré un taxi.

—¿Qué? Ni hablar, te llevo antes de ir al estadio.

—James, no deberías retrasarte más.

—Oye, que espere un poco. Es domingo y a diferencia de ese amargado que no folla desde el pleistoceno, los miembros del equipo de los *Warriors* sí tenemos vida privada.

—Qué bobo eres —reí y pasé por su lado para ir a la habitación a vestirme.

Lo hice rápido para no retrasarlo demasiado, así que solo cinco minutos después estaba en el salón donde James hablaba con uno de sus representados para que fuera a la reunión.

Cuando me dejó en casa quedamos en hablar y no quiso irse sin un beso de su preciosa Bella, incluso llegó a gruñir como haría la Bestia en el cuento. ¿No era una monada aquel hombre? Serio y alocado, una mezcla perfecta.

Suspiré entrando en casa y cuando Inés me vio, sonrió con picardía.

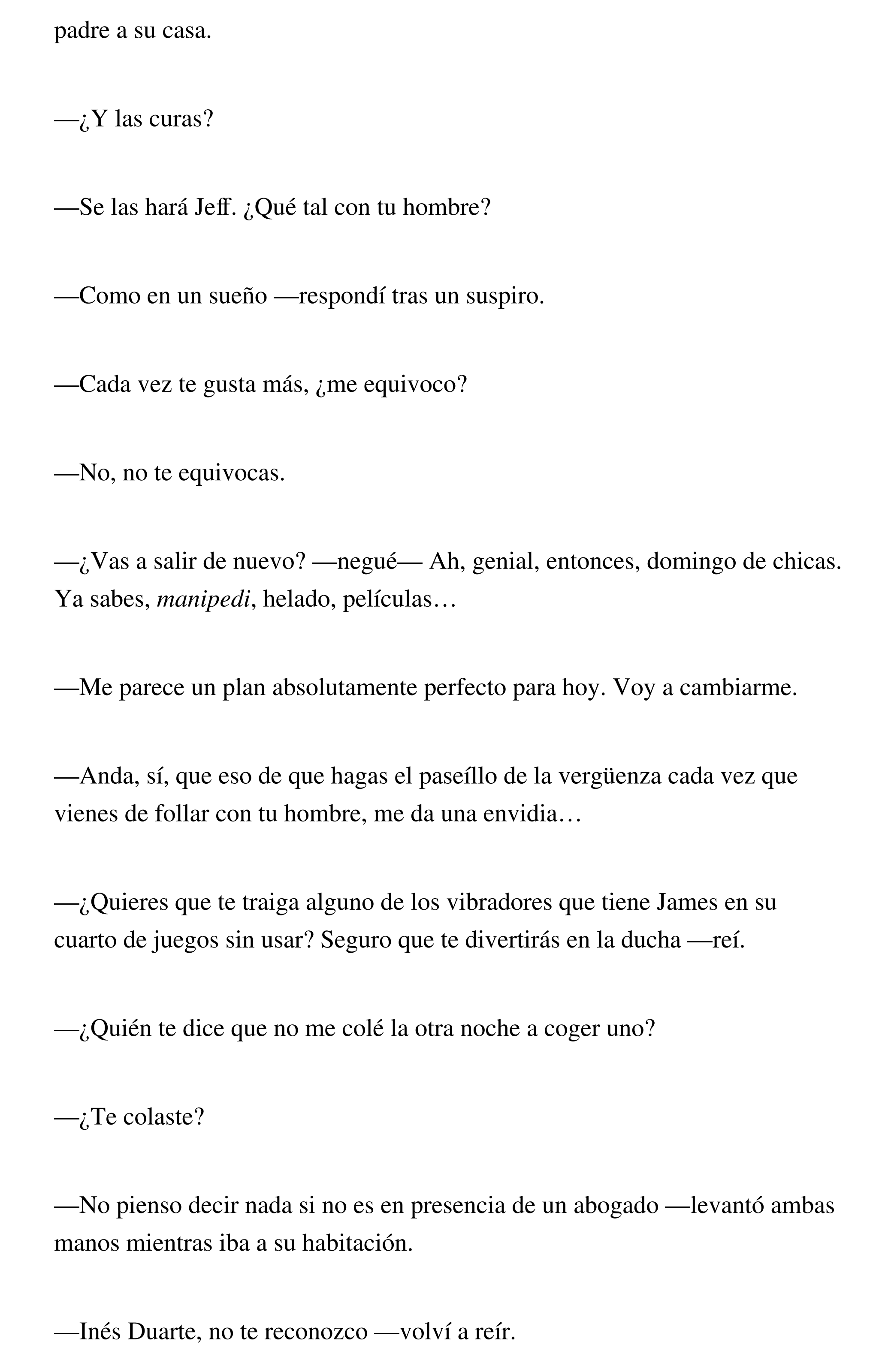
—Aquí estás, ¿qué horas son estas de llegar, jovencita? Esta es una casa decente, y tú la estás llevando a los cotilleos vecinales.

—¿Qué dices? —abrí los ojos ante esas palabras, porque a ver, una cosa era pensarlo y decirlo en broma, y otra muy distinta que mi propia hermana me lo confirmara, vaya.

—Estaba de broma, mujer. Que se note que alguien tiene vida sexual en esta casa.

—Inés, no hables así estando Nico.

—Tranquila, que tu hijo no está. Se ha ido a pasar el día con Caroline y su



padre a su casa.

—¿Y las curas?

—Se las hará Jeff. ¿Qué tal con tu hombre?

—Como en un sueño —respondí tras un suspiro.

—Cada vez te gusta más, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas.

—¿Vas a salir de nuevo? —negué— Ah, genial, entonces, domingo de chicas. Ya sabes, *manipedi*, helado, películas…

—Me parece un plan absolutamente perfecto para hoy. Voy a cambiarme.

—Anda, sí, que eso de que hagas el paseíllo de la vergüenza cada vez que vienes de follar con tu hombre, me da una envidia…

—¿Quieres que te traiga alguno de los vibradores que tiene James en su cuarto de juegos sin usar? Seguro que te divertirás en la ducha —reí.

—¿Quién te dice que no me colé la otra noche a coger uno?

—¿Te colaste?

—No pienso decir nada si no es en presencia de un abogado —levantó ambas manos mientras iba a su habitación.

—Inés Duarte, no te reconozco —volví a reír.

—Malditas hormonas del embarazo, me tienen calentita constantemente, y es peor cuando veo a Sam.

—Pues ya sabes, dile al doctorcito que te eche una mano.

—Hermana, como mis hormonas sigan así, acabaré por pedírselo —resopló.

Entré a mi habitación a cambiarme, aquel domingo sería un día solo para nosotras, de esos que tanto nos gustaba compartir. Aprovecharía cada momento con ella ahora que aún podíamos, porque cuando llegara el bebé, habría días en los que el cansancio le acabaría pasando factura y necesitaría dormir a cualquier hora. Y para eso estaban las hermanas mayores, para cuidar de sus sobrinos, además de consentirlos.

Capítulo 19



Eran las siete y media del martes y todavía estaba en el despacho ultimando el borrador de un contrato que un cliente quería que le enviara, en cuanto lo tuviera para poder leerlo en casa tranquilamente durante la noche y hablar sobre ello por la mañana.

A veces era así, y como la empresa era mía, era mi deber quedarme a hacer horas extras mientras los demás disfrutaban de su libertad. Incluso le dije a Jack que se marchara, que llamaría un taxi para volver a casa.

No había hecho más que enviar el correo, cuando empezó a sonar mi móvil.

—¿Qué quieres, Trevor? —pregunté, extrañada por la repentina llamada.

—Te concedo media hora para hablar de lo que sea que quieres que hablemos. Apunta la dirección del hotel —dijo y cogí el primer papel que tenía a mano para anotarlo—. Estaré esperando en la cafetería, no tardes o me voy.

Cortó la llamada y mientras recogía todo tan rápido como me era posible, pedí un taxi por teléfono.

Bajé a la calle y justo llegaba el taxi que me llamaba en ese momento.

Le di la dirección del hotel pidiéndole que se diera prisa y le prometí una generosa propina, era un muchacho joven que seguramente acababa de empezar a trabajar y las propinas, lo sabía por experiencia propia, venían muy bien.

Tal como le prometí, le di su propina y además le pregunté si podía esperarme, no importaba que pusiera el taxímetro a correr en cuanto me bajara, pero así no tendía que buscar otro taxi después.

—No creo que sea más de media hora lo que esté ahí dentro —informé.

—Claro, no hay problema. Aquí estaré.

Asentí y fui directa a la cafetería del hotel, eché un vistazo y al fondo vi un hombre que no encajaba entre tanta gente, si lo que quería Trevor era pasar desapercibido, con la gorra y las gafas de sol que llevaba, no lo iba a conseguir. Al menos se había puesto una camiseta y unos vaqueros, nada de chupas de cuero en plan, actor de Hollywood huyendo de los paparazzi.

—Aquí me tienes —dije sentándome y la camarera se acercó a preguntar que quería tomar—. Un té helado, por favor.

—Ahora mismo se lo traigo.

—Tienes que parar con las amenazas, Trevor —exigí en cuanto nos quedamos solos, sin darle opción a que empezara a hablar él—. Si te olvidas de vender la historia sobre la paternidad de mi hijo, te doy mañana mismo cien mil dólares.

—¿Crees que con eso lo soluciono todo? Debo mucho más.

—Ese no es mi problema, Trevor, no puedes echarme a mí tu mierda. Ya me

robaste suficiente una vez.

—Quinientos mil, tú, y quinientos mil el padre del bastardo —contestó con rabia.

—Con cien mil puedes comprar una nueva identidad, empezar de cero en otro sitio, vamos Trevor, sabes que tengo razón. Esa gente a la que debes dinero, dejaría de buscarte.

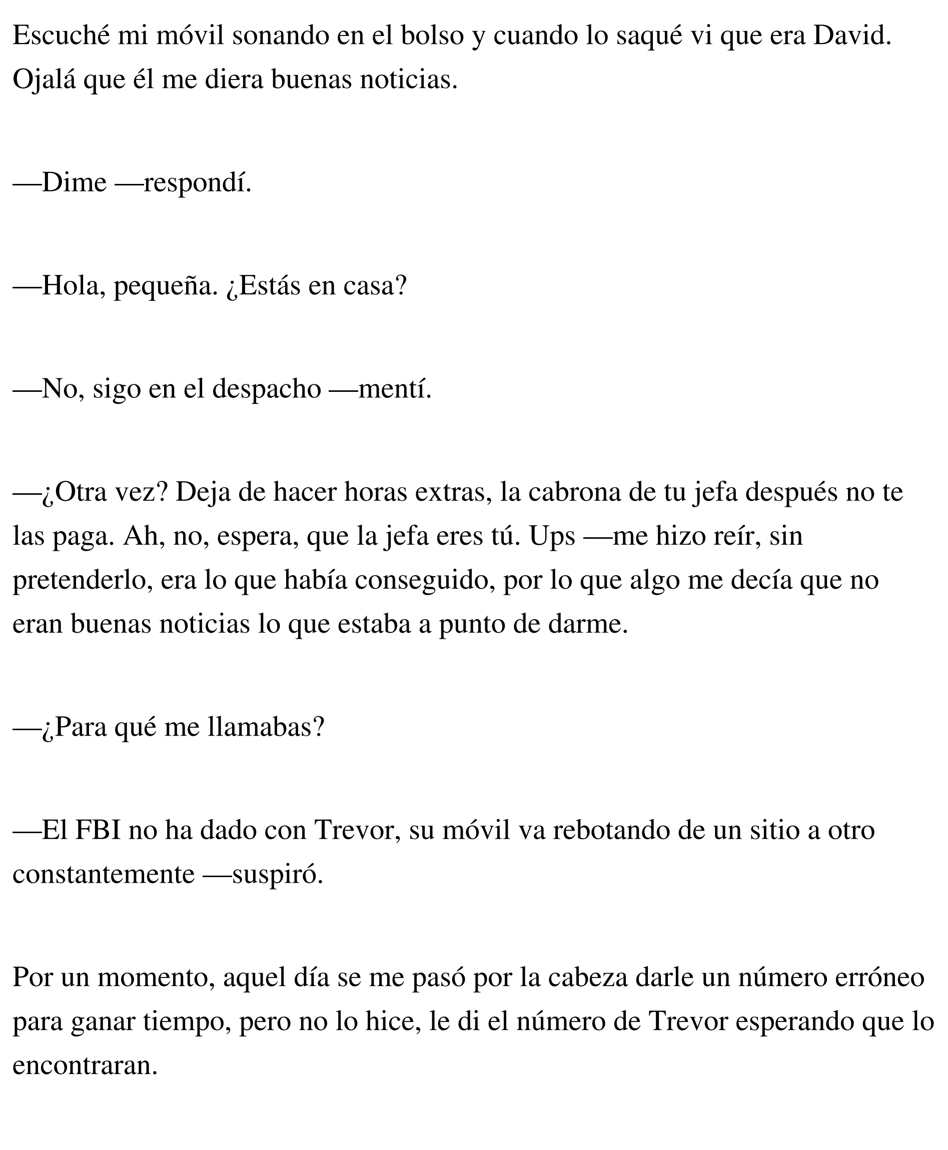
Trevor se quedó callado, pensativo, lo que me hacía pensar que aceptaría mi oferta. Eso era mejor que nada, porque ni Carlos ni yo estábamos dispuestos a darle el dinero que exigía.

Me miraba por encima de las gafas, entrecerraba los ojos como si realmente sopesara la opción que le había dado. Era un buen trato, abandonar el país y empezar con dinero en otro sitio sin tener que mirar constantemente por encima del hombro con el temor de que un día alguien le pegara un tiro.

Se echó a reír, el muy cabrón empezó a reírse con tantas ganas que su cuerpo se sacudía una y otra vez.

—Esto no es una de esas películas del cine o una maldita serie de televisión, Iris. Esto es la puta vida real, ¿entiendes? No puedo desaparecer, así como así, con un simple chasquido de dedos. Esa gente movería los hilos, tiraría de contactos y me encontrarían. Si no pago, soy hombre muerto. Si tú y el abogaducho no pagáis, tu familia muere —sentenció poniéndose en pie, y tras meterse las manos en los bolsillos y sacar un par de billetes para pagar, salió de la cafetería dejándome sola en la mesa.

Ni diez minutos habíamos estado hablando. Suspiré, la camarera me trajo un vaso grande de té helado y casi que lo agradecí porque necesitaba beber y refrescarme con lo que fuera.



Escuché mi móvil sonando en el bolso y cuando lo saqué vi que era David. Ojalá que él me diera buenas noticias.

—Dime —respondí.

—Hola, pequeña. ¿Estás en casa?

—No, sigo en el despacho —mentí.

—¿Otra vez? Deja de hacer horas extras, la cabrona de tu jefa después no te las paga. Ah, no, espera, que la jefa eres tú. Ups —me hizo reír, sin pretenderlo, era lo que había conseguido, por lo que algo me decía que no eran buenas noticias lo que estaba a punto de darme.

—¿Para qué me llamabas?

—El FBI no ha dado con Trevor, su móvil va rebotando de un sitio a otro constantemente —suspiró.

Por un momento, aquel día se me pasó por la cabeza darle un número erróneo para ganar tiempo, pero no lo hice, le di el número de Trevor esperando que lo encontraran.

Y no podía decirle que me había llamado unos días antes, y tampoco que acababa de verlo y que, si enviaba a la policía, posiblemente aún pudieran encontrarlo.

No, me quedé callada, suspiré, pasé la mano por mi sudorosa frente debido a los nervios y la rabia de aquella maldita conversación que no me había llevado a nada, y le di las gracias por al menos haberlo intentado.

—Ten cuidado, pequeñaja, no quiero ni puedo perder a una de mis chicas

favoritas —me pidió.

—Lo tendré.

—¿Desayunamos mañana?

—Solo si me prometes que será una cantidad indecente de Donuts con glaseado de fresa.

—Prometido. Te veo a las once en tu despacho. Te quiero.

—Y yo a ti, David.

Corté la llamada y me quedé mirando el móvil. Di un sorbo a mi té helado y pensé en llamar a Trevor, ofrecerle doscientos mil dólares y esperar que aceptara, pero en el fondo sabía que no lo haría.

James me envió un mensaje preguntando cómo me había ido el día, sonreí y le contesté que podría haber ido mejor, que estaba recogiendo y que por fin me iba a casa para darme un baño y meterme en la cama.

Se ofreció a recogerme, pero dadas las circunstancias, me excusé diciendo que estaba más cansada de lo que pensaba y quedamos en vernos otro día.

Acabé mi té, me despedí de la camarera cuando se acercó para cobrar y recoger la mesa, y salí a la calle donde seguía esperándome aquel joven taxista que parecía estar estudiando.

—¿A dónde, señorita? —preguntó, y le di la dirección de mi casa.

—¿Qué estudias? Si no es molestia que te pregunte —dije unos segundos

después, cuando se había incorporado al tráfico.

—Oh, no, no es molestia. Estudio finanzas, estoy en la escuela para adultos. No tuve acceso a la universidad, mi novia está embarazada y bueno, en un futuro no quiero seguir siendo taxista.

—Vaya, felicidades, por el bebé, claro.

—Muchas gracias —sonrió ampliamente y se le veía feliz con esa idea—. No fue buscado, ¿sabe? Pero no me importa que haya llegado. Es decir, solo tenemos veinte años, pero, ¿no dicen que las mejores cosas de la vida llegan sin que las esperemos? Creo que, de todo lo que hice antes de saber que iba a ser padre, es lo mejor que he hecho.

—Tu novia tiene mucha suerte de tenerte a su lado, pocos hombres que saben que serán padres siendo aún tan jóvenes, se quedan al lado de sus novias.

—Mis padres siempre me dijeron que, si alguna vez ocurría, no dejara a mi chica. No hay nada peor que ser un cobarde cuando ella, afrontará todo el proceso del embarazo, las náuseas, dolores y esas cosas.

—Sé de lo que hablas, pasé por ello hace casi dieciséis años —sonreí.

—¿Y no fue lo mejor que le pasó en la vida?

—Sí, y te aseguro que, aunque su padre me dejó, si tuviera que volver a pasar por ello sola, lo haría.

—Es una luchadora entonces, como mi Susy —sonrió—. ¿Se puede creer que fue ella quien me dijo que, si no estaba preparado para ser padre, podía coger la puerta e irme? Como si fuera a dejarla sola.

—Robert —dije al leer su nombre en la identificación del taxi—. Nunca, por muy duras que sean las cosas, la dejes sola. Si estás con Susy, tienes que estarlo de principio a fin.

—Lo haré, señorita, se lo prometo igual que se lo prometí a mis padres. Y yo cumplo mis promesas —dijo con orgullo.

Asentí y pasé el resto del camino mirando por la ventana.

Cuando llegamos a casa no lo dudé ni un momento, le di una propina mucho más generosa que la anterior y mi tarjeta.

—Si alguna vez necesitas un trabajo, aunque sea como becario, llámame, si no es en mi empresa, te ayudaré a encontrarlo en cualquier otra. Y dame tu número, así cuando necesite un taxi, te llamaré directamente a ti.

—Yo… no sé qué decir, señorita —respondió mientras garabateaba su teléfono en un papel.

—Iris, soy Iris.

—Muchas gracias, señorita Iris —sonreí, otro al que al que no conseguiría quitarle el "señorita" de la boca.

—Invita a cenar el fin de semana a Susy a un lugar bonito, a las embarazadas nos encanta que nos mimen de vez en cuando —le hice un guiño y él sonrió —. Buenas noches, Robert.

—Buenas noches.

Cuando entré en casa, saludé a todos dándoles las buenas noches, cogí una manzana que fui comiéndome de camino a la habitación, me di un baño de

espuma de esos largos y relajantes, y me metí en la cama.

¿Sería posible despertar en una mañana cualquiera, pero dentro de unos cinco años? Tal vez en ese tiempo, todo el asunto de Trevor y su absurda obsesión por joderme la vida, hubiese acabado ya.

Suspiré, pensando en que soñar era bonito.

Capítulo 20



Dos días habían pasado desde mi breve reunión con Trevor, dos en los que seguí dándole vueltas al asunto de pagar más para que nos dejara en paz, pero cada vez me acababa diciendo a mí misma que no era la forma correcta de que todo eso terminara definitivamente.

Eran casi las nueve, había estado trabajando para mantener la cabeza ocupada, recogía todo para marcharme a casa, cuando empezó a sonar mi teléfono y vi el nombre de David haciendo que sonriera. Habíamos desayunado el día anterior, y mi mejor amigo ya me echaba de menos.

—¿Llamas para invitarme a cenar? Porque te aseguro que ahora mismo me muero de hambre.

—Disculpe, señora, pero no soy su amigo —dijo una voz de hombre al otro lado de la línea—. Soy uno de los médicos que lo ha traído en la ambulancia hasta el hospital.

—¿Qué ha pasado? —pregunté muerta de miedo.

—Se ha salido de la carretera, chocó contra un poste de madera. Es un milagro que no cayera por el terraplén.

—¿Está consciente? ¿Es grave?

—Está en quirófano, es todo lo que puedo decirle hasta ahora. Dejaré sus pertenencias en el mostrador junto con su nombre, ¿puede decirme su apellido, señorita Iris?

Se lo dije y en cuanto colgué, salí corriendo del despacho llamando a Robert, el taxista joven al que conocí por si estaba por la zona.

—Claro, ahora mismo voy a buscarla —dijo en un tono sonriente.

—Date prisa, por favor, tengo que ir al hospital.

—Deme cinco minutos, iré lo más rápido que pueda.

No, no quería molestar a Jack dado que estaría en su casa desde hacía horas, en estos últimos días prefería quedarme trabajando.

Mientras esperaba mi taxi llamé a Inés, no quería preocuparla, pero tenía que saber el motivo de mi retraso, acto seguido, hablé con Alexis que estaba en los almacenes cuadrando algunas cuentas. Le pedí que no se pusiera nerviosa y que cogiera un taxi para encontrarnos en el hospital.

Robert tocó el claxon avisándome de su llegada, subí al coche y tras decirle dónde quería ir, me sonó el móvil.

—Hola, mi niño —saludé a Nico.

—Acabo de llegar a casa y la tía me ha dicho lo de David. ¿Dónde está? Dile a Jack…

—No —le corté antes de que siguiera—. Cariño, yo voy en taxi porque Jack lleva en su casa desde hace horas, no lo he llamado. Tú quédate en casa con la tía, seguro que está nerviosa y sabes que no es bueno para el bebé.

—Lo sé, perdona, es que… No puedo perder a otro padre postizo, mamá.

—No le va a pasar nada, ¿de acuerdo? Ya sabes cómo es David.

—Duro como una piedra y cabezota como lo era su padre, sí —rio—. Llámame cuando sepas algo, ¿de acuerdo?

—Lo haré, cariño. Adiós.

Suspiré dejando caer la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados. ¿Cómo habría sido el accidente, Si David era precavido en la conducción y un buen conductor?

—¿Algo grave, señorita Iris? —preguntó Robert.

—Mi mejor amigo, ha tenido un accidente con el coche.

—Lo lamento. ¿Es grave?

—Aún no sé mucho, solo que estaba en quirófano.

—Ojalá no sea nada.

—Eso espero.

Miré por la ventana y deseé que Robert tuviera razón, que no fuera nada demasiado grave y que todo quedara en un susto. Pero estaba en quirófano, y

nadie entraba en un quirófano por un simple rasguñito.

Cuando llegamos a la entrada de urgencias Robert me dijo que iba a cenar con su chica y que, si necesitaba algo, lo avisara. Asentí mientras cerraba la puerta y entré corriendo.

—Buenas noches, soy Iris Duarte, me han avisado por un accidente que ha tenido mi amigo, David Montes —dije a la enfermera que estaba allí.

—Ah, sí, tengo aquí las pertenencias del señor —sonrió con amabilidad y me entregó una bolsa.

—Gracias. ¿Sabe si ya ha salido de quirófano?

—Aún no, y no puedo decirle nada, lo lamento. Hasta que no salga alguno de los médicos que lo atiende…

—Comprendo, gracias de igual modo.

Me senté en una de esas sillas de plástico a esperar, y no tardó en aparecer Alexis corriendo, en cuanto la vi acercarse al mostrador, la llamé y vino hasta mí con los ojos vidriosos.

—¿Cómo está? ¿Sabes algo? ¿Qué ha pasado?

—Nada todavía, tenemos que seguir esperando.

—Iris.

—No lo pienses —le advertí porque sabía lo que se le estaba pasando por la cabeza en ese momento—. Ese hombre es fuerte y saldrá de esta.

—¿Cómo ha podido tener un accidente? Si nunca corre con el coche.

—Eso mismo me pregunto yo —suspiré.

—Buenas noches, ¿señorita Duarte? —miramos al agente de policía que acababa de llamarme.

—Soy yo.

—Soy Greg Davidson, el agente que acudió al aviso del accidente de su amigo.

—¿Podría decirnos qué es lo que pasó? Si lo sabe, claro.

—El señor Montes circulaba por una carretera cercana a la costa, una con varias curvas. En el punto en el que tuvo lugar la colisión con el poste, no había marcas de frenada ni de su coche, ni de cualquier otro, tampoco hay golpes por lo que un choque con otro queda descartado. ¿Sabe si el señor Montes tenía problemas? ¿Estaba nervioso, o actuaba de manera extraña en los últimos días?

—¿Qué insinúa, agente? ¿Cree que David quería suicidarse o algo así?

—No insinúo nada, señorita, solo quiero descartar posibles causas. Comprenda que es, cuanto menos, extraño que no frenara al ver que acabará chocando o cayendo al vacío. Hemos llevado el coche a revisar, tal vez tuviera una avería en el sistema de frenado.

—Revise lo que tenga que revisar, agente —exigí—, y dígame un motivo real por el que mi mejor amigo, y novio de esta mujer —señalé a Alexis que lloraba en silencio—, casi muere esta noche.

Y entonces, como si de un flash se tratara, algo que para cualquier persona probablemente sería una idea descabellada, recordé el accidente de mi hijo y sus amigos y la maldita nota que vino después.

Saqué el móvil del bolso mientras Alexis le decía al policía que David no tenía problemas ni tampoco estaba deprimido como para querer quitarse la vida, llamé a Brenda y pregunté si habían dejado alguna nota en casa.

—¿Una nota? ¿Estás esperando algo, mi niña?

—No, y ojalá no llegue nunca nada, pero, el accidente de David…

—No me digas que estás pensando que se trata de ese hombre, otra vez.

—Puede, o tal vez no, ya no sé qué pensar.

Corté la llamada y me acerqué de nuevo al agente de policía para compartir con él la información que tenía. No sabía de qué comisaría era él, pero suponía que entre ellas se mantenían en contacto.

—Al menos hay algo de lo que tirar. Voy a llamar a mi jefe para ver si puede hablar con el agente que lleva su caso, ya que no es de mi comisaría —dijo, alejándose para hablar por teléfono.

Alexis y yo nos sentamos de nuevo, pero apenas unos segundos después mi hermana y James aparecieron en la sala.

—¿Qué haces aquí? Te dije que esperaras en casa, hermanita —la abracé cuando se echó a llorar.

—Y una mierda me voy a quedar allí, comiéndome la cabeza sin saber qué le

pasa a David.

—¿Y tú por qué has venido? —pregunté a James.

—Acabé tarde con una reunión y pensé en invitarte a cenar, quería sorprenderte cuando llegué a tu casa y la sorpresa, me la llevé yo. ¿Por qué no me llamaste?

—No quería molestarte.

—Oye, David también es amigo mío, ¿de acuerdo? Así que no vuelvas a pensar que me molestas con algo como esto. ¿Habéis tenido noticias?

—Aún nada, sigue en quirófano. Solo hemos hablado con aquel agente de allí —le señalé—. Por el hecho de no haber encontrado marcas de frenada, pensó que quería suicidarse, ¿te lo puedes creer?

James frunció el ceño, miró al agente y después se quedó pensativo unos instantes. Cuando le pregunté en qué pensaba, me miró.

—¿Has dicho que no había marcas de frenada?

—No, y al parecer debería haber frenado, era una curva peligrosa.

—Iris, no quiero asustarte, pero, ¿y si esto es cosa de Trevor?

—Lo mismo he pensado yo, así que se lo he dicho al agente, ya lo he puesto al corriente de todo el tema de las denuncias y demás.

James asintió, me besó en la frente y dijo que fuera a esperar con Alexis e Inés.

Lo vi acercarse al agente y se quedó allí de pie esperando a que terminara su conversación. En cuanto lo hizo, le tendió la mano presentándose y empezó a hablar con él.

Era cierto que no había querido molestar a James con esto, pero ahora que estaba aquí, que había venido para acompañarme, pude ver con claridad que realmente lo nuestro no era solo cuestión de sexo, había algo más.

Después de hablar con el policía se acercó para decirnos que revisarían el coche por si no se trataba de un simple fallo en el sistema de frenada, sino de algo más.

En ese "algo más" entendí lo que ambos querían decir, pero que James no verbalizó para no preocuparnos demasiado a ninguna de las tres.

Trevor. Posiblemente ese desgraciado estaba detrás del accidente.

Su postura fue clara, tenía la moneda preparada para ver quién de los dos elegidos iría primero.

Dios, ¿es que esta pesadilla no acabaría nunca?

James nos trajo algunos refrescos para beber, aseguró que mejor algo de azúcar que cafeína, con eso tan solo conseguiríamos incrementar nuestros nervios.

Eran cerca de las once y media, dos horas después de que llegara a esa sala de urgencias, cuando al fin apareció una doctora llamando a los familiares de David.

—Somos sus amigas, prácticamente hermanas, y ella, su novia —le indiqué señalándonos a las tres.

—¿Cómo está, doctora? —preguntó Alexis.

—Sufrió un impacto bastante fuerte, por lo que nos dijeron los médicos, había quedado atrapado entre el volante y el asiento. Tenía fracturadas algunas costillas y una vértebra, además de los moratones que el golpe del volante produjo en el tórax. Había una hemorragia interna bastante profusa que hemos conseguido controlar, y tenía un corte en la cabeza. Os aviso para que cuando lo veáis con el vendaje, no os asustéis.

—¿Podemos entrar?

—Ahora está sedado, vamos a tenerlo en observación toda la noche y por la mañana lo subiremos a una habitación. Os acompaño para que comprobéis que está bien, pero solo a través del cristal —dijo, y se lo agradecí puesto que las tres necesitábamos verlo.

Seguimos a la doctora por el pasillo y tras caminar unos metros, paramos ante una sala donde había un par de hombres y David. Vero allí con tantos cables, el vendaje en la cabeza y el que le cubría el abdomen y el tórax, fue un shock.

David siempre había sido mi pilar, así como el de Inés, él era el más fuerte de los tres, el que nos sostenía cuando las fuerzas nos había amenazo con fallarnos en más de una ocasión. Pero, sobre todo, estuvo ahí para nosotras y para mi hijo, cuando dejamos toda nuestra vida atrás.

—Es un hombre fuerte y sano, saldrá de esta, os lo aseguro —dijo la doctora y las tres asentimos al unísono.

Abracé a Alexis que no dejaba de llorar y secarse las mejillas, y también a mi hermana, que mantenía una mano sobre su vientre.

Las tres necesitábamos a David de vuelta lo antes posible, con su vitalidad, su humor, y ese amor que sentía hacia nosotras.

Porque, aunque no lo hubiese dicho, mi mejor amigo estaba enamorado de la joven Alexis.

Regresamos a la sala de espera y James me recibió con un abrazo y un beso en la frente.

—Sé que es cosa de Trevor —dije sin que mi hermana y Alexis pudieran escucharme—. Tengo algo que contarte.

—¿Más secretos, Iris? —Arqueó la ceja.

—Tal vez el peor de todos, y de antemano, te digo que lo siento.

—No sé si quiero saberlo —suspiró.

—Iris —me giré al escuchar la voz de Alexis—. Marchaos a casa, yo me quedaré por si pasara algo. Acabo de llamar a mis padres y mi madre viene para hacerme compañía.

—De eso nada, dile que no venga, yo me quedo contigo.

—Iris, por favor. Yo… —cerró los ojos tratando de contener las lágrimas— Necesito esto, quiero ser la primera en verlo cuando despierte.

La entendía, si fuera James quien estuviera en esa cama, yo querría lo mismo.

—Cualquier cosa, me llamas —le pedí.

—Tranquila, lo haré.

—Vendré por la mañana a ver cómo estáis —la abracé, mi hermana y James también, y nos despedimos de ella.

—Os llevo a casa —dijo James, cuando íbamos hacia la salida.

Entrelazó nuestras manos y ese gesto mandó aquella descarga eléctrica tan conocida para mí. Subimos al coche y el silencio reinó durante el camino a casa.

Cuando llegamos, lo único que pude decirle a James fue que se quedara a pasar la noche.

—¿Estás segura, preciosa? —preguntó acariciándome la mejilla.

—Sí, necesito que hablemos —respondí inclinando la mirada.

—Y yo te necesito a ti, necesito abrazar a mi mujer esta noche —susurró.

Mi mujer, dos palabras que sonaron tan, pero tan bien, que me encantaría poder escucharlas cada día, el resto de mi vida.

Capítulo 21



En cuanto entré en casa me quité los zapatos, Nico se había quedado dormido en el sofá y me mataba tener que despertarlo, pero sabía que, si no lo hacía y le contaba cómo estaba David, se molestaría conmigo.

Inés nos dio las buenas noches y se fue a la cama, aquella noche había revivido el momento del accidente de Zack, no lo dijo, pero yo lo sabía, conocía muy bien a mi hermana pequeña.

Cuando Nico abrió los ojos nos encontró a James y a mí frente a él, sonrió y saludó a su amigo con el habitual choque de puños.

—¿Cómo está David? —preguntó.

Le dije lo que nos había explicado la doctora y que posiblemente tendría una lenta y dolorosa recuperación, y asintió antes de ponerse en pie.

—Supongo que te quedas a dormir —dijo mirando a James.

—Supones bien —sonrió él.

—Genial, nos vemos en el desayuno entonces. Buenas noches, James.

—Buenas noches, Nico.

—Que descanses, mamá. Te quiero —me abrazó mientras decía aquellas dos palabras en un tono suficientemente alto como para que James lo escuchara.

—Yo también, mi niño. Buenas noches.

Lo besé en la mejilla y observé cómo se alejaba por el pasillo hasta que le perdí de vista. Suspiré y James me rodeó por la cintura desde atrás, besándome el cuello.

—¿Quieres una copa de vino? —propuse.

—Es tarde, mejor no.

—Vale, pues vamos al porche a hablar.

Respiré hondo armándome de valor para contarle lo que había ocurrido en esos días con Trevor, preparándome mentalmente para escucharlo decir que había sido una imprudente, que no tenía que haber hecho aquella locura, y cuando nos sentamos, me cogió de la mano con cariño.

Lo solté todo sin dejar que me interrumpiera, le dije que solo quería acabar con esto y por eso le ofrecí el dinero a Trevor, que me había dicho que tenía dos personas en el punto de mira y ahora David, a quien no le dije aquel día que había estado con Trevor, se encontraba en esa cama de hospital por mi culpa.

—No es culpa tuya, tú no le hiciste chocar con ese poste, Iris —me cogió por la cintura para sentarme en su regazo, había empezado a llorar sin apenas darme cuenta y me secaba las mejillas con ternura—. ¿Te dijo quién era la

otra persona?

—No, pero apostaría a que eres tú. Te quiere fuera de juego en este asunto para tratar de conseguir que vuelva con él.

—Estaré preparado y alerta, tendré cuidado —dijo al ver el miedo que seguramente reflejaban mis ojos.

Lo abracé y cerré los ojos, calmándome mientras escuchaba el latido de su corazón.

Era tranquilo, y no sabía cómo podía estar así con lo que acababa de contarle.

Una persona de mi pasado nos tenía a todos en vilo, a mí más que a nadie, su vida corría tanto peligro como la de todos los de mi familia que tanto me importaban, y él mostraba toda la calma del mundo a pesar de que, posiblemente, por dentro su cabeza fuera un hervidero de ideas malas para quitar a Trevor de mi vida.

James me acariciaba la espalda mientras dejaba algún que otro beso en mi cabeza, seguíamos en silencio y con eso era más que suficiente para mí. Me gustaba estar en sus brazos, que me envolviera con la calma que emanaba de él en momentos como ese.

El silencio de la noche fue interrumpido por el tono de llamada de mi móvil, ese que llevaba encima por si Alexis llamaba con alguna novedad. Pero no era su nombre, sino el de Carlos, el que vi en la pantalla.

—¿Carlos? ¿Ocurre algo? Es tarde.

—Iris, la mujer con la que está viéndose Amanda, ha tenido un accidente. He recibido una nota de Trevor. Está cumpliendo su amenaza.

—¿Qué? No puede ser —me puse de pie prácticamente de un salto—. David también está en el hospital.

—No me jodas —suspiró—. Oye, hoy ha sido ella, pero, ¿qué pasa si la próxima vez es Amanda?

—No irá a por ella, quiere hacernos daño con personas que nos importan, pero Amanda es parte implicada por tu suegro. Carlos, yo… —me pasé la mano por la frente, y sabía que lo próxima que iba a decir no sería lo mejor en ese momento, pero tenía que contárselo— Me reuní con él hace dos días, le ofrecí dinero para que se fuera y nos dejara tranquilos, pero no lo aceptó.

—¿Te viste con él, tú sola? Joder, Iris, cuéntame las cosas y deja que vaya contigo. Ese tío es un puto loco y tú eres la madre de mi único hijo —era la primera vez que se refería así a Nico, y algo hizo que el corazón me diera un vuelvo—. Iris…

—Carlos, tenemos que hacer algo, adelantarnos otra vez a sus movimientos. Yo no estoy dispuesta a que nadie más de los míos sufra un accidente en extrañas circunstancias por su culpa, ya he pasado por dos en los que casi mueren y no quiero perder a nadie. Dime, Carlos, ¿estás dispuesto a arriesgar todo lo que tienes? ¿Está Amanda dispuesta a afrontar la verdad ante su padre? Porque lo único que se me ocurre es ser nosotros quienes contemos nuestra historia.

—Tengo que hablarlo con Amanda, no puedo tomar una decisión así yo solo.

—Lo entiendo. Mañana hablaré con Conrad, si está de acuerdo en que esto es lo mejor, espero que toméis la misma decisión que yo. No puedo ni pensar en el hecho de que mi hermana, embarazada, sufra un accidente también, ¿lo entiendes? No voy a dejar que mis errores del pasado afecten la vida de mi familia.

—Cuando Amanda esté más calmada hablaré con ella, te llamo en cuanto lo haga.

—Vale. ¿Cómo está su chica?

—Mal, tiene varios traumatismos, dio vueltas de campana.

—Lo lamento, espero que salga de esta.

—Sí, yo también deseo que David se recupere pronto. Hablamos, ¿vale?

—Vale, adiós.

Corté la llamada, suspiré dejando mis hombros caer derrotados, miré al suelo y cerré los ojos.

Había sido rápido llevando a dos personas de nuestro entorno al hospital la misma noche. ¿Seguiría Trevor en San Francisco? ¿Se habría ido a Los Ángeles? ¿O es que simplemente tenía gente que hacía el trabajo sucio por él, mientras se mantenía escondido como la rata que era?

—Preciosa, estás temblando —susurró James volviendo a abrazarme desde atrás.

Le conté lo que me acababa de decir Carlos, y me dijo que había escuchado lo que pensaba hacer yo.

—Es lo único que creo que puede dar resultado —me encogí de hombros.

—Si lo hacéis, estaré ahí para ti, seré tu apoyo, no lo dudes, ¿me oyes?

—Lo sé, James —suspiré dejándome caer sobre su pecho.

—Vamos a la cama, cariño, necesitas descansar.

—Necesito que esto acabe, o me volveré loca. No puedo más, James —sollocé—, no puedo levantarme cada mañana preguntándome si Trevor atentará contra la vida de alguien de mi familia. Pensar que, a Inés, a Brenda, a tu madre o a ti os pasara algo…

—Schhh —susurró abrazándome aún más fuerte—. No pienses más en eso. Vamos, es hora de dormir —me besó la sien, entrelazó nuestras manos y me llevó a mi habitación.

En cuanto cerró la puerta y nos quedamos solos en la oscura intimidad que nos proporcionaba, me desnudó entre besos con ternura, sin el más mínimo rastro de intenciones sexuales.

Me ayudó a ponerme una camiseta para dormir, se quedó en bóxer y nos metimos en la cama, donde me abrazó haciendo la cucharita.

—Descansa, mi Bella preciosa —susurró.

Cerré los ojos, y sintiendo el calor de su cuerpo envolviéndome, dejé que el sueño me venciera y acabé quedándome dormida mucho antes de lo que pensé.

Capítulo 22



A la mañana siguiente desperté entre los brazos de James, aspiré su aroma y decidí que no quería salir de la cama. Era viernes, podía tomarme el día libre, ¿cierto? A fin de cuentas, era mi propia jefa.

Pero entonces, la realidad de por qué James estaba en mi cama, de lo ocurrido la noche anterior, me golpeó con tanta fuerza como si un tsunami acabara de impactar en mi casa.

—Respira, preciosa —susurró James deslizando la mano por mi espalda.

—¿Estás despierto?

—Desde hace rato, pero creo que se me ha dormido el brazo debajo de tu cuerpo.

—¡Ay, lo siento! —intenté apartarme, pero él se echó a reír.

—No seas boba, y ven aquí.

—Pero, tu brazo…

—Cariño, solo bromeaba —me sostuvo la barbilla y se inclinó para besarme —. Me encanta despertar contigo abrazándome como una monita.

—Oye —protesté y soltó una carcajada—. No quiero levantarme —suspiré volviendo a recostarme en su cálido pecho.

—Eres la jefa, puedes hacer novillos.

—Es lo que he pensado. Tú, en cambio, tienes que ir a trabajar.

—Puedo hacer novillos también, no hay nada urgente para hoy.

—Pero, James…

—Preciosa, nada me importa más que tú, y si me necesitas, el trabajo puede esperar. Además, soy mi propio jefe también, aunque trabaje con el equipo. Por cierto, dormías tan profundamente que no has oído el móvil cuando ha sonado.

—¿Quién era?

—Alexis, David está despierto, se encuentra dolorido, pero bien. ¿Qué te parece si nos damos una ducha, desayunamos, y vamos a verlo?

—¿Vas ir con el traje de ayer?

—Creo que tendré que dejar ropa aquí en tu casa —comentó elevando ambas cejas y me encantaba esa idea.

—Me parece bien.

—Entonces, prepara algo de ropa que vamos a dejarla en mi casa, me cambio, y después del hospital venimos a dejar la mía.

—Eso es trampa —sonreí.

—No, se le llama, aprovechar las oportunidades. Tú aceptas que deje ropa aquí, pues a cambio tienes que dejar la tuya en mi casa. Vamos, dormilona, que me muero de hambre.

—Y yo, anoche no cenamos.

—Qué mala anfitriona, ni una galleta me diste.

—Te ofrecí vino.

—Líquido, nada de sólido, vaya cena —resopló y acabamos riendo.

Era en momentos como esos en los que me apetecía dejarme llevar y decir lo que sentía, pero nunca salían esas palabras de mi boca.

Tras una ducha tan íntima como las que solíamos compartir, y guardar algunos pantalones, camisetas y ropa interior en una bolsa de deporte, nos vestimos y fuimos a la cocina donde nos recibieron con besos y abrazos a los dos.

Brenda nos sirvió café, zumo, y un plato con tortitas para cada uno.

—¿Hay alguna novedad de David? —preguntó mi hermana.

—Alexis dice que está despierto, vamos a ir dentro de un rato a verlo —respondí tras dar un sorbo al café.

—Dime cómo lo ves, ¿quieres?

—Tranquila, que te llamaré —sonreí.

—¿Y esa bolsa? —interrogó Nico.

—Eh, bueno, eso es…

—Ropa que tu madre va a dejar en mi casa —James acabó por mí, puesto que no sabía cómo decírselo—. Yo traeré algo aquí también, si no te importa.

—¿A mí? Claro que no —Nico sonrió y me miró con complicidad.

Que James se hubiera tomado la molestia de pedir permiso a su modo a mi hijo, de nuevo lanzó una señal a mi cabeza. Ese hombre merecía la pena, para él siempre contaban la presencia y la opinión de Nico.

Cuando acabamos de desayunar salimos de casa y al ver a James, Jack sonrió.

—Hoy no iré a la oficina, voy a llamar a Nikki para avisarla, me tomo el día libre —le dije.

—¿Estás bien? ¿Tienes fiebre? ¿Estás enferma? —preguntó mi chófer y amigo poniendo la mano en mi frente— No, de temperatura estás bien.

—Solo es un viernes que quiero pasar fuera del despacho. Además, voy a ir al hospital a ver a David.

—¿A David? —frunció el ceño, puesto que no le había contado nada la noche anterior, así que le hablé del accidente— Vaya, espero que se recupere. Me

pasaré después a ver al jefe.

—Le gustará verte, sobre todo después de que Alexis y yo le demos instrucciones de ser un enfermo amable y obediente con el personal del hospital —sonreí.

—Ah, le llevaré un par de cervezas entonces.

—Jack —lo amonesté.

—Era broma, jefa —levantó ambas manos haciéndose el inocente.

Nos despedimos de él y tal como había dicho James, pasamos por su casa para que se cambiara de ropa. Aquel día estaban prohibidas las prendas de ejecutivos serios, por lo que ambos íbamos en vaqueros, camiseta y deportivas.

Coloqué mi ropa en un hueco que me hizo en el armario, guardó sus cosas en una bolsa y fuimos hacia el hospital.

Alexis la había dicho en qué habitación estaban, por lo que subimos directos a la quinta planta.

—Buenos días —saludé entrando en la habitación, donde vi a mi mejor amigo con cara de estar agotado—. ¿Qué tal te encuentras?

—Llevo más calmantes para el dolor en mi cuerpo, que el batería pasado de copas de un grupo punk. Juraría que hasta las flores de ese cuadro me han hablado antes.

—Estás fatal, David —reí después de besarle la mejilla.

—Te lo he dicho, pequeñaja, me han debido dar algo la hostia de bueno.

—Algo más ligero que la morfina, para que soporte el dolor —dijo Alexis encogiéndose de hombros.

—Cielo, aprovecha que estamos aquí y vete a casa, date una ducha, descansa un poco, y después vuelves. Podemos quedarnos el tiempo que necesites, hoy es un viernes libre para los dos —le dije.

—¿Viernes libre? ¿Por mí? Iris Duarte, me siento halagado, emocionado, y al borde de las lágrimas. Si es que pudiera llorar, pero estoy tan relajado y drogado… —murmuró.

—Llamaré un taxi y volveré pronto —dijo Alexis.

—Espera, yo aviso el taxi, tengo un taxista de confianza —sonreí y salí al pasillo para llamar a Robert, le dije lo que necesitaba y me confirmó que estaría en diez minutos en la entrada—. Gracias, Robert. Le voy a dar a mi amiga tu teléfono para que ella te llame cuando tengas que ir a recogerla.

—Perfecto. ¿Su amigo está bien?

—¿Ves? Me acaba de hablar esa margarita, nena —escuché que le decía David a Alexis.

—Con muchos calmantes para el dolor, pero bien, afortunadamente.

—Me alegra escuchar eso. Estoy de camino al hospital.

—Genial, chao.

Corté la llamada, informé a Alexis y le di el número de Robert para que lo llamara después.

En cuanto recibí un mensaje suyo avisando de que estaba en la puerta, Alexis se despidió de David con un beso en los labios y salió de la habitación asegurándome que volvería en un par de horas como mucho.

—Vale, ahora que estamos solos, contadme cómo coño tuve el accidente —dijo David.

—¿No lo sabes? —Fruncí el ceño.

—Tranquila que no tengo amnesia por el golpe en la cabeza, solo que, por más vueltas que le he dado a la cabeza, no consigo dar con el motivo por el que acabé estampado contra un poste como si fuera el puto Coyote de la *Warnes Bros* —resopló.

—No había marcas de frenada, hasta el policía pensó que querías tirarte al vacío.

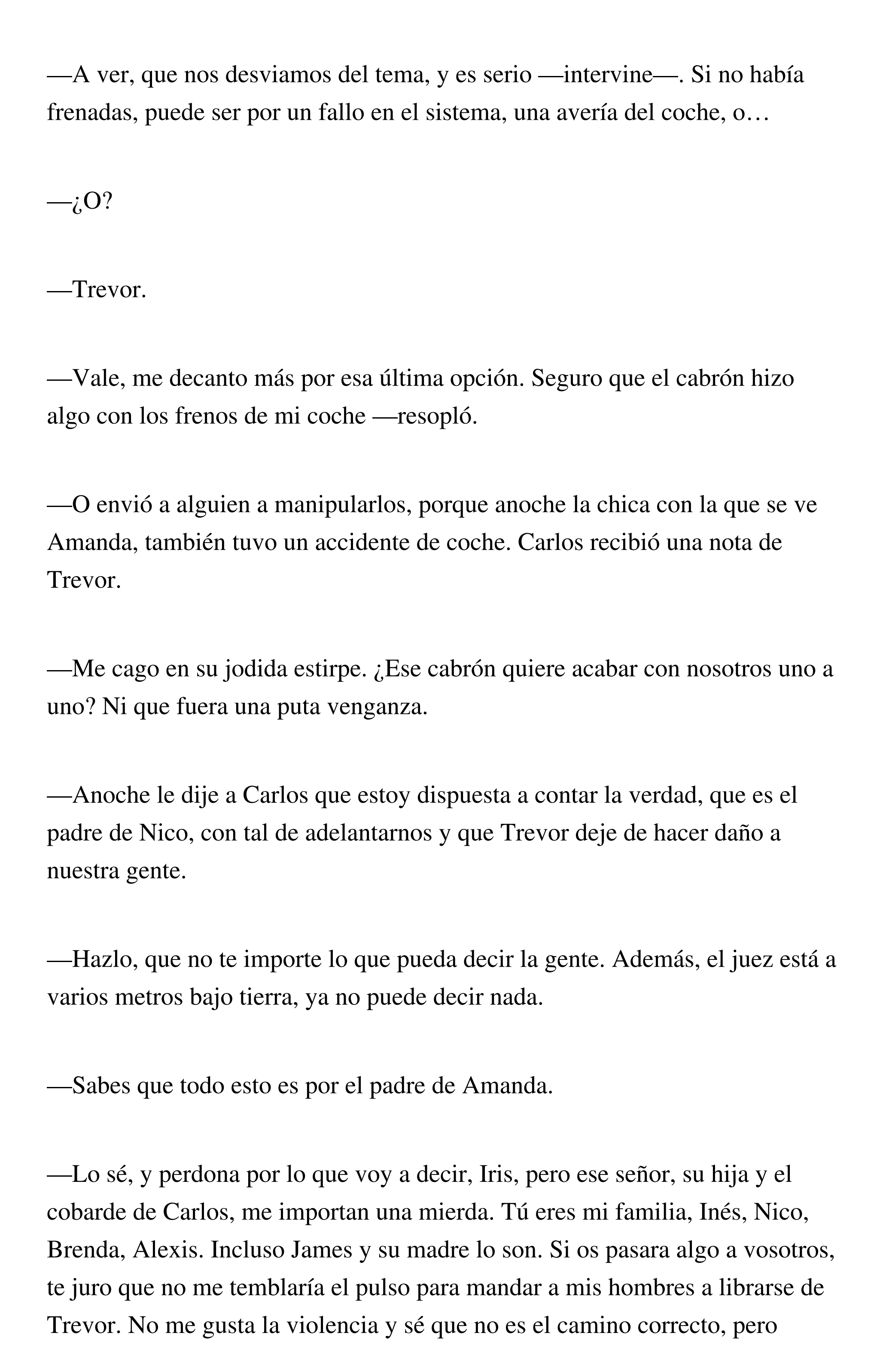
—Vamos, no me jodas, ahora que tengo una mujer en mi vida no quiero matarme.

—Estás enamorado, ¿eh? —sonreí.

—Hasta las trancas, Iris, y no tengo pelotas para decírselo.

—Pues deberías, colega, antes de que ella piense que solo es sexo, o llegue otro y se te adelante —dijo James.

—¿Se lo has dicho tú a ella? —David me señaló al tiempo que arqueaba la oreja.



—A ver, que nos desviamos del tema, y es serio —intervine—. Si no había frenadas, puede ser por un fallo en el sistema, una avería del coche, o…

—¿O?

—Trevor.

—Vale, me decanto más por esa última opción. Seguro que el cabrón hizo algo con los frenos de mi coche —resopló.

—O envió a alguien a manipularlos, porque anoche la chica con la que se ve Amanda, también tuvo un accidente de coche. Carlos recibió una nota de Trevor.

—Me cago en su jodida estirpe. ¿Ese cabrón quiere acabar con nosotros uno a uno? Ni que fuera una puta venganza.

—Anoche le dije a Carlos que estoy dispuesta a contar la verdad, que es el padre de Nico, con tal de adelantarnos y que Trevor deje de hacer daño a nuestra gente.

—Hazlo, que no te importe lo que pueda decir la gente. Además, el juez está a varios metros bajo tierra, ya no puede decir nada.

—Sabes que todo esto es por el padre de Amanda.

—Lo sé, y perdona por lo que voy a decir, Iris, pero ese señor, su hija y el cobarde de Carlos, me importan una mierda. Tú eres mi familia, Inés, Nico, Brenda, Alexis. Incluso James y su madre lo son. Si os pasara algo a vosotros, te juro que no me temblaría el pulso para mandar a mis hombres a librarse de Trevor. No me gusta la violencia y sé que no es el camino correcto, pero

libraría a la sociedad de una lacra como él.

Sabía que hablaba en serio, por eso me limité a asentir.

El resto de la mañana la pasamos hablando tranquilos de mi trabajo y el de James, cuando Jack llegó a visitarle lo hizo con un paquete de cervezas de parte de todos los chicos, y al verme, dijo que era para celebrarlo en su casa cuando le dieran el alta, puesto que todos sabíamos cuánto odiaba mi mejor amigo los hospitales.

Alexis llegó antes de que le trajeran la comida a David, por lo que James y yo nos marchamos y comimos en una hamburguesería con Nico y Caroline, a quienes recogimos en mi casa, y después los llevamos al estadio a ver entrenar a los chicos.

Cintia pululó por allí de vez en cuando, como si alguien le hubiera dicho que James y yo estábamos con el entrenador.

Me miraba con los ojos cargados de rabia, apretaba los labios y parecía como si en su mente estuviera planeando alguna dolorosa forma de asesinarme.

Cuando me eché a reír por aquel pensamiento, James preguntó qué me pasaba y al decírselo, sonrió al tiempo que negaba.

—No dejaré que nadie te haga daño, cariño —me besó en los labios y ese gesto fue definitivo para que Cintia se marchara mucho más enfadada.

Después del entrenamiento, nos fuimos los cuatro a cenar pizza, llevamos a Caroline a su casa y James nos dejó en la nuestra.

—¿Hoy no te quedas? —preguntó Nico.

—No, pero tu madre lleva mi ropa.

—Ah, entonces nos vemos el fin de semana. Buenas noches, James.

—Buenas noches, Nico.

Me despedí de mi hombre con un beso, uno de esos que me dejaban con ganas de más, y prometió llamarme al día siguiente para hacer algo juntos.

Era una buena idea, pasar tiempo con él sin que todo fuera cosa de sexo.

Entré en casa y escuché a mi hermana cantando en el salón.

—*Se le nota en la mirada…*

Solté una carcajada y me fui a mi habitación, hice hueco en el armario y coloqué la ropa de James.

Su ropa en mi casa, se sentía como algo tan real, como si esto fuera un paso más allá.

Capítulo 23



El fin de semana pasó rápido, más de lo que me hubiera gustado.

James vino a recogernos a casa para que pasáramos esos días con él, a Jeff no le importó porque quería avanzar un proyecto y agradeció el poder estar tranquilo no solo para trabajar, sino sabiendo que Caroline estaba en buenas manos.

Esos dos días con James, me había sentido como si fuéramos una pareja de verdad, con nuestro hijo adolescente.

Tuvimos una maratón de cine que comenzó el sábado por la tarde y acabó por la noche con las dos trilogías de *Jurasicc Park*, comimos palomitas, dulces y helado.

Por la noche, al igual que cuando despertamos el domingo, James me hizo suya.

Y durante un breve lapso de tiempo me pregunté cómo sería una vida con James, porque estaba claro que, como padre, sería un padrazo.

El lunes me dediqué al trabajo y a revisar todo lo que habían dejado mis analistas en mi escritorio el viernes, había algunos negocios que buscaban

inversores, y esa, sería yo.

El martes por la mañana llamé a Carlos para interesarme por el estado de la chica de Amanda, dijo que había sido operada y que evolucionaba bien, le habían retirado la sedación el día anterior y aparte de estar bastante dolorida, no había pérdida de memoria, que era lo que todos temían puesto que sufrió un golpe bastante fuerte en la cabeza.

Cuando le pregunté si había hablado con Amanda, dijo que sí, y ella al igual que yo estaba de acuerdo en que no importaba que la verdad saliera a la luz, ella solo quería poder estar con su chica ahora que era cuando más lo necesitaba.

Se pondría en contacto con Conrad para abordar el tema y él me llamaría para tratar el modo de lanzar la noticia mediante un comunicado conjunto.

Eso había sido apenas hacía unas horas, cuando la noticia de que el yerno favorito del señor Brooks, dueño de varios hoteles, era padre de un hijo al que recientemente acababa de conocer, del que nunca quiso saber nada y con el que jamás había tenido contacto alguno.

Además, en el comunicado, Carlos aseguraba que su esposa lo seguía queriendo, pero que el amor no era el mismo de antes y había otra persona en su vida, por lo que fue decisión de ambos, y de mutuo acuerdo, separarse legalmente.

Inés, James y David me llamaron nada más verlo en las cadenas más importantes del país, donde Conrad se había encargado de que la noticia corriera como la espuma.

No había comentado nada con ninguno de ellos hasta no saber si lanzarían el comunicado, teniendo en cuenta que muchos de los directivos de las cadenas de televisión, así como dueños de algunas revistas del corazón, tenían buena

relación con el padre de Amanda.

Estaba tomándome un café mientras leía por tercera vez aquel comunicado, en una de las revistas digitales, cuando me llamó Amanda.

—Hola, ¿cómo está tú chica? —pregunté.

—No cabe en sí de gozo —rio—, dice que ya era hora de que dejáramos que escondernos. Le he pedido que espere un poquito, que todavía no voy a salir del armario.

—Pues deberías, nadie es quién para condicionar a una persona a amar a quien quiera.

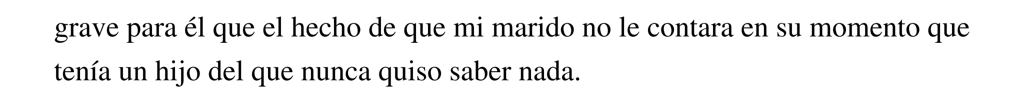
—Los padres de Carlos fueron muy injustos contigo, seguro que están arrepentidos de lo que le obligaron a hacer, y les habría encantado conocer a tu hijo.

—Ya no hay nada que hacer, además, Nico, no quiere tener relación con Carlos.

—Lo sé, y los dos lo entendemos. Pero no te llamaba por eso, quería saber cómo estás tú. Y agradecerte que hayas aguantado tanto por mí y el miedo estúpido a mi padre.

—¿Cómo se ha tomado lo de Carlos?

—Se ha enfadado, dijo que le hubiera gustado saberlo antes y por él, no así. Y, bueno, yo también he sido objeto de sus quejas. Quiere saber por qué he engañado a mi marido, y dos veces. Le he dicho que todo tiene una explicación y que se la contaré en cuanto pueda, pero nada, ha hecho oídos sordos. Me atrevería a decir que, esto de que yo engañara a Carlos, es más


grave para él que el hecho de que mi marido no le contara en su momento que tenía un hijo del que nunca quiso saber nada.

—Bueno, cuando le digas la verdad, deseo de corazón que entienda que amas a esa mujer.

—Y yo, pero le costará —suspiró—. ¿Qué tal tu exprometido? Carlos me dijo lo de su accidente, seguro que fue cosa de Trevor.

—Es lo que todos pensamos, es mucha casualidad dos accidentes en la misma noche. David está bien, deseando que le den el alta esta tarde. Es un pésimo enfermo —reí.

—Carlos también, tenías que haberle visto aquella vez que se cayó esquiando en Aspen, y se rompió una pierna. No lo soportaba convaleciente en casa.

Charlamos un poco más y, durante aquellos minutos, confirmé lo que una vez pensé sobre Amanda Brooks, ella y yo podríamos ser buenas amigas, pero no quería a Carlos en mi vida de nuevo, al menos no por el momento.

Alexis me envió un mensaje para decirme que a las seis David podía abandonar el hospital así que le dije que enviaría a Robert para recogerles y llevarlos a casa de él, ella había dicho que se quedaría con David los primeros días de convalecencia, pero conociendo a mi amigo como lo conocía… aquella mujer no se marcharía pronto a su casa.

Nikki me trajo algunos documentos para firmar, Rebeca y yo revisamos las cuentas de ese último mes y cuando llegó la hora de comer, recogí para irme a casa.

Apenas si había salido del despacho cuando me llamó Trevor, ya estaba al tanto de las nuevas noticias.

—No os vais a librar de mí tan fácilmente, Iris —dijo en cuanto descolgué—. Esto no quedará así, encontraré el modo de haceros pagar.

—Te lo dije cuando nos vimos, no puedes cargarme a mí con tus problemas. Ya no tienes nada con lo que chantajearnos, Trevor. Tienes varias denuncias y acabarán por encontrarte.

—No, si puedo evitarlo.

—Debiste coger el dinero que te ofrecí, ahora mismo podrías ser un nombre libre viviendo en cualquier parte de América, de Europa o incluso de fuera del planeta. Pero no quisiste, y ahora no tienes nada con lo que puedas hacernos daño.

—No cantes victoria tan pronto, dulce Iris, ya sabes que la vida da muchas vueltas y, cuando menos lo esperamos, todo cuanto conocemos y tenemos puede desaparecer en apenas un segundo.

—Nunca te he tenido miedo, Trevor.

—¿No? Pues deberías. Conozco a gente de la peor calaña, ¿recuerdas? Si yo no les pago y le digo quién podría hacerlo por mí, quién sabe qué crueldades serían capaces de hacer para cobrar esa deuda. Solo piénsalo, Iris, porque puede que yo no siga amenazándoos a ti y al abogaducho, pero un poco de información, y serán ellos quienes os encuentren, y créeme, lo tendrían muy fácil si amenazan con matarme.

Colgó y me quedé con esa incertidumbre de saber si él diría que tengo dinero para saldar sus deudas, y si esa gente intentaría algo contra mí.

A lo primero la respuesta estaba clara, Trevor sería capaz de vender a su

madre senil con tal de librarse de esa gente, por lo que no le temblaría el pulso lo más mínimo a la hora de dar todo lujo de detalles sobre mi persona.

A lo segundo, era de esperar que, si esa gente era de la peor calaña, tal como había dicho Trevor, la respuesta podría ser un sí.

Fuera como fuese, tenía que poner en conocimiento de Conrad que Trevor se había puesto en contacto conmigo, era la exigencia que tanto David como James me habían hecho prometer que cumpliría.

Lo llamé, salí del despacho, y me fui a comer a casa para después regresar al trabajo tras un descanso, y al final del día, pasarme por casa de David a verlo cuando ya estuvieran instalados y él un poco más tranquilo.

Sin duda el hecho de haber dado ese paso adelantándonos a Trevor, nos había llevado a ganar tiempo, porque ahora sabía que no se iba a dar por vencido y buscaría otras maneras de hacerme pagar lo que me pedía.

El FBI seguía intentando localizarlo, y sabían que, en algún momento, daría un paso en falso y lo pillarían.

Esperaba ese día con ansia, de verdad que sí, porque de todo lo que podría haberme arrepentido en mi vida, nunca me arrepentiría tanto como de haber tenido una relación con un empleado.

Capítulo 24



Aquel sábado estábamos todos reunidos en mi casa, había llamado a David y Alexis, a James y a Sam, para que vinieran a comer y así sacábamos al convaleciente de casa porque decía que se le acabaría cayendo el techo encima.

Qué semanas le esperaban a la pobre Alexis, con la poca paciencia que tenía mi amigo.

Después de haber comido y visto una película de aventuras que acababan de estrenar, Inés propuso que saliéramos a divertirnos, pero solo nosotras, una noche solo de chicas, cenar perritos calientes, tomar unas copas y hacer el tonto en el escenario de un karaoke.

Resultó que tanto Alexis como Caroline se apuntaron al plan y me animé porque realmente a todas nos vendría bien despejarnos.

—Espera, espera —dijo David—. ¿Vais a dejarnos aquí tirados a los cuatro? ¿Y qué hacemos?

—¿Qué tal una partida de póker? —le propuse— Eres bueno, aún convaleciente, seguro que desplumas a estos tres.

—Mamá, no me incites al juego, que me puedo gastar los ahorros de la universidad.

—Si haces eso, te castigo sin salir hasta los cincuenta. Solo lo lamentaría por Caroline, que la pobre se quedaría en casa contigo.

—Ah, no, tranquila, que, si me invitáis a salir, el niño se queda castigado —respondió ella, que cada día me recordaba más a mi hermana.

—¿En serio? Mamá, me estáis cambiando a mi chica.

—Si soy sincera, me están dando pena —dijo Alexis.

—No, cielo, no los mires a los ojos —le advirtió Inés, poniéndole la mano sobre los suyos—. Ahí donde los ves, estos hombres duros y masculinos, son expertos en poner carita de cachorro para que no los dejes solos en casa. Mierda, David, no me mires así —mi hermana cerró los ojos y me eché a reír.

—A ver, salgamos todos, que seguro que nos divertimos más.

—Sí, aunque para mí tomar solo agua y refrescos no será para nada divertido —protestó David.

—¿Seguro que aguantarías?

—Pequeñaja, voy de tranquilizantes para el dolor hasta las cejas, y en un par de horas me toca otra pastilla. De todos modos, no es como si yo me fuera a poner a bailar una canción de Guns N' Roses en el karaoke, no tengo ni las cervicales bien, ni la melena de Axl Rose —volteó los ojos.

—No se hable más, nos vamos todos —dije.

—Con lo duras que somos, y estos hombres con sus caritas de cachorro nos ablandan, hermana —suspiró Inés.

Nos echamos a reír y después de recoger todo, salimos de casa dispuestos a pasar una noche de sábado de las que esperábamos fuera inolvidable.

James y yo los llevamos a esa zona en la que estuvimos juntos, donde había varias *food trucks* en las que comidos de todo hasta que no pudimos más, y después mi hermana buscó un karaoke en el que pudiéramos entrar con Nico y Caroline, puesto que había muchos en los que solo se permitía la entrada a mayores de edad puesto que se consideraban pubs de copas, principalmente.

Cuando llegamos encontramos una mesa libre en la segunda fila desde el escenario, y allí nos acomodamos todos. Pedimos una primera ronda y mi hermana cogió la carpeta con la lista de canciones que había.

—Oh, tengo las dos perfectas para nosotras —anunció con una sonrisa mirándonos a Alexis y a mí.

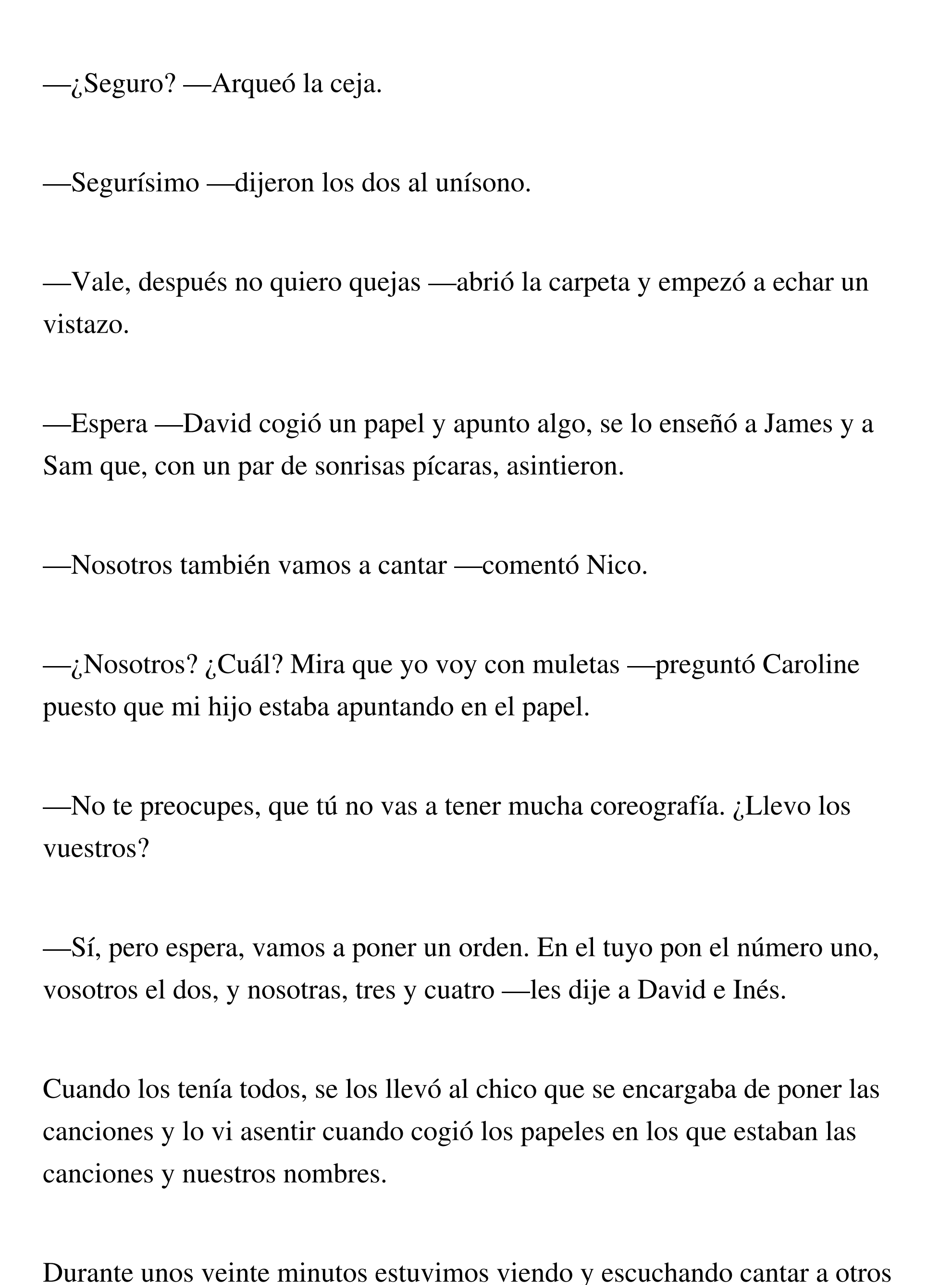
—Pues apúntalas, dásela a los chicos que busquen una —dije para que se la pasara a Sam.

—¿Yo tengo que cantar? —preguntó David con los ojos muy abiertos.

—¿No querías salir con nosotras? Pues ahora, cantas, cachorrito —contestó mi hermana, tras apuntar las dos canciones nuestras en un papel cada una y le di la carpeta a Sam.

—Antes de buscar, decidme qué os gusta y voy a tiro hecho —les pidió a David y a James.

—Elige, nos fiamos de ti —respondió David.



—¿Seguro? —Arqueó la ceja.

—Segurísimo —dijeron los dos al unísono.

—Vale, después no quiero quejas —abrió la carpeta y empezó a echar un vistazo.

—Espera —David cogió un papel y apunto algo, se lo enseñó a James y a Sam que, con un par de sonrisas pícaras, asintieron.

—Nosotros también vamos a cantar —comentó Nico.

—¿Nosotros? ¿Cuál? Mira que yo voy con muletas —preguntó Caroline puesto que mi hijo estaba apuntando en el papel.

—No te preocupes, que tú no vas a tener mucha coreografía. ¿Llevo los vuestros?

—Sí, pero espera, vamos a poner un orden. En el tuyo pon el número uno, vosotros el dos, y nosotras, tres y cuatro —les dije a David e Inés.

Cuando los tenía todos, se los llevó al chico que se encargaba de poner las canciones y lo vi asentir cuando cogió los papeles en los que estaban las canciones y nuestros nombres.

Durante unos veinte minutos estuvimos viendo y escuchando cantar a otros clientes, algunos más afinados que otros, pero de lo que se trataba era de que todos nos divirtiéramos, así que, si había un gallo más alto que otro, no pasaba nada.

Y entonces el chico llamó a Nico y a Caroline, y en cuanto empezó a sonar la

música, reconocí esa canción de Sebastián Yatra que a los dos les gustaba.

No tardó mi hijo en empezar a cantar, sin mirar a la pantalla puesto que se la sabía de memoria, sino que tenía toda su atención puesta en Caroline, que se sonrojaba con el mismo tono que los zapatos rojos de los que hablaba la canción.

—*Porque me hizo sentir que gané la lotería. Antes de ella no sabía que alguien podía amarme así…*

—Oye, qué bien canta tu hijo —comentó Alexis.

—Es cosa de familia —rio Inés—. Nuestra madre siempre estaba cantando por la casa, y nosotras con ella.

—*Mi pedazo de sol, la niña de mis ojos…* —cantaba Nico, cogiéndole la mano a Caroline en ese momento.

—Ay, hermana, qué bonito es el amor —suspiró Inés.

Cuando acabó le dio un beso rápido a Caroline y recibieron los aplausos de todos, nosotras tres incluso nos pusimos en pie y les vitoreamos.

Les tocó el turno a los chicos, y tras un buen trago a sus copas, subieron aquellos tres hombres grandes y fuertes al escenario, con sus vaqueros y camisetas.

Muchas de las mujeres que estaban solas ocupando las mesas empezaron a gritarles y lanzarles piropos.

—Espera, ¿acabo de escuchar a una pedirle un hijo al moreno? —preguntó mi hermana, refiriéndose a James puesto que tanto David como Sam eran rubios.

—Sí, tía, has escuchado bien —rio Nico.

—Hermana, pídele un anillo, que te lo quitan.

—Inés, por Dios —me reí.

—¿Qué hacéis luego, guapos? —preguntó una mujer desde otra mesa.

—Huy, huy, que me están buscando, hermana —dijo Inés.

—¡Os invitamos a mi casa! —gritó otra.

—¡Después de aquí se van a casa con sus mujeres! ¡Que tienen familia! —gritó Inés, poniéndose en pie con las manos mostrando su barriguita de embarazada— La leche, qué a gusto me he quedado con esos cuatro gritos. Prueba, Iris, prueba.

—Deja, deja —me dolía la tripa de reír.

—Bien, pues ya que mi mujer ha hablado —nos giramos al escuchar la voz de Sam—. Aprovechamos para decir que la canción, os la dedicamos a vosotras.

—Ay, la madre que lo parió. ¡Qué vergüenza! —Inés no sabía dónde meterse, y nosotros cuatro no parábamos de reír.

Y en cuanto escuché el característico sonido de una guitarra, reconocí la canción, al igual que ellas dos.

—*Only you, can make all this world seem right…*[1] —cantaron los tres a coro.

Todo el mundo se quedó callado escuchándolos, lo hacían tan bien que era imposible no prestar atención a esos tres hombres que se movían al mismo compás, como los auténticos *The Platters*.

—*Only you, can make all this change in me…****[2]*** —David señaló a Alexis, y tanto Inés como yo, supimos por qué lo decía.

—*For it's true, you are my destiny…****[3]*** —Sam, se dirigió a mi hermana.

—*You're my dream come true, my one and only you…****[4]*** —James tenía los ojos fijos en mí.

Sentía un nudo en la garganta, incluso ganas de llorar, pero me limité a sonreír.

Cuando acabaron, los aplausos resonaron por el local, los chicos hicieron una reverencia en agradecimiento y al llegar a la mesa con nosotras, no dudaron en besarnos a petición del fervoroso público.

Cerré los ojos y dejé que mi hombre me besara como solo él sabía hacerlo, entregando corazón y alma al mismo tiempo.

Nos llamaron a nosotras y casi de un salto subimos al escenario. En cuanto empezaron las primeras notas de la canción *Happy* de Pharrell Williams, comenzamos las tres a bailar y cantar como si no hubiera un mañana.

Porque sí, porque ya era hora de que celebráramos la felicidad, gritándolo a los cuatro vientos, y que todo el mundo supiera que nada ni nadie iba a quitárnosla.

Acabamos bajando cada una con un micrófono y haciendo que todo el mundo

cantara con nosotras, incluso las mujeres que querían llevarse a nuestros hombres a casa.

—*Because I'm happy…*[5]

Feliz, muy feliz, le pesara a quien le pesara, así me sentía esa noche, en ese preciso momento.

—Dios mío, estoy sin aire —dijo Inés—. Creí que se me salía el niño con tanto salto.

—Qué exagerada eres, leche —reí.

Tras unos breves minutos de descanso, el chico me llamó solo a mí, miré a Inés y sonrió encogiéndose de hombros.

—¿Qué se supone que voy a cantar, hermanita?

—Sube y ya lo verás.

La mataba, de verdad que sí, menuda encerrona me había hecho la muy…

En fin, menos mal que la quería, que si no…

Y no tardé en ver cuál era la canción que mi hermana pequeña había escogido para que cantara yo sola.

La luz del local comenzó a bajar y quedó una muy tenue, acorde para el momento, sin duda, petición de mi hermana en el papelito.

—*If I should stay, I would only be in your way…*[6] —comencé tal y como lo

hacía la gran Whitney Houston, en apenas un leve susurro.

No quería mirar a la mesa, no quería para que mis ojos no se encontraran con los de James, pero al final fue inevitable.

Él me observaba fijamente, con el vaso de whisky en la mano, y noté que me estremecía como siempre. En ese instante todo cuanto nos rodeaba pareció desaparecer y solo estábamos él y yo en aquel bar.

—*We both know I'm not what you, you need. And I will always love you…**[7]*** —lo vi sonreír como si aquella fuera la mejor declaración de amor que podría darle. Y por Dios que así la sentía.

James se puso en pie, empecé a temblar, ¿es que se iba a subir conmigo al escenario?

«No, no, que no lo haga, que no lo haga…» Pensé.

Me sonrió cuando puso un pie en el primer escalón, y entonces escuchamos una voz cuando la música se detuvo un momento.

Al mirar vimos a Cintia, llamando a James y apuntándome con un arma.

—Si no yo no puedo tenerte, tú no la tendrás a ella —dijo.

Y fue justo en el momento en el que se oía el golpe de la baqueta en el tambor de la batería, cuando Cintia disparó su arma.

James fue rápido, corrió hacia mí y se interpuso, de modo que la bala le dio a él.

La gente empezó a gritar mientras la música seguía sonando. James y yo caímos al suelo, la sangre emanaba de su costado a borbotones, cubriéndonos a ambos.

Sam se acercó enseguida para ver la herida y taponarla lo antes posible. Me hablaba, pero no escuchaba, no podía escuchar nada porque tenía toda mi atención puesta en James.

—James —susurré entre lágrimas mientras lo miraba a los ojos, unos ojos que, por la pérdida de sangre, empezaban a cerrarse como si se le escapara la vida—. James, por favor.

—Tú… tú estás… ¿bien? —preguntó.

—Sí, te ha dado a ti, amor. Te ha dado a ti.

Pareció aliviado en el momento en el que cerró los ojos, pero intenté mantenerlo despierto mientras llegaba la ambulancia. Por suerte entre el público había dos policías fuera de servicio que no dudaron en inmovilizar a Cintia.

Mi hermana lloraba sentada en la mesa mientras David y Alexis la calmaban, le dije que estaba bien y soltó el aire, aliviada.

Sí, yo estaba bien, pero James no. James se me iba, se moría entre mis brazos y tan solo había una cosa que quería decirle mientras pudiera escucharme.

—Siempre te amaré, James, siempre. Pero, por favor, no me dejes —lo besé mientras mis lágrimas caían sobre sus labios.

Nunca, en toda mi vida, había dado un beso tan lleno de dolor, y jamás pensé que lo daría.

Capítulo 25



Cada vez que cerraba los ojos, no era la negra oscuridad lo que veía, sino el vívido color de la sangre.

James se desangraba entre mis brazos mientras Cintia gritaba que era yo quien debía estar tirada en el suelo. Pero no fui yo, no fue a mí a quien llevaron en una camilla al hospital con las constantes vitales bajas y una considerable pérdida de sangre.

El tiempo que pasé en aquella sala de espera, me consumía y mortificaba. Quería ver a James, quería que sus ojos grises me miraran como siempre lo hacían, con esa mezcla de admiración, posesión, deseo y cariño.

David lo acompañó en la ambulancia, yo no tenía fuerzas para seguir viendo la sangre impregnando su ropa, esa que se había quedado también en la mía, y esa que empapó mis manos hasta que Alexis me llevó al cuarto de baño a lavarme.

El infierno volvió a desatarse a mi alrededor, primero el accidente de mi hijo, después el de David, y ahora…

Al menos todos habíamos sido testigos de quién apretó el gatillo esa noche, y no fue Trevor.

David y Sam estuvieron paseándose por allí constantemente, preguntaban a los médicos, a las enfermeras, necesitando saber cómo estaba nuestro amigo. Los médicos que lo atendieron en el bar dijeron que no había orificio de salida, por lo que la bala se había quedado alojada en el interior.

Eso no era bueno, lo supe por sus caras y más aún por la manera en la que la sangre brotaba sin cesar.

Mientras lo operaban dijeron que le harían una transfusión, no sabría decir si se quedaron sin bolsas de su grupo sanguíneo o si no querían que eso llegara a ocurrir, puesto que salieron a preguntar si alguno de los que íbamos con él tenía ese mismo grupo.

Por suerte David lo tenía y entró con ellos para la transfusión directa mientras seguían operándolo.

Cuando mi mejor salió de nuevo por aquella puerta, lo vi en su rostro. Algo no iba bien.

Levantó la mirada, se acercó a mí y, sin decir una sola palabra, me abrazó con fuerza hasta que murmuró un “lo siento” que me confirmó mis peores pesadillas.

Se había ido, definitivamente James se había ido de mi lado.

No recordaba mucho de lo que ocurrió después, Inés dijo que mi grito fue tan desgarrador que muchas de las enfermeras acabaron llorando mientras me ayudaban a ir a una sala donde me inyectaron un calmante.

Ojalá me hubieran puesto una dosis mayor para no tener que despertar tan pronto y lidiar con lo que vino después.

En el momento en el que desperté en aquella sala, fue Emilia quien encontré sentada en una silla. Lloraba en silencio, secándose las mejillas cada poco tiempo con un pañuelo de papel ya casi roto por el uso.

La llamé, me miró y se acercó para abrazarme. Lloramos juntas la pérdida de alguien a quien las dos amábamos tan profundamente, que dolía, dolía mucho.

Ni siquiera me dejaron verlo, David y Sam decían que no me convenía pasar por aquello, que me quedara con el recuerdo de cómo era James, de su sonrisa, no con la imagen de un cuerpo sin vida, pálido y sin poder mirarlo a los ojos.

Recordar que el último beso que le di fue en el bar, mientras él se desangraba y yo lloraba, mientras se nos iba la vida a los dos a cada segundo que pasaba, era triste y doloroso.

David me dijo que se llevaron a Cintia detenida, no le esperaba una condena leve por lo que había hecho ni mucho menos, y me consolaba pensar que ella también estaría enterrada en vida entre las paredes de una cárcel.

Aquella noche de sábado finalmente sí que quedaría marcada en nuestra memoria para siempre, pero no por cómo me lo había imaginado.

No sería por las risas, ni las locuras de mi hermana, tampoco por esos momentos en los que todos cantamos y fuimos felices durante unos minutos como *Pharrell Williams*, sino por el trágico final que, ninguno de nosotros, sabía que tendríamos que vivir.

Volvía a esa noche constantemente, al momento en el que aún en casa tomamos la decisión de que los chicos nos acompañaran. Si no hubiesen venido, Cintia me habría disparado a mí, y ahora sería yo, y no el hombre al que amaba, la que estaría en ese ataúd esperando que me enterraran a quién

sabe cuántos metros bajo tierra.

Era martes, durante el día anterior Emilia y yo permanecimos en el tanatorio acompañando a James, sin poder verlo puesto que habían cerrado el ataúd para que tanto ella, como yo, lo recordáramos tal como era.

Y en ese momento de la mañana, todo su equipo, las chicas de la asociación que le conocieron antaño y las que lo habían conocido recientemente, sus amigos, su madre, mi familia y yo, nos encontrábamos alrededor de él para despedirlo.

Volví a los días más grises de mi vida y, oculta bajo las gafas de sol que llevaba, lloré por él, por mis padres y por Zack, por la pérdida de aquellas personas tan importantes para mí.

El sacerdote hablaba y yo no podía escuchar nada, tan solo oía en mi cabeza la voz de James, su risa, el modo en el que me llamaba “preciosa”, cariño, o señora. Ya no volvería a escucharla más, ni a despertar entre sus brazos.

Emilia, me sostenía del brazo para evitar que acabara desplomándome en el suelo, como sería lo más lógico, dado que no había comido apenas nada desde la fatal noticia.

Dejamos una rosa blanca cada una sobre aquella madera reluciente, me incliné y tras apoyar la mano, dejé un beso en ella.

—Lo siento, James —susurré entre lágrimas, porque si esa mujer no hubiera querido dispararme a mí, él no estaría en ese maldito ataúd.

Regresamos a nuestro sitio y vimos cómo ese ataúd con nuestro hombre, desaparecía ante nuestros ojos para permanecer en aquel lugar para toda la eternidad.

Uno a uno, todos los que asistieron nos dieron el pésame a las dos y a mi hijo, como si fuéramos una familia. Le dije a Emilia que nosotros no deberíamos ocupar ese lugar y me respondió que era junto a ella donde debíamos estar, ya que su hijo nos amaba a los tres.

Nos amaba, yo lo amaba, no sabía si lo escuchó cuando se lo dije, pero así era.

Los chicos del equipo nos abrazaron y dieron sus condolencias, ellos conocían a James tanto como a Emilia, y habían compartido muchas cosas.

Fue entonces cuando me sorprendió escuchar una voz que no esperaba.

—Iris, lo lamento mucho.

—Carlos —rompí a llorar y me abrazó como solía hacer cuando no éramos más que dos jóvenes adolescentes.

Un montón de recuerdos vinieron a mi mente, me agarré con fuerza a él y dejé que todo el dolor saliera.

Cuando estuve un poco más calmada, Carlos se apartó, acarició mis mejillas secándome las lágrimas, y se inclinó para besarme en la frente.

El personal de la asociación se había encargado de preparar la comida que ofreceríamos a los asistentes en la nueva casa, por lo que fue allí donde nos dirigimos tras dar un último vistazo al lugar donde cubrían de tierra los restos James.

Para mí las horas pasaban sin pena ni gloria como solía decirse, mi cuerpo estaba allí, sentado en una de las sillas, pero mi mente estaba en otro lugar, uno en el que James me hacía compañía.

Necesitaba tomar aire y salí al jardín, abrazándome a mí misma, mientras caminaba por aquel hermoso lugar.

La primera vez que estuve allí, James iba a mi lado.

Me senté en uno de los bancos, contemplando la llegada del anochecer. Cerré los ojos y lloré de nuevo en la soledad que me proporcionaba aquel rincón.

—Iris —me sequé las lágrimas cuando escuché a Jack a mi espalda—. ¿Qué haces aquí sola? —Se sentó a mi lado.

—Necesitaba tomar aire. Tanta gente…

—Si quieres te llevo a casa —me pasó el brazo por los hombros.

—Suena bien, ahora mismo quiero estar sola y meterme en la cama.

—Vamos, jefa, yo me encargo.

Asentí, me puse en pie y dejé que me llevara. Me despedí de Emilia y ella entendió que quisiera marcharme, pero le aseguré que nos veríamos, teníamos la asociación en común y no pensaba dejarla sola con ella.

Inés dijo que ella y Sam llevarían a Nico a casa más tarde, que me diera un baño y me fuera a dormir. Al parecer tenía unas ojeras de esas que bien podría ser que llevase la máscara de un oso panda.

En el coche James puso música relajante, sonidos de agua, pájaros y todo instrumental. Ese hombre sabía cómo crear ambiente en cualquier momento en el que me encontrase.

Brenda también se había quedado en la asociación, ella y Rosita ayudaban con las bandejas de comida y las bebidas, por lo que cuando que Jack paró el coche delante de mi puerta, supe que estaría sola completamente.

—¿Estarás bien? Puedo quedarme en el sofá viendo la tele, si quieres —dijo antes de que abriera la puerta para salir.

—No es necesario Jack, te veré… No sé, ya te llamo para que vengas a buscarme. Mañana me quedaré en casa.

—Descansa, ¿vale? Y acepta un consejo —me cogió la mano—. Llora esta noche y mañana todo lo que tengas que llorar, pero el viernes vuelve a ser tú, la Iris dura y fuerte que todos conocemos. Sabes por experiencia que el dolor estará ahí, pero no dejes que te consuma.

—No hace mucho fui yo quien le decía eso a mi hermana pequeña —sonreí con tristeza.

—Lo sé, por eso te lo recuerdo. Anda, date ese baño que te ha sugerido Inés. Pero insisto, puedo quedarme, incluso acompañarte en el baño y darte un masaje —elevó ambas cejas de manera pícara y luego hizo un guiño.

—¿Qué pasa con tu chica?

—Vaya, pensé que se te habría olvidado que estoy con alguien. En fin, me he vuelto un hombre de una sola mujer —rio.

—Espero que me digas pronto quién es.

—Lo haré —sonrió.

Me despedí de Jack y fui a casa, donde el silencio reinante se hizo tan insoportable que, en cuanto entré en mi habitación, puse música en el móvil mientras preparaba la ducha.

No, no disfruté de un baño largo y relajante, sino de una ducha rápida. Con el albornoz puesto y una toalla envolviendo mi cabello, regresé a la habitación. En cuanto abrí el armario para coger algo que ponerme, vi su ropa y las lágrimas se agolparon de nuevo en mis ojos.

Sus vaqueros, camisetas, camisas y trajes me miraban haciendo que lo recordara con ellos puestos. El aroma de su perfume estaba impregnado en cada prenda. Cogí una de las camisas y aspiré ese aroma dejando que me envolviera.

Empezó a sonar aquella canción que bailamos en Brasil, esa que siempre se quedaría en mi mente junto con la que cantó en el karaoke la última noche que estuvimos juntos.

Me dejé caer en la cama, abrazando su camisa mientras las lágrimas se deslizaban por mis mejillas, y así, con los ojos cerrados y la canción de fondo, imaginé que él estaba ahí, conmigo, demostrándome que me amaba con cada célula de su ser, como lo hacía yo.

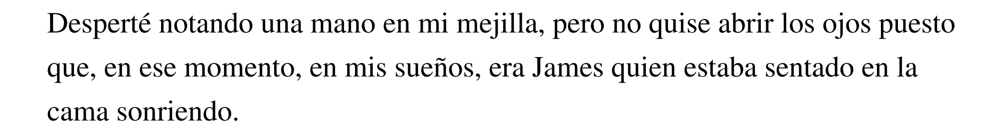
"Te juro que te siento, aunque no digas nada. Y son esas caricias el perfecto idioma con que tú me hablas..."

¿Por qué fue él y no yo, si ese disparo era para mí? ¿Por qué se había puesto delante?

—¿Por qué, James, por qué lo hiciste, amor? —susurré.

Capítulo 26





Desperté notando una mano en mi mejilla, pero no quise abrir los ojos puesto que, en ese momento, en mis sueños, era James quien estaba sentado en la cama sonriendo.

—Iris, despierta.

La voz de Inés me llegó tan lejana, que cuando abrí los ojos y la vi allí sentada conmigo, suspiré.

—¿Has dormido así toda la noche? —preguntó y tan solo asentí— Pues tendrás el pelo hecho un desastre —sonreí cuando la vi voltear los ojos—. Y la camisa, menudas arrugas.

—¿Va a seguir diciendo cosas que ya sé?

—No, solo me voy a… —se puso en pie y pasó por encima de mi cuerpo para colocarse detrás de mí en la cama— Dios, este bebé me limita el movimiento. Decía, que me voy a quedar aquí en silencio contigo cinco minutos. ¿Qué te parece? —me pasó el brazo por la cintura y sonreí.

No hacía mucho que era yo quien la consolaba, quien intentaba hacerla reír y sacarla de ese caparazón hermético en el que se había metido cuando perdió al

amor de su vida.

Y ahora era ella, la pequeña de las dos, la que se mostraba fuerte y entera para mí. Y estaba embarazada.

—¿Estás bien, Inés? —pregunté.

—Yo, sí, ¿por qué preguntas?

—El bebé, el susto, estos días… Has estado haciendo de madre conmigo.

—Lo llaman práctica, nena —rio—. No, en serio, tú estuviste ahí para mí y ahora es mi turno.

—¿Por qué la vida me golpea de nuevo?

—Son pruebas que encontramos en el camino —suspiró.

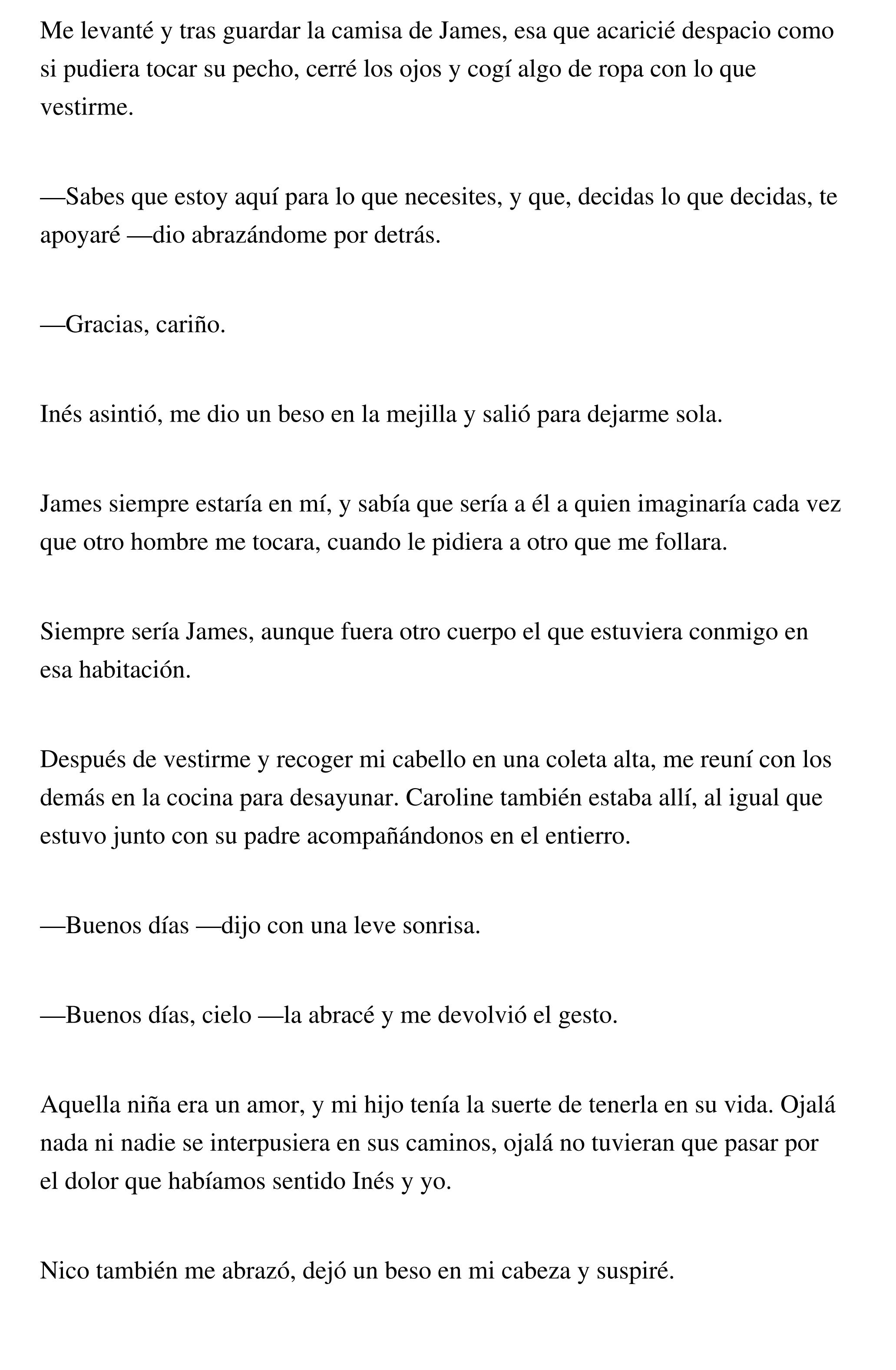
—Sabía que no tenía que meter a James en nuestras vidas, que solo traería dolor para mí y mi hijo. Te juro que no volveré a sentir nada por nadie.

—No diga eso, Iris. Y no hagas lo de la otra vez, no levantes esos muros.

—Tengo que hacerlo, ya no solo por mí, por Nico —me sequé las lágrimas abrazando la camisa de James por última vez antes de levantarme.

—Y ahora dirás que piensas volver a lo de antes, a esos amantes de una noche cada seis semanas —resopló.

—Pues sí, no será hoy, ni tampoco mañana, pero lo haré.



Me levanté y tras guardar la camisa de James, esa que acaricié despacio como si pudiera tocar su pecho, cerré los ojos y cogí algo de ropa con lo que vestirme.

—Sabes que estoy aquí para lo que necesites, y que, decidas lo que decidas, te apoyaré —dio abrazándome por detrás.

—Gracias, cariño.

Inés asintió, me dio un beso en la mejilla y salió para dejarme sola.

James siempre estaría en mí, y sabía que sería a él a quien imaginaría cada vez que otro hombre me tocara, cuando le pidiera a otro que me follara.

Siempre sería James, aunque fuera otro cuerpo el que estuviera conmigo en esa habitación.

Después de vestirme y recoger mi cabello en una coleta alta, me reuní con los demás en la cocina para desayunar. Caroline también estaba allí, al igual que estuvo junto con su padre acompañándonos en el entierro.

—Buenos días —dijo con una leve sonrisa.

—Buenos días, cielo —la abracé y me devolvió el gesto.

Aquella niña era un amor, y mi hijo tenía la suerte de tenerla en su vida. Ojalá nada ni nadie se interpusiera en sus caminos, ojalá no tuvieran que pasar por el dolor que habíamos sentido Inés y yo.

Nico también me abrazó, dejó un beso en mi cabeza y suspiré.

Mi niño, cuánto había crecido y cuánto estaba pasando conmigo desde que no era más que un guisante en mi vientre.

Desayuné mirando el móvil, tenía algunos correos que revisar y, aunque no tenía pensado volver a la oficina hasta el lunes, trabajaría desde casa. Eso siempre me funcionaba, mantenerme ocupada con el trabajo para no pensar.

Cuando acabé de tomarme el café y una tostada, puesto que tenía el estómago cerrado como para comer algo, llamé a Nikki para decirle que nos veríamos el lunes.

Envié un correo a Peter y a Mike con algunas empresas que quería que investigaran, y pasé el resto de la mañana en mi habitación buscando información sobre esas que se habían puesto en contacto conmigo el día anterior.

Trabajo y más trabajo, como siempre que mi cabeza pedía a gritos no pensar, pero a veces era inevitable hacerlo y la sensación de que James llamaría o me enviaría un mensaje, estaba ahí.

¿Cómo de malo podía ser volver a leer las conversaciones que solíamos mantener por mensaje? Doloroso, así sería, por lo que dejé el móvil de nuevo en la mesa y me concentré en el trabajo.

Inés entró con una bandeja en las manos, llevaba café y galletas para mí y un zumo de frutas para ella. Nos sentamos en la cama con las piernas al estilo indio, y empecé a reír tras el primer bocado que di a mi galleta.

—¿De qué te ríes? —preguntó mordisqueando la suya.

—He tenido un *déjà vu* de esos. ¿Te acuerdas la tarde que te dije que estaba embarazada?

—Sí, perfectamente, como si fuera ayer. Me pediste un batido de chocolate, tú, que siempre fuiste de fresa, y galletas de nata. Nos sentamos en tu habitación y me dijiste —carraspeó—: *“Cariño, vas a ser tía”*.

—Te quedaste con la boca abierta, se te cayó la galleta sobre mi cama, y cuando procesaste mis palabras, empezaste a gritar y a saltar como una loca.

—¿Y la cara de mamá al verme? Pensó que me había tocado un premio o algo así.

—Hasta que le dije que iba a ser abuela, y se desmayó.

—Calla, que todavía puedo escuchar el “¡pum!” cuando cayó al suelo.

—Yo también.

Tomamos lo que había traído para esa media mañana mientras me distraía del trabajo y otros pensamientos, y entonces dijo que iba a poner un poco de música para escucharla recostadas en la cama.

—A mi bizcochito le encanta, y se calma —anunció con una sonrisa.

Cuando empezó a sonar una canción que ella había escuchado durante los primeros días de haber perdido a Zack, maldijo por lo bajo y fue a quitarla, pero la detuve. Era triste, pero necesitaba escuchar aquellas palabras una última vez antes de volver a ser la Iris de siempre, lejos del duelo que me suponía la pérdida de James.

Por eso, dejé que la voz desgarradora de Mónica Naranjo nos acompañara durante unos minutos más.

“Anhelo verte para hablarte de todo. Quiero llamarte y susurrar, ¡te quiero! Como yo te quise ayer…”

Inés apoyó la cabeza en mi hombro y no tardé en notar sus lágrimas empapando mi camiseta, mezclándose con las mías propias.

Tantas veces quise decirle a James lo que sentía, y el valor me abandonaba en cada una de ellas.

Al menos me quedaba la esperanza de que escuchara mis últimas palabras mientras lo tenía entre mis brazos, esas con las que le confesé mi amor, y me consolaba pensar que se había ido sabiendo que para mí no era solo un hombre más con el que compartir esos juegos y algo de sexo.

No, James Benson fue, y siempre sería, mucho más que eso para mí.

—Inés —la llamé y vi que, al igual que yo, se secaba las lágrimas.

—Dime.

—Se acabaron las lamentaciones, cariño. No es que vaya a olvidarme de él en unas horas, pero…

—Lo sé, y te entiendo. Fue corto lo que vivisteis, pero imagino que muy intenso. Iris, James te miraba con tanto amor.

—Ahora me doy cuenta de ello. Ahora entiendo que las veces que pensé que decía alguna de esas cosas en broma, eran palabras sinceras. Lo quería, lo quiero.

—Nunca dejarás de hacerlo, por mucho que pueda aparecer otro hombre con el que compartir tu vida. ¿Sabes que eso era lo que Zack me dijo una de esas

veces que me pidió que rehiciera mi vida si él faltaba? Pues tenía razón.

—¿Qué sientes por Sam? —me atreví a preguntar, estábamos las dos en un momento de esos sensibleros y no podía perder la oportunidad.

—Me gusta, y no sé si pueda hablar de amor todavía, pero, siento mariposas.

—¿Seguro? A ver si van a ser gases o retortijones por mi sobrino.

—No, no, son mariposas, te lo juro. Si hasta se me eriza la piel cuando se acerca a mí —suspiró—. Y cuando me mira, es… No sabría describirlo.

—Te mira y te desnuda.

—¡Hala! —me miró horrorizada, pero acabamos las dos riendo.

Eso era lo que necesitaba, un momento de complicidad y risas con mi hermana, olvidarme de la tristeza por unos minutos, y por mucho que me costara, cerrar esa etapa de mi vida.

No lo olvidaría, por supuesto, y siempre le querría.

Capítulo 27



Después de un fin de semana en el que por más quise fue inevitable llorar por James, ese que mi hermana y yo pasamos viendo series, comiendo helado y palomitas dulces y saladas, me levanté esa mañana de lunes con el objetivo de ser nuevamente yo.

Esa Iris que resurgía de sus cenizas como el Ave Fénix, una vez más.

Desayuné rápido y Jack ya estaba esperándome en la calle cuando salí de casa. Sonrió al verme en modo ejecutiva y abrió la puerta con un saludo al más puro estilo militar.

—Veo que las viejas costumbres aún te duran —sonreí.

—Muchos años sirviendo a mi país —se encogió de hombros.

Mientras iba en el coche le mandé un mensaje a David, me había escrito la noche anterior para ver si podíamos vernos para desayunar, quería hablar conmigo sobre algo que le habían dicho los chicos del FBI, esos seguían tratando de saber dónde estaba Trevor.

Cuando llegué a la oficina, lo primero que vi fueron a mis cuatro empleados, esos que eran buenos amigos, esperándome para darme las condolencias.

Se lo agradecí con el corazón en la mano, y les aseguré que estaba bien.

Entré en el despacho, encendí el portátil y me puse a trabajar como hiciera años atrás, cuando la vida me puso aquella piedra en el camino llamada desolación, ruina y dolor por culpa de Trevor.

A la hora que habíamos quedado, David entró en mi despacho sin llamar, como era habitual en él, despreocupadamente.

—Buenos días, pequeñaja —se inclinó para besarme en la mejilla mientras yo terminaba de redactar aquel e-mail.

—Buenos días, dame un momento y estoy contigo.

—Tranquila.

Se sentó en la silla frente al escritorio y caí en la cuenta de cual era. Esa en la que James y yo nos amamos durante aquella noche que le pedí que viniera.

Suspiré, hice a un lado esos pensamientos y el modo en el que se me oprimía el pecho, y me concentré para acabar.

—Listo, podemos ir a por ese café —dije poniéndome en pie y cogiendo el móvil y el bolso.

—Antes de nada, dime cómo estás, como llevas todo —me pidió cogiéndome ambas mejillas.

—Bien, ambas cosas —sonreí.

—Vale, pero estoy aquí si necesitas cualquier cosa, ¿de acuerdo?

—Lo sé —me puse de puntillas y le di un beso en la mejilla.

Bajamos a la calle y fuimos, como siempre, a la cafetería que teníamos en frente. Café y Donuts, una buena dosis de azúcar que era lo que me pedía el cuerpo.

—¿Qué sabes de Trevor? —pregunté tras el primer bocado a mi Donut.

—Sigue desaparecido el muy cabrón. No sé con qué gente se relaciona, pero el capullo esconde bien su pista. No hay manera de localizar el móvil.

—Si te hubiera dicho que me iba a encontrar con él, podríais haberle cogido.

—Bueno, a lo hecho, pecho. Ahora lo que tenemos que hacer es dar con él. Después de los accidentes aquí y en Los Ángeles, seguro que trama algo.

Estaba convencida de que así sería, Trevor no iba a darse por vencido.

Mi móvil empezó a sonar y vi que era Amanda, me disculpé con David y atendí su llamada.

—¿Amanda? ¿Ocurre algo?

—Hola, Iris. No, todo está bien, bueno, dentro de lo que cabe. Lo primero quería decirte que siento lo de tu chico.

—Gracias.

—No pude ir con Carlos, pero te mandé todo mi apoyo. Y ahora la noticia.

Mañana saldrá en la prensa de todo el país quién es el amor de mi vida.

—¿Mañana?

—Sí. Tuve una charla con mis hermanos, me confesé con ellos y todos me animaron a contarlo sin que me importe lo que pueda decir mi padre. Y voy a seguir sus consejos. Es más, tengo mi renuncia firmada para no ser la heredera del imperio hotelero. Si no me acepta como soy, que tampoco me quiera dirigiendo todo esto. Que lo venda, se lo done a quien quiera, o lo queme, ya me da igual todo.

—Vaya, eso es…

—¿Una locura? ¿Demasiado arriesgado? No me importa, no voy a seguir sacrificando el amor que siento y tengo con mi chica, por mi padre.

—Iba a decir que es una gran noticia —sonreí—. Pero sí, también es una locura demasiado arriesgada.

—Carlos me dijo una vez que la vida sin locuras sería aburrida. Ahora que lo pienso, lo dijo cuando le propuse casarse conmigo por mero acuerdo.

—Ah, sí, ese es Carlos, un ferviente seguidor de las leyes, pero que comete alguna que otra locura. Ya de adolescente solía hacerlo.

—¿Has tenido alguna noticia de Trevor?

—No, ¿y tú?

—No, y es raro. ¿Crees que él pudo planear que os dispararan?

—No fue él, sino una antigua amante de James. Quería que volviera con ella, y yo me interponía en su camino. Esa bala era para mí.

—¿Qué dices? Por Dios, Iris.

—Ya ves, la gente hace locuras hasta por amor, aunque lo de ella, era más obsesión que otra cosa.

—Uf, menos mal que Carlos siempre ha dejado claro el punto de sus relaciones, o yo habría sido el blanco de más de una bala. En fin, me alegro que estés bien.

—Gracias. Y suerte con la bomba atómica que vas a lanzar mañana.

—Creo que mi padre sufrirá un infarto, pero tengo a su médico advertido por si tiene que ir a casa corriendo.

—Mejor estar preparados, desde luego —reí.

—Sí. Bueno, tengo que ir a una reunión, gracias por escucharme, Iris.

—No hay de qué. Que vaya todo bien, Amanda.

—Lo mismo para ti, Iris.

Tras colgar, David me miró de ese modo interrogativo y le conté lo que iba a hacer Amanda, silbó ante la sorpresa de esa decisión y dijo que era valiente por haber tomado finalmente esa decisión.

—Y ahora, hablando de la rata de cloaca —dijo tras darle un sorbo al café—. Si te llama, si te visita, si te escribe o te manda una puta nota, quiero saberlo

de inmediato, ¿me oyes?

—Dudo que lo haga, y más cuando a partir de mañana vea que ya no hay nada con lo que chantajear a Carlos, puesto que ya ha sido contada toda la verdad.

—Aun así, Iris, me avisas. ¿Recuerdas lo que me dijiste? Eso de que Trevor mencionó que si tu amiguito James se quitaba de en medio podrías volver con él.

—Sí, pero, dudo que fuera en serio.

—Pequeñaja, ese hombre necesita dinero, no aceptó lo que le ofreciste y no creo que se dé por vencido. Tú solo, avísame si se pone en contacto contigo de algún modo.

—Vale.

Le llegó una notificación de nuevo correo electrónico, la abrió y elevó ambas cejas.

—¿Qué pasa? —curioseé.

—Una invitación para… Bueno, ya sabes para qué.

—¿Sexo clandestino? —susurré con una sonrisa.

—Sí —respondió guardando de nuevo el móvil en el bolsillo de su pantalón.

—¿Vas a ir?

—No, no voy a llevar a Alexis a esos sitios.

—Me refería a solo.

—Tampoco.

—David, querido amigo y hermano David —dije con la mano sobre su hombro—. Te dije que llegaría el día en el que una mujer ablandara ese corazón, que traspasaría tus barreras y caerías rendido a ella. Y que ese día me reiría, por todas las veces que dijiste que nada de eso iba a pasarte a ti. Pues bien, no me voy a reír, porque no soy tan mala, pero haznos un favor a los dos y admite que yo tenía razón.

—No la tenías.

—Estás enamorado de Alexis.

—No.

—Vale, entonces, llévala a esa fiesta privada, deja que vea tu mundo, ya lo conoce porque le enseñé el cuarto de juegos de… —me quedé callada— Puede que le guste, incluso quizás quiera experimentar que la compartas.

—¡Una mierda la voy a compartir! —dijo furioso.

—Como reconocimiento a mis palabras, me sirve. Amas a Alexis, David —sonreí acariciándole la mejilla—. Permítete hacerlo, mereces ser feliz después de todo.

Se quedó callado, pensativo, y cuando suspiró, dejando caer los hombros, supe que al fin entendía que el amor había llamado a su puerta.

—¿Para cuándo es la invitación? —pregunté.

—El sábado de la próxima semana, ¿por qué?

—Puede que yo, sí la acepte —me encogí de hombros.

—¿Qué? —David abrió mucho los ojos— Espera, no puedes.

—¿Por qué no? —Fruncí el ceño— Soy parte de ese mundo, David, he estado años yendo a esos sitios contigo, compartiendo juegos con tres hombres. Seguro que me encontraré con alguno de ellos.

—No, no puedes, Iris. En serio, es… No puedes ir.

—Dame un motivo de peso, David —me crucé de brazos.

—Tienes lo de James muy reciente.

—Lo sé, pero todos me decís que tengo que superarlo, que no me quede en casa revolcándome en mi dolor.

—Joder, pero tampoco te estamos empujando a revolcarte con otro tío en la cama.

—Ese es mi problema, mi decisión de hacerlo o no. Cuando sepas en qué lugar será, dímelo. No me hagas llamar a Steve para preguntarle y citarme allí directamente con él —dije poniéndome en pie y tras darle un beso en la mejilla, me despedí para volver al trabajo.

—En qué puto mal momento me llega la invitación —murmuró.

—No te mortifiques, no me pasará nada.

—Es que no tendrías que ir, Iris, las consecuencias…

—No habrá consecuencias, David. Además, James sabía cómo era yo, y por mucho que siempre vaya a quererlo, eso no significa que me encierre en mi casa a llorarle eternamente. Solo es sexo, tú mismo lo has dicho siempre.

Me encogí de hombros y me marché. Si querían que siguiera con mi vida antes de James, asistir a esos lugares era parte de esa vida, quisiera entenderlo o no.

Capítulo 28



Graham, el capitán de los *San Francisco Warriors*, llamó el viernes para invitarnos a Nico, Caroline y a mí a un partido que celebraban ese sábado por la noche en el estadio, donde le harían un homenaje a James por todos esos años que había formado parte del equipo.

Acepté sin pensarlo demasiado porque sabía que a Nico le gustaría estar allí. Emilia también iba a asistir, por lo que quedamos en vernos directamente en el estadio.

Cuando Jack nos dejó, entramos por el acceso en el que nos esperaba uno de los asistentes del entrenador, y nos llevó a la zona de banquillos del equipo.

Emilia ya estaba allí esperándonos y se acercó para abrazarnos.

—¿Cómo estás, querida? —preguntó mirándome con cariño.

—Bien —sonreí.

—Te quería —dijo acariciándome la mejilla—. Eso una madre lo sabe.

Nos sentamos y vimos a los jugadores saltar al campo entre vítores, aplausos

y el característico grito de guerra con el que eran aclamados.

Todos llevaban una camiseta con el nombre de James, y fue Graham quien comenzó a hablar, mientras en las pantallas, una sucesión de fotos del homenajeado se mostraba a los asistentes.

—Era un buen hombre, un gran compañero de equipo, y todos sabemos que deja un inmenso vacío en la vida de muchos de los hoy aquí presentes —dijo —. Quienes le conocíamos, podemos decir que fue como un padre para nosotros, y, como tal, nos dio los mejores consejos. Allá donde estés, se te echa de menos, compañero.

Emilia lloraba y se secaba las lágrimas con la mano temblorosa. Le pasé el brazo por los hombros y me miró con una sonrisa de agradecimiento en los labios.

Los jugadores se quitaron las camisetas quedándose con la suya, y dio comienzo el partido.

Era extraño estar allí sin él, pero tenía que acostumbrarme, la vida seguía y James no era más que un bonito recuerdo.

Nico disfrutó de cada segundo del partido, viviendo cada tanto que marcaban, cada carrera, como si fuera él quien lo había logrado.

El entrenador lo llamó en un momento dado, cuando el partido estaba a tan solo un punto de diferencia.

Estuvieron hablando, le preguntó algo y mi hijo asintió, cogió su carpeta y trazó algunas cosas que no vi, el entrador sonrió y le dio una palmada en la espalda.

Cuando los jugadores se reunieron alrededor del entrenador, les explicó lo que supuse era una nueva jugada, todos asintieron, gritaron *"¡Warriors!"* y regresaron al campo.

Tras colocarse cada uno en su posición, Graham gritó las órdenes, lanzó el balón y fue Nick Jacobs quien emprendió una carrera de fondo cuando lo cogió.

Aquel chico esquivaba a los jugadores del equipo contrario como si nada, y logró marcar el *touchdown* que los llevó a la victoria.

Nico dio un salto de alegría, el entrenador, eufórico lanzó la carpeta al suelo y después lo abrazó.

Todos corrieron a lanzarse sobre Nick, quien en cuanto marcó el tanto, miró al cielo mientras señalaba, estaba segura que le dedicaba aquel *touchdown* a James, el hombre que una vez hizo posible que cumpliera su sueño.

Uno a uno, los jugadores se acercaron a Nico para chocar el puño con él, que los felicitaba por una nueva victoria.

Entraron en el vestuario gritando felices por haber ganado esa noche mientras todos los que estábamos por allí cerca les aplaudíamos.

—Mamá, el entrenador nos ha invitado a Caroline y a mí, a ir con el equipo a celebrarlo. ¿Podemos ir?

—Claro, pero no volváis muy tarde a casa —sonreí.

—Ya que los jóvenes van a ir a divertirse, ¿qué te parece si tú y yo cenamos juntas? —propuso Emilia.

—Esa es una excelente idea.

Llamé a Jack para que pasara a recogernos y nos llevó a un restaurante cerca de la nueva casa de la asociación.

Emilia y yo nos sentamos en una mesa junto al ventanal desde donde podía ver el jardín de la casa.

—Estoy enamorada de ese jardín, en serio —sonreí mientras lo miraba.

Una camarera se acercó para tomarnos nota mientras otro nos servía el vino.

—Desde lo de James, he pasado algunas noches ahí sentada, sola, recordando a mi hijo —dijo cuando volvimos a quedarnos solas—. Fue un niño muy querido por mi esposo y por mí, lo único que me quedaba de su padre.

—Emilia, lamento mucho lo que le ocurrió, si no se hubiese interpuesto…

—Ni lo pienses, Iris —me cortó cogiéndome la mano—. Si mi hijo se puso en medio, fue porque así lo quiso, arriesgó su vida, por salvar la tuya. Te quería hasta ese puto.

—No puedo evitar culparme, esa mujer quería matarme a mí, no a él.

—Conocí a Cintia una vez. Esa mujer se las daba de ser la futura señora Benson, y cuando le pregunté a James me dijo que no hiciera caso, que solo habían tenido una breve aventura, pero ella, bueno, al parecer se había obsesionado con mi hijo. No me gustaba, Iris, esa mujer tenía algo que no me gustaba. Y no me equivoqué —suspiró con pesar.

—Ya está pagando por lo que hizo —le froté la espalda con cariño—. Nos quitó a James, pero no su recuerdo.

—Sé que tuvisteis algo, y no sé si empezó antes de que se rompiera tu compromiso, o después. Pero para mi hijo eras una mujer especial, el tipo de mujer con el que se veía formando una familia —sonrió—. Ahora que no está puedo decírtelo. Me lo confesó una noche, poco antes de morir. Dijo que había encontrado una mujer a quien amar, cuidar y admirar al mismo tiempo, incluso dijo que te veía como igual.

—Digamos que entre nosotros había cierta lucha de poder —reí.

—Es curioso, cómo la vida pone a las personas adecuadas en nuestro camino, y con el tiempo, nos las quita.

No podía estar más de acuerdo con ella, pero no podía permitir que esa noche la tristeza se apoderara de Emilia, así que le pedí que me hablara de James, del niño que fue, de su época adolescente, que me contara sus mayores trastadas infantiles y todas esas locuras que seguro hizo en la universidad.

—Querida, creo que va a ser una noche muy larga —rio.

—Yo no tengo prisa y, ¿tú?

—Tampoco, pero en algún momento cerraran el restaurante.

—Hasta que eso pase, mi querida Emilia Benson, vamos a quedarnos aquí cenando, tomando vino, y hablando sobre el joven James.

—Bien, ¿por dónde podría empezar?

—Por el día en que nació, que seguro que hay una historia detrás de ese acontecimiento.

—¡Por supuesto qué la hay! Su padre, James, se puso tan nervioso cuando le dije que estaba naciendo el bebé, y se vistió con tanta prisa, que salió de casa llevando un zapato negro y otro marrón, no prestó atención a lo que hacía.

Sonreí y dejé que hablara, de ese modo recordaría los mejores momentos que había vivido con su hijo y yo conocería un poco más al hombre que me hizo volver a creer en un amor bonito, uno real.

Capítulo 29



Lunes, y empezaba una nueva semana.

Tenía bastante trabajo por delante y no quería dejar pasar más tiempo con unas reuniones que ya había atrasado bastante, por lo que, cuando llegué a la oficina esa mañana, le pedí a Nikki que organizara la agenda con todas las que iba a mandarle por correo.

Esas primeras horas de trabajo las pasé revisando los informes que Peter y Mike me habían entregado el viernes a última hora. Los beneficios podrían ser altos y la inversión no sería un problema, contaba con el dinero para ello.

Iba a salir a la sala por un café, cuando empezó a sonar mi móvil. Fruncí el ceño al no reconocer el número, pero respondí de igual modo.

—¿Sí?

—¿Crees que estás a salvo, estúpida? Porque no lo estás.

—¿Quién es? —pregunte al no reconocer la voz.

—Eso no importa, solo te diré que deberías vigilar bien tu espalda, en

cualquier momento pueden ir a por ti, o a por alguno de los tuyos.

—Pero, ¿quién eres?

—Creí que me reconocerías, pero así es mucho mejor. Puede que vuelva a llamarte en otra ocasión, para interesarme por ti. Y recuerda, en cualquier momento.

—¿Es una amenaza?

—No, solo un consejo. A mí ya me la ha jugado.

La llamada se cortó y, aunque no se trataba de Trevor, eso fue lo suficientemente sospechoso como para llamar a David y pedirle que viniera a mi despacho.

Fui a preparar dos cafés a la sala y cuando regresé, ya estaba esperándome sentado en una de las sillas.

—¿A qué viene tanta urgencia, pequeñaja? —preguntó en cuanto dejé un café delante de él.

—Me ha llamado una mujer, que no se ha identificado, desde un teléfono que no conozco.

—¿Y?

—Joder, ¿eso no entra dentro de avísame si recibes llamadas raras de Trevor?

—¿Era Trevor?

—A no ser que se haya sometido a una operación de cambio de sexo exprés, no, no era Trevor.

—Vale, entonces descartamos a nuestro sospechoso habitual. Déjame tu móvil, anda —cuando se lo entregué, tecleó un rato mientras llamaba a uno de sus chicos por teléfono.

Le pidió que hablara con sus contactos del FBI y que investigaran ese número a ver a quién pertenecía, y que fuera lo antes posible.

—¿Tienes al FBI en nómina, o algo así? —Arqueé la ceja.

—No, pero mis chicos son generosos con ellos. Mejor dicho, yo lo soy. Si tienen hijos, sobrinos o hermanos súper fans de un actor o cantante en concreto, el tío David se encarga de que reciban un autógrafo dedicado exclusivamente para ellos. Por no hablar de los pases VIP a los conciertos —volteó los ojos—. Me sales cara, pequeñaja.

—Yo… lo siento —por primera vez, me sentí vulnerable ante mi mejor amigo.

Desde que nos mudamos, había cuidado de nosotros, poniendo su dinero para gastos, y demás, y aun con el paso de los años, seguía haciéndolo.

—Ey, borra esa cara, pero ya. No tienes que sentir una mierda, Iris, somos familia, joder, y la familia es sagrada. Y ahora, veamos, ¿esa mujer puede tener algún tipo de conexión con Trevor?

—No lo sé, ni siquiera sé si tiene pareja.

—No tiene, el FBI lo habría averiguado.

—Pues estoy perdida, porque no reconocí esa voz.

Nos quedamos en silencio y mientras me tomaba el café, traté de recordar si había escuchado a esa mujer antes, pero si lo hice, no sabría decir dónde ni cuándo.

El móvil de David empezó a sonar y cuando respondió, permaneció callado unos segundos hasta que lo vi abrir mucho los ojos, sin duda sorprendido por lo que fuera que le acabaran de decir.

Se puso en pie y salió del despacho, fruncí el ceño y le seguí, pero se encerró en la sala del café.

—¡David! —grité llamando a la puerta— ¿Qué pasa?

—Ahora salgo, Iris, es… trabajo —contestó.

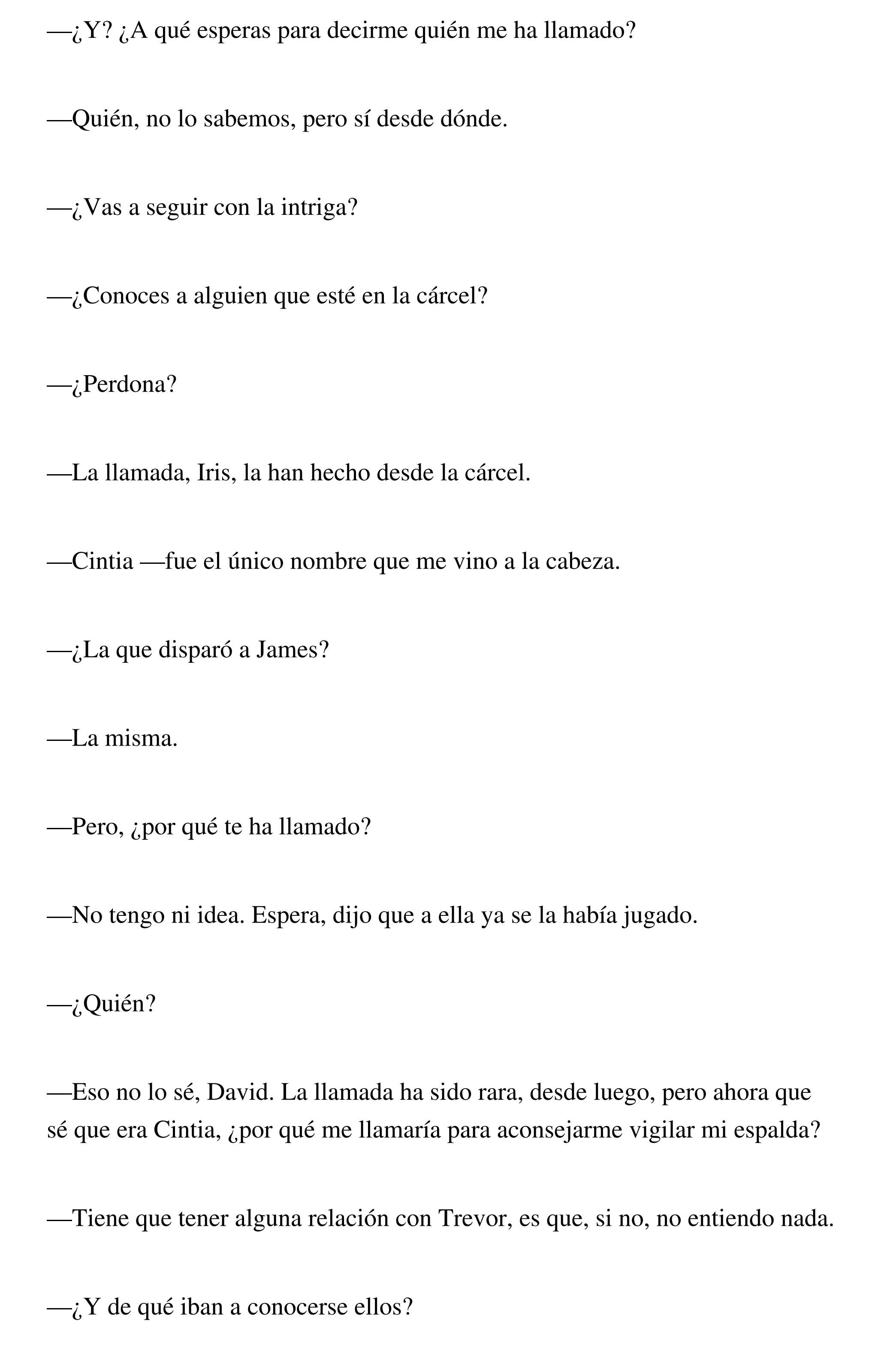
Sonaba un poco nervioso, como si me estuviera mintiendo, pero no podía hacer nada porque había cerrado desde dentro.

Regresé al despacho a esperarlo y durante los quince minutos que estuvo fuera, tiempo que había cronometrado, trabajé en un nuevo informe que quería que me hiciera Peter.

—Ya estoy aquí, lo siento pequeñaja, un cliente.

—Me estás mintiendo, pero vale.

—En serio, me llamó un cliente. Bueno, la primera llamada era de un cliente, la segunda ha sido con noticias del FBI.



—¿Y? ¿A qué esperas para decirme quién me ha llamado?

—Quién, no lo sabemos, pero sí desde dónde.

—¿Vas a seguir con la intriga?

—¿Conoces a alguien que esté en la cárcel?

—¿Perdona?

—La llamada, Iris, la han hecho desde la cárcel.

—Cintia —fue el único nombre que me vino a la cabeza.

—¿La que disparó a James?

—La misma.

—Pero, ¿por qué te ha llamado?

—No tengo ni idea. Espera, dijo que a ella ya se la había jugado.

—¿Quién?

—Eso no lo sé, David. La llamada ha sido rara, desde luego, pero ahora que sé que era Cintia, ¿por qué me llamaría para aconsejarme vigilar mi espalda?

—Tiene que tener alguna relación con Trevor, es que, si no, no entiendo nada.

—¿Y de qué iban a conocerse ellos?

—Quién sabe, tal vez en algún momento follaron o, qué sé yo. El FBI va a ver si encuentra conexiones entre ellos.

—¿Crees que Trevor volverá a intentar algo contra uno de nosotros? Ella dijo que en cualquier momento podrían ir a por mí, o uno de los míos.

—Tal vez solo quería asustarte, Iris, no pienses más en ello.

—Sabes que es inevitable, le doy vueltas a todo —suspiré.

—Lo sé

—Bueno, cambiando de tema, ¿sabes ya dónde será el evento?

—¿Qué evento?

—No te hagas el tonto, David, que lo sabes de sobra.

—¿Sigues pensando en ir? —Me miró con ambas cejas elevadas.

—Sí, y ya te lo advertí, si no me dices dónde es, llamaré a Steve.

—No es buena idea, Iris, puede que en algún momento te arrepientas de haber ido.

—James, de lo único que me he arrepentido en mi vida, es de haber salido con Trevor, el resto de cosas las he hecho siempre porque he querido hacerlas. Y te recuerdo que cuando rompí con esa rata de cloaca, fuiste tú quien me animó a acompañarte a esos lugares, o a ir sola. Por eso no entiendo que ahora me aconsejes no ir solo porque pueda arrepentirme. Solo es sexo, sabes que con

nadie de ese mundo será nunca algo más.

—Con James, lo fue.

—Eso es distinto, porque hubo una conexión mucho más allá de los juegos, el sexo y el placer.

—Se le llama amor, Iris.

—¿Eso que tú dices no sentir por Alexis? —Arqueé la ceja.

—No vas a darte por vencida, ¿verdad?

—Sabes bien que no.

—Dios, solo espero que me perdone por esto —murmuró mientras sacaba el móvil del bolsillo.

—¿Quién tendría que perdonarte?

—Tú, por permitirte ir a ese sitio con lo de James tan reciente.

—Como te dije, ese es mi problema.

—Aquí tienes, la dirección y las distintas contraseñas —lanzó el móvil sobre la mesa con un enfado considerable.

Apunté lo único que necesitaba saber, y se lo devolví.

—Gracias por tu amabilidad —sonreí.

—Para que veas que soy un buen amigo, te diré algo —me señaló mientras se ponía en pie—. El día que te arrepientas de esto, no te diré eso de te lo advertí, tendrías que haberme hecho caso, ni todo ese bla, bla, bla, que sigue. Me limitaré a estar ahí para ti, abrazarte y dejar que llores, porque eso hacen los amigos, y los hermanos mayores. Y ahora me voy, tengo una reunión en media hora.

—David —lo llamé cuando estaba a punto de salir del despacho—. Te quiero, lo sabes, ¿verdad?

—Yo también te quiero, Iris, a pesar de que a veces no estemos de acuerdo en algunas cosas.

Se fue dejándome sola de nuevo, miré el papel con la dirección de las afueras de San Francisco, donde celebrarían ese encuentro clandestino, y sí, lo de James estaba reciente aún, pero, no había nada realmente oficial entre nosotros.

¿Teníamos ropa en casa del otro? Sí, pero más que nada era por comodidad, para poder ponernos algo que no fuera un vestido elegante tras una cena, o la ropa de trabajo del día anterior.

Había sido importante para mí, y no es que fuera una adicta al sexo ni nada de eso, pero… ¿cuánto dolor podría soportar si seguía sintiendo sus caricias cuando estaba dormida?

¿Cuánto más aguantaría despertándome con lágrimas en los ojos?

Y sabía que ni siquiera así me olvidaría de él, porque podría ser otro cuerpo el que tuviera entre mis brazos, pero mi mente siempre imaginaría que era él, y solo él.

Capítulo 30



Vestido negro, zapatos de tacón, el antifaz, y mi colgante para que pudiera identificarme si me encontraba con alguno de mis habituales en aquella casa que se erigía imponente ante mis ojos.

—¿Me llamas cuando tenga que venir a recogerte? —preguntó Jack, para quien esto ya no le sorprendía tanto como al principio.

—Sí.

—Estaré tomando algo en un bar que he visto a unos cinco kilómetros de aquí.

—Diviértete.

—Yo no te digo lo mismo porque sé que lo harás —sonrió.

Negué mientras salía del coche con una sonrisa en los labios, cualquier persona que viera la confianza que tenía con mi chófer, pensaría que nos habíamos acostado en más de una ocasión, pero no era así.

Caminé por el sendero bordeado de piedras a ambos lados hasta la entrada, y

una vez allí, los guardias de la puerta me dieron las buenas noches.

—¿Contraseña? —preguntó uno de ellos.

—Chaikovski —respondí y recibí un gesto de afirmación por respuesta.

—Bienvenida —me abrió la puerta dándome paso, y entré como había hecho en tantas ocasiones antes de esa noche.

Respiré hondo, atravesé el pasillo hasta llegar al amplio salón donde se reunían todos los invitados, manteniendo conversaciones en pequeños corrillos, mientras los camareros y camareras pululaban ofreciendo bebidas que portaban en sus bandejas.

—¿Desea tomar una copa, señora? —me preguntó una de las camareras con una sonrisa.

—Un vino, gracias.

—Aquí tiene. Que disfrute de la noche —dijo y se marchó para seguir con su trabajo.

Claro que disfrutaría, a eso se iba a ese tipo de eventos, ¿cierto?

Di un sorbo al vino y me paseé por el salón echando un vistazo, con los antifaces era difícil reconocer a alguien, y eso era lo bueno, todos los que íbamos a esos lugares, adorábamos la privacidad.

—Ya creí que no volvería a ver ese colgante, nunca más —susurró a mi espalda una voz que reconocería incluso con los ojos cerrados.

—Entonces imagino que es una sorpresa verme aquí —miré a Steve por encima del hombro.

—Una de las mejores —sonrió al tiempo que se inclinaba para besarme en la mejilla.

—Me alegra escuchar eso, porque esta noche necesito a mi acompañante más obediente que nunca.

—No dude ni por un segundo, que así será, señora —respondió con seriedad.

Sonreí mientras le acariciaba la barbilla, me acabé el vino y entrelacé nuestras manos para llevarlo a una de las habitaciones.

Nadie nos miraba, nadie me juzgaba por lo que estaba haciendo, porque tanto solo Steve me conocía en ese lugar, solo él sabía quién era yo fuera de aquel mundo de lujo, sexo, poder y control.

Accedimos por el pasillo a la escalera y subimos a la tercera planta, donde me informó en guardia que vigilaba la zona que estaban las habitaciones solo para parejas.

Llevé a Steve de la mano hasta una de las últimas puertas, entramos y por un momento me sentí diferente.

En las últimas semanas había estado entrando a un lugar muy parecido, pero increíblemente distinto.

—¿Estás bien? —preguntó Steve pegado a mi espalda, una vez estuvimos completamente a solas en aquella habitación.

—Sí, no te preocupes —sonreí.

Una cama, un sillón tántrico, una cruz, la ducha y multitud de vibradores, látigos, geles y otros juguetes creados para el placer y el dolor.

Steve empezó a desnudarme sin que yo se lo pidiera, tal como hacía siempre. El vestido se amontonó alrededor de mis pies, observé la tela sobre aquella moqueta roja y respiré hondo.

Yo quería esto, yo deseaba esto y por eso estaba en aquella habitación.

Steve se arrodilló ante mí, observándome mientras me acariciaba las piernas muy despacio, esas que separó ligeramente cuando alcanzó mi entrepierna.

Sentí cómo su dedo se adentraba en mi sexo, deslizándose entre los labios vaginales lentamente, tocando, jugando con el clítoris, y sí, me estremecí ante aquel contacto como solía hacer, pero…

Cerré los ojos cuando Steve hundió el rostro entre mis piernas y comenzó a lamer con lentas pasadas de su lengua sobre el clítoris.

Llevé las manos a sus hombros y me sostuve para mantener el equilibrio.

Podía notar la humedad en esa parte, pero mentiría si dijera que era mía. No lo era, tan solo se trataba de la saliva que Steve dejaba en cada pasada de su lengua.

—¿De verdad qué estás bien? —preguntó y abrí los ojos para mirarlo.

Seguía de rodillas con la mirada fija en mí, tragué con fuerza y cuando quise darme cuenta, estaba tirando de su corbata para que se levantara.

Me lancé a su boca con una desesperación impropia en mí cuando estaba con

él, comencé a desnudarlo, lanzando su ropa al suelo.

Pegué mi torso al suyo, levanté una pierna para rodearlo por la cintura con ella y Steve la sostuvo de modo que no acabara perdiendo el equilibrio y me cayera de culo al suelo.

—Iris —dijo entre besos.

—Llévame a la cama y fóllame. Ahora —le ordené.

—Sí, señora.

Hizo lo que le había pedido, me recostó en la cama y noté su miembro erecto palpitando sobre mi muslo.

Steve cogió un preservativo de la mesita, volvimos a besarnos con esa furia que yo le mostraba, le quité el antifaz y me deshice del mío.

Conseguí ponerme al mando de nuevo y rodamos por la cama hasta que él quedó tumbado debajo de mí.

Comencé a moverme sin llegar a dejar que me penetrara aún, besándolo y buscando eso que tanto necesitaba y no llegaba.

¿Por qué no me excitaba? ¿Por qué mi sexo no se humedecía como siempre? ¿Qué estaba mal?

—Tócame —le ordené.

Steve llevó una mano entre nuestros cuerpos y comenzó a pellizcarme el clítoris, a penetrarme con el dedo mientras mis caderas se movían una y otra

vez y nuestras bocas se besaban.

Lo escuché gemir cuando elevó las caderas para rozar mi sexo con su erección, pero ni siquiera en ese momento salió un gemido de mis labios.

Algo estaba mal, y Steve parecía haberse dado cuenta también.

En el momento en el que retiró la mano y noté que me sostenía por las mejillas, lo confirmé.

—Iris, para —me pidió mirándome fijamente.

—¿Por qué? He venido a esto, a follar, a tener sexo solo porque sí —mi voz sonaba un poquito estrangulada, y lo peor fue que sentí una lágrima caer por mi mejilla.

—Ey, tranquila —dijo Steve incorporándose, conmigo aún sentada en su regazo—. ¿Qué pasa? ¿Por qué lloras?

—No lo sé, o sí. Lloro porque he venido a esto y no sé por qué mierda no puedo hacerlo.

—¿Cuánto tiempo has estado fuera de estos eventos, Iris? —preguntó acariciándome la mejilla.

—Desde la última vez que estuve contigo.

—Pues sí que ha pasado tiempo, sí —sonrió—. No sé cómo decirte esto, porque siempre dejamos claro que la vida personal de cada uno, está fuera de estas cuatro paredes, pero veo las noticias y a ti te conozco, ante todo, aunque seas algo así como mi ama, eres mi amiga.

—No sé dónde quieres llegar —me limpié las mejillas.

—A que sé el caos de vida que has tenido en este tiempo, que se rompió tu compromiso y que hay alguien ocupando este lugar —puso la mano sobre mi pecho, en el lugar en el que latía mi corazón.

—No, no lo hay.

—Claro que lo hay, y no lo digo solo por eso de las noticias, sino porque a estas alturas, te habrías corrido al menos dos veces, en mi boca y en mi mano, y esta noche te está costando excitarte. Quiero pensar que es porque te gustaría que fuera otro el que estuviera aquí, y no porque haya perdido mis dotes de amante, eso sería una mierda.

—No —sonreí—. No es por ti, tienes razón. Pero es… complicado.

—¿Él no siente lo mismo?

—No sé si lo sentía o no, y ya no podré preguntárselo.

—¿Se ha ido? ¿Te ha dejado tirada? —negué, respiró hondo y por más que lo intenté, fracasé al tratar de contener las lágrimas.

—Iban a dispararme a mí, se puso delante, no pudieron hacer nada por salvarlo.

—Joder, Iris —Steve me estrechó con fuerza entre sus brazos, y dejé que todo ese dolor que quería mantener a raya, volviera a salir.

El llanto llenaba el silencio de la habitación, y tan solo los susurros de Steve tratando de que me calmara acompañaban ese lamento que me afligía el alma.

Se recostó conmigo en la cama, abrazándome mientras me acariciaba la espalda, y se lo agradecí, porque realmente pensaba que podría hacer eso a lo que había ido, pero a la hora de la verdad, no pude.

No sabría decir el tiempo que pasamos así, entre lágrimas y palabras de consuelo, uno que no iba a llegar pronto. Cuando conseguí calmarme, al menos un poco, besé a Steve en la mejilla.

—Gracias, y lo siento.

—Gracias por nada, y sentirlo mucho menos. Hemos tenido sexo, sí, pero, ante todo, soy tu amigo. ¿Estás mejor?

—Creo que sí.

—Iris, sé que eres una mujer fuerte y dura, pero no es malo permitirte llorar por el dolor, y mucho menos sufrir la pérdida de alguien a quien quieres.

—Ni siquiera te he dicho si lo quería.

—Oh, créeme que sé que le querías, y aún lo quieres. No es malo, ¿de acuerdo? Te enamoraste de alguien que ya no está, no tienes que forzar las cosas. ¿Por qué has venido esta noche?

—Quería olvidar sus caricias, quería borrar su recuerdo al menos de ese modo.

—Pues no lo hagas, cielo —retiró el pelo de mi cara y me acarició la mejilla —. No quieras borrar nunca el amor que te entregó mientras compartíais momentos de intimidad, por experiencia te digo que es lo peor que puedes hacer. Vamos a vestirnos, te invito a tomar una copa en un lugar que te va a encantar.

—¿Dónde? —pregunté.

—En el mejor club de playa de todo San Francisco. Buena música y buenos cócteles, ¿qué más se podría pedir? —hizo un guiño y sonrió.

Poco después estábamos abandonando aquella casa en su coche, le mandé un mensaje a Jack para decirle que se fuera a casa y no se preocupara por mí, que me llevaba un buen amigo más tarde, y respondió pidiéndome que tuviera cuidado.

Steve tenía razón, el club era una maravilla.

Tenía varias mesas en la playa, así como tumbonas, camas, y la música que sonaba era toda de ritmos latinos.

Nos sentamos en un par de tumbonas, un camarero se acercó para preguntar qué íbamos a tomar, y Steve pidió un par de cócteles de fruta, pero sin alcohol.

—¿Por qué sin alcohol? —Fruncí el ceño.

—Porque ese es para ahogar las penas, y nosotros no queremos ahogar nada, solo vamos a tomarnos esa copa, a bailar, y disfrutar de la noche. ¿Alguna vez has bailado en la playa?

—Sí, en Natal no hace mucho.

—¿Con él?

—Sí.

—¿Ves? Ese recuerdo no queremos que lo pierdas, y tampoco que lo ahogues en alcohol —me eché a reír.

El mismo camarero nos sirvió las bebidas y durante el resto de la noche Steve se encargó de mantenerme con una sonrisa en los labios.

Bebimos, bailamos y hablamos del trabajo como dos buenos amigos, incluso se interesó por mi historia de amor que había acabado como aquella tragedia *shakesperiana* que me había tocado vivir.

Solo que en vez de veneno y una espada, había sido una bala lo que se llevó a mi amado.

Me dio un beso en la frente tras nuestro último baile, sonrió y me pasó el brazo por los hombros.

—Hora de irse a casa —dijo mientras caminábamos hacia el coche.

—Oye, ha sido solo cosa mía, ¿o nos miraban mucho?

—Nos miraban mucho —rio—. Me sorprende que lo preguntes ahora.

—¿Por qué?

—¿En serio no te has dado cuenta que éramos los únicos con ropa tan elegante, además de negra? Cualquiera pensaría que veníamos de un funeral —lo miré con los ojos muy abiertos y cerró los suyos—. Vale, joder, no quería decir eso. A ver, que no me burlaba, que es la hostia de jodido que hayas perdido a tu… ¿Qué erais, de manera oficial? —Entrecerró los ojos.

—¿Amantes? ¿Amigos? No había nada serio —me encogí de hombros.

—Seguro que sentía algo, aunque no te lo dijera —Steve se inclinó para besarme la mejilla cuando llegamos a su coche.

Le di la dirección de mi casa y me llevó hasta allí mientras escuchábamos música blues sin decir nada.

Ya lo habíamos dicho todo, me escuchó, me hizo compañía y consiguió que las lágrimas pasaran a ser risas.

—Gracias por lo de esta noche —dije cuando llegamos.

—Un placer.

—¿Aunque no haya sido el placer que buscabas cuando llegaste a esa casa?

—Te aseguro que ha sido un placer mucho mejor del que esperaba —hizo un guiño.

—Eres un buen hombre, Steve, el día que encuentres a la mujer adecuada, podrá sentirse afortunada de tenerte —le besé en la mejilla y sonrió cuando me aparté—. Buenas noches.

—Buenas noches, Iris.

Entré en casa siendo las dos de la madrugada, me quité los zapatos y caminé descalza para no hacer ruido hasta mi habitación.

En cuanto entré, me quité el vestido y me puse una camiseta, una de las que James había dejado en casa.

Intenté meter toda su ropa en una bolsa y dársela a Emilia, pero no pude, volví

a sacarla y colocarla, y desde ese día, alguna noche dormía con alguna de sus camisetas.

¿Un nuevo método de tortura? Tal vez, pero me costaba desprenderme de él, y esa noche había quedado más que confirmado que me costaría mucho más aún volver a dejar que otras manos, otros labios, tocaran mi cuerpo como lo había hecho él.

Quién sabía si alguna vez dejaría que pasara.

Capítulo 31



Una firma, y Son se iría del despacho con el contrato y la seguridad de que al día siguiente tendría el dinero en su cuenta.

—Pues ya está —dijo deslizando el contrato por mi mesa—. Somos oficialmente socios. Bueno, ya me entiendes…

—Sí —sonreí—. Socios suena bien, no te preocupes. Lamento que este asunto se haya retrasado más de la cuenta.

—No se te ocurra disculparte, Iris, sé que has tenido semanas de lo más intensas. ¿Puedo preguntarte cómo llevas lo de James?

—Has tardado mucho en hacerlo. Lo llevo, me voy haciendo a la idea.

—Si necesitas algo, solo tienes que llamarme, ¿de acuerdo?

—Gracias.

—Bueno, me voy, tengo como un millón de cosas por hacer hoy.

Me levanté para acompañarlo a la puerta y allí nos despedimos con un par de

besos y un abrazo con el que intuí quiso darme ánimos.

Son era un buen tipo, y sabía que nuestra relación comercial iba a ser muy beneficiosa.

—Iris, te ha llamado Conrad, el abogado —dijo Nikki—. Al parecer le cortabas el móvil —sonrió.

—Ahora lo llamo, gracias.

Fui hacia al escritorio, cogí el móvil y le devolví a mi abogado las tres llamadas que me había hecho, además de la que había atendido mi secretaria.

—Buenos días, Iris.

—Conrad, buenos días. Disculpa que te cortara las llamadas, estaba firmando un nuevo acuerdo.

—Lo imaginé a la tercera, perdóname tú a mí —sonaba como si estuviera sonriendo—. Es que tengo noticias sobre Cintia y quería hacértelas saber.

—¿Qué ocurre?

—El juicio será mañana, el oficial, quiero decir, ya sabes que nos hemos estado reuniendo su abogado y yo con el juez, han intentado alegar trastorno mental, pero no ha colado, el juez dice que la sigue viendo lúcida y más después de que le dijera que te había llamado, como me contó David.

—Sigo sin entender por qué lo hizo, la verdad.

—A ver, eso iba a comentarte. Por lo que sé, David tiene a los del FBI

buscando alguna conexión de ella con Trevor, y había pensado, si te parece bien, preguntarle cuando sea mi turno si lo conoce, y de qué. Por ver si sacamos algo en claro.

—Pues sí, me parece bien.

—Vale, me lo anoto entonces. ¿Querrás estar presente?

—No, Conrad —suspiré—. Si voy lo único que haré será revivir aquella noche, y no puedo, bastante es que no consiga olvidarla.

—Entiendo. Bueno, el juicio se celebrará a las diez, en cuanto salgamos de la sala te llamo para ponerte al día de lo que haya pasado.

—De acuerdo, gracias por todo.

Dejé el móvil de nuevo en el escritorio y giré en mi sillón para contemplar las vistas de la ciudad.

Habían pasado años desde que me mudé y seguía tan enamorada de San Francisco como el primer día.

Eché un vistazo a la hora, eran casi las doce y no tenía más reuniones ni nada urgente hasta después de comer, así que, como mi jefa no iba a molestarse si me tomaba unas horas libres, recogí mis cosas y salí del despacho.

—¿Vas a tomar café? —curioseó Nikki, puesto que no era la primera vez que salía a esa hora para encontrarme con David.

—Entre otras cosas —sonreí—. Hazme un favor, y no me pases llamadas. Voy a que me dé el aire, necesito despejarme. Nos vemos después de comer, ¿sí?

—Nada de llamadas, entendido. Si quieren hablar con la señorita Duarte, que llamen esta tarde, ahora mismo está reunida.

—Qué secretaria más eficiente tengo. Oye, ¿y esas flores?

—Son un regalo de…

—¿Un admirador, o un novio?

—No sé ni lo que somos —suspiró.

—Bueno, por el ramo de rosas que te ha enviado, yo diría que siente muchas cosas por ti.

—¿A qué te refieres?

—Veamos, —me acerqué al ramo—. Las rosas rojas simbolizan amor, pero también admiración y respeto. Las blancas también están relacionadas con el amor, pero de una manera más pura e inocente. Y las de color coral, simbolizan el deseo y la pasión. Ese hombre siente todas esas cosas por ti —sonreí.

—Oh —se quedó mirando el ramo y cuando afloró su sonrisa, lo hizo acompañada de un rubor rosado en sus mejillas—. ¿Cómo sabes esas cosas?

—A mi madre le encantaban las rosas, tenía un libro en casa y explicaban el significado de cada color. Hazme caso, para ese hombre no eres solo sexo, porque habréis… ya sabes.

—Sí —se sonrojó aún más—. ¿De verdad crees que soy algo más? Es que, es bastante mayor que yo.

—¿Qué importa eso? Cielo, cuando el amor es de verdad, la diferencia de edad no importa, eso es solo un número.

—Eso dice él —volvió a sonreír.

—Pues hazle caso, y a mí también. Con esas rosas te dice, no solo que te desea, sino que te respeta y empieza a sentir algo más profundo. Y ahora me voy, que seguro que estás pensando en llamarlo.

—No, no, yo ese tipo de llamadas las hago fuera del trabajo.

—Pues a partir de ahora, puedes hacerlas aquí. Nikki, voy a darte un consejo. No pierdas la oportunidad de decirle cada día a una persona que la quieres, si así lo sientes. Nunca sabemos cuándo vamos a dejar de poder hacerlo.

Ella asintió y fui hacia el ascensor, donde cerré los ojos apoyándome en la pared para contener las lágrimas. De nuevo James me había venido a la cabeza. Si le hubiese dicho antes lo que sentía por él…

Cuando salí a la calle vi a Jack fumando apoyado en el coche, que se sorprendió al verme salir.

—¿Tenías alguna reunión que he olvidado? —preguntó frunciendo el ceño.

—No, solo me voy unas horas a despejarme.

—¿Dónde te llevo?

—A ningún sitio, puedes quedarte aquí.

Su móvil empezó a sonar y cuando miró la pantalla vi que sonreía ligeramente, pero al estar yo delante, carraspeó y se puso serio de nuevo.

—Acabas de sonreír, no será esa mujer misteriosa ¿verdad?

—Sí, pero luego la llamaré, normalmente no me llama cuando está en el trabajo.

—Tal vez sea urgente. Espera, ella no te llama cuando está en el trabajo —miré hacia el edificio, concretamente a la planta en la que estaban mis oficinas—. ¿Tu mujer misteriosa es Nikki? —pregunté con una sonrisa y los ojos muy abiertos.

—¿Qué? No, no.

—Vamos, soldado, no mientas a tu teniente.

—¿Cómo coño has llegado a esa conclusión?

—Porque has dicho que ella no te llama cuando está trabajando, y Nikki acaba de decirme eso mismo, con otras palabras. Por cierto, bonitas flores, Romeo —le hice un guiño y se sonrojó—. ¿El duro Jack se sonroja? Esto es un acontecimiento histórico.

—¿Puedes dejar de burlarte? Por Dios, que eres mi jefa.

—¿Y? Anda, súbele un café y unos Donuts, haz el pack completo.

—¿Esto va a ser así todos los días? Pregunto, para estar preparado más que nada.

—No, tranquilo. Solo diré una cosa —me acerqué aún más a él y coloqué la rodilla justo bajo su entrepierna—. Si le haces daño, pierdes los huevos, Jack.

—Jamás le haría daño. Ella es… todo.

—Más te vale. Es como una hermana pequeña para mí, así que, advertido quedas. Venga, café y Donuts para tu Julieta, ¿a qué esperas?

—Voy, voy. Si necesitas que vaya a buscarte, llámame.

—Nos vemos esta tarde.

Paré el primer taxi que vi y le pedí que me llevara hacia *Hyde Street*. ¿Por qué esa calle y no otra? Sencillo, me gustaba subirme al tranvía y recorrer las empinadas calles de esa zona.

Sí, cuando nos mudamos a San Francisco, aquello fue lo primero que hicimos Inés y yo, llevando a Nico, obviamente. Habíamos visto cientos de películas y series de televisión en las que se habían rodado persecuciones por esas calles, coches haciendo saltos imposibles en esas empinadas cuentas, y quisimos ver cómo era vivirlo de primera mano.

Para qué mentir, era como esa sensación de estar en una montaña rusa donde caes al vacío mientras sentías el viento en la cara, solo que a mucha menos velocidad.

Y de entre todas ellas, la más visitada por los turistas, era *Lombard Street*, no por ser la más empinada, puesto que no lo era, sino porque con su forma de zigzag y la inclinación de cuarenta grados, hace las delicias de quienes se acercan a fotografiar y grabar los coches que bajan por ella. Sin duda alguna, esa calle sí podía considerarse una auténtica montaña rusa.

Sentada en el tranvía, recorrí las calles hasta que decidí bajarme y tomar un café con vistas al puerto, el mar y la cárcel de Alcatraz, escenario también escogido por muchos directores de Hollywood.

Tras el café di un pequeño paseo por el puerto, me encantaba escuchar las gaviotas y disfrutar del característico y tranquilizador olor del mar.

No sabría decir si el leve mareo que sentí fue por el Sol, o porque desde que ocurrió lo de James apenas comía, por lo que me senté bajo la sombra de un árbol hasta que se me pasó un poco.

Si Brenda se enteraba de esto, me obligaría a comer más y mejor, no tenía duda, así que sería un secreto entre Alcatraz y yo.

Iba a levantarme cuando empezó a sonar mi móvil, y el nombre de Trevor apareció en la pantalla.

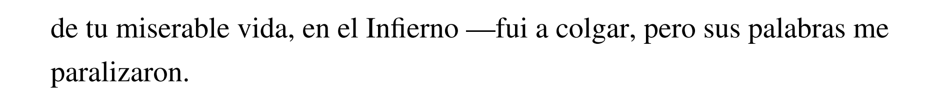
—Creí que me habías olvidado definitivamente —dije al descolgar, no me molesté en saludarlo.

—No, jamás me olvidaré de ti. He estado un poco ocupado huyendo de los tíos que quieren matarme, ¿recuerdas? Quiero mi dinero, Iris, no voy a acabar en una puta caja como tu amiguito.

—No hables de él.

—¿Recuerdas lo que te dije? Si él desaparecía, yo podría ocupar su lugar. Elige, mi dulce Iris, ¿dónde quieres pasar nuestro fin de semana romántico para hablar del bonito futuro que nos espera, conmigo como dueño y señor de todas tus posesiones?

—En el Infierno, Trevor, puedes pasar el fin de semana que quieras, y el resto


de tu miserable vida, en el Infierno —fui a colgar, pero sus palabras me paralizaron.

—¿No crees que sería una pena que tu sobrino no llegara a nacer? Con la ilusión que le hace a Inés… Le sienta bien el embarazo, se ha puesto más guapa de lo que ya era.

—No te acerques a mi hermana, Trevor, o juro que te mato.

—¿Cuánto no debería acercarme? Ha salido de la casa esa de chicas con un par de ellas, han comprado en el supermercado y ahora están de vuelta.

—¿Qué? —Me puse en pie y noté que me temblaba todo el cuerpo. No podía estar en la ciudad, sería arriesgarse demasiado.

—Tienes dos días para decirme cuándo nos vemos, o tu hermana y su bebé volverán a reunirse con su padre.

En cuanto colgué llamé a Jack, necesitaba que fuera a la casa de la asociación y comprobara que Inés estaba bien. También llamé a David, aquello sin duda era una de esas llamadas que debía notificarle, y dijo que avisaría al inspector de policía que llevaba mi caso de las denuncias para ir a ver.

Si Trevor había vuelto y se había atrevido a acercarse tanto a mi hermana, era porque estaba realmente desesperado. Pero no podía ceder, no volvería con él ni, aunque fuese el último hombre de la tierra.

Paré un taxi, le di la dirección de la casa y le pedí que fuera lo más rápido posible.

Una vez que llegué, Jack y David estaban allí, con Inés y Emilia. Abracé a mi hermana y le pedí perdón por haber metido a ese hombre en nuestra familia,

sin duda alguna, había decisiones que nos cambiaban la vida, en este caso, para mal.

Cuando llegó el inspector de policía nos dijo que no habían visto a Trevor, que tal vez ni siquiera estuviera por allí, que se tratase solo de una llamada más, pero mi hermana había salido a comprar con dos de las chicas, por lo que, si no las había visto él, alguien la vigilaba y le había enviado fotos.

—Volverá a llamarme en dos días —les informé a todos—. Quiere que nos veamos, así que, volverá a llamar.

—Pues estaremos preparados para esa llamada —dijo David.

No habló de cómo nos prepararíamos, pero sabía que él tenía todo bajo control.

Yo, en cambio, me encontraba cada vez más exhausta, agotada mentalmente, apenas sin fuerzas, y deseando que ese infierno al que Trevor me arrastraba, acabara de una vez por todas.

Capítulo 32



Tal como había dicho, Trevor llamó dos días después.

David me pidió que me quedara en casa todo el día, donde un equipo de agentes del FBI permaneció hasta que recibí la llamada para intentar localizarla.

No hubo éxito, pero me indicaron lo que tenía que decirle, que aceptara encontrarme con él ese mismo fin de semana, al acabar la conversación se pusieron en marcha para preparar un operativo.

Nos veríamos en un hotel en la costa de San Francisco, por lo que, o Trevor estaba en la ciudad, o no andaba muy lejos.

Fue ese mismo día cuando me hablaron de la conexión que había entre él y Cintia. Al parecer ella era la hermana de un corredor de apuestas al que Trevor debió dinero en su momento, le pagó haciendo algunos trabajos para él y acabó enredado en la cama con ella.

Cuando Trevor descubrió que ella me había conocido, la puso a vigilarme, le informaba de mis movimientos y, claro, al verme más a menudo de lo que imaginaba con James, actuó por su cuenta y quiso quitarme de en medio para recuperarlo.

El FBI le ofreció un trato a Cintia antes del juicio, pero no lo aceptó, dijo que, si tenía que cumplir por haber matado al hombre que amaba, que cumpliría. Lo único que pudieron averiguar fue quiénes ayudaban a Trevor, que habían sido los mismos que provocaron el accidente de Nico y el de David, aquí, y el de la novia de Amanda en Los Ángeles.

El hermano de Cintia y sus hombres estaban al frente de todo eso, al parecer porque el propio Trevor les había prometido un buen dinero cuando se casara conmigo.

Pero todo eso había tenido lugar el día anterior.

Ya era jueves y estaba con Inés en la clínica, esperando para entrar en la consulta para la revisión.

—¿Se le habrá quitado la vergüenza a mi sobrino? Porque, ¿mira que si nos tiene esperando a saber cómo vamos a tener que llamarle hasta el último momento…?

—Espero que se deje ver hoy —sonrió mientras se pasaba la mano por la barriguita—. Pero sigo con el presentimiento de que es un niño.

—Yo también, aquí tenemos al próximo Zack de la familia.

—Inés, puedes pasar, cielo —indicó la enfermera y, como siempre, la seguimos hasta la consulta.

En cuanto Sam vio a mi hermana se le iluminó la cara con una sonrisa de esas de anuncio que deslumbraba. Tras ponerse en pie, se acercó a ella y, ¡sorpresa! Le dio un breve besito en los labios.

—Hola, preciosa, ¿cómo estás?

—Bien —respondió ella con las mejillas rojas como dos tomates, mirándome nerviosa por el rabillo del ojo, mientras yo sonreía como lo haría una niña planeando una travesura.

—¿No le has dicho nada? —preguntó Sam y ella negó— Joder, lo siento —otro que se ponía nervioso, ni que yo fuera un ogro.

—A ver, par de adolescentes —volteé los ojos—. ¿A qué vienen los nervios y esas miradas? Inés, eres una mujer adulta, puedes hacer lo que te dé la santa gana. ¿Con Sam? Pues perfecto, es un buen tío y sé que cuidará de ti y del bebé. Si no lo hace, le cortó los huevos para que no pueda procrear —lo miré a él por el rabillo del ojo y tuve que aguantarme la risa cuando lo vi llevarse ambas manos a la entrepierna para cubrirla—. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—No sabía cómo, y con todo lo que tienes…

—Ey, por muy jodida que esté mi vida, la familia siempre será lo primero. Así que, ¿vas a cuidar de ellos, doctorcito?

—Sí, ya quiero a ese niño como si fuera mío.

—Bueno, básicamente también es tuyo, les ayudaste a que esté ahí dentro tan cómodamente —sonreí consiguiendo que ellos lo hicieran también, quitando un poco de tensión—. Entonces qué, ¿te llamo cuñado, Sam?

—Yo, no sé, lo que diga Inés.

—Veo que vas a dejar que ella tome las decisiones importantes, ahora me gustas más. ¿Hermanita?

—¿Podemos empezar con la revisión, por favor? Me estoy muriendo de vergüenza, Iris.

—Sí, sí, ahora saludamos al bizcochito. ¿Pasa a ser cuñado, o sigue siendo solo Sam?

—Solo Sam, por el momento —respondió y él sonrió.

—Vale. Cuñado, empieza cuando quieras —le pedí, y Sam soltó una carcajada.

—¿No me ha oído, Iris? —protestó Inés.

—Ajá. Pero tú mejor que nadie debería saber que no soy de las que acepta órdenes, así como así, yo las doy —me encogí de hombros.

Mi hermana resopló dándose por vencida, y con ayuda de Sam, subió a la camilla.

Después de unos minutos en los que creímos que tendríamos que volver a casa sin saber el sexo del bebé, Sam sonrió señalando en la pantalla.

—Chicas, decidle hola a Zack —dijo, y mi hermana se echó a llorar.

Me incliné para besarle la frente, la abracé y lloramos juntas mientras Sam le cogía la mano.

Cuando me levanté, debí hacerlo tan rápido que tuve que agarrarme a la camilla para no caer, menudo mareo me había dado.

—¿Iris? ¿Estás bien? —preguntó Sam, que se había levantado del taburete para sostenerme.

—Sí, sí, solo ha sido un mareo al levantarme tan rápido.

—Mentira, últimamente no come bien —dijo Inés.

—Claro que como —protesté.

—Pues será en el despacho, porque lo que es en casa, no.

—Vale, vamos a hacerte un análisis de sangre a ver cómo tienes todos los niveles.

—Sam, estoy bien, en serio.

—Y yo me quedaré más tranquilo si nos cercioramos de que no tienes anemia por no comer.

Nada, no podía hacer nada para evitar que Sam, ahora mi casi cuñado, llamara a la enfermera y me llevara a la sala de extracciones, donde llenó tantos tubitos con mi sangre que hasta le pregunté si no me iba a quedar sin ella, que parecía una vampira la tía.

—Tranquila —rio—, ya acabamos. El doctor quiere un análisis muy completo.

—Por Dios, si solo ha sido un mareíllo de nada, al levantarme, que lo hice rápido, y mezclado con la emoción de saber que es un niño —resoplé.

—Ya está, puedes volver a la consulta.

—Total, para que me diga que tengo una mijilla de falta de algo porque no estoy comiendo bien. Pero no les digas a ellos que he confesado ese crimen, que mi hermana es capaz de prepararme un puchero de los que hacía nuestra madre.

—No diré nada —levantó ambas manos en señal de que así sería.

Cuando volví a la consulta, Sam se quitó la bata y tras coger el móvil, nos llevó a la cafetería que había al lado para invitarnos a desayunar.

—El caso es llenarme como a un pavo para Navidad —protesté, pero me comí los dos Donuts y la tostada con el batido de frutas que Sam me había pedido.

Qué jodido mi casi cuñado, que con eso de que igual tenía anemia, me había dado una buena dosis de glucosa.

Y mientras esperábamos los resultados mi hermana dijo que iría a comprar más cositas para el bebé, ahora que sabía que era un niño. Ropita, juguetes, y esas cosas que todas las madres comprábamos para nuestros futuros retoños.

David me mandó un mensaje y dijo que el FBI ya tenía todo preparado para el sábado por la noche, momento en el que Trevor pidió que nos encontráramos, al parecer quería que tuviéramos una cena romántica como cuando estábamos juntos. ¿Se podía estar más loco?

Mi hermana estaba al tanto de todo puesto que el día anterior se quedó en casa conmigo, decía que no quería que pudieran volver a vigilarla y que eso me alterara más de la cuenta, así que se lo dije a los dos y sabiendo que Inés estaba preocupada por ese tema, Sam se ofreció a quedarse con ella y los chicos en casa.

Se lo agradecí con una sonrisa y un leve asentimiento, no me equivocaba con ese hombre, iba a querer y cuidar a mi hermana y mi sobrino, tanto como lo habría hecho Zack.

Regresamos a la clínica y nada más vernos entrar, la enfermera le dio a Sam los resultados de mis análisis.

—Unas pastillas para la anemia me vas a tener que dar, como si lo viera — volteé los ojos mientras me sentaba.

Sam echó un vistazo, pasaba las hojas leyendo todo, y en un momento dado vi que le cambió el semblante, parpadeó varias veces como para cerciorarse de que lo que veía era correcto, miró de reojo a mi hermana y fruncí el ceño.

—¿Qué pasa? Parece que has visto un fantasma —dije.

—¿Está todo bien, Sam? —preguntó mi hermana.

—No sé cómo decir esto, chicas —estaba visiblemente nervioso, y se pasó la mano por el pelo un par de veces.

—Mientras no me esté muriendo por la anemia, no vamos mal —quise quitarle hierro al asunto, pero no aparecía la sonrisa de mi casi cuñado por ningún sitio—. Sam, por tu madre, habla o me desmayo.

—Tienes los niveles de GCH muy altos —comentó, y mientras que mi hermana parecía saber a qué se refería por el gritito que había dado, yo estaba como si acabara de escuchar chino—. Vale, ¿en un idioma que te entienda?

—Iris, estás embarazada —fue mi hermana quien soltó aquella bomba mientras lloraba.

—No, o sea, eso es… —me quedé callada con un nudo en la garganta, porque imposible, que era la palabra que pretendía decir, no era.

James y yo habíamos compartido muchas noches y días de sexo, en su cuarto de juegos, en su cama, en la mía, y por lo que podía recordar en ese momento, estaba convencida que casi ninguna de esas veces, habíamos sido cuidadosos.

—¿Iris?

—Voy —se me había secado la boca, mi lengua parecía una zapatilla de esparto—. ¿Voy a tener un bebé?

—Sí, los niveles son altísimos, y sí, también tienes un poquito de anemia, tendrás que comer, aunque no quieras, Iris, debes cuidar de los dos.

—Pero, yo, o sea, no he notado nada en este tiempo.

—Vamos a ver de cuánto estás.

Como un autómata, así me movía por la consulta de mi casi cuñado.

Una vez en la camilla, puso gel en mi vientre, ese que estaba como siempre, al menos plano, pero no vacío, pasó el ecógrafo y vi a mi garbancito en la pantalla.

—Según lo que veo, estás de siete semanas —dijo mirándome, por lo que cuando James recibió esa bala por mí, nuestro bebé ya estaba creciendo en mi vientre.

—Dios mío, he estado bebiendo vino, y café.

—No pasa nada —sonrió—, pero eso ya se acabó.

—Dime una cosa, y no me mientas —le pedí señalándolo—. ¿Cuándo has pedido los análisis, sospechabas algo de esto?

—¿Sinceramente? Soy ginecólogo, cuñada, por eso exactamente pedí los análisis.

—Estoy embarazada… —murmuré viendo en la pantalla cómo se movía aquel pequeño punto.

—No estás sola, hermana —dijo Inés llorando mientras me besaba la frente —. No lo estás.

Pero sí lo estaba, no tenía a su padre conmigo, y él ni siquiera supo que era padre.

—Voy a pediros un favor, a los dos —los miré—, uno enorme, lo sé, soy consciente, pero necesito que me lo hagáis.

—No diremos nada hasta que tú estés preparada —se adelantó Inés.

—Después del fin de semana lo contaré, pero antes, no.

—La reunión con Trevor —murmuró mi hermana.

—¿Vas a ir? —preguntó Sam.

—Debo ir.

—Ahora tienes que tener más cuidado, el bebé…

—No te preocupes, cariño, estaremos bien. David va a estar por allí cerca, y habrá agentes pendientes de mí en todo momento.

—Deberías contárselo a David, al menos.

—En cuanto acabemos con esto, se lo diré, te lo prometo.

—Vale —suspiró con los ojos cerrados.

Volví a mirar la pantalla. Un bebé, iba a tener un bebé de James.

Desde luego, la vida se había propuesto sorprenderme, darme una de cal y otra de arena como solía decirse.

Ese bebé, era el mejor regalo que me había dado.

Capítulo 33



La agente del FBI acababa de colocarme el micrófono para que sus compañeros pudieran escuchar la conversación con Trevor y actuar de inmediato en caso de que necesitara ayuda.

Ahora todo se centraba en cogerlo, detenerlo y hacerle cumplir condena por amenazas, e intento de tres homicidios.

Tenían localizados también a los hombres que le habían ayudado, esos que nos vigilaban y provocaron los accidentes, por lo que los arrestarían al mismo tiempo que a él, para que no pudieran avisarle de que se la había jugado.

Carlos y Amanda, también estaban al tanto de lo que pasaría esa noche, me habían pedido que les llamara en cuanto acabara todo para asegurarse de que estaba bien.

La esposa por conveniencia del padre de mi hijo, finalmente sí dio a conocer la relación que mantenía con la mujer que amaba, su padre no se había tomado demasiado bien aquella noticia, como tampoco el hecho de que su hija, la heredera del imperio hotelero, renunciara a él cuando el señor Brooks dijo que no aceptaba esa relación.

Amanda ya era oficialmente libre para hacer lo que quisiera con su vida y

junto a la persona que ella eligiera. No había duda de que esa sería la mujer que llevaba a su lado, en secreto, tres años.

—Bien, vamos a hacer una prueba de sonido —dijo la agente activando el micrófono—. Al habla la agente Griffin, ¿me oís? —preguntó y la vi asentir, por lo que debieron decirle que sí a través del pinganillo que llevaba en el oído— Todo listo, señorita Duarte.

—Vale, pues… allá vamos.

Salí de la habitación del hotel en el que me habían hecho entrar un par de horas antes, donde los agentes me explicaron que estarían en todo momento alerta y preparados para cualquier cosa.

No sabía quiénes eran, pero sí que habría agentes en el restaurante donde iba a encontrarme con Trevor. El FBI se las había ingeniado bien para meterme por la parte trasera sin ser vista, y por allí mismo salí para ir hacia el lugar en el que me esperaba Jack con el coche para llevarme hasta la entrada del hotel.

—¿Ya? —preguntó al verme, y asentí— Vale, que empiece el *show* —dijo abriéndome la puerta.

Me acomodé en el asiento trasero, respiré hondo y fui preparándome mentalmente para esa reunión en la que debía mostrarme tranquila. Era el momento de que todo acabara de una vez por todas.

Jack paró frente a la entrada del hotel, el botones abrió la puerta y mi amigo y chófer dijo que me esperaba aparcado más adelante.

Salí del coche y fui con paso firme hasta la puerta, caminé por el recibidor y fui al restaurante siguiendo las indicaciones.

Llevaba un pantalón negro de vestir, una camisa azul cielo y los zapatos de tacón, elegante para ese lugar, pero ni sexy ni provocativa para no incitar a Trevor a algo que no quería que pensara.

No tardé en verlo al final del gran salón, cuando levantó la mano para llamar mi atención. Iba en traje, y por suerte esa noche no se cubría con gorra y gafas.

—Dulce Iris, tan guapa como siempre —dijo con una sonrisa poniéndose en pie y cogiendo mi mano para besarla.

Una oleada de náuseas se apoderó de mí en ese momento, por lo que retiré la mano rápidamente y me senté.

—He venido para hablar, nada más. ¿Cuánto dinero quieres? Y no me digas que, quinientos mil, porque no voy a darte esta cantidad.

—Es esa cantidad, o que te cases conmigo —se encogió de hombros mientras cogía su copa para darle un sorbo.

—No voy a casarme contigo, no voy a joderle la vida a mi hijo otra vez por una mala decisión que tomé hace tiempo. Trevor, se acabó. Carlos y yo hemos dicho que es el padre de Nico, su esposa ha confesado que lo engaña desde hace años, no tienes nada que vender a la prensa, ni con lo que chantajearnos.

—Porque vosotros lo habéis jodido todo. Así que, como es vuestra culpa que no pueda vender una mierda, tenéis que pagar. Y eso de que no tengo con qué chantajearos… no es cierto.

—No tienes nada, Trevor, nada.

—Muchas vidas que quitar para conseguir que paguéis. ¿Crees que me

temblará el pulso a la hora de levantar el teléfono y decir que disparen, o que choquen con el coche, o que provoquen una caída accidental? No, no me va a temblar. Y puedo empezar con tu hermana y su bebé, esta misma noche.

—No te atreverías.

—¿Quieres apostar? Hay gente vigilando tu casa desde hace —echó un vistazo a su reloj de pulsera— una hora. Y ha llegado el ginecólogo ese al que se folla. ¿Es que ya se ha olvidado de su marido? Pobre hombre, con el cuerpo aún recién enterrado —hizo un chasquido de desaprobación con la lengua— Pero qué podría esperarse de una mujer que ve en su hermana mayor que hace lo mismo. Dos semanas muerto tu amiguito, y te fuiste a follar con otro.

—¿Qué? —Abrí tanto los ojos que pensé que se me rasgarían los párpados.

—Te lo he dicho, os tengo a todos muy vigilados. Entraste en una fiesta, estuviste allí como un par de horas, y saliste acompañada de un hombre que te comía con los ojos y los dos llevabais la palabra sexo escrita en el rostro. Mira, podrás seguir follándote a quien quieras cuando estemos casados, eso no me importa. Tengo varias putas a las que llamar y que me quiten el calentón, pero vas a fingir ser mi esposa, y que estás completamente enamorada, o juro que mataré a toda tu familia, uno a uno.

—Jamás me casaría contigo, Trevor, nunca.

Sabía que habían escuchado todo sobre mi hermana y que algunos de los agentes que estaban en casa habrían salido en busca de alguien sospechoso que hubiera por allí. David no permitiría que le hicieran nada a Inés y al bebé.

—En ese caso, llama al abogaducho —dijo señalando mi bolso para que sacara el móvil—, y más vale que vea sus quinientos mil en mi cuenta dentro de diez minutos. Lo mismo va por ti, o tu hermanita y el huérfano, mueren.

Se me revolvían las tripas solo de pensar que Inés sufriera algún tipo de daño.

Cogí el móvil y busqué entre mis contactos para llamar, solo que no fue a Carlos a quien marqué.

—Hola —saludé.

—Están bien, Iris —dijo David—. Inés, Sam y los chicos siguen en casa con los agentes. Han cogido al que los vigilaba, no te preocupes.

—Bien, gracias. Como sabes, estoy con Trevor.

—Sigue distrayéndolo con esta llamada, pequeñaja.

—Ajá, no te preocupes. Verás, insiste en que nosotros debemos pagarle.

—Si es que es un miserable, debiste dejarme que le diera una paliza hace años.

—Lo sé, y me arrepiento de que no fuera así. Tendría que haber aceptado tu oferta, pero ahora ya no se puede hacer nada. Quiere el dinero dentro de diez minutos en su cuenta.

—Una pistola en la cabeza es lo que va a tener en diez minutos ese pedazo de cabrón.

—Bien, esperaré entonces. No me falles.

—Nunca, pequeñaja, eres mi familia.

—Adiós.

Colgué antes de que me traccionara el subconsciente y acabara por llorar, puesto que era de lo que tenía ganas en ese momento.

Trevor me miró con una sonrisa de lo más arrogante en los labios, y volvió a beber de su copa.

—Así que, al final sí que voy a tener el millón de dólares que pedía. ¿Tan difícil habría sido hacer esto desde el principio? Le habríamos ahorrado el sufrimiento a esa gente que tuvo los accidentes, y tu amiguito seguiría vivo.

—¿Tuviste algo que ver con eso? Porque quería dispararme a mí.

—No, eso fue cosa de ella. ¿Cómo puede una mujer obsesionarse tanto con un hombre, al punto de querer matar a otra persona para que no pueda estar con ella?

—¿En serio tienes el valor de hacer esa pregunta? Tú has intentando matar a gente que me importa, y me has chantajeado, para tratar de conseguir que volviera contigo.

—Por tu dinero, no hay ninguna razón romántica ni sexual. Bueno, sexual sin duda que sí porque los recuerdos que tengo contigo en la cama, son de lo más excitantes. ¿Quieres subir a la habitación? Por los viejos tiempos —sonrió.

—En cuanto Carlos te haga la transferencia, haré la mía y espero que esta vez desaparezcas para siempre.

—No prometo nada, si el dinero se acaba, tendré que recurrir de nuevo a mi inversora favorita.

Eché un vistazo rápido a la mesa que quedaba a la espalda de Trevor, en

cuanto vi que los dos hombres y la mujer que se habían levantado, llevaban sus manos a la parte trasera de la cintura, supe que eran agentes del FBI.

El móvil de Trevor emitió un sonido de notificación recibida, lo cogió para ver de qué se trataba, y antes de que pudiera hacer cualquier otro movimiento, tenía tres armas apuntando a su cabeza.

—¡FBI, no se mueva! —gritó uno de los hombres.

Fue entonces cuando más agentes se levantaron de otras mesas cercanas y algunas más alejadas, apuntando a Trevor con sus armas.

Trevor me miró con odio, con rabia, apretó los dientes y golpeó con fuerza la mesa con el puño.

—Maldita puta —dijo.

—Levante las manos, y póngase en pie —exigió la mujer, que no dudó en darle un toque de atención con el cañón de la pistola en la nuca.

—Estás muerta, Iris, tú, y toda tu puta familia. En cuanto no tengan noticias mías, matarán a los tuyos. Y estoy deseando que tu bastardo muera, para cobrar el seguro de vida que le hice hace años —sonrió poniéndose en pie.

¿Qué acababa de decir? ¿Le hizo un seguro de vida a Nico? ¿Por eso fue a por él primero? No podía ser.

Me levanté y cuando iba a ir hacia la puerta, vi a David entrar corriendo.

—David, dice que…

—Lo sé, lo he escuchado. El FBI está buscando sobre ello.

—Tiene que tener a más gente ayudándolo. Nico, no puedo perder también a Nico, no podemos perderlo.

—No lo vamos a perder, ¿de acuerdo? Esto va a acabar esta noche, aunque tenga que romperle todos los huesos a este hijo de puta para que hable —le dio un puñetazo en la cara y Trevor empezó a decir que quería denunciarlo.

—Claro que sí, encanto, ahora te tomo nota yo misma —le dijo la agente que se lo llevaba esposado.

El ir y venir de agentes era constante, incluso varios de ellos con uniforme y la cara cubierta.

Uno de ellos me acompañó hasta la calle, abrió la puerta del coche para que me sentara y cuando giré, a pesar de que llevaba gafas oscuras que ocultaban sus ojos, noté su mirada clavada en mí.

Entrecerré los ojos y por un momento pensé que el agarre que mantenía en mi brazo me resultaba familiar. Quizás era uno de los agentes que había estado en mi casa aquel día, recordé que al levantarme sentí un leve mareo y uno de esos hombres me sostuvo con ambas manos por los brazos.

—Gracias por acompañarme, agente —dije, esperando que me respondiera para confirmar con su voz si era aquel hombre, pero él tan solo asintió y se giró para marcharse.

—¿Cómo ha ido? Estaba de los nervios —dijo Jack cuando me senté.

—Vamos a casa, necesito estar con mi hijo, y mi hermana. Te contaré todo por el camino.

Jack asintió y puso el coche en marcha. Yo solo esperaba que David tuviera razón y que esa pesadilla acabara ya, de una vez por todas.

Capítulo 34



La noche que me reuní con Trevor y fue detenido, tuve un sueño del que no quería despertar.

Pero finalmente lo hice tras la insistencia de mi hermana pequeña que no dejaba de darme golpecitos en el hombre por la mañana diciéndome que era hora de nuestro desayuno de mamis.

Ella estaba de varias semanas más que yo, pero el hecho de que fuéramos a tener a los bebés con tan poca diferencia, le hacía mucha ilusión.

La llamada de David para contarnos cómo había ido el interrogatorio a Trevor, ese en el que acabó por confesar quienes eran todos los que le ayudaban a cambio de la promesa de un buen puñado de dólares, acabó por confirmarnos que durante años había estado pagando el seguro de vida a nombre de Nico del que él era el único beneficiario.

Pensar que ese arrogante había tratado de matar a mi hijo en un accidente solo para poder cobrar el seguro, me daban náuseas y ganas de estrangularlo.

No me entraba en la cabeza que alguien que decía quererme, hubiera sido capaz no solo de robarme una vez, sino de tratar de hacerse con un dinero a costa de la vida de mi hijo.

El domingo transcurrió con calma en casa, Trevor y Cintia estaban donde debían estar, y allí permanecerían mucho tiempo, solo esperaba que, si alguna vez salían, no se atrevieran a cruzarse de nuevo en mi vida. Al menos la rata de Trevor estaba advertida por David, si eso pasaba, lo haría desaparecer del mapa de verdad.

El lunes me centré en el trabajo, el martes tuve varias reuniones, y el miércoles fui obligada por mi hermana y mi casi cuñado, y ya sí, mi ginecólogo oficial, a contar lo de mi embarazo en casa.

Estaba aún en mi habitación, sentada en la cama con una camiseta de James en la mano, mientras los demás esperaban en el porche a que saliera para reunirme con ellos.

Pero antes de afrontar la verdad, de contarle a mi mejor amigo y a mi hijo, que seríamos uno más en la familia, necesitaba esos minutos a solas con James, o al menos, con el recuerdo que tenía de él.

Como dijo mi hermana, lo que viví con James fue corto, pero muy intenso. Echando la vista atrás podía asegurar que me había enamorado de él en cuanto lo vi con mi hijo, el modo en que lo trataba, cómo lo miraba y la admiración que sentía por ese adolescente de quince años.

—Supongo que en mi destino está ser madre soltera —dije secándome un par de lágrimas mientras miraba aquella camiseta—. A Nico solo le conté de su padre que antes de lo ocurrido fue bueno conmigo, pero a este bebé, me encargaré de hablarle de ti, y sé que Nico también lo hará —acaricié la camiseta antes de guardarla—. Te admiraba, y sé que habrías sido un gran padre para él.

Aparté las lágrimas de mi rostro y cuando vi que estaba más calmada, salí para reunirme con todos.

Inés y Sam sonrieron al verme, mi hermana incluso me acarició la espalda cuando me senté a su lado.

—Bueno, creo que es hora de abrir el champán y celebrar que nos hemos librado de Trevor —dijo David.

—Nada de champán por el momento —intervino mi hermana—, es decir, hay que esperar al juicio, y sí, confío en que se pasará bastante tiempo en un espacio reducido y con pocas horas al aire libre, pero esa sabandija es capaz de hacer un trato con el Diablo con tal de librarse.

—Dudo mucho que lo consiga, pero vale, dejaremos el champán para otra ocasión especial. ¿A qué se debe la cena entonces si no es para emborracharnos a costa de Trevor?

—Tengo algo que contaros —dije.

—Joder, pequeñaja, ¿cómo de grave puede ser para que tengas esa cara? No estarás enferma.

—No, David, no lo estoy —sonreí.

—Mamá, ¿qué pasa? Es cierto que últimamente has estado rara.

—Bueno, va a haber una serie de cambios en los próximos meses. Más de los que ya hemos vivido y sabemos que habrá —dije cogiéndole la mano a mi hermana.

—Si esto es porque tu hermana se muda con el ginecólogo, gracias por compartir la noticia, pero ya me lo imaginaba.

—David, deja que hable Iris —le pidió Alexis.

—El pequeño Zack no será el único que llegue a la familia —comencé.

—¿Sam también se une? —preguntó Nico, mirando al ginecólogo, con quien también parecía haber conectado muy bien.

—Supongo que sí, en un futuro, porque según tu tía todavía no puedo llamarlo cuñado. Pero no me refería a Zack —llevé la mano casi por instinto a mi vientre, solo que ninguno de los tres pareció darse cuenta.

—Sé que me estoy perdiendo algo de lo que quieres decirnos, pequeñaja, pero no sé qué es.

—Voy a tener un bebé, estoy embarazada —dije al fin.

—¿Qué? —los tres respondieron al unísono.

Nico se levantó para abrazarme, reía y lloraba y me decía que iba a cuidar de su hermanito o hermanita, tal como siempre había dicho que haría cuando preguntaba si podía tener uno.

David también me abrazó, felicitándome por aquella maravillosa noticia, me cogió en brazos y empezó a dar vueltas conmigo.

No podía dejar de reírme pensando en lo loco que estaba, hasta que vi la cara de Alexis y le pedí que me bajara.

—Ey, bonita, ¿qué te pasa? —le preguntó él a su chica.

—Yo… —se mordió el labio, y juraría que tenía los ojos vidriosos, como si

fuera a llorar— Me alegro por ti, Iris, de verdad que sí, pero, ¿qué va a pasar con nosotros, David?

—¿A qué te refieres, mi vida?

Inés y yo compartimos una mirada y una sonrisa cómplices al escuchar al duro señor Montes llamar así a aquella chiquilla.

—Bueno, supongo que habrá las mismas posibilidades de que sea tuyo, a que sea James —respondió.

—Es de James —contestamos los dos al mismo tiempo.

—¿Cómo podéis estar tan seguro? —En ese momento, Alexis tenía algunas lágrimas cayendo por sus mejillas.

—David, creo que es hora de decirle la verdad.

—¿La verdad? —dijo ella, con el ceño fruncido.

—Nuestro compromiso nunca fue real, solo… Bueno, solo usaba la buena fe de mi mejor amiga para no tener que comprometerme con ninguna mujer en mi vida. Ya sabes que lo pasé mal por mi ex —ella asintió y David le retiró las lágrimas con ambos pulgares—. No quería enamorarme de nuevo y acabar hecho una mierda, por eso mentí la primera vez que una mujer quiso más conmigo, y seguimos con esa mentira hasta que llegaste tú, Alexis. Tú derretiste el hielo con el que se cubría mi corazón.

—¿Era mentira?

—Sí, pero solo lo sabíamos nosotros, y mi hermana —contesté.

—Dios, me siento tan tonta —se cubrió el rostro con ambas manos.

—Mi vida, lo siento, debí decírtelo antes, pero no sabía cómo.

—No es por eso, y no estoy enfadada. Es porque acabo de estropear un momento bonito y feliz.

—Tranquila, que en esta familia estamos acostumbrados —dijo mi hermana, quitándole importancia al asunto con un movimiento de la mano.

—Muchas felicidades, Iris —Alexis se puso en pie y me abrazó—. Cuenta conmigo para lo que necesites, ¿sí?

—Gracias, cielo —sonreí.

—Vale, creo que hay que sacar el champán —anunció David dando una palmada—. Para vosotras dos, un refresco mejor, y para Nico, obviamente.

—David, no querrás emborrachar a tu chica para llevarla a la cama, ¿no? —arqueé la ceja.

—No, solo quiero brindar porque voy a tener un nuevo sobrino, y la familia crece.

Estaba loco, pero de remate. Entró en la casa con Nico y cuando regresaron, cargados con copas, la botella de champán y una jarra de limonada fría que había preparado Brenda, empezamos con la celebración dando buena cuenta de la lasaña que habían traído para cenar.

No habían pasado ni diez minutos desde que empezamos a comer, cuando escuché que sonaba el timbre y fruncí el ceño, no esperábamos a nadie más o al menos, yo no.

—Ahora vengo, voy a ver quién es —dije poniéndome en pie.

Un coro diciendo “vale” me contestó, hasta que escuché a David gritar que no, que iba él.

—Ya estoy yendo, David —reí.

—No, no, no. Joder, Iris, no puedes abrir, ahora que sé lo que sé, no puedes —me sujetó del brazo, pero me zafé, estaba a solo unos pasos de la puerta.

No sabía qué mosca le había picado, pero estaba en mi casa y pensaba abrir la maldita puerta, tanto si le parecía bien, como si no.

Y lo hice mientras tenía la sonrisa en los labios, con David a mi espalda diciendo: “escóndete, que no te vea” a no sabía quién, hasta que levanté la vista, y me encontré con una mirada que creí que no volvería a ver nunca.

Fue apenas un segundo, pero noté cómo me fallaban las piernas, los párpados se me cerraban, y la más absoluta oscuridad se apoderó de mí.

No caí, de eso estaba segura, porque aquellos brazos que me sostenían y me levantaban, impidieron que así fuera.

¿Es que acaso estaba soñando todo eso? Porque era imposible que él estuviera en esperando en mi puerta.

Capítulo 35



Desperté en mi cama mientras alguien me daba aire en la cara. Suspiré al notar ese alivio, pero entonces recordé lo que había estado soñando.

Abrí los ojos y me incorporé con la respiración agitada. Siempre tenía una botella de agua en la mesita, estaba desesperada por beber y quitarme esa angustia, y no la encontré.

Hasta que un leve golpecito en el hombro llamándome hizo que mirara de nuevo al frente y vi la botella entre la penumbra que nos rodeaba. Seguro que era Inés, que no me dejaba sola.

—Gracias —dije cogiéndola y dando un sorbo.

—De nada, preciosa.

Aquella voz, aquella voz no podía ser la que yo había escuchado. Seguro que estaba soñando.

—Si es un sueño todavía, quiero despertar. Esto no me hace ningún bien —murmuré suspirando con los ojos cerrados y dejando la botella en mi regazo.

—No es ningún sueño, yo te veo muy despierta.

Deslizó la mano por mi nuca y comenzó a masajearme. En el momento en el que me estremecí, confirmé que era un sueño, pero no me importaba, disfrutaría de él una vez más.

Me recosté en la cama, mirándolo, y sonreí cuando me encontré con esos ojos grises que esperaba tuviera nuestro bebé.

Le acaricié la mejilla y noté las lágrimas cayendo por la mías.

—¿Por qué lloras? —Frunció el ceño retirando una lágrima con el pulgar.

—Porque estás aquí —murmuré—. Has venido.

—Claro que he venido, cariño. Todo ha acabado, y estoy de nuevo contigo —se inclinó y me besó.

Fue un beso tan dulce, tan tierno, y parecía tan real, que no quería que nadie me despertara.

—Se siente tan real —suspiré.

—¿Y por qué no iba a sentirse así?

—Porque es un sueño, James, este es mi sueño. Uno como los que he tenido algunas noches desde… ya sabes.

—Desde que morí —respondió, y asentí—. Pero no estoy muerto, cariño, estoy aquí contigo. Besándote, tocándote, y muriéndome de ganas por hacerte mía.

—Yo también, pero esta noche, en este sueño, ¿podemos solo abrazarnos y hablar?

—Mi amor, podemos hacer lo que tú quieras esta noche, y todas las que vengan después.

—Ojalá fuera cierto —me acurruqué entre sus brazos y él me besó la frente—. Ojalá siguieras conmigo, con nosotros. Cuando supe que estaba embarazada se me vino el mundo encima. ¿Por qué la vida me golpeaba de nuevo perdiendo al hombre que quería cuando iba a ser padre? —No podía dejar de llorar.

—Iris, ¿qué acabas de decir? —preguntó en tono serio mientras me retiraba el pelo de la cara.

—Que vas a ser padre, y ni siquiera eres real para poder disfrutar de un momento como este.

—Cariño, mírame —hice lo que me pedía cuando sostuvo mis mejillas entre sus manos—. Estoy aquí, Iris, estoy contigo. Soy real, preciosa.

—No, no eres más que lo que yo quiero tener y no puedo, esa mujer me quitó al hombre que más he amado en toda mi vida, y ni siquiera pude decírtelo.

—Oh, preciosa, lo hiciste. Aquella noche, mientras me mantenías despierto, me dijiste: "siempre te amaré, James, siempre". Te escuché, cariño, y quise decir que también te amaba, pero no tenía fuerzas.

—¿Pudiste escucharme?

—Sí, igual que me estás escuchando ahora. Iris, enciende la luz y verás que

estoy aquí, no estás soñando, cariño.

Sus ojos me pedían que lo creyera, pero era una locura, James Benson llevaba varias semanas muerto.

Encendí la luz y al mirar, ahí estaba él, con el cabello despeinado, sonriendo y observándome como solía hacer.

Cerré los ojos, le acaricié la mejilla de nuevo y suspiré.

—En serio, empiezo a tener sueños demasiado reales, y no quiero volverme loca.

—No estás soñando, y te lo voy a demostrar. ¿Dónde recibí el disparo? —preguntó.

—En el costado izquierdo —respondí aún con los ojos cerrados.

—Vale, pues tócame en esa parte.

Cogió mi mano y la llevó hasta el lugar en el que Cintia acertó a dispararle, donde se había quedado alojada la bala y donde podía tocar una cicatriz.

Abrí los ojos y me volví a incorporar, viendo aquella marca que el cuerpo de James llevaría el resto de su vida por mi culpa.

—No puede ser. No puede ser real —me levanté y comencé a caminar de espaldas hacia la puerta.

—Soy real, Iris, no estoy muerto.

—No —seguía llorando y levanté la mano—. Te desangraste en mis brazos, estuve en tu entierro, vi cómo echaban tierra sobre tu ataúd. Estás muerto.

—Iris —dijo poniéndose en pie, pero justo acababa de alcanzar la puerta y abrí para salir corriendo.

—¡Estás muerto! —grité por el pasillo de camino al porche, mientras lo escuchaba llamarme.

Me alcanzó antes de que llegara a la puerta para salir, donde escuchaba las voces de los demás.

—Iris, cálmate, preciosa, piensa en el bebé, no tienes que alterarte.

—Estás muerto. Te vi, te enterré, maldita sea —lloré mientras James me sostenía entre sus brazos.

—¿Me viste en ese ataúd?

—No nos dejaron verte, a tu madre tampoco.

—Porque no había nada en ese ataúd, cariño, estaba vacío.

—¿Quién demonios enterraría un ataúd vacío?

—El FBI, con la esperanza de que Trevor apareciera pronto para reclamarte el dinero. Ese hijo de puta tardó más de lo que pensábamos. Y por su culpa, mi mujer, la madre de mi hijo, estuvo en brazos de otro —dijo con un leve rastro de dolor en la voz.

—¿Cómo sabes…?

—Lo escuché a él decirlo la otra noche, aunque David me advirtió que ibas a ir a esa casa.

—No hice nada. No pude, solo hablé con él, lloré, y después fuimos a tomar algo y bailar, eso es todo.

—¿No te besó, ni te tocó? ¿No follaste con él?

—Solo nos besamos, y obvio que me tocó, pero no me excitaba, no podía, yo solo… Te quería a ti, te necesitaba a ti —sollocé.

—Mi amor, te echaba tanto de menos —susurró besándome en cuello—. Por eso le pedí al FBI que me dejara estar en el operativo, sin que me vieras, fui yo quien te acompañó al coche.

—¿Tú? —lo miré por encima del hombro y sonrió.

—Sí.

—Ahora entiendo por qué me resultaba familiar ese agarre.

—Dime que me amas, Iris, necesito escucharlo de nuevo —me pidió apoyando la frente en la mía.

—Te amo, James, te amo —sollocé con los ojos cerrados.

—¿De verdad vamos a ser padres?

—Sí, solo si estás dispuesto, no voy a obligarte a nada.

—¿Si estoy dispuesto, dices? Dios, mujer, estoy deseando ser padre contigo.

—¿Ya no hay gritos? —preguntó David, asomándose por la puerta.

—¿Por qué no me dijiste que estaba vivo? —le pregunté muy enfadada.

—Porque James me pidió que no lo hiciera. ¿No le has contado esta parte, colega?

—Nos has interrumpido antes.

—Vale, ya lo hago —David suspiró y vino hacia nosotros, James seguía abrazándome desde atrás—. Cuando entré para la transfusión de sangre, ya habían acabado de operarlo y el muy cabrón estaba despierto. Fue él quien pidió que avisaran para la transfusión a sabiendas de que yo tengo el mismo grupo sanguíneo. Se le ocurrió la brillante idea de aprovechar esa oportunidad para tratar de conseguir que la rata saliera de la cloaca, y así poder cogerlo, recordando que te dijo que si él —señaló a James— desaparecía, vendría a buscarte. Me hizo llamar al FBI, meterlos en el hospital y hablar sobre todo esto y luego me dejó la difícil tarea de contarte que el hombre del que te habías enamorado, había muerto. Esa no te la perdono, Benson —protestó—. Siento haberte mentido, Iris, pero la idea era buena, solo que la rata tardó mucho en salir.

El timbre volvió a sonar y miré a mi mejor amigo, arqueé la ceja esperando que me dijera si tenía más sorpresas para mí esa noche.

—Tranquila, que es tu suegra. Viene para que le deis la buena noticia —dijo haciéndome un guiño.

—¿Has avisado a mi madre?

—Sí, así que, más vale que estéis preparados por si hay un desmayo.

—David, no debiste llamarla —protesté yendo hacia la puerta con él, pero ya estaba abriendo.

—Iris, querida. David me dijo que tenías… ¿James? —preguntó con los ojos muy abiertos— ¡Oh, Dios mío! ¡James!

—Hola, mamá.

Emilia se lanzó llorando a los brazos de su hijo, que la acogió entre ellos mientras la consolaba.

Al parecer, yo era la más impresionable de las dos, porque mi suegra no se había desmayado.

Mi suegra, me gustaba cómo sonaba eso.

—Mamá, Iris está embarazada —dijo entrelazando nuestras manos.

—¿En serio? ¿Voy a ser abuela? —me miró llevándose las manos a la boca y asentí— Me habéis hecho doblemente feliz esta noche. Ahora dime que podré ser también la abuela de Nico, y podré morir tranquila.

—Nada de muertes en unos años, por favor, que ya hemos tenido bastantes en esta familia —dije.

—Es verdad. Ahora toca celebrar la vida, una en la que nunca deberá faltar la alegría, y que nadie nos borre la sonrisa, querida —Emilia me abrazó y la que empezó a llorar, otra vez, fui yo.

—Malditas hormonas —murmuré.

—Eso solo son los primeros meses, después, te quejarás por el dolor de espalda, los tobillos hinchados… —comentó ella.

—Se me había olvidado por todo lo que pasé hace dieciséis años —suspiré.

—Solo que esta vez, no estarás sola, preciosa —me aseguró James, rodeándome por la cintura desde atrás con una mano sobre mi vientre—. No voy a irme, estoy contigo cariño, para siempre.

Capítulo 36



Había pasado poco más de un mes desde que recuperé a James, un mes en el que nos quedamos algunas noches a dormir en su casa, y otras, en la mía.

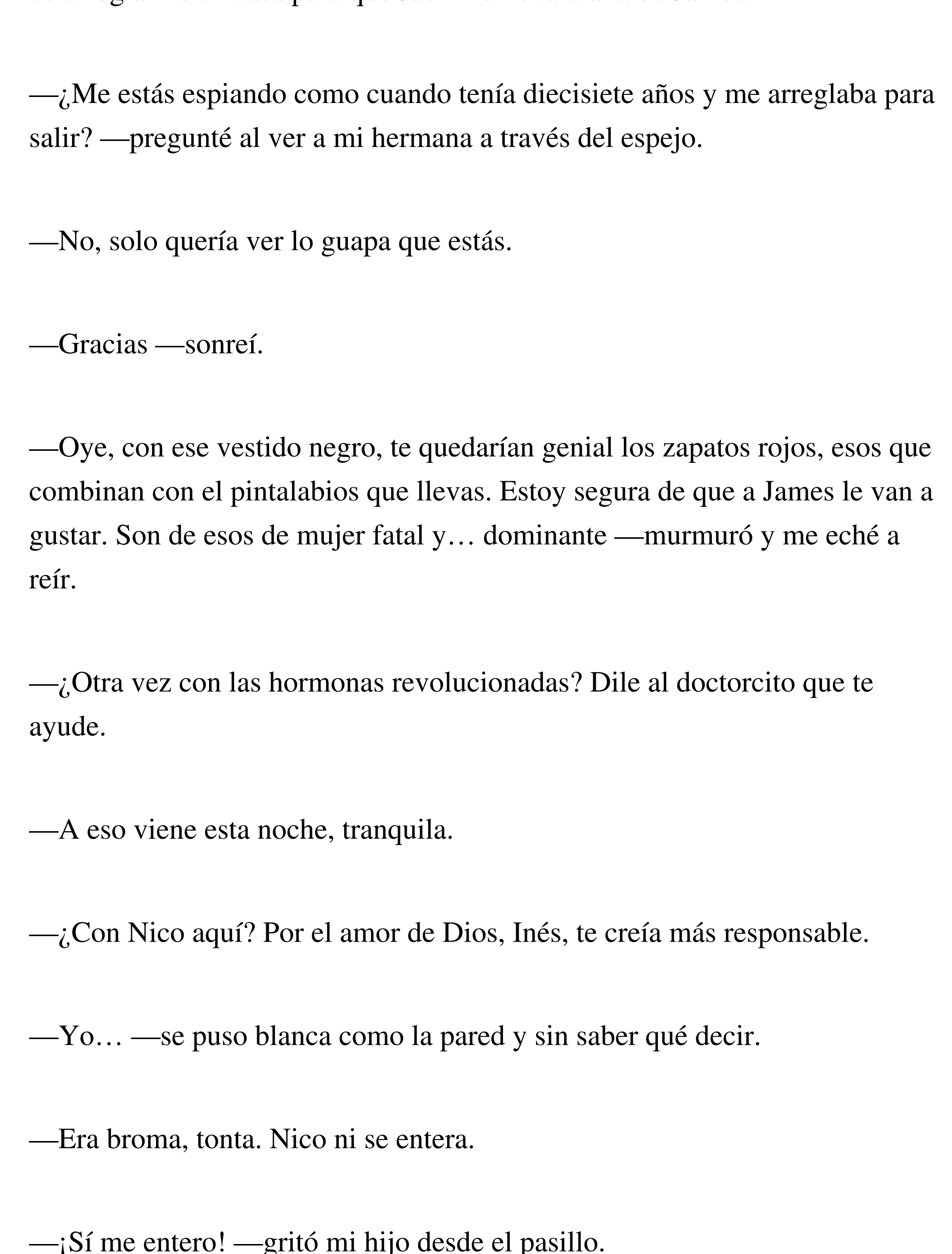
Nico estaba encantado con él, pasaban muchos sábados por la tarde de hombres como decía James viendo partidos de NFL en alguna de las dos casas, e incluso lo acompañaba los viernes al estadio a petición del entrenador, le gustaba el modo de pensar de mi hijo a la hora de crear jugadas que los equipos contrarios no esperasen.

La vuelta de James al equipo fue una locura, todos se alegraron de que estuviera bien y no bajo montones de tierra como había dicho Brody, por lo que no tuvo ningún problema en volver a la rutina.

Carlos y Amanda se sorprendieron cuando les llamé para decirles que James había fingido su muerte para hacer caer a Trevor, y el que una vez fuera el hombre al que tanto quise, dijo que James Benson sí merecía el puesto de marido y padre que él nunca aceptó a mi lado.

Cuando se lo conté a James, sonrió después de besarme, para luego decirme que por mí se adentraría en el campo de batalla de la peor guerra, una y otra vez.

Juraría que en se momento, mi corazón se saltó un latido.



Esa noche de sábado me había invitado a cenar en su casa, dijo que quería tener una noche a solas con su mujer, algo íntimo, y allí estaba yo, terminando de arreglarme en casa para que Jack me llevara a la de James.

—¿Me estás espiando como cuando tenía diecisiete años y me arreglaba para salir? —pregunté al ver a mi hermana a través del espejo.

—No, solo quería ver lo guapa que estás.

—Gracias —sonreí.

—Oye, con ese vestido negro, te quedarían genial los zapatos rojos, esos que combinan con el pintalabios que llevas. Estoy segura de que a James le van a gustar. Son de esos de mujer fatal y… dominante —murmuró y me eché a reír.

—¿Otra vez con las hormonas revolucionadas? Dile al doctorcito que te ayude.

—A eso viene esta noche, tranquila.

—¿Con Nico aquí? Por el amor de Dios, Inés, te creía más responsable.

—Yo… —se puso blanca como la pared y sin saber qué decir.

—Era broma, tonta. Nico ni se entera.

—¡Sí me entero! —gritó mi hijo desde el pasillo.

—¿Qué haces ahí agazapado espiando como un león? —protesté.

—Solo pasaba por aquí, pero os escuché —se encogió de hombros—. No te preocupes tía, que me pongo los cascos y arreglado. Es lo que hago cuando a mamá y James les da por jugar a los médicos.

Mi hermana y yo nos miramos con los ojos muy abiertos, y acabamos los tres riendo hasta que noté dolor en el costado.

Me puse los zapatos rojos tal como me había sugerido ella, y salí de casa tras despedirme.

Jack silbó al verme, me dijo que iba a dejar sin palabras a James cuando me viera, y abrió la puerta para que entrara.

Estábamos de camino cuando James me envió un mensaje preguntando si me faltaba mucho, no quería que se le quemara la carne en el horno. Le dije que estaba a solo diez minutos.

Y sí, fueron diez minutos de reloj exactos los que tardé en llegar. Le di las buenas noches a Jack y caminé hacia la casa de James más nerviosa de lo habitual.

Llamé al timbre, y cuando abrió la puerta, sonreí al ver que llevaba una corbata roja, a juego con mis zapatos.

—¿Esto es una coincidencia, señor Benson, o tuvo información privilegiada? —Arqueé la ceja mientras pasaba la uña por la corbata.

—Puede que sí —sonrió antes de inclinarse para besarme—. Estás preciosa, cariño.

Cerró la puerta y entrelazó nuestras manos para llevarme al salón, ese que había llenado de velas y pétalos de rosas rojas en el suelo.

En la mesa, la cena estaba servida para los dos y también había una vela y una única rosa.

—James, esto es… precioso —dije emocionada.

Retiró la silla para que me sentara, sirvió agua para los dos y me reí. Desde que supo que estaba embarazada, dijo que él tampoco iba a beber.

Había ensalada, queso, canapés y la carne asada que olía que alimentaba. Comimos mientras me contaba que Nico iba a ser ayudante del entrenador en los próximos partidos, mi hijo no me había dicho nada y al parecer era porque pensaba que le diría que no para que siguiera centrado en sus estudios, pero, ¿cómo negarle a hacer algo que le gustaba, con las buenas notas que sacaba? No era tan cruel.

Después de la cena sacó una pequeña tarta de chocolate y nata que estaba deliciosa, con ese queso deshaciéndose en la boca.

—Espero que me sigas deseando cuando esté más gordita por el embarazo —dije mientras lo señalaba con la cuchara.

—Siempre desearé a mi hermosa y embarazada mujer, Iris —sonrió.

Tras el postre, vi que se levantaba y, tras acercase a mí, dejó una cajita sobre la mesa.

—Dime que ahí dentro están las llaves de tu casa, para que me las quede —le pedí, entrando un poco en pánico por si en la caja había otra cosa, algo más pequeño y significativo.

—Esas te las puedo dar mañana mismo si quieres, pero no, ahí no hay unas llaves.

—James…

—Iris, te amo. Llegaste a mi vida como un huracán, arrasaste con mi mundo, te colaste en ese otro que los dos conocemos, y me postré a tus pies. Los dos somos dominantes, los dos queremos tener el control en ese momento, pero supimos ceder el mando al otro y eso simplemente lo consiguen las almas destinadas a estar juntas. Creí que te perdía cuando vi a Cintia apuntándote con el arma, y no lo dudé, cariño. Prefería morir yo, a que lo hicieras tú, que tienes un hijo que lloraría tu pérdida cada día. No quise eso para él, porque ya había sido rechazado por su padre antes incluso de que naciera. A pesar de que creí que eras de otro —sonreí al escucharlo decir eso aun con las lágrimas bañando mi rostro, y es que a James también le contamos la verdad, que David y yo nunca estuvimos prometidos—, me enamoré de ti y en mi mente solo estaba conquistarte y hacerte mía, sabía que yo podía darte lo que él jamás podría. Ese amor real que merecías, Iris, el hecho de que alguien te quiera por lo que eres, por lo que significa tenerte, y no por lo que tengas. Una vez dije que pondría un anillo en tu mano, y no me creíste —dijo cogiendo la cajita y abriéndola—. Dime que me aceptas como tu compañero de vida, como padre de tus dos hijos.

En su interior había un anillo de oro blanco con un diamante engarzado en el centro. Miré a James, que esperaba una respuesta, y asentí mientras lloraba porque no me salían las palabras.

—Me acabas de hacer el hombre más feliz del mundo —me besó después de ponerme el anillo y, cogiéndome de la mano, me llevó hasta el centro del salón.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Vamos a bailar. ¿Quieres escoger la canción?

—Sí, me gustaría —sonreí y me dio su móvil.

No tuve ninguna duda de cuál sería, puesto que en las semanas que creí que estaba muerto, la escuché muchas veces en la cama antes de quedarme dormida mientras lloraba.

Las notas del piano mezcladas con los acordes de guitarra, en medio de esa tenue luz de las velas, hizo que cerrara los ojos mientras apoyaba la cabeza en su pecho.

Vanesa Martín nos acompañó en aquel baile en el que las lágrimas no dejaron de salir de mis ojos. Con cada frase de la canción, le decía a James lo que siempre había sentido por él.

"Arráncame. Y enrédate conmigo. Y rómpeme el vestido, cansemos hasta a los amaneceres…"

Miré a mi futuro marido, me puse de puntillas y lo besé con esa necesidad que sentía en aquel momento.

—Llévame al cuarto de juegos, James —le pedí mirándolo fijamente a los ojos.

El deseo, la lujuria, el poder y el saber que esa noche él estaría al mando, se instalaron en sus ojos antes de besarme con esa intensidad que solía emplear.

Me cogió en brazos y me llevó al cuarto, donde se deshizo de mi vestido y la ropa interior, dejándome tan solo con los tacones.

Se desnudó, cubrió mis ojos con la corbata para impedirme ver, y comenzó a besarme de nuevo mientras me llevaba hasta el potro en el que me recostó e inmovilizó mis muñecas.

Comenzó a deslizar la lengua por uno de mis tobillos, despacio, bajando por la pierna hasta que dejó un beso en la parte interna del muslo.

Fue entonces cuando gemí al sentirla entre mis pliegues, lamiendo lentamente haciendo que me estremeciera con cada nueva pasada de su lengua juguetona.

Añadió un dedo a sus juegos y acabé gritando presa del orgasmo mientras mis piernas reposaban en sus hombros.

No tardó en apartarse y penetrarme de una certera embestida.

Entró y salió rápido y fuerte varias veces hasta que me llevó de nuevo al clímax.

Me liberó las muñecas y me llevó a la cruz, donde quedé dándole la espalda y me besó los hombros y el cuello mientras sus manos daban ligeros azotes a mis nalgas.

Lo escuché moverse por el cuarto y cuando regresó, la suave caricia de una pluma hizo que se me erizara la piel. Jugó con ella por todo mi cuerpo, excitándome a cada segundo que pasaba, y la suave pluma fue sustituida por la lengua de la fusta, esa que escuchaba silbar levemente antes de impactar en mis nalgas.

Mis gemidos y gritos resonaban en nuestro cuarto de juegos, ese en el que querría entrar con mi marido y ser suya, estar a su merced y dejar que me tomara como quisiera y cuantas veces necesitara.

Elevó mis caderas y volvió a penetrarme de nuevo, golpeando con fuerza una y otra vez, llevándome sin remedio a ese nuevo orgasmo que ansiaba liberar.

Y lo hice, dejando caer la cabeza hacia atrás, gritando el nombre de mi futuro marido.

Después de liberarme las muñecas y los tobillos, los masajeó unos segundos para aliviarlos un poco, y me llevó a la cama, donde se colocó entre mis piernas y, tras quitarme la corbata, me besó mientras me penetraba.

Acaricié su espalda, su cuello, enredé los dedos en su cabello y me entregué a él, libremente, sin miedo ni reservas, en cuerpo y alma, esa noche y para siempre.

—Te amo, Iris, siempre te amaré —dijo mirándome fijamente mientras seguía haciéndome el amor.

—Te amo, James, siempre lo he hecho, y siempre lo haré.

Epílogo



Seis años después…

Era increíble cómo pasaba el tiempo, cuando teníamos al lado a las personas adecuadas.

En los últimos seis años James y yo nos habíamos casado, tan solo un par de meses después de que me lo pidiera, y habíamos sido los felices y orgullos padres de Victoria y Emily, quienes tenían cinco y tres años.

Nuestra primera hija llevaba el nombre en honor a mi madre, y la pequeña, como era lógico, a su madre.

Nico era el mejor hermano mayor del mundo, y junto con Caroline, cuidaban de las niñas algunos fines de semana y las llevaban al zoo, al cine o al estadio de los *Warriors*, ellas habían heredado la pasión por el fútbol de su hermano y de su padre.

Y no eran las únicas, ya que mi sobrino Zack también era un gran seguidor del equipo.

Mi hermana Inés y Sam finalmente formalizaron su relación cuando nació el niño, ese a quien el ginecólogo no dudó en darle sus apellidos cuando se casó

con ella, no sin antes asegurarle que su hijo siempre sabría la verdad de quién era su padre.

Para sorpresa de todos, y después de tantos años, Inés nos dijo hacía solo un par de meses que estaba embarazada, sin buscarlo ni esperarlo, y me dio la noticia la tarde anterior de que era una niña.

Y luego estaban David y Alexis, ellos también se casaron, tuvieron un niño al que llamaron John, que acababa de cumplir cuatro años, y una preciosa niña de nombre Iris, que tenía dos años.

Yo era la orgullosa madrina de Zack y de Iris, pero quería a todos mis sobrinos por igual.

Brenda seguía trabajando para nosotros, solo que, en casa de James, donde nos mudamos cuando nos casamos. Mi hermana se quedó en mi casa hasta que Sam le pidió que se mudara, y ahora esa casa la disfrutaban mi hijo y su novia.

—Mami, ¿nos vamos? —preguntó Victoria asomándose a la cocina.

—Sí, cariño, ya estoy lista —respondí guardando los sándwiches de Emily en la mochila, junto con un par de zumos.

Aquella noche era especial para toda la familia, puesto que Nico disputaba su primer partido como jugador de los *San Francisco Warriors*, el equipo en el que siempre quiso y soñó jugar.

—¿Ya están mis princesas preparadas para animar a su hermano mayor? —interrogó James.

—Sí, ¿ves? —Victoria, que era el vivo retrato de mi marido, se giró haciendo

girar a su hermanita, esa que se parecía tanto a mí y a mi hermana— Llevamos las camisetas con su apellido.

—¿Y qué hay que decir cuando él tenga la pelota?

—¡Corre, Duarte, corre y demuestra tu arte! —gritó mi hija.

—Ay, Dios mío —volteé los ojos—. ¿Por qué le enseñaste eso a las niñas?

—Cariño, que todo el mundo escuche el apellido de mi hijo.

—Se apellida Duarte-Benson, y es lo que pone en su camiseta. James, nuestro hijo está orgulloso de llevar tu apellido.

—Lo sé, pero yo lo estoy más por el Duarte de su madre, esa mujer fuerte, dura y valiente que es capaz de sacar fuerzas de donde no las hay —dijo rodeándome por la cintura para besarme.

Era increíble cómo, a pesar de los años que habían pasado, ese hombre conseguía que me estremeciera entre sus brazos.

Cuando llegamos al estadio nos esperaban todos con las camisetas de Nico puestas, incluida Emilia, que decía que estaba emocionada por ver a su nieto mayor jugando entre los profesionales más veteranos.

Caroline estaba nerviosa, a lo largo de esos años habíamos visto a muchos de los chicos sufrir caídas graves y temía que le pasara algo a Nico.

—No le va a pasar nada, ya verás —sonreí mientras le frotaba la espalda.

Ella asintió y en cuanto todos los jugadores saltaron al campo, el público se

puso en pie para ovacionarlos.

Nico nos vio y saludó con una sonrisa, esa que se volvió carcajada cuando todos nos dimos la vuelta para que viera nuestras camisetas.

Empezó el partido y tras los primeros minutos, Nico recibió el balón, y allí que fue mi chiquilla a gritar a todo pulmón.

—¡Corre, Duarte, corre y demuestra tu arte!

—Coño, ¿y eso? —rio David.

—Su padre, que es más majo… —Volteé los ojos.

Pues pareció que la frase en cuestión gustó al público que sabía que aquel era el partido en el que debutaba mi niño, ya que cuando él tenía el balón, todos coreaban aquel grito.

Y eso que la niña lo decía en español, porque su padre pensaba que no lo entendería mucha gente. En fin, cosas del señor Benson.

Mientras disfrutábamos del partido, comimos perritos y palomitas, bebimos refresco y tomamos helado con los niños, y el encuentro llegaba a su final con una diferencia en el marcador de dos puntos a favor del equipo contrario.

La última jugada que hicieran los *Warriors* sería decisiva, de que marcaran el tanto dependía la victoria.

Y fue Nico, mi hijo, quien hizo la mejor carrera del partido, marcando un *touchdown* que valió la victoria del equipo.

Era su primer partido, y mi hijo había marcado ocho *touchdowns*. James aplaudía orgulloso de nuestro chico.

Bajamos al campo para unirnos a la celebración con los jugadores, Nico cogió en brazos a sus hermanas y ni siquiera las soltó cuando se acercaron a entrevistarle.

—¿Qué se siente al conseguir la victoria para el equipo en tu primer partido, Nico? —preguntó la periodista.

—Es alucinante, en serio, no me lo creo —sonrió.

Siguió haciéndole preguntas sobre el encuentro, comentando lo prometedora que sería su carrera, y entones le preguntó qué les diría a esos chicos jóvenes que lo estaban viendo y que, como él, querían jugar en un equipo importante.

—Nunca pienses que un sueño es demasiado grande, ni te consideres un soñador demasiado pequeño. Esas palabras me las dijo hace años el hombre que ahora es mi padre, y puedo decir que tenía razón.

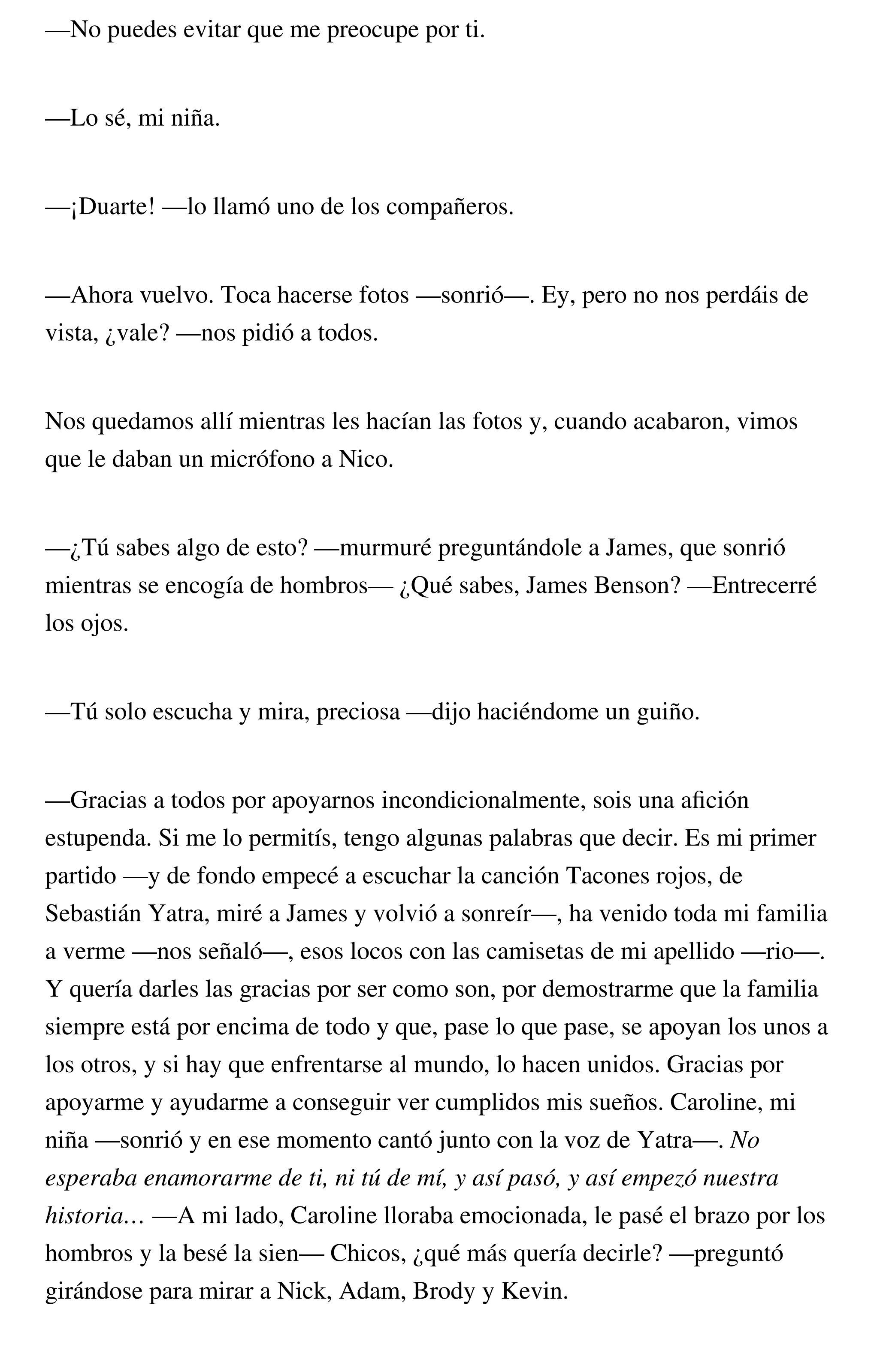
Nico se despidió de la periodista y se acercó a James y a mí, que lo abrazamos mientras aún llevaba en brazos a sus hermanas.

—Estoy muy orgulloso de ti, hijo —le dijo James—. Te quiero.

—Y yo a ti, papá. ¿Dónde está Caroline?

—Estoy aquí —respondió ella, que estaba detrás mía.

—¿Ves como no iba a pasarme nada? —sonrió cogiéndole las mejillas para besarla.



—No puedes evitar que me preocupe por ti.

—Lo sé, mi niña.

—¡Duarte! —lo llamó uno de los compañeros.

—Ahora vuelvo. Toca hacerse fotos —sonrió—. Ey, pero no nos perdáis de vista, ¿vale? —nos pidió a todos.

Nos quedamos allí mientras les hacían las fotos y, cuando acabaron, vimos que le daban un micrófono a Nico.

—¿Tú sabes algo de esto? —murmuré preguntándole a James, que sonrió mientras se encogía de hombros— ¿Qué sabes, James Benson? —Entrecerré los ojos.

—Tú solo escucha y mira, preciosa —dijo haciéndome un guiño.

—Gracias a todos por apoyarnos incondicionalmente, sois una afición estupenda. Si me lo permitís, tengo algunas palabras que decir. Es mi primer partido —y de fondo empecé a escuchar la canción Tacones rojos, de Sebastián Yatra, miré a James y volvió a sonreír—, ha venido toda mi familia a verme —nos señaló—, esos locos con las camisetas de mi apellido —rio—. Y quería darles las gracias por ser como son, por demostrarme que la familia siempre está por encima de todo y que, pase lo que pase, se apoyan los unos a los otros, y si hay que enfrentarse al mundo, lo hacen unidos. Gracias por apoyarme y ayudarme a conseguir ver cumplidos mis sueños. Caroline, mi niña —sonrió y en ese momento cantó junto con la voz de Yatra—. *No esperaba enamorarme de ti, ni tú de mí, y así pasó, y así empezó nuestra historia…* —A mi lado, Caroline lloraba emocionada, le pasé el brazo por los hombros y la besé la sien— Chicos, ¿qué más quería decirle? —preguntó girándose para mirar a Nick, Adam, Brody y Kevin.

Los cuatro se giraron al mismo tiempo que se quitaban las camisetas y, en las que llevaban, podía leerse *“Caroline, ¿quieres casarte conmigo?”*

—¿Qué dices, mi niña? ¿Nos casamos?

Caroline salió corriendo hecha un mar de lágrimas hacia él, que la cogió en brazos, y comenzó a girar con ella.

—¡Sí! —gritó Nico al micrófono— ¡Ha dicho que sí!

El estadio comenzó a aplaudir y James me abrazó al ver que yo estaba llorando tanto como nuestra nuera.

—Hermana, que se nos casa el niño —dijo Inés, llorando como una magdalena—. Y hace nada que le cambiábamos los pañales. ¿Te lo puedes creer?

—La vida, hermanita, que pasa casi sin que nos demos cuenta.

Y sí, así mismo había sentido que pasaron esos años desde que conocí a James, desde el momento en el que me propuse evitar jugar a ese juego con él, un juego prohibido para ambos, fue inevitable y caímos en la tentación, una y otra vez, hasta que acabamos ardiendo por la pasión.

Una pasión que nos envolvía cada noche y en la que nos entregábamos el uno al otro sin reservas. Unas veces con dulzura y amor en nuestra habitación, y otras, con deseo y lujuria en ese cuarto que fue testigo del comienzo de nuestra historia, una que ni la mismísima muerte puedo evitar que siguiera adelante.

Porque el amor es el sentimiento más fuerte que posee el ser humano.

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:

Dylan Martins

Janis Sandgrouse

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:

@dylanmartinsautor

@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:

@ChicasTribu

---

[1] Traducción: Solo tú, puedes hacer que este mundo parezca bueno.
[2] Traducción: Solo tú, puedes hacer todo este cambio en mí.
[3] Traducción: Porque es verdad, tú eres mi destino.
[4] Traducción: Eres mi sueño hecho realidad, mi único, y solo tú – Canción: Only you (The Platters)
[5] Traducción: Porque soy feliz – Canción: Happy (Pharrell Williams)
[6] Traducción: Si me quedara, solo lo haría por estar en tu camino
[7] Traducción: Ambos sabemos que no soy lo que tú, tú necesitas. Y siempre te amaré – Canción: I will always love you (Withney Houston)